

Siempre contigo, princesa



Núria Teixidor Ibáñez

Siempre contigo, princesa

Núria Teixidor Ibáñez

© Núria Teixidor Ibáñez
Siempre contigo, princesa

*A todos los que alguna vez creyeron en mí,
A los que piensan que estoy loca
A todos aquellos que no tuvieron fe*

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

29.10.2017

Carlota

Eran las cuatro de la tarde cuando pisé la estación de Sants en Barcelona. El aire y los recuerdos me invadieron el corazón al instante. Tantas vivencias entre sus calles, tantas historias que callaba, tantos encuentros de pasión en esa casa especial, tantas sonrisas, tantas lágrimas... La imagen de unos ojos azules en mi cabeza me atormentaba cada vez que bajaba del AVE en la ciudad condal.

Llevaba más de una semana inquieta y sin casi poder pegar ojo. ¿La culpa? Martín. Cuando quedamos para ensayar en Madrid me confesó que quería hablar conmigo acabado el concierto donde nos reencontraríamos. El misterio que le puso me dejó tan intrigada que me quitaba las horas de sueño. Nos habíamos encontrado en varios eventos pero nunca habíamos podido mantener una conversación larga y tendida sin miedo a ser descubiertos. No había podido perdonarlo. ¡Me había dejado por televisión sin darme explicaciones! Aun así, algo se nos quedó en el aire y en el ensayo de la semana anterior parecía que el tiempo se había detenido. Él, yo y nuestra canción, la melodía con la que nos enamoramos en la academia donde nos lanzaron al triunfo en aquel lejano 2003 donde éramos dos jóvenes que luchaban por el mismo sueño: vivir de la música. Nos habíamos presentado al casting de la competencia de *Operación Triunfo* y habíamos congeniado a la perfección musical y personalmente hablando. Cuando salimos de la academia ambos iniciamos una relación que nadie sabía que terminaría de la peor manera. A él le había ido mejor que a mí sinceramente. Se había resignado a obedecer las órdenes de una discográfica que jamás pudo soportarme y que me echó cuando se le presentó la oportunidad. Sin embargo, bajar la cabeza y asentir le había servido para ganar premios cada año, estar en lo más alto de las listas de ventas y sobre todo labrarse un futuro en Latinoamérica donde era un ídolo de masas. Yo, por mi parte, me había conformado con montar mi sello independiente rodeada de mis conocidos, tener mis conciertos por la península y aceptar cualquier posibilidad de promocionarse con tal de seguir pagando la hipoteca. Pero... ¿Era feliz? Había estado con cuatro chicos que me habían querido pero creo que nunca podré querer de la misma forma en que lo quise a él. Martín fue el amor de mi vida. Tenía 23 años cuando lo conocí, él 22. No he vuelto a tener mariposas en el estómago, no he vuelto a sonreír igual, no he vuelto a amar. Mi corazón no ha latido por nadie más. Seguía latiendo por él y ese sentimiento me había producido paz pero también muchos quebraderos de cabeza y muchas lágrimas derramadas.

—¿Quieres un café?

La voz de Javi me sacó del ensimismamiento de Martín. Asentí con la cabeza y se dirigió hacia una cafetería de la estación dejándome atrás. Javier era buen tío y un gran apoyo para mí, una bellísima persona con la que perdí un noviazgo por culpa de mi mala cabeza y de los recuerdos del pasado. Sin embargo, seguíamos siendo ‘colegas de profesión’, continuaba siendo mi guitarrista de confianza y si os soy franca, habíamos tenido más de una recaída y no es de extrañar

que os confiese que hacía dos semanas que nos habíamos acostado en un momento de debilidad y euforia tras un concierto en el casino de Barcelona, donde repetimos actuación ese 29 de octubre.

—Ten —me tendió un vaso regresando a mi encuentro—. Cuidado que quema.

—Gracias pero impide que me tome otro más —asintió en silencio. Era mi cuarto café del día.

El concierto resultó ser un éxito. Quizá yo —ni ninguno de mis compañeros de academia —no tendría tantos seguidores como Martín pero mi público fiel y consagrado junto a escépticos no fallaron a la cita agotando las entradas desde hacía más de un mes. Tocar con Javi al lado me dio mucha tranquilidad y me sacó más de una sonrisa. Me debía al respetable. Cuando bajé del escenario aparté mi coraza de artista, dejé de ser Charlotte y volví a ser Carlota con su estado ausente que no abandoné en toda la noche y que llevaba arrastrando días y días. Maldito Martín...

—Carlota... ¿Qué te pasa? —me preguntó Javi subiendo por el ascensor del hotel.

—Nada —respondí perdiendo la mirada en la puerta que se estaba abriendo.

—¿Qué te pasa? —insistió.

—Nada —repetí con más amargura encaminándome hacia la habitación —Dame la tarjeta por favor.

—¿Nada? —repetió arqueando las cejas y obedeciendo mi orden.

“Vaya diálogo más estúpido estamos teniendo, madre del amor hermoso. ¿Es que no se da cuenta?”.

—Ay, no, nada —me deshice de los tacones y me senté en la cama respirando aliviada.

—¿Martín? —preguntó.

—Mira, te lo digo porque no callarás y tengo sueño. Quiere hablar conmigo —acompañé mis palabras con aspavientos de las manos.

—¿Has aceptado? —me quedé callada—. Esto es un sí. Yo creo que te equivocas.

—Bueno, yo qué sé. Ya se verá. Me pido parte de la ventana.

—De acuerdo.

Nos deseamos unas ‘buenas noches’ un poco frías. Jamás habíamos tenido problemas en compartir habitación. No obstante, tenía ganas de salir corriendo, de irme lejos de ahí, de no coincidir con Martín en menos de 24 horas. Quería ser libre, que todo eso no hubiera ocurrido y volver a mi Sant Antoni de Portmany natal con mis padres, mi anterior trabajo de auxiliar de enfermería y esporádica cantante y no estar a punto de vivir un hecho que de bien seguro cambiaría mi vida como lo había hecho tres lustros atrás.

Martín

“Aceptar este reencuentro ha sido una buena idea. Suerte que la discográfica me lo ha permitido. Necesito ver a Carlota, hablar con ella. Fui demasiado tonto. Quiero ser libre y que Hanna desaparezca”.

Estaba en el AVE de camino a Barcelona. Me acompañaba Andrés, mi mejor amigo y representante. Nos habíamos conocido después de salir de la academia y era la única persona que estaba al corriente de mi vida sentimental y mis deseos de abandonar *Producción musical S.A.*, la discográfica que me había llevado al estrellato y que no quería soltarme por nada del mundo. Habían pasado once años desde la ruptura con Carlota, aquella que jamás tuvo que haber existido. Me obligaron a dejarla tras pelearme con ella. Yo no quise pero no hubo remedio si no quería dañarla. De ese tiempo lejos de Carlota solo pude sacar una cosa buena: mi niña. Nació en marzo de 2009 en un descuido con la persona que me presentaron tras romper con el amor de mi vida. Por Emma movería cielo, tierra y mar. Su madre y yo nos conocimos en una sesión de fotos donde

tuvimos que posar juntos mientras estaba con Carlota. Como mis jefes encontraron que era una buena chica me presionaron para terminar con la primera y “enamorar” de la modelo. Cuando nació la niña nos separamos, ya no podía aguantar más la farsa. Sin embargo, fueron presentándome chicas durante las promociones hasta llegar a la actual. Hanna era colombiana, actriz de telenovelas y una víbora. ¿Por qué me había resignado a obedecer órdenes que no me pertenecían ni me hacían feliz? Yo quería sonreír con sinceridad, mirar a los ojos a una mujer y que el corazón me diera un vuelco. Solo me había ocurrido con una persona. Maldita Carlota... ¿Por qué tenía ese efecto en mí? Fui demasiado estúpido. Una parte de mi corazón se fue con ella.

—Martín, hemos llegado —me avisó Andrés.

—De acuerdo.

Bajé la maleta del compartimento superior y esperé pacientemente a que la gente que se agolpaba en el pasillo fuera pisando el andén. Volver a Barcelona siempre suponía regresar a unos recuerdos que jamás podrían desvanecerse de mi mente. Caminé hasta llegar a las escaleras mecánicas.

—No puede ser —musité.

—¿Qué pasa? Martín, no te frenes que no estamos solos —respondió Andrés.

—Es ella.

—¿Ella quién? ¿Charlotte?

—Sí, ahí —señalé la parte superior de las escaleras—. Voy a verla.

—Martín... No te precipites.

En la planta comercial de la estación una multitud de periodistas me asaltó. No di ninguna declaración. Solo quería verla y hablar con ella. La reconocería entre un millón. La oportunidad de acercarme se vio interrumpida cuando la perdí de vista y no supe por cuál de las dos salidas se había ido.

“Por motivos como este a veces desearía no ser famoso”.

—Joder —protesté en el taxi.

Justo en ese momento en la radio sonó su nuevo single. Charlotte, la mujer de Ibiza que había resurgido de sus cenizas tras un tiempo sabático, que había montado su propio sello independiente, que había creado la maravilla que inundaba el vehículo. Charlotte, mi Carlota, mi luna. La había visto preciosa. ¿Me había visto ella a mí?

—¿A quién crees que le dedica la canción? Habla de amor —pregunté.

—No sé. No iba sola —contestó Andrés.

—No están juntos, era su músico. Lo vi el otro día en la *Lecturas*.

—Que maruja eres —se burló—. No la cagues mañana.

—No la cagaré. Ya la he pifiado suficientes veces. Además, seguro que no querrá saber nada de mí.

—Uy, nunca digas de esa agua no beberé. Antes, pero, despréndete de Hanna.

—Como si fuera tan fácil...

—La discográfica te ha abducido durante muchos años. Ya va siendo hora que vivas tu vida y disfrutes del amor al lado de la persona que de verdad amas, no a la que te presentan y de la cual tú nunca te puedes enamorar por el recuerdo de Carlota.

—Ya pero no se rendirá. Seguirá dando por culo como lleva haciendo desde enero.

—¿Quién te dijo que pudieras ir con ella?

—La discográfica —confesé con la boca pequeña—. Al principio me pareció encantadora pero a medida que han ido pasando los días que me ha parecido una arrogante y egoísta que me

monta pollos de celos cada dos por tres.

—Déjala, Martín, no te hace ningún bien. Como representante voy a hacer todo lo posible pero pon tú también de tu parte.

—Vale, ya pensaré como hacerlo. Antes toca disfrutar del concierto y tenerla lejos. Voy a gozar de Carlota. Es un lujo poder cantar con ella otra vez.

—Y de poder tener una conversación pendiente.

—Te prometo que recuperaré mi felicidad a su vera aunque me cueste la vida.

Después de entregar una generosa propina al taxista para fiarnos de su silencio, nos registramos en el hotel para descansar. Los nervios estaban a flor de piel. Comenzaba la verdadera aventura.

Capítulo 2

30.10.2017

Carlota

Eran las once de la mañana y estaba histérica. Llevaba dos cafés en el cuerpo y los nervios hacían que me sintiera mareada. Javi ya no estaba ahí y me molesté con mí misma por haber sido tan estúpida la noche anterior y no haber podido disculparme. Alba, mi gran hermana de triunfos y octava en el concurso que nos lanzó al estrellato (yo quedé tercera y Martín segundo), vino a buscarme para ir al hotel donde nos habían citado a los dieciséis.

—¡Tía! ¡Qué emoción! ¡Los dieciséis juntos de nuevo! —exclamó dando graciosos saltitos mientras me abrazaba. Era la persona más jovial que había conocido nunca.

—¡Sí, qué bien! Mañana será un gran día.

—¿Preparada para cantar con los ojazos andantes?

—Me da un miedo...

—Pero si tú eres una diva. Nada de miedo, ¿Eh? Que no me entere yo que voy ahí y lo rajo — solté una tímida carcajada subiéndome de copiloto. Es tan divertida...

—Alba... quiere hablar conmigo acabado el concierto y me quita el sueño. Me lo dijo durante los ensayos la semana pasada.

—Uy, cuidado. Hagas lo que hagas, vigila con las consecuencias. Doña aprovechada —así llamábamos a veces a Hanna—. No se quedará de brazos cruzados.

—Ya... pero conoces mis sentimientos.

—Tienes un lío que ni tú misma te aclaras.

—Exactamente. Aunque hayan pasado once años, me debe explicaciones y más vale tarde que nunca.

—En eso coincido pero has desperdiciado once años de relaciones fallidas por su culpa. Relaciones con tíos maravillosos que podías haber aprovechado perfectamente como la más reciente con Javi.

—Javi y yo no tenemos futuro como pareja. Nos acostamos hace quince días pero no pasa de ahí.

—Madre del amor hermoso...

—Ya, bueno, cambiemos de tema. Mira es ahí —señalé el hotel.

Bajamos del coche y nos dirigimos a los cuatro de nuestro grupo que estaban sentados en recepción: Pol, Samuel, Virginia y María. Pol era catalán, había sido el quinto expulsado y había formado un grupo con tres compañeros más que todavía no habían llegado. Samuel era su hermano de batallas. Zamorano, enérgico y cuarto en el concurso. Salió con Alba durante unos meses. Se llevaban genial. Virginia era vasca, quedó sexta y vivía en Los Ángeles donde estaba “triunfando” y María era la más salerosa del grupo. La sevillana, charlatana, con mucho poderío y que quedó a las puertas de la final. Imposible no quererla. Nos dimos los pertinentes besos y abrazos, nos ilusionamos con lo que haríamos el día siguiente y esperamos a que llegaran todos. Había tiempo

hasta las doce.

—¿Y Martín? —preguntó Samuel a y cuarto. Lo escuchamos Pol, Alba y servidora.

—En la luna —se burló su colega. Alba intentó contenerse. A mí no me había hecho gracia ya que era el juego de palabras que siempre nos hacían ya que la canción que cantamos a dúo en el concurso y que avivó los rumores de relación se llamaba *Luna*—. Venga Carlota, cálmate —me estrechó los hombros—. Eres la que está más seria, lo hago para que te rías.

—Pero si no he dicho nada. Solamente rebaja el nivel de chistes malos que tan solo son las doce de la mañana —le advertí.

Justo en ese instante apareció Martín disculpándose por el retraso. Según él había encontrado tráfico. La versión real es que se había dormido. Saludó a los compañeros como si no hiciera siglos que no los viera. Jamás había aparecido en nuestras quedadas y aunque mantenía contacto con alguno, en el grupo de WhatsApp era el menos activo. Me saludó la última. Me dio dos besos y un abrazo que duró milésimas de segundo pero en el que ambos descargamos tensiones. Pude aspirar el aroma del que tanto había disfrutado años atrás.

—Hola Carlota —pareció cortado—. ¿Qué tal?

—Bi... bien.

“¿Y ahora por qué coño me flaquean las piernas y tartamudeo? Si en mi vida he titubeado enfrente de un hombre”.

—¿Tú?

—También —me sonrió tiernamente y me derretí en el interior—. Me he dormido.

—No lo dudaba —le devolví la sonrisa. Sentí que el tiempo no había pasado para ambos en ese cruce de miradas.

—¿Sigue en pie lo de hablar? —asentí insegura—. Vayamos al bus, venga, que todos se nos han adelantado.

Tuvo intención de sentarse conmigo pero Alba me había guardado sitio ya que había subido la primera. Del hotel nos fuimos a un restaurante de aspecto rústico apartado del bullicio de la ciudad y donde pudimos estar tranquilos en un reservado que nos tenían preparado para nosotros.

—¿Qué te ha dicho? —me preguntó Alba

—Nada, si hablaríamos.

—¿Y?

—Hablares, hablares.

—Quiero verte feliz y ahora no lo eres.

—Lo soy, tengo a un montón de gente a mi alrededor, tengo a Sofía, mi amiga madrileña, tengo a mis padres, mi familia, tú, Lucía, mi otra hermana de la academia que fue la que ganó el concurso, a la banda, a Javi...

—Eh, para el carro. Tienes gente que procura por tu bien, no te lo discuto pero no tienes amor. Tienes a más de un tío colgado de tus redes y niña... que me das una envidia. Quien pudiera... —sonreí con candor.

—Calla que tú tienes novio y es fantástico.

—Ay, si yo te contara... —suspiró enamorada.

En la comida, Martín se sentó casi enfrente de mí. Antes de que nos trajeran los primeros entrantes compartidos, lo llamaron y se apartó de la mesa. Yo estaba entre Alba y Lucía que me distraían de los males que sufría mi corazón pero la vista se me fue con él. ¿Quién sería? ¿Y por qué se había puesto tan serio? Ese chico continuaba siendo todo un misterio.

Martín

Vi a Carlota preciosa y radiante con tejanos ajustados, una blusa de rayas y su melena recogida en una cola de caballo. ¿Quién no babearía por alguien que a medida que pasaban los años iba volviéndose más guapa?. Me dio mucho miedo hablar con ella y encima llegué tarde... El despertador solo me podía fallar a mí. De camino al restaurante me senté con Samuel, Pol, Alejandro y Rafa. A Samuel y Pol no se les puede dejar solos si no quieres que la lleen. Alejandro, madrileño y cuarto expulsado siempre había sido la voz de la experiencia y Rafa el eterno malagueño lleno de gracia que hacía maravillas con una guitarra. Fue el quinto finalista del concurso. Animaron el viaje y me distrajeron de la persona que ocupaba gran parte de mis pensamientos. Como si el tiempo no hubiese pasado, así me sentí.

Antes de almorzar, me llamó Hanna junto a su arrogancia y egoísmo que me estaba hartando. La noche anterior ya habíamos discutido por culpa de sus celos.

—¿Qué quieres? —pregunté secamente dirigiéndome hacia afuera.

—Amor, estoy en Barcelona —y tan feliz que lo anunció.

—¿Y?

—Vengo a verte —dijo tajante.

—No. Nadie ha traído a su pareja.

—Pero yo voy a ir aunque me lo impidas —amenazó—. Sé dónde estáis y Eusebio —jefe de la discográfica— me lo permite.

—Ni se te ocurra —pero me había colgado.

Regresé a la mesa. Me senté entre Samuel y Rafa. Intenté buscar la mirada de Carlota pero no la encontré porque se estaba haciendo una foto con Alba, Miren y Estefanía. Alba y ella son hermanas, no de sangre pero sí de corazón y ojalá yo hubiese podido tener esa relación tan envidiable con alguien de esa mesa. Miren y Estefanía (Fanny), de Pamplona y Tenerife respectivamente, fueron las primeras expulsadas y formaron un grupo con Pol y Jesús, el tercer expulsado. Ya no cantaban juntos pero en el concierto se volverían a reunir.

“Yo también quiero tener una foto con ella. ¿Tan difícil es ser feliz?”.

—¿Todo bien? —Samuel me sacó de mi ensimismamiento.

—Sí... —dije apesadumbrado.

—No te creo.

—Vale, no, nada me va bien. Mi vida es una mierda y Hanna una manipuladora de cuidado que quiere venir y sabe que nadie se lo impedirá —solté del tirón.

Quedó atónito ante mi reacción y me dio una palmada en el hombro ofreciéndome consuelo. Habrían pasado los años pero siempre podría contar con él.

—Tío, la has cagado con Carlota.

—¿Por qué?

—Mierda, he sido un poco bocazas.

—La amo.

—¿A quién? ¿A Hanna o a Carlota?

—A Carlota, obviamente. ¿Tú sabes si...? —me dio un poco de corte preguntarle sobre ese tema pero sabía que tenía mucha más relación con Carlota que conmigo.

—¿Si tiene novio? No, está soltera y libre como el viento.

—Vale, entonces en la *Lecturas* tenían razón.

—Maruja... —nos reímos.

Encontré la mirada de Carlota enfrente. Nos sonreímos y volvió a centrarse en Alba y Lucía. La

cara les cambió de golpe. Sus expresiones alegres se tornaron en unas de incredulidad máxima mirando hacia la entrada, que quedaba justo detrás de mí. Las dos amigas abrieron la boca y Carlota se quedó con la mirada perdida. Disimuladamente apretó la rodilla a Alba y ambas se levantaron para ir al baño. Me volteé para ver quién estaba ahí y mi reacción fue ponerme en pie escopeteado antes de levantar más expectación entre mis compañeros. ¿Sabéis quién había aparecido? Ni más ni menos que Hanna. Había cumplido su amenaza.

“Joder... ¿Todo me tiene que pasar a mí? Seguro que Carlota se ha enfadado y las chicas también. Esto me pasa por tonto. Es que yo tengo que luchar por mi amor, por esa mujer que me saca de mis casillas día sí y día también desde hace quince años. ¿Por qué? ¿Por qué me ocurre todo?”

—¿Qué haces aquí? —le pregunté llevándomela afuera.

—Te lo dije.

—Vete, no te quiero aquí. Estamos los dieciséis y punto.

—¿Lo dices por Charlotte? Tranquilo, más sola no puede estar.

—Eh, eh, a ella la respetas que no ha hablado mal de ti.

—¿Por qué la defiendes?

—Porque la estás atacando sin sentido.

—Tú sí que no tienes sentido. No te aclaras y no me dejas conocer a tus compañeros —exageró esas últimas palabras en un tono claramente dramático herencia de su pasado como actriz.

—Vete, en serio, hablamos luego. Me están esperando y bastante mal he quedado llegando tarde como para que tú ahora llegues aquí sin ser invitada.

—Esto no quedará así.

—¡Ja! Esto queda aquí y ahora te marchas. Hablamos luego.

Se marchó cabreada y refunfuñando. Volví adentro. Lucía me lanzó una mirada que capté al vuelo. A Carlota no le había sentado bien la ‘visita’. La busqué y no la vi por ninguna parte. Antes de sentarme fui al baño. Del de mujeres salió Alba.

—¿Y Carlota? ¿No iba contigo? —se me ocurrió preguntar.

—Ahora saldrá. No es por nada pero...

—Sí, lo sé. No sabía que se presentaría. Lo siento. ¿Está molesta?

—No.

—Albita... no mientas.

—Mejor habla tú con ella que creo que tenéis muchas cosas a deciros. Yo sé que la quieres y que le despiertas ciertos sentimientos en su persona pero no le hagas daño. No te lo perdonaría nunca, ni ella ni yo ni nadie de los que hay ahí. Has estado muy desaparecido. Ahora que has vuelto, no nos des otra espantada ni hieras a alguien del clan.

—No pretendo hacerle daño.

—Está bien.

Como vi que Carlota continuaba dentro, me aventuré a entrar. Estaba cometiendo una locura pero ya no venía de una más. Total, ¿Qué más faltaba por ocurrir?

Carlota

“¿Pero cómo es posible? ¿Qué hace esta aquí? ¿Quién le ha dicho que pueda venir? ¿No ve que esto es privado y que nadie ha venido acompañado? Maldito Martín, en serio. Ahora que parecía que nos llevábamos medianamente bien y que nos cruzábamos alguna mirada, va y aparece la otra para estropear esta maravillosa comida. Si es que no hay nadie con más mala suerte en el mundo

que yo”.

Ver a Hanna me molestó profundamente. Se me cayó el mundo encima para ser más claros. Por lo que descubrí posteriormente, había venido sin previo aviso. ¿Qué clase de relación tenía con Martín realmente?

—Alba —susurré apretando su rodilla para que me prestara atención—. Acompáñame al baño, por favor.

Nos levantamos apresuradamente y nos metimos en el baño. Los ojos se me humedecieron y me tuve que apoyar en el lavabo para no caerme. Mi amiga al ver que me venía abajo, se acercó a mí y me abrazó con ternura.

—Ya... Carlota... por favor... que tú vales mucho para derrumbarte por un hombre.

—Me prometió una conversación pero comienzo a dudar de ello. Creo que me centraré en mí misma y... —la voz se me entrecortó.

—Y nada. Yo sé que él te hará feliz pero hay muchas heridas que no han cicatrizado bien y que por causa de este reencuentro, se están abriendo de nuevo. Te debe muchas explicaciones pero tú también a él. Tenéis que priorizar sobre lo que de verdad os hace felices.

—No es mi culpa que una persona que se me haya avanzado.

—Carlota, cálmate por favor. Deja de martirizarte que no vale la pena. Voy para afuera, no tardes. Respira hondo. Digo que te ha llamado tu hermano. ¿Te parece bien?

—Vale, perfecto.

Oí voces en el exterior. Me lavé la cara intentando que el maquillaje no se me marchara. No tuve tiempo de girarme hacia a la puerta que una mano rodeó mi brazo. Podrían pasar millones de personas por mi vida, pero ese tacto solo pertenecía a una y más especial: a Martín. Volteé la cabeza y lo vi. Esa mirada me derritió, me desarmó, hizo que mis piernas se tambalearan y que quisiera desaparecer tragada por la tierra. No pude articular palabra. Yo, la denominada ‘reina del directo’ que jamás había perdido la labia, estaba enfrente del amor de mi vida totalmente temblando. Mi pesadilla, mi amor, mi fantasía o cualquier nombre, no desplazó la vista de mí por nada.

—¿Qué... qué haces?

“Joder, otra vez con el puto tartamudeo. Parezco tonta. Carlota... cálmate que todo irá bien. Eres gafe pero también eres fuerte y podrás con ello”.

—Carlota, tenemos que hablar.

—No ahora.

—Hay tanto que te mereces saber —me retiró un mechón de pelo que se había escapado de la cola de caballo.

—¿Y por qué no me lo decías antes? Has tenido once años —di un par de pasos para atrás.

—No quisiste hablar el año pasado cuando nos encontramos en aquella fiesta.

—No era el momento.

—¿Ahora lo es?

—Ahora tenemos que ir a la mesa antes que sospechen. Somos la comidilla de esta parafernalia.

—Tendrás que saber mucho —me acarició el mentón con dulzura.

Lentamente se acercó a mis labios pero no fui capaz de recibir un beso suyo. Yo nunca he sido la otra y sería fiel a mis convicciones mientras él estuviera emparejado. Retiré la cara suavemente y lo aparté con delicadeza.

—Martín por favor... No me lo hagas más difícil... Estoy histérica perdida... Y eso no

soluciona todo lo que hay detrás.

—Luna...

“Me va a matar. Ahora me llama Luna. Hacía tanto que deseaba que saliera ese nombre de su boca... nadie como él para llamarme así”.

—Por favor... solucionemos nuestras diferencias. Yo te quiero.

—No quiero ser la tercera en discordia y no puedes venir ahora once años después a decirme que quieres algo conmigo cuando nunca te has preocupado. Ni un mensaje de cumpleaños o fin de año, aún espero que me respondas a que te siguiera en Instagram, te felicité las primeras Navidades y tú pasaste de mí. Sé feliz con Hanna, de verdad, yo no puedo ofrecerte lo que te da ella.

—Tú me puedes dar mucho más pero veo que no quieres nada.

—Yo no quiero nada mientras no soluciones tus problemas. Luego, tal vez, hablemos.

—Ofréceme tu amistad como mínimo. Y prometo que solucionaré los asuntos. Tengo mucho a decirte y necesito un sitio que no sea este —con la mano señaló lo que nos rodeaba—. Un baño contigo me trae demasiados recuerdos —ambos sonreímos ligeramente recordando que en la academia donde nos enrollamos en uno de ellos—. Por favor... prometo no ponerte nerviosa ni intimidarte con visitas como la de antes. No la esperaba, te lo juro —vi tanta verdad en sus ojos que lo creí.

—De acuerdo.

Nos fundimos en un abrazo donde descargamos toda tensión acumulada. No habíamos aclarado absolutamente nada, solo nos habíamos confundido acerca de nuestros sentimientos hacia el otro pero me sentí aliviada por el momento. Más adelante, ya se vería.

Martín

“Uf... accederá a hablar. Ahora toca desprenderse de Hanna. No será fácil. Necesito a Carlota, la amo. Nunca he dejado de quererla. ¿Tan difícil es gritarlo a los cuatro vientos? Debo conseguir su perdón”.

Salí antes que ella del baño. Cuando llegué a la mesa recibí miradas de todos. Alba y yo nos comprendimos a la perfección.

—¿Qué, en la luna? —bromeó Pol cuando me senté. Se sentaba al lado de Samuel.

—No empieces que eres un cachondo cuando te lo propones —le respondí.

—¿Y Carlota?

—Pues no sé.

Carlota regresó con el móvil en la mano. Al final resultó que sí la había llamado su hermano tal y como puso de excusa Alba. Se sentó con sus amigas y siguió la comida como si nada, riendo y disfrutando con todos.

—La otra lunática. Martín y Charlotte saliendo de un baño casi a la vez... sospechoso —apuntó Pol en tono de detective. Unos le rieron la gracia, otros no lo escucharon y los aludidos sonreímos levemente encogiéndonos un poco en nuestra silla para no ser objeto de miradas indeseadas.

Por la tarde estuvimos en el Palau Sant Jordi ensayando. Carlota y yo no hablamos mucho al principio pero cruzamos varias miradas que hablaron por sí solas. Cuando fue nuestro turno noté que fuimos más observados que el resto. Poder compartir escenario con ella fue un lujo. Ya en los ensayos se entrevió lo que sería el gran espectáculo: manos entrelazadas, miradas, nervios y un chorro de voz por su parte que dejó anonadado a todo el que se encontrara ahí y a mí el primero.

Fue magistral. Al bajar nos recibieron con aplausos. Pol y Samuel, tan guasones como siempre, nos parodiaron sacándonos una sonrisa. Los directores nos recomendaron que siguiéramos practicando apartados de todo. Sin intentar levantar expectación nos metimos en un camerino. Carlota se sentó en una mesa y yo preferí quedarme de pie a unos metros de ella. Ojeó su móvil y me miró.

—¿Qué... qué hacemos?

“¿Por qué tartamudea?”.

—¿Estás bien?

—Sí, perfectamente. ¿Por qué no tendría que estarlo? —me sonrió tiernamente.

—No sé. Te veo como apagada.

—Me encuentro bien. Tú tampoco haces buena cara.

—Cansancio. No paro quieto. ¿Sabes que ayer te vi?

—¿Dónde?

—En Sants. Íbamos en el mismo tren —abrió los ojos como platos—. Sí. Quise acercarme pero ibas a piño fijo y me rodearon los periodistas.

—No te vi, sinceramente. También tuve que responder a reporteros cuando salí. Si alguien se entera de esto...

—Empieza a darme igual —arqueó las cejas sorprendida.

—Te... tenemos que practicar, ¿no?

—¿En serio? ¿No te apetecen otras cosas? —acompañé la frase de una sonrisa pícaro.

Se tiró para atrás en la mesa hasta que su espalda entró en contacto con la pared. Cruzó los brazos con incredulidad.

—Que malpensada eres, mujer —me reí—. No se te puede decir nada.

Me acerqué hasta el borde de la mesa y apoyé los brazos en ella. Carlota cruzó las piernas y descruzó los brazos.

—No seas tan ambiguo y yo no pensaré mal.

—¿Crees que yo te haría algo ‘impuro’? —conseguí sacarle otra sonrisa encantadora.

—Hemos cometido tantos pecados ya...

—¿Qué quieres decir? ¿Qué no viene de uno más?

Irguió su cuerpo y se acercó hacia donde estaba yo dejando las piernas al vacío y mis brazos a un lado y otro de ella.

—A ver... creo que nos estamos yendo de tema.

—No, no.

—Sí, sí.

—Yo lo veo muy interesante —y mi picardía la inquietó.

Ponerla nerviosa siempre se me dio genial. Las segundas intenciones siempre la habían puesto. Se sonrojó. La miré intensamente. Esa mirada no había perdido ápice de fuerza y bondad. Esos ojos marrones que desprendían toda la dulzura y la fragilidad del mundo seguían intactos. Pude ver el reflejo de lo que había sido unos años difíciles y una felicidad anhelada y no completa. Carlota siempre me había parecido una mujer valiente y directa pero lo que me estaba mostrando era cristal. Una muñeca que se rompería si alguien la tocaba. Sus ojos pedían a gritos un beso. Hablamos sin palabras y en su frente tenía escrito una palabra: ‘ámame’. Me aproximé a su rostro lentamente. No quiso retirarse ni hizo la intentona de girarme la cara. Cuando mis labios entraron en contacto con los suyos una explosión de calor me invadió. No abrió su boca para dejarme entrar y explorar. Estaba tan quieta que por un momento era como si se hubiese transformado en

mueble. El roce fue corto pero ansiado por ambas partes. Hacía muchos años que no teníamos un momento así.

—Martín, Charlotte, tenéis que ir al escenario —anunciaron desde fuera.

Por el rabillo del ojo pude observar que una mano estaba a punto de girar el pomo de la puerta así que Carlota y yo nos apartamos el uno del otro y agarramos las partituras disimuladamente.

“Madre mía. Quiero besarla. Necesito besarla. Llevo escasas horas a su lado y se está convirtiendo en una droga muy difícil de dejar. Está siendo muy complicado no sucumbirse a la tentación y comérmela a besos”.

Nos dirigimos al escenario en completo silencio, sin hacer mención a lo que acababa de ocurrir y que una interrupción no había dejado acabar. ¿Qué hubiese pasado si ese hombre no hubiese llegado a entrar?

Carlota

“Joder... Martín... ¿Por qué me han tenido que dejar a solas con él? ¡Somos dos bombas de relojería! Vamos a explotar y me voy a arrepentir. Controlémonos”.

La respiración de Martín, su aroma, sus ojos, su todo, estuvieron a escasos milímetros de mi boca. Mi corazón latió a una velocidad a la que jamás había latido. Sentí su palpitar desde afuera. Las manos me sudaban, las piernas me temblaron. Mi cuerpo entero había aumentado de temperatura. Nos rozamos los labios.

“Siénteme Martín, ámame como si fuera la última vez. Me da igual todo, me da igual Hanna, tus explicaciones, ámame, siénteme pegada a ti, seamos uno”.

Y de golpe, pum, nos interrumpen. Me sentí avergonzada por haber estado a punto de cometer una locura. No pude mirarle a los ojos en todo el trayecto hacia el escenario. Alba captó mi mirada al instante. Nada iba bien.

—Eh —me cogió del brazo para que me pusiera a su lado en el escenario—. ¿Qué ha pasado?

—Nada.

—¿Nada? —arqueó las cejas.

—Hemos estado a punto de besarnos. Directamente he tenido sus labios sobre los míos.

—¡¿Qué?! —exclamó. Le tapé la boca con la mano cuando Estefanía se volteó hacia nosotras.

—Calla, coño. ¿Qué quieres? ¿Qué todos se enteren?

Nos colocamos correctamente para cantar el colofón de la ansiada noche. El himno que los dieciséis creamos tres lustros atrás. Acabamos cerca de las diez de la noche. Muchos, por no decir todos menos Martín y yo, quisieron salir de fiesta. Los de la productora y *Producción Musical S.A.* que se encargaba de montar el concierto nos recomendaron que fuéramos con cuidado y no levantáramos una expectación innecesaria a las puertas del concierto. Me intentaron convencer de todas las formas, igual que a Martín pero no lo lograron. Preferimos quedarnos en nuestras habitaciones.

—Van a la luna —escuché que decía Pol a lo lejos.

—Jajaja, no seamos tan malos —se rio Samuel. Se tiró encima de él al más puro estilo león adentrándose en el ascensor.

Cuando todos se fueron, me dirigí a mi habitación, que por más inri estaba en la misma planta que la de Martín. Me desmaquillé y me tiré en plancha en la cama dejando los zapatos al suelo. Un cúmulo de emociones y sensaciones se agolparon en mi mente. Momentos únicos vividos al lado de Martín. Escapadas, el escondernos en la academia, los reencuentros en Barcelona... nadie había hecho sentirme tan especial. Ya podía buscar que no encontraba ni una persona. Podían

haber aparecido en mi vida chicos parecidos pero como él, ninguno. Teníamos un beso a medias y una conversación pendiente. Me acaricié los labios recordando el sutil roce de los suyos con los míos. Noté como una lágrima resbaló con mi mejilla silenciosamente.

“Te amo Martín. ¿Por qué me hiciste eso? ¿Por qué no podemos hablar, reconciliarnos y ser una pareja normal? ¿Por qué la gente tiene que impedirnos ser felices?”.

El pitido del móvil me sacó de mis pensamientos. Era un WhatsApp de Javi. “Hola! ¿Cómo te ha ido el día?”. Ese pequeño detalle de interesarse por mí me hizo apartar las lágrimas amontonadas en mis ojos. Javi no era Martín pero de los novios que había tenido había sido con uno de los que más había congeniado. Lástima que no saliera como era de esperar. “Bien, muy estresante. Oye, siento lo de ayer”. La respuesta me llegó al instante. “No te preocupes. No pasa nada. Te entiendo. Descansa”. Quise responderlo pero llamaron a la puerta y tuve que levantarme a abrir al ver que quien estaba al otro lado que golpeaba la puerta con tanta insistencia. Pensé que sería Alba o Lucía intentando convencerme de salir pero no, no eran ellas.

—Ho...

No tuve tiempo de acabar de pronunciar un simple ‘hola’ que alguien calló mis palabras con un beso. Un beso tierno, inconfundible, dulce, ansiado por ambas parte desde hacía años. Al principio no supe cómo reaccionar pero me dejé llevar por mi corazón olvidando que mi cabeza me avisaba que estaba cometiendo una enorme locura. Nuestras lenguas se encontraron dando rienda suelta a más pasión. Ese arrebato acabó con el móvil en el suelo, impidiéndome acabar una conversación con Javi. No me importó. Caímos en la cama. Noté que una mano se colaba por dentro de mi camiseta. Recuperé la cordura y separé mi cara de la suya. Ambos jadeábamos.

—Martín... esto... esto no está bien. Tú tienes pareja y yo... —colocó su dedo índice sobre mis labios para indicarme silencio.

—Acabo de dejar a Hanna. No puedo vivir sin ti.

Su declaración me dejó perpleja y tuve que parpadear varias veces para deducir que no vivía en un sueño sino en la realidad.

—Quiero que me lo cuentes todo. Todo lo que tienes que explicarme. No esperes a después del concierto —seguíateniéndolo encima de mí, intentando no aplastarme.

—Ven —se levantó y detrás lo hice yo.

Me calcé de nuevo y cogí una chaqueta fina. Podría intuir dónde íbamos. Me agarró de la mano. Tenía un tacto fino y delicado, la palma le hervía, como siempre. En detalles así no había cambiado. Me arrastró hacia abajo y con mucho disimulo ya que había gente en recepción y en el amplio vestíbulo, abandonamos el hotel. Disponía de un coche. La noche barcelonesa desfiló ante mis ojos de la misma forma que lo había hecho millones de veces cuando éramos pareja. Conocía el camino y cuando vi el lugar en el cual aparcó, supe de antemano que de ahí saldríamos con muchos asuntos aclarados. Bajamos del vehículo y contemplé las vistas. Nos encontrábamos en lo alto del Tibidabo, en nuestro particular rincón en el que solíamos ir a pasar largas jornadas para relajarnos. Seguí observando a mi alrededor. Me abracé a mis brazos para menguar la sensación de frío. Martín se percató de ello y depositó su chaqueta sobre mis hombros. Muy caballeresco por su parte.

—Gracias —dije en un tono de voz casi inaudible.

—Ven, siéntate.

Nos sentamos en el que tantas veces había sido nuestro banco. Tomó mi mano y la envolvió con las suyas. El frío de mi tacto contrastó con el calor del suyo dándome una sensación de paz que hacía años que no percibía.

—No sé cómo empezar.

—Por el principio estaría bien —respiró hondo.

—Antes de todo, perdón. Perdón por haber esperado tanto a dar el paso y darte explicaciones. No te lo mereces. Sé que te hice sufrir mucho y no sabes todo lo que realmente ocurrió. Tú piensas que te engañé con Patricia y no fue así. Nunca sería capaz de serte infiel. Patricia era tan solo una amiga que la discográfica me había presentado y que iba a fiestas de Miami. No sé si te acuerdas que tuvimos una gran discusión días antes que yo me fuera a Latinoamérica. Ahí pensé que no querías saber nada de mí. No iba a hacerlo público de esa forma. Jamás te hubiese hecho esa putada. Me presionaron de la discográfica. No paraban de repetirme que me dejarías tirado a la mínima y que no eras una buena influencia para mí. Tanto me presionaron que antepuse mi carrera a ti y a mi felicidad. Siento tanto el daño que te causé... Me aislé del mundo y Patricia fue un gran apoyo. No me he enamorado nunca de una mujer como de ti. La pequeña llegó de rebote y no pude aguantar más. Luego la separación y todo. Yo quería verte pero no encontré nunca el motivo ni el momento. He querido buscarte toda mi vida y ahora que te he encontrado, quiero arreglar todo lo que está en el aire.

Mi cara estaba empapada en lágrimas desde la primera frase. Él se vino abajo entonces. Me quedé unos segundos sin poder reaccionar, paralizada. Cuando mi cuerpo me lo permitió, lo abracé, acariciándole el pelo con suma ternura. Ambos lloramos. Noté su entrecortada respiración en el arco de mi cuello. Me sentí aturdida y desconcertada. Habían pasado muchos años y me estaba costando encajar lo que acababa de explicarme.

—Lo siento... lo siento tanto... —fue repitiendo en mi oído con la voz rota.

—Y yo... por estúpida que fui —dije entre sollozos—. Tantos años... tanta mierda que nos ha rodeado... y todo por un puñetero malentendido y por gente que no deseaba nuestro bien.

—Por favor... —suplicó.

—Necesito pensar —finalizamos el abrazo con delicadeza—. Me has cogido desprevenida.

—Te entiendo y respetaré todo lo que decidas.

—Pues podríamos empezar por regresar al hotel que mañana tenemos un concierto y si llegamos resfriados van a sospechar —sonreímos y me besó la mejilla con cariño.

No podíamos considerar que habíamos retomado la relación amorosa que teníamos antes. Solo nos habíamos desahogado. Teníamos las piezas del puzle y todo estaba en manos del destino. Solamente él sería capaz de determinar nuestros rumbos.

—¿Crees en las estrellas? —me preguntó todavía sentados en el banco y observando la estrellada noche que nos acompañaba.

—Creo en que hay algo que nos lleva a realizar ciertas cosas. Tú siempre has sido el sol y yo la luna.

—Y esto es un eclipse que nos une —y con una mirada y una ligera sonrisa tuve más que suficiente para creerme sus palabras.

Regresamos al hotel en completo silencio. En el trayecto no nos atrevimos a pronunciar ni una palabra sobre lo que acababa de ocurrir. Él tenía la habitación más cerca del ascensor que yo. Nos detuvimos enfrente de su puerta.

—¿Quieres pasar? —preguntó tímidamente.

Entré. Estaba todo ordenado y limpio. La habitación constaba de un baño y un dormitorio con una gran cama de matrimonio. A diferencia de mí, él dormía solo. Yo con Alba. Así nos lo habían asignado.

—Siéntate donde quieras.

Elegí el borde de la cama. Él se quedó de pie. Estábamos muy cortados.

—¿Te apetece tomar algo? Aunque aquí solo tengo un Kit Kat.

Nos lo partimos. Logramos iniciar una conversación sobre nuestras carreras y vidas profesionales. El ambiente fue destensándose poco a poco y nos fuimos sintiendo más cómodos.

—Siéntate, ¿no? —palmeé el colchón con la mano derecha—. ¿Tu niña entiende tu profesión? —me interesé.

—Sí. Tiene ocho años. Los niños de hoy en día conocen todas las tecnologías.

—Totalmente.

Me acarició la cola y la mejilla. La respiración se me aceleró instantáneamente y el corazón bombardeó más deprisa. Su mano descendió por mi costado hasta mi muslo. Mantuvimos la mirada firmemente. Me besó los labios castamente pero lo alargué hasta notar nuestras lenguas en contacto. Pasó un brazo por detrás de mi espalda sin dejar de besarme. De golpe y sin previo aviso me agarró de las caderas y me colocó a horcajadas encima de él. Atacó mi cuello provocándome un gemido. Perdimos el juicio lentamente. Quitó mi blusa de rayas a la vez que le desabroché la camisa. Jadeé cuando palpó mis pechos y me desató el sujetador. Los que nos estábamos desatando éramos nosotros. Me tumbó en la cama trazando un sendero de besos y caricias por mi torso. Me desnudó por completo con extrema dulzura. Sus besos se tornaron más prohibidos. Me aferré a la sábana reprimiendo un grito. Me estaba llevando al séptimo cielo de esa forma tan especial que nadie más había conseguido. Me importó poquísimamente la opinión de los demás en ese momento porque aquello era solo nuestro y lo íbamos a disfrutar sin atendernos a las consecuencias. Martín subió otra vez a mi boca. Me sonrió con picardía. Me coloqué encima de él y fui yo la que exploré por su cuerpo musculado y trabajado de largas horas de gimnasio y ejercicio.

—Carlota... —murmuró con voz ronca—. Que no tengo...

—Tranquilo, controlamos.

Se adentró en mí haciendo que el grito que había reprimido anteriormente saliera a la luz. Había sido una embestida un poco brusca.

—Perdón —musitó en mi oído.

—Sigue, por favor —pedí suplicante.

Nos amamos como nadie ha sabido amarse nunca. Fuimos uno solo. Me susurró al oído lleno de palabras cariñosas y lo mucho que había esperado ese momento. Nos olvidamos del mundo exterior para ser solo nosotros y nuestro amor. Nos dio igual que el día siguiente tuviéramos un concierto, que los compañeros pudieran olerse algo, los problemas que nos podía causar y el rumbo que a partir de esa noche podía tomar nuestra relación. Solo sabíamos una cosa: que otra vez, como quince años atrás, estábamos escondidos y en la luna.

Capítulo 3

31.10.2017

Martín

El reloj marcaba casi la una de la madrugada del 31 de octubre cuando me dejé caer sobre Carlota. Nuestras respiraciones continuaban aceleradas, la ropa desperdigada por el suelo, algo de sudor en el cuerpo y la mente completamente saturada. La besé tiernamente y me tumbé a su lado.

—¿Qué acaba de pasar? —pregunté todavía aturdido por el gran polvo y lo que nos habíamos amado hacía escasos minutos.

—No... no lo sé... creo que ha sido la locura más grande que he cometido en la vida —se deshizo de la cola atusándose la melena.

—Una bonita locura.

—Somos unos descerebrados.

—Ya, nos hemos pasado el “control” por el forro. A mí no me importa ser un descerebrado si es contigo —me sonrió cerrando los ojos.

—¿Qué pasará a partir de ahora?

—No lo sé.

Nos quedamos en silencio unos minutos. Le acaricié el pelo. Esa melena sobre los hombros ondulada le favorecía y le dejaba los rasgos tan aniñados al descubierto. Estaba preciosa.

—Eh, ¿Qué te duermes?

—¿Qué? No, claro que no. Tendría que regresar a mi habitación que si nos pillan...

Se enrolló una sábana al cuerpo, se levantó y recogió su ropa.

—¿Por qué te cubres? ¿Vas de recatada? Hace un rato no lo decías. Si ya lo tengo todo visto, mujer y puedo afirmar que con los años estás todavía más buena —se sonrojó y se rio tímidamente.

—Estás loco.

—¿Te das cuenta que nos estamos escondiendo nuevamente?

—Ya. Todo lo hacemos a escondidas.

Se encerró en el baño para vestirse. Al salir se puso las bambas y se peinó con las manos. Cogí el bóxer y me levanté para despedirme de ella. Se dirigió a la puerta sin decirme ni una palabra. ¿Y ese cambio de actitud?

—¿Arrepentida?

—No lo sé. Me has hecho sentir la mujer más especial del mundo pero... ¿Estamos haciendo lo correcto? ¿A qué nos llevará este reencuentro? No quiero volver a cagarla —confesó con ojos vidriosos.

La abracé fuertemente dándole un beso en una sien.

—Va a ir bien. Dejemos pasar toda la vorágine que viviremos mañana y con más calma solucionamos ciertos asuntos. No quiero que esto quede en una noche.

—Vale... de acuerdo —suspiró—. Vuelvo a mi habitación. Si me necesitas vivo en la 734. Buenas noches.

Nos dimos un corto beso y se fue. Por suerte no pasó nadie en el pasillo en aquel momento. Volví adentro. Me tumbé boca arriba aspirando el aroma que aún desprendían las sábanas. Olían a Carlota, a su dulce y particular olor. Suspiré anonadado. Las imágenes de esa pasión desatada tan anhelada durante once años por ambas partes se repetían en mi mente sin dejar cabida para otros pensamientos. Se me dibujó una sonrisa en el rostro. Esa noche quedaría para la posteridad.

“Estamos escondidos. Nos hemos escondido de nuestros compañeros nuevamente como en la academia. Hace escasas horas que he dejado a Hanna por teléfono y ya me he acostado con Carlota. No tengo ni idea de qué rumbo tomará mi vida con ella a partir de este momento. Lo único que sé es que pase lo que pase no me alejaré de ella porque sé que la puedo hacer feliz”.

Las horarias marcaban las dos de la madrugada. No podía conciliar el sueño. Di vueltas y más vueltas hasta que por fin logré dormirme. Fue un sueño inquieto y a las cinco volví a estar desvelado. “¿Duermes?”. Fue el WhatsApp que le envié a Carlota. “No puedo”. Respondió al instante. “Debemos intentarlo sino queremos parecer pandas”. Tardó unos minutos en responderme. “Venga, va, hasta luego”. Aparté el móvil de mi alcance. Conseguí volver a cerrar los ojos hasta las siete y media. A esa hora ya desistí de volver a intentar dormirme. Me levanté y bajé al gimnasio del hotel. Era temprano y nadie estaba despierto excepto Samuel, que ya ejercitaba su cuerpo desde primerísima hora de la mañana y sin rastro de resaca.

—Hey, ¿Qué haces aquí? —preguntó bajando de la cinta de correr y sentándose en un banco a mi lado.

—No podía dormir.

—¿Qué ha ocurrido? —apreció cierto nerviosismo en mi voz.

—Verás... cómo te lo cuento... ¿Callarás?

—Sí.

—Carlota y yo...

—¿Os...

—Sí —susurré. Abrió los ojos como platos—. No te emociones Samuel que te veo venir.

—No, no. ¿Cómo ha ido?

—Brutal, como siempre. Echaba de menos noches así —mis labios se curvaron para mostrar una sonrisa—. Pero creo que la hemos cagado.

—¿Por qué? ¿No usasteis protección? —bromeó.

—No es esto. No, no usamos pero no sé cómo gestionarlo y si lo repetiremos.

—¿Y Hanna?

—La dejé ayer por teléfono pero me parece que se presentará en el concierto. La discográfica se lo ordenará. Ellos me la presentaron.

—Uy... eso a Carlota no le sentará demasiado bien. Yo no se lo diría.

—Ya... —me pasé una mano por la cara—. Pero que conste que hablé con Carlota, que no solo nos acostamos.

—Me alegro. Id con cuidado, por favor. Y no le hagais daño.

—No es mi intención ni nunca lo ha sido. Tú lo sabes.

Al final de ejercicio no hice nada. Subimos a nuestras habitaciones. Eran las ocho de la mañana y hasta las once no nos marchábamos. Me duché y me vestí. Me llamó mi hija, Emma, que a sus ocho años sabía mucho más que todos los adultos. Una niña muy curiosa y observadora.

—¡Papi! —exclamó con su inocente alegría.

—¡Princesa!

—¿Qué haces?

—Pues ahora voy a desayunar.

—¿Está Hanna? —noté como la felicidad le disminuyó en el tono de voz.

—No.

—¿Habéis roto? —sabía la poca simpatía que le tenía. Hanna no se encargaba de ella ni por asomo y Emma hacía todo lo posible para no verla—. ¿Te irás con Charlotte?

A mi hija le expliqué cosas de la gran Charlotte y desde que la veía de jurado en un programa de televisión le había parecido una persona excepcional. Le conté que había salido con ella muchos años y que la quería un montón.

—Cariño... son cosas de adultos. La conocerás.

—¡Vale! Me voy al cole. Adiós papá.

—Pórtate bien.

—¡Sí! —colgó a la vez que alguien llamó a la puerta.

Fui a abrir con el teléfono todavía en mano. Era Carlota. Me sonrió tiernamente y nos dimos un beso en la mejilla.

—¿Bajas a desayunar?

—Sí. Es que estaba hablando con mi hija. ¿Has dormido algo?

—Algo. Estoy muy nerviosa.

—Irá genial, ya lo verás —cerré la puerta y la abracé por la espalda infundiéndole tranquilidad.

Estuvimos solos en el ascensor. Estábamos en una séptima planta. Nos miramos con deseo. Me abalancé sobre su boca y nos besamos apasionadamente. Su espalda tocó la pared y con un brazo la rodeé.

—Martín —susurró ahogando un gemido.

—Joder es que no me puedo resistir —se rio y seguimos besándonos.

Nos separamos cuando las puertas se abrieron. Por suerte nadie nos vio. Respiramos hondo y nos sonreímos.

—¿Lo sabe alguien? —pregunté de camino al restaurante.

—Ah...

—¿Alba? —asintió con la cabeza gacha—. Samuel también.

—Que no lo sepa nadie más.

Entramos juntos pero no revueltos. Nos acercamos a la mesa donde se encontraban Pol, Alba, Samuel y Lucía.

—Sospechoso... llegan juntos —se percató el catalán.

—Hemos coincidido en el ascensor, solamente esto —contesté.

—Siempre vas con segundas, ¿eh?—. Carlota le pegó una colleja y un amistoso golpe en el brazo.

Fuimos a buscar desayuno sin separarnos. Ella optó por café, obviamente, yo por zumo de naranja.

En la mesa de mientras...

—¿No veis muy buen rollo? —preguntó Pol.

—Mejor, ¿no? —se alegró Lucía.

—Ya. Se merecen estar en paz. Yo creo que han hablado y se han perdonado —barajó Samuel.

Alba le propinó un rodillazo y un pisotón por debajo de la mesa—. Ay, joder, ¿Qué te pasa?

—Calla —musitó entre dientes.

—Se han ido a la luna —se rio el catalán.

—Ja, ja. Carlota ayer dormía como un bebé y ahora callad, que regresan.

Simultáneamente en la máquina de café (narra Martín).

—No paran de observarnos.

—Disimula y no mires tú también para allá. ¿Se nos nota tanto? —preguntó preocupada.

—Chupetones no llevas así que por esta parte estamos salvados. Ahora... de no vernos en once años a pasar a estar aquí charlando mientras miramos como se llena una taza hay un mundo y supongo que lo ven raro. Ven, demos otra vuelta más por la comida.

—Pero si no quiero nada más.

—Da igual, que les dé tiempo a criticarnos.

—Me consuela saber que no llevo chupetones.

—Porque hay el concierto sino...

—Sino nada. Vamos a sentarnos.

—Cálmate.

Nos colocamos uno enfrente del otro. A medio desayuno me sonó el teléfono. Cuando vi de quien se trataba dudé en no responder pero me levanté a contestar por si las moscas. Era Eusebio, el director de la discográfica y que ejercía de representante sobre un servidor y Hanna. Y eso que yo tenía a Andrés...

—Buenos días Martín —dijo seriamente.

—Buenos días.

—¿Qué le has hecho a Hanna?

—Nada. Yo solo quiero ser feliz y a su lado no lo soy.

—¿Es por Charlotte?

—¿Qué? No, no, Charlotte no tiene nada que ver. Ella es solo una compañera en estos momentos.

“Si tú supieras...”

—Pues que sepas que Hanna va a venir al concierto.

—¿Qué? No, no la quiero ahí.

—Va a ir para que tu promoción aumente.

—No por favor —colgó sin dejarme insistir. Saldría perdiendo.

“Mejor que no se lo diga a Carlota. Y como siempre, permito que me controlen. Ahora que la estaba recuperando...”

Carlota

Cuando salí de la habitación de Martín esa madrugada me invadieron la nostalgia y el arrepentimiento. Entré en mi dormitorio y me tumbé en mi cama estallando en un llanto. Perdí la noción del tiempo entre lágrimas. Incluso creo que me dormí. Me desperté con la llegada de Alba que al ver que seguía vestida y tenía los ojos y la nariz colorados, se acercó a mí poniéndose de cuclillas. Me acarició la cara secándome un par de lágrimas que volvían a empapar me el rostro.

—¿Qué te ha hecho?

—Nada malo.

—¿Pues? ¿Por qué lloras? ¿Ha pasado algo?

—Demasiado para lo que yo pensaba y quería.

—No me estarás diciendo que...

—Sí, Alba, ocurrió lo que estás pensando.

—¿Y por qué estás así?

—Creo que me estoy arrepintiendo. No creo que haya dejado a Hanna.

—¿La ha dejado? Lo ha hecho por ti, seguro.

—Hemos estado hablando fuera de aquí. Me ha contado todo lo que ocurrió antaño y una cosa llevó a la otra y en la cama hemos acabado. Brutal, maravilloso, genial como siempre y como hacía años que no disfrutaba.

—¿Y ahora qué?

—Como dijo Sócrates, solo sé que no sé nada.

—Mírala que filosófica ella... —ironizó

—Yo necesito ser feliz pero no sé qué hacer.

—¿Por qué no habláis con más tranquilidad después del concierto?

—Sí, también lo había pensado. No sé. ¿Tú qué harías?

—Yo intentaría buscar la forma de ser feliz al lado de la persona que amo y en este caso Martín y tú estáis hechos el uno para el otro.

—No todo es tan sencillo.

—No pienses más que te va a dar un telele. Descansa Carlota.

Nos dimos un abrazo y le agradecí la charla. Me puse el pijama y después de dar millones de vueltas conseguí conciliar el sueño hasta las cinco, que me desperté sobresaltada por culpa de una pesadilla. El móvil me vibró. Era Martín.

—Carlota... —murmuró Alba desde la otra cama a la vez—. ¿Estás despierta?

—Sí... duérmete.

—¿Con quién hablas a estas horas? —estaba boca arriba con el teléfono en alto y pudo ver la luz de la pantalla.

—Con nadie.

—¿Martín?

—Odio que me conozcas tan bien.

—Son muchos años ya.

No dijo nada más, dio media vuelta y se volvió a quedar profundamente dormida. Yo también pude descansar hasta las ocho que desistí. Fui a despertar a Martín porque me venía de camino y quería saber cómo había llevado la noche. Lo del beso en el ascensor me cogió desprevenida porque yo no quería besarlo pero otra vez el corazón venció a la razón y me dejé llevar, como hice durante toda la jornada. Ensayar con él nuevamente me condujo a un estado de tranquilidad absoluto que hacía tiempo que no sentía. Se había convertido en un artista extraordinario y poder estar tan cerquita de él en una canción tan especial y sentida como la nuestra fue un verdadero placer y un lujo que nadie más puede fardar de haber vivido. Con una camiseta blanca de manga corta y un vaquero ajustado estaba para comérselo. Si ya en el ensayo me puso a mil, no podía imaginar en el concierto y vestido de gala. Intentamos no lanzarnos miradas cargadas de deseo durante los tres intentos de práctica pero fue inevitable aunque lo supimos disimular bien. Cada vez que acabábamos de cantar terminábamos con las cabezas pegadas, la respiración agitada y una sonrisa. Levantamos ampollas entre los compañeros pero no nos importó. Era nuestro momento y lo queríamos disfrutar.

Por la tarde estuvimos preparándonos los atuendos del concierto. Compartí camerino con Alba,

Lucía y Estefanía. Las cuatro estábamos histéricas.

—Tía, ¿No crees que la pasión se os desatará? —me preguntó Alba algo angustiada—. Martín no ha dejado de mirarte y los gestos, como de agarrados estabais, el final... ve con cuidado cielo que hay gente muy mala.

—¡Yo no sé qué les haces a los hombres, chiquilla! —exclamó Lucía alegremente.

—Martín no para de perseguirte y no niegues que a ti también se te van los ojos —añadió Fanny.

—¿Yo? Pobre de mí —me acabé de calzar.

Las tres se fueron un momento afuera para observar el panorama. Yo no salí porque un WhatsApp irrumpió en mi móvil. Era Javi, que no había podido acompañarme. “Mucha suerte esta noche, seguro que te va de lujo. Disfruta que te lo mereces”. Sonreí tontamente. “Gracias, estoy muy nerviosa”. Me respondió al instante: “Que sea leve, tranquila irá bien, estás hecha para esto”. Nos intercambiamos algunos emoticonos de fuerza y despido. Al momento llegó Alba, corriendo y cerrando con rapidez la puerta para impedir que alguien nos viera u oyera.

—Sister, tenemos un grave problema. Hay algo que debes saber.

—¿Qué ha pasado? —pregunté incrédulamente.

—Hanna se ha presentado sin previo aviso.

—¡Lo sabía! —exclamé con rabia poniéndome en pie—. Me va a oír, me va a oír. Me ha engañado —fui de camino a la puerta pero Alba me atrancó el paso.

—Te calmas. Martín ya se ha cabreado por ti. Se ve que Eusebio lo ha llamado esta mañana y él no ha podido insistir en que no fuera. Acabamos de hablar.

—¡El otro! Si es que este hombre solo quiere el mal para Martín.

—Te lo repito, no vayas a echarle la caballería a Martín porque él no quería que ella viniera. Y ni una lágrima. Sal ahí con la cabeza bien alta que estás para mojar pan —llevaba un mini vestido negro con encaje en la parte del cuello para la primera actuación conjunta de todas las chicas.

Tal y como dijo Alba, salí al pasillo con naturalidad y seguridad sobre mis tacones de doce centímetros. Crucé una mirada con Martín pero se la retiré rápidamente. Hanna andaba hablando con Pol y samuel. Vi a mis padres a lo lejos y me acerqué a ellos rápidamente. Me desearon suerte y se marcharon a sus asientos. Todos a sus puestos, comenzaba el espectáculo.

Disfruté como una chiquilla estrenando el concierto con mis compañeras. Me emocioné cantando con Lucía y agradecí el trato al público y la gran ovación con mi primer single. En las tres actuaciones llevé ropa distinta. Del mini vestido del principio pasé a uno largo rosa palo con una lazada en la cintura en blanco y de ahí a otro corto rojo y negro para mi single. Pero aún quedaba la joya de la corona. Esa pieza única y que tantos recuerdos, buenos y malos, me traía. La gran *Luna*. Antes, pero, Martín tuvo la oportunidad de interpretar uno de los covers más bonitos que le había oído realizar y que cantó en la academia demostrándonos su lado más romántico. *Procura olvidarte* me afirmó quince años atrás mi amor por él. Cantó antes de nuestro dúo. Ya cambiada para la siguiente actuación con un mono largo azul marino la mar de elegante me esperé en mi lado del escenario observándolo embelesada. Tuve que tragarme el nudo en la garganta para poder respirar y encarar la recta final. Martín me vio al instante y en ocasiones se giró hacia mí.

—Porque a veces por mucho que queramos olvidar, hay recuerdos y hay personas que persisten —concluyó—. Y ahora me gustaría presentar a una chica muy especial y que sé que estáis esperando desde hace un buen rato. A veces está en la luna pero es una mujer con los pies en la tierra con la que hacía mucho tiempo que estaba deseando volver a cantar. Por favor, un fuerte aplauso para Charlotte —me mantuve en mi lado del gran escenario escuchando la introducción de

la banda.

“Bueno Carlota, aquí estás, quince años después, enfrente de él, aparentando no haber pasado una noche pasional y romántica e intentando no hacerte la dura. Está guapísimo. Esta americana le queda de perlas. Y esa sonrisa... me vuelve loca”.

Martín llevó las riendas de la canción en lo que a expresión gestual se refiere. Vestido con traje negro y camisa blanca estaba para mojar pan. Comenzamos la pieza cada uno en una punta del escenario. Los gritos del público fueron ensordecedores. Era el momento más esperado. Estiré una mano hacia un lado como un ‘aquí estamos de nuevo’. Me sonrió en la distancia y agaché la mirada volteando la cabeza hacia el lado contrario. No olvidemos que tenía un incipiente cabreo por la aparición de Hanna. Nos fuimos acercando hasta que solo quedara la pasarela central como separación. Cuando empezó a cantar su estrofa caminé hacia mí y posó una mano sobre mi espalda. El chillido general fue demasiado. No fui capaz de devolverle el gesto. Estaba demasiado nerviosa. Le miré los labios y la boca recordando la noche anterior. Mi turno no se hizo esperar y aunque quise separarme unos centímetros de su cuerpo, no pude. Volvió a sonreír y se colocó de perfil apoyando su cabeza contra la mía para después separarse y agarrarme la mano. Me alejé en un arrebato segundos antes del primer estribillo. Nada, no hubo manera, la parte principal en marcha y nuestros dedos entrelazados. Martín me estaba buscando y parecía disfrutar con cada movimiento. Yo no, yo solo quería controlarme, terminar y hablar en privado. Sin embargo, la pasión cantando y los ínfimos roces entre ambos desconcertaban a cualquiera y a mí la primera. En medio del estribillo volví a deshacerme de su agarre ya que yo necesito mi espacio y realizar mis propios gestos en mis solos. Supongo que entendió que ansiaba estar lejos de su persona unos segundos. Nos fuimos viniendo arriba con la fuerza empleada a pesar de los nervios y sin quererlo terminamos esa parte abrazados, con mi mano libre en su nuca y la suya en la curva de mi espalda.

“Martín... no la bajas”.

Me lanzó una mirada alentadora junto a una sonrisa encantadora durante el trozo instrumental. La suavidad de las notas del piano contrastó con nuestra energía desatada en dos minutos. Apenas nos movimos al son de la música pero no pudimos separarnos. Me besó una sien.

—No bajas la manita —le susurré sin que se me escuchara por el micro.

Se rio deslizado la mano por mi cintura mientras yo bajaba la mía por su torso delicadamente hasta encontrarla con la suya. Estiramos los brazos y me enrolló sobre el suyo durante mi turno de cantar en la segunda estrofa. Me solté para mirarle los ojos. Me pierdo en ellos. Me encanta su color. Y en esa ocasión cuando escuché su mágica voz fui yo la que se pegó a él y lo abrazó porque Martín tenía razón, debíamos olvidarnos de todo y de todos y disfrutar de ese momento que solo se vive una vez y si el día siguiente ocupábamos titulares pues los ocuparíamos. Me reí cuando hundió dos dedos en mi costado provocando que tuviera que despegarme para no levantar más ampollas ni estallar en carcajadas. Me aparté un mechón de pelo de la cara. Lo llevaba ondulado y me caía por los hombros de una forma que me encantaba. Martín apretó su mano con la mía en el segundo estribillo. Le devolví el apretón. De esa manera nos transmitimos ese sentimiento que tan escondido llevábamos. Me rodeó la espalda con un brazo. En la tercera estrofa el calor ya traspasaba fronteras y entre nosotros no cabía ni un alfiler. Culminamos la pieza con un último estribillo en el que no me apeteció caminar la pasarela. Los tacones me estaban matando un poquito y con la mirada le indiqué que se mantuviera quieto ya que vi sus intenciones. Se fue hacia atrás con brío para volver a mí y engancharme a su cuerpo. La frase final la dijimos de la mano, con todo nuestro poderío y escoltados por un público que no podía apartar el estupor

de sus miradas. Nos unimos nuevamente con un ‘luna...’ que finiquitó la noche. Frente a frente, la música había acabado, el espectáculo no.

Nos abrazamos con toda la fuerza del mundo. Incluso me levantó del suelo. No pude evitar emocionarme.

—Gracias —me susurró al oído sin deshacer el abrazo —Gracias por hacer de cuatro minutos de canción algo tan mágico.

—Gracias a ti. Soluciona tus problemas, Martín.

—Estoy en ello.

Anduvimos por la pasarela hasta el final. Su brazo en mi cintura y mi mano agarrando la suya por detrás. Presté atención en lo que se escuchaba en el Sant Jordi. ‘Vuelve con Carlota, vuelve con Carlota’. Ambos nos miramos y arqueamos las cejas. Saludamos con un leve movimiento de cabeza muy profesional. El corazón me latía desbocado. Martín señaló una grada donde se alzaba un ‘Charlotte’ con letras fluorescentes. ‘Tranquila’ me dijo moviendo los labios. Me sequé una lágrima rebelde con disimulo.

—Quiero decirte Carlota porque para mí siempre serás Carlota, ya lo sabes —los ojos andantes iniciaron su discurso. Sonreí enternecida —que esto ha sido un sueño cumplido. Muchas gracias por regalarme el privilegio de volver a cantar contigo quince años después una canción como esta. Siempre te he querido mucho y te querré y aunque las cosas a veces no hayan funcionado, gracias por estar hoy aquí —empecé a temblar.

La vorágine de sentimientos y de emociones que estaba sintiendo causaron ese temblor. Pensé que entre eso, el rápido bombeo de la sangre, la respiración entrecortada y las lágrimas acumuladas, me moría.

—Que sepa la gente que esto nunca cambiará. Que el cariño, el respeto y el amor que te tengo siempre seguirá intacto.

—Gracias —no pude pronunciar la palabra, solo mover la boca.

Me abrazó otra vez y en esa ocasión, al separarse, me besó la mejilla. Bueno eso de mejilla es relativo ya que sus labios se posaron al borde de los míos. El griterío general se elevó hasta unos límites jamás vistos. Lo que el público creyó fue que Martín me había besado con todas las letras ya que su cara se volteó hacia mí dando la espalda a los espectadores. Pero no, el chico de los ojos azules solo había tocado mis labios parcialmente.

—Di algo mujer que te has quedado muda.

—Que no sé qué decir... las sensaciones son mutuas. Un placer estar hoy aquí contigo también. Y que te quiero mucho —‘y yo a ti’ murmuró sin el micro—. Y a tu familia que les mando muchos besos y bueno, eso...

—¿Repetimos el final?

—Venga va.

Y con toda la banda tocando entregada y nosotros dos agarrados volvimos a cantar la última frase seguida de un abrazo final donde volvió a alzarme dándome una vuelta. Tendrá fuerza el capullo... Nos mantuvimos demasiado abrazados.

—Cuanto te he querido mi vida... y cuanto te quiero —me susurró al oído.

—Martín... —supliqué.

—Eh, estamos juntos en esto. No lo olvides —me acarició la mejilla y nos separamos.

Los aplausos no cesaron. Regresamos al centro del tablado. Hizo una leve reverencia ante mí y chocamos los cinco graciosamente para después reírnos. Solo nosotros habíamos experimentado lo que se sentía con *Luna* y a partir de ese momento el lienzo estaba en blanco.

—Ahora sí, ¿no? —solté yo.

—Ahora sí que sí —afirmó Martín convencidísimo.

Presentamos a los músicos y seguidamente a Lucía entre risas para la penúltima actuación donde le hacíamos los coros ya que participamos en un festival mundial musical donde llegamos a la fase definitiva y quedamos quintos. Junto a nosotros Samuel, Estefanía y Alba. Y el colofón fue la canción colectiva, nuestro himno de la academia. No me situé al lado de Martín sino entre Pol y Rafa en una esquina. Cuando Martín tuvo su momento solista lo miré como una madre que mira orgullosa a su hijo y en el estribillo definitivo casi no pude cantar de la emoción. Lloré lo más grande. Charlotte la fría, Charlotte la que no tenía pelos en la lengua, la que había vivido demasiado, completamente rota y con la voz quebrada disfrutando de ese fin de fiesta. Y con el confeti y el repiqueteo de los músicos nos fundimos en abrazos y besos. Al último que me acerqué fue a Martín.

—Carlota que estás al borde de un ataque de nervios. Ven aquí luna —me estrechó entre sus brazos—. Ha sido genial.

—Tenemos que hablar, Martín.

—Lo sé. Me lo has dicho antes.

—Me voy al camerino. Ahora nos vemos. Espero que no me hayas mentido.

Del brazo de Alba caminé por los pasillos hasta los camerinos. Tenía que digerir las emociones que nos había supuesto subirnos los dieciséis a un escenario quince años después. Jesús me detuvo.

—No mires las redes, Carlota. Dicen que Martín te ha besado la boca.

—¿Qué? Pero...

—Hazme caso —me interrumpió.

Me extrañó un montón que un beso en la mejilla se pudiera confundir tanto. Me dejé caer sobre un banco del camerino desprendiéndome de los tacones con una expresión de alivio.

—¿Sabes algo? —le pregunté a Alba.

—Algo he visto.

Cogió su móvil a la vez que entraron Lucía y Estefanía.

—Chiquilla, Carlota, ¿Qué es eso del beso? —se inquietó la primera.

—Twitter arde, cielo —apostilló la canaria.

Alba buscó las imágenes de lo ocurrido. Definitivamente cualquiera podía pensar que Martín y yo nos habíamos besado de forma amorosa. Había fotos, vídeos, gifs, memes... de todo y variopinto, incluso desagradable quedando yo como 'la otra y la desesperada'. No me gustó nada de nada.

—Yo no creo que te haya besado. Se le cae la baba contigo pero sois suficientemente cuerdos para no liarla —comentó Lucía.

—Ya ves Carlota. Solo vosotros sabéis lo que habéis hecho. Martín te ha dado un beso al lado de los labios porque le ha apetecido.

—O por crear espectáculo sabiendo que nos miraban con lupa. Este me ha engañado. Y si no es así, ¿Me contáis la súper aparición de Hanna? Según él, ayer la dejó.

—Ha sido Eusebio, fijo —dijo Alba tajante—. Ese hombre es un cabrón. Ya te lo he dicho antes, que no escuchas.

—No lo puedo entender—. Estefanía se dejó caer a mi lado—. Ayer aparece en la comida y ahora me estás diciendo que rompió con ella. Yo jamás entenderé a este muchacho.

—Digamos que una noche da para mucho —mi sister no se podía mantener callada, no...

—¿Qué ha pasado, Carlota?—. Lucía se colocó enfrente de mí.

—Veréis... no puedo hablar.

—¿Os habéis acostado? —sus ojos se iluminaron como hacía tiempo que no los veía en alguien.

—Sí —musité. Abrieron la boca para hablar pero las frené—. Callad, no quiero oír ni una palabra al respecto.

—¿Arrepentida? —me encogí de hombros.

—No sé qué pensar.

Y de golpe y sin previo aviso, unas silenciosas lágrimas comenzaron a deslizarse por mis mejillas. Apoyé los codos en las rodillas y la cara en las manos. Mis amigas me rodearon, abrazándome y consolándome. Era un llanto de desesperación, de nervios, de todo el estrés acumulado en el reencuentro, de no saber qué rumbo tomar acerca de la relación con Martín, acerca de mi vida, básicamente. Estuve unos minutos sumida en un mar de lágrimas pero lograron animarme.

—Con lo bonita que eres tú y ahora te me vienes abajo —dijo con cierta sorna Lucía—. Le meto un chancletazo al Martiño que se va a enterar.

—Más bien un taconazo —se rio Fanny.

Con sus risas, me contagiaron y pasé de las lágrimas a la sonrisa. Sonó mi móvil y no dudé en mirar de quien se trataba. Era Javi. “Cacho beso, ¿no?”. Lo ignoré. No tenía ganas de responder a esa pregunta inadecuada. Me acabé de cambiar de ropa y me puse en pie. Me lavé el rímel corrido y abracé a las chicas. Nos fuimos a la fiesta que se había organizado en una de las salas contiguas. Volvía a ser yo con unos vaqueros negros y una camiseta fucsia. Y unas preciadas deportivas que mis pies agradecieron con creces. Los padres de Martín me saludaron efusivamente. Hacía tiempo que no los veía. Mantuvimos un amable diálogo. Busqué a los ojazos con la mirada. Estaba hablando con... ¿Mi padre? Sí, sí, y sin rencores. Hanna no le quitó ojo. Un chico de producción se acercó a mí y me comentó que necesitaba grabarme para un vídeo de agradecimiento en redes sociales.

—Sería bueno que pudieras hacerlo con Martín. Ya sabes por lo de la canción... y porque sois los únicos que me quedáis.

Martín y yo nos encontramos con la mirada y le gesticulé que se acercara. El chaval nos condujo a un rincón sin ruido y nos dio las indicaciones pertinentes. La principal premisa: sonreíd.

—Bueno aquí Martín —empezó él.

—Y Carlota —continué yo—. Y queremos dar las gracias a todos por hacer posible este concierto.

—Para todos ha sido muy especial y ojalá se volviera a repetir en un futuro. Os mandamos un beso fuerte —lanzamos un beso a cámara.

Antes de regresar a la fiesta le expliqué que las redes ardían con nosotros. No había mirado absolutamente nada y quedó a cuadros.

—Soluciona el problema de Hanna primero. Solo nosotros sabemos que no me has besado.

—Poco me ha faltado pero me he contenido y he pensado que un besito en la mejilla no te haría daño.

—Es que casi me besas los labios.

—Ya, se me ha ido la mano. No te preocupes, luego hablamos. Voy a intentar deshacerme de Hanna.

Volvimos por separado. Me acerqué a Lucía al ver que Alba estaba ocupada con su novio. Me agarró del brazo y dimos una vuelta alejándonos del barullo.

—¿Y cómo fue? —preguntó curiosa.

—¿El qué?

—Coño pues la noche con Martín.

—Especial —sonreí como una boba—. Hablamos y ocurrió. No era mi intención pero se nos fue de las manos.

—¿Te imaginas que te sale un hijo?

—Venga Lucía no exageres.

—¿Hubo protección?

—No.

—¿Marcha atrás?

—No estuvimos a tiempo pero yo controlo.

—No te tomas pastillas desde que dejaste a Javi definitivamente.

—Bueno pero un día es un día, que no pasa nada. No hagamos una montaña de un grano de arena. Va, ahoguem las penas en alcohol. ¿Te apetece una copa de vino blanco?

—Lo que tú digas Carlota pero sabes que pocas veces me equivoco.

—¿Tú qué crees que debo hacer? —si alguien me podía aconsejar esa era Lucía.

—Ser feliz, simplemente esto. Buscar los ingredientes para cocinar la paella de la felicidad. Y creo que Martín es el principal. Solo debes saber gestionarlo y a tus 38 tacos eres suficientemente capaz.

Martín

“Carlota, tú que fuiste el amor de mi vida, que lo sigues siendo, ¿Por qué nos lo ponen tan complicado? Se ha presentado Hanna aquí, te veo ida pero estás preciosa y disimulas muy bien tu malestar. Aquí me tienes, listo para cantar contigo ese *Luna* que tantos recuerdos nos trae. Espero estar a la altura, de ti, de la reina, la diosa del directo. Ah y aunque procuro olvidarte sabes de sobra que es imposible. ¿Quién puede olvidarte a ti? Yo, al menos, no”.

Derrochamos complicidad. Me dejé llevar por el ambiente y el hecho de reencontrarme con ella en un escenario. Quizá me excedí con los movimientos. Dejamos circular poco aire entre nosotros y viniendo de Martín y Charlotte solo podía significar dos cosas: o estaban fingiendo o se habían visto de otras maneras antes de la actuación. Carlota se emocionó en exceso. Es dura, pero tiene sentimientos y un corazón que no le cabe en el pecho. Los nervios la vencieron. Yo supe controlarme. Y sí, la besé. No los labios porque la repercusión hubiera sido todavía mayor pero sí la mejilla (relativamente). Y aunque me jodía, tenía razón. Mi problema no era no saber afrontar la vida a su lado. Mi problema se llamaba Hanna y llevaba junto a él otro: Eusebio que gracias a dios no estaba en esa fiesta posterior pero que había visto el espectáculo desde las gradas.

Me fui al camerino a recoger mis pertenencias con una mezcla de sensaciones bastante rara tras haber sido grabado por producción con mi luna. Lo compartí con Pol, Samuel y Jesús. Estaban los tres dentro guardando la ropa del concierto. Estaba contento por el resultado final pero me sentía mal por Carlota. En el colofón colectivo la había visto destrozada y completamente rota por la emoción. El catalán se hizo el gracioso con el tema del reencuentro entre Carlota y yo.

—Pues con lo del beso vaya tela —comentó Jesús.

—Sí, ya lo sé —respondí encogiéndome de hombros.

—Mira. —Samuel me enseñó las imágenes.

Me llevé las manos a la cabeza al ver todo lo que circulaba por Internet. Seguro que a Carlota no le hizo pizca de gracia. Mi intención no era hacerle sentir ‘la otra’ ni mucho menos parecer que le daba un beso de amor.

—Carlota ya lo sabe —me pasó una mano por el pelo—. Ella misma me lo ha explicado. La he cagado y mucho.

—¿Te la has tirado? —preguntó incrédulo Pol.

—No, no —mentí—. Ayer hablamos y ya.

Salimos a la fiesta. Carlota estaba junto a Lucía y Miren tomando una copa. Hanna me asaltó colocándose enfrente de mí e impidiendo verla.

—¿Qué te pasa, amor? —preguntó intentando besarme.

—Déjame ya de una vez —la aparté con delicadeza para no montar una escenita desagradable.

—Estoy aquí por ti.

—Por mí ya te puedes ir.

—Eh, cálmate —se acercó a mi boca otra vez y le hice una cobra muy exagerada—. ¿Qué te pasa? ¿Ahora solo besas a las ex? Te lo perdono porque la chavala va necesitada pero te lo podías haber ahorrado. Eusebio estaba que trinaba.

—Vete y no le vuelvas a faltar el respeto a Carlota.

—Me voy porque estoy harta de esta gente pero volveré. Ya verás lo que haré. Ya verás —amenazando en alto abandonó la fiesta.

Tuve intención de ir con Carlota a hablarle pero ya había desaparecido. Samuel estaba sentado

en un taburete con Alba. Fui hacia ellos rápidamente.

—Albita, cariño mío. Tú que eres tan guapa, tan buena persona y tan dulce...

—Calla zalamero —me espetó la aludida—. Carlota está en el hotel si es lo que quieres saber. Dale espacio.

—No puedo, tengo que hablar ya con ella —me inquieté.

—Martín —intervino Samuel—. Cálmate y respira.

—Es que lo del beso me tiene confundido. Que están diciendo que es una farsa, un montaje... que no la he besado joder ni quiero que se confunda más. Bastante confusión llevamos ya encima.

—Me parece que Carlota es suficientemente madura y lista para pensar que tú no haces estas cosas.

—Me voy. Estoy cansado.

—Vale, perfecto. Nos vemos pronto, hermano —me abracé a Samuel y di dos besos a Alba.

Cuando llegué al hotel me esperaba una sorpresita en la habitación. Hanna estaba ahí, recostada en la cama.

—¿Qué haces aquí?

—No puedes dejarme así como así.

—Tú no puedes ir jodiéndome la vida.

—¿Qué tiene ella que no tenga yo? —dramatizó poniéndose en pie.

—¿Ella quién?

—Charlotte.

—¿Pero por qué la sacas? Si la chica no te ha hecho nada.

—Martín, cariño, que no soy ciega. Se te iban los ojos en el escenario.

—Déjame y vete. Porque si no te vas de aquí, me iré yo a otra habitación.

—Pues adiós. No me pienso ir. ¿Dónde quieres que vaya?

—Lejos, lejos de mí. Tranquila, ya me marcho, no soporto una noche más contigo.

Y como le dije, me marché. Tenía varias opciones: ir a dormir con un compañero, pedir una habitación en recepción, regresar a Madrid en el primer vuelo o tren que encontrase... pero me decanté por la más loca y disparatada.

Capítulo 4

01.11.2017

Carlota

Eran las tres de la madrugada del estrenado primero de noviembre cuando dos toques me hicieron levantar de la cama. Seguía despierta, incapaz de pegar ojo y manteniendo una conversación con Alba por teléfono. Había decidido ir a dormir con su novio.

—No te preocupes sister, venga hablamos, un beso —abrí sin tan siquiera pararme a pensar de quien se podía tratar. Colgué la llamada y me apoyé en el umbral de la puerta—. ¿Qué quieres?

De todas las personas que podía pensar que llamarían a tales horas a la puerta de mi habitación, él era el último y sin embargo ahí lo tenía, acongojado y serio. Me miré el aspecto disimuladamente. Gracias a dios solo me había deshecho de las bambas, los calcetines y el maquillaje.

—Estás enfadada, ¿Verdad?

—Pasa.

Se sentó en el borde de la cama de Alba. En mi habitación había dos camas individuales juntas. Yo me senté en la mía.

—¿A qué se debe esta visita? ¿Sabes la hora que es?

—Sí, sí lo sé. Y para de hacerte la dura.

—No me estoy haciendo la dura —repliqué.

Sí, estaba hablando secamente.

—Carlota, que nos conocemos. Ya sé que estás enfadada.

—Si estuviera enfadada te hubiese cerrado la puerta en las narices y no lo he hecho. Estoy dolida.

—¿Conmigo?

—¿Me has engañado, cierto? —noté que las lágrimas se agolpaban en mis ojos preparándose para salir.

—No, no, te equivocas —se acercó a mí.

—¿Y por qué está Hanna aquí?

—No lo sé. En serio, yo le he dicho que no viniera y ahora va y se me presenta en la habitación —entrelazó sus dedos con los míos.

—Lo sé. He tenido la mala suerte de compartir ascensor con ella —el desprecio en mi voz fue más que palpable.

—¿Qué te ha dicho?

—Ni me ha mirado. Que lo intente que le canto las cuarenta.

—Te juro que no sé qué pinta aquí. Me la he intentado sacar de encima de todas las formas pero Eusebio me está puteando.

—¿Y crees que eres feliz dejando que alguien ajeno a ti controle tu vida privada? Porque tal y como su nombre indica, es privada, tuya, que no tiene nada que ver con la profesional.

—Sí, sí, sí tienes toda la razón del mundo y quiero cambiarlo pero no es tan fácil.

—Bueno, cambiemos de tema. ¿Pretendes desmentir lo del beso?

—Te lo he dicho antes, no quería malinterpretar la situación. Yo solo quería darte un beso de forma elegante. Me moría de ganas de besarte, no te lo negaré, pero no iba a montar un espectáculo innecesario y que tú no hubieses aprobado. Otra vez te hago una cobra si quieres —sonreí poniendo los ojos en blanco—. Carlota, cielo, yo no quiero esto. No sé qué hay entre nosotros pero no quiero hacerte daño y no paro de cagarla.

—Tenemos que aclarar cualquier especulación. Sobre todo tú.

—Lo haré.

Nos quedamos en silencio, mirándonos el uno al lado del otro, agarrados de la mano. Se acercó a mi boca pero me retiré. Francamente, no sé el motivo de haberme apartado pero estando Hanna a cuatro puertas de nosotros no quería acabar rendida a sus brazos y que ella se enterara.

—¿Y esa cobra? —preguntó pícaro.

—La que te tenía que haber soltado en el escenario —me burlé.

—Oh, que ataque más gratuito. Que golpe bajo —nos reímos.

Se levantó y cogió una almohada para lanzármela. Me defendí bien y le seguí el rollo. Quien me lo iba a decir a mí que ese simple gesto cambiaría mi estado de ánimo por completo. Me puse en pie y le devolví el almohadazo. Se rio cuando vio que el cojín fue al suelo. Me persiguió y me acorraló entre la pared y su cuerpo. Noté su respiración cerca de mi boca y no pude reprimir besarlo. Fue un beso tierno y corto. Aun así, no permití seguir besándonos.

—Carlota... —musitó con mi cabeza pegada a la suya.

—Martín... necesito pensar mucho.

—Déjame pasar la noche contigo, por favor —suplicó—. No tengo adonde ir.

—De acuerdo pero que corra el aire —torció el gesto—. Ni una protesta que te mando al balcón.

—Gracias. Te debo una.

Me abrazó con fuerza y contento como unas pascuas. Me tumbó en la cama y se colocó sobre mí de la alegría.

—Martín bestia —me quejé—, que me haces daño.

—Perdón, perdón —rodó hasta la cama de Alba y tiró los zapatos al suelo.

—No dormirás con ropa de calle, ¿verdad?

—Mírala ella y sus indirectas —me reí inocentemente.

—¿Yo? —me llevé una mano al pecho levantándome.

—Tú tampoco te has cambiado todavía.

—Pero yo ahora cojo un camisón —que tenía doblado en la maleta—. Voy a cambiarme y vuelvo.

—Te podrías cambiar aquí. Total ya te dije ayer que te lo había visto todo y tengo que reconocer que has mejorado como el buen vino.

—No lo intentes guapo, no lo intentes.

Me encerré en el baño. ¿Qué estaba haciendo? Había comenzado enfadada con él por todas las emociones del concierto y la presencia de Hanna y ahora estaba ahí, tumbado en la misma cama que iba a dormir yo dispuesto a pasar lo que quedaba de noche. Como mínimo la ropa interior que llevaba era algo sugerente y el camisón corto y con alguna transparencia. No tenía intención de enrollarme con él pero con Martín nunca sabes donde empiezas y cómo acabas. Y la situación era tentadora...

Martín

“Oh... dios... mío... bendito *Woman's Secret*... ¿No sabe que está guapísima? ¿No lo ve? ¿Quiere hacer perderme el juicio? Luego no quiere que me acerque. ¿Por qué me hace esto? ¿Por qué me provoca tanto? Esto es jugar sucio Carlota y no voy a quedarme quieto. Estoy soltero, me da igual lo que diga la gente y tú y yo deseamos como nunca repetir la noche anterior”.

Carlota salió del baño con la cabeza gacha. Me quedé asombrado. Estaba preciosa, siempre lo está. El corto camisón negro le quedaba como un guante. Su aire inocente le realzaba su innata belleza. Se tumbó a mi lado peinándose con las manos. Yo me había quedado en un simple bóxer gris. Se ruborizó ya que no me escatimé en cubrirme con la sábana de la cama de Alba. Tan fuerte y directa que se muestra en público y sin embargo en ese momento parecía cohibida y hasta incluso frágil.

—Que tímida te has vuelto de repente, ¿eh? Estás como una diosa —sonrió levemente—. Va, tumbate.

Se tumbó de espaldas a mí. A pesar de haber afianzado nuestra relación la seguí viendo bastante distante conmigo.

—Carlota... —le apreté el hombro débilmente.

—¿Qué?

—¿Puedo... puedo abrazarte?

Carlota no respondió con palabras. Se volteó hacia un servidor. Extendí los brazos y se cobijó en ellos. Estuvimos unos minutos en silencio, abrazados, sintiendo el calor del otro. Suspiró.

—Ojalá pudiéramos estar así toda la vida. Después de once años poder revivir estos instantes es mágico. ¿No lo crees así?

—Prefiero mantener la mente en blanco y no pensar en todo lo malo que nos ha rodeado y nos rodea todavía. Pero sí, es mágico.

—Sonará a moñas pero te he echado de menos. No sabes lo arrepentido que estoy —apoyé la cabeza en la suya—. Sobrepuse mi carrera a ti y eso no podré perdonármelo.

—Eh —levantó la mirada y nuestros ojos se encontraron—De los errores se aprende. Poco a poco todo volverá a la normalidad.

—¿Y qué es la normalidad? Me parece que hace once años que olvidé su significado —me quejé.

—Sí, sí lo sabes. Normalidad es levantarte por la mañana y estar ilusionado por el trabajo que tienes. Vale, no tenemos un curro de horarios fijos ni de estar en una oficina pero nos debemos a un público, Martín. La música nos da de comer. Quizá tú no lo has sabido gestionar pero si cambiaras ciertos aspectos de tu vida lo conseguirías.

—Para ti es muy fácil. Tienes tu discográfica, tus músicos, tus amigos, incluso tu ex trabaja contigo. ¿Sabes lo que es sentirse solo en una habitación de hotel?

—Me hablas como si yo no trabajara de lo mismo que tú. La soledad del artista es más común de lo que crees. Eres un ídolo en América y en el resto del mundo. La gente te quiere y eso es muy bueno. Estás consagrado como uno de los mejores. Que te sientas solo es fruto de malas decisiones pero no estás solo. Tienes a tu familia, a Andrés, tu hija —remarcó—que es lo más bonito que te podía pasar. No me creo que no tengas amigos. Vale, Eusebio, Hanna y toda la troupe te putean pero tienes que ser fuerte. No puedes venirte abajo. Yo no me enamoré de un Martín cabizbajo y rendido. El Martín que yo conocía los tenía bien puestos, disfrutaba con su música, sus éxitos, luchaba. No me parece que estés luchando.

—Me faltas tú —se me quebró la voz.

—Eh, estoy aquí —me acarició la cara—. Estamos en el mismo barco, pero tienes asuntos pendientes que solucionar. Hasta que no te quites estos lastres de encima no serás feliz.

—¿Tú lo eres ahora mismo? —se quedó en silencio y tragó saliva—. Ni tú lo sabes. Supongo que no estás con nadie.

—No, ya no. Pero no se trata de mí, Martín, sino de ti. Cuando *Producción Musical* me echó, me busqué la vida. Estaba sola también pero me espabilé y creo que tú deberías hacer lo mismo. Despréndete de tu discográfica y respira. Quizá luego lo veas más claro. No puedo decirte más porque no sé lo que has vivido tanto tiempo, solo lo que has mostrado. Lo que has sentido solo lo sabes tú.

Me quedé absorto en su mirada. Me secó una tímida lágrima con delicadeza y respiré hondo. Estaba nervioso. Carlota había sido la única persona capaz de desarmarme y de buscar mis debilidades.

—¿Y tú cómo estás? Ya hemos descubierto que estoy en la mierda. ¿Cómo estás tú realmente? Y no menciones el reencuentro que esto ya sé que te preocupa.

—Estoy. Ni bien ni mal. Tengo conciertos, tengo trabajo y puedo seguir pagando los gastos con la música. ¿Podría estar mejor? Sí, pero mientras haya salud lo demás me da igual, ya te lo dije ayer. Intento sonreírle a la vida aunque sea complicado.

—Creo que muchos deberíamos aprender de ti.

—Tampoco es para tanto. Simplemente es aprender de los errores y las experiencias.

Cerró los ojos. Le acaricié el pelo y la cara con dulzura. Me sentí tan afortunado de haberla conocido y haber vivido aquella noche a su lado que deseaba pasar el resto de mis días con ella pero ya se sabe, los problemas no se solucionarían por arte de magia. Afuera había un montón de personas dispuestas a destruirnos comenzando por Hanna y sus amenazas que seguro cumpliría. Su sed de venganza la cegaría.

—Convendría dormir, ¿no? —su dulce voz me devolvió a la realidad.

—¿Tú crees? —le pregunté con sorna. Subí una mano por su pierna.

—Martín... no sigas que son casi las cuatro de la madrugada.

—¿Por qué? —me estaba divirtiendo con la situación. Sus palabras me habían hecho pensar y ambos lo ansiábamos.

—Porque te estás pasando.

La acabé de alterar cuando colé los dedos dentro de su ropa interior. Se mordió el labio al palpar ese punto débil que tanto la revolucionaba.

—Ahora no te quejas, ¿eh?

—Está Hanna ahí —encontró cordura de donde no la hay para mencionarla.

—Déjate de excusas. Me da igual Hanna. En mi corazón solo vives tú y aquí estamos tú y yo y nadie más.

Se acabó sucumbiendo a mis caricias y por segunda noche consecutiva nos adentramos en nuestro particular mundo obviando los problemas y las preocupaciones que nos esperaban fuera de esas cuatro paredes. Carlota no había perdido pizca de sus encantos y supo disfrutar de una velada picante y llena de sexo, amor y una infinidad de placer sin pensar en lo que nos esperaba próximamente.

—Eres irresistible —dije cuando se dejó caer exhausta sobre el colchón boca abajo. Se rio con candor.

—Me agotas. Llevaba demasiado tiempo sin noches como estas.

—Cabe recuperarlas, ¿no?

—Quizá —se colocó boca arriba recuperando lentamente su pulsación normal.

—¿Te apetece vernos mañana?

—Mañana no estoy aquí.

—Digo en Madrid. Es festivo. Tendrás libre.

—A partir de las seis sí, antes tengo trabajo. Ya sé que es festivo pero tengo un ensayo al que acudir.

—Está bien. ¿Vienes a mi casa?

—¿No será exponernos mucho?

—Ahí no vendrá nadie. No habrá prensa.

—Vale... —aceptó dudosa.

—Estate tranquila que no se presentará Hanna, ni Eusebio, ni los periodistas, ya te lo he dicho. Es que tengo algo que enseñarte.

—¿A mí?

—Sí, a ti.

—De acuerdo —aceptó finalmente.

Sonreí y le di un beso en una sien. Se tumbó de lado, de espaldas a mí. La abracé por la cintura y le susurré un ‘te quiero’ al oído del cual no obtuve respuesta pero no la necesitaba. Apretándome la mano con ternura tuve más que suficiente.

“Me descoloca, la quiero, la amo y aún está un poco fría. La he cagado demasiado pero aquí estoy para recuperarla. La miro y veo en ella a la mujer de mis sueños, esa que ha ocupado mi alma todos estos años y que ha estado ahí en la distancia, en la cara y el cuerpo de otras. Fui estúpido en su momento pero he madurado y puedo hacerla feliz. Porque Carlota es la única mujer a la que realmente amé, amo y amaré y no voy a fallarle otra vez. Tiene razón en todo, debo ser feliz y ella es mi principal meta”.

Carlota

“Me ha dicho que me quiere pero... ¿Y si todo acaba? ¿Qué somos realmente? ¿Qué nos une? Yo lo quiero pero... ¿Cómo reaccionará el mundo que hay ahí afuera? ¿Lograremos ser felices?”.

Cuando me desperté, la habitación estaba completamente iluminada por el sol que alumbraba en el exterior y se colaba por la ventana. Martín dormía boca abajo, con un brazo fuera de la cama, medio destapado. Estaba guapísimo. Parecía un ángel. En un primer momento no quise despertarlo pero al ver que eran las diez y media de la mañana me escandalicé. Mi tren salía en poco más de una hora.

—Martín... —le zarandé un hombro—. Martín... —repetí con más insistencia—. Martín, por dios, no te hagas el remolón que sé que estás despierto.

—Ay, con lo bien que estaba yo.

—Son las diez y media.

—¿Y? Déjame dormir un poquito más.

—Mi tren sale a las doce y el tuyo también.

—Joder —musitó despreczándose —Buenos días, ¿eh?

—Buenos días.

—Ven aquí —me agarró la mano y me atrajo hacia él para darme un beso en los labios. Después se levantó.

Mientras Martín fue al baño, miré el móvil. Tenía WhatsApps de Alba, Lucía, Pol, Samuel y Estefanía, todos preocupados por mi ausencia en el desayuno. Me excusé con que estaba dormida.

“¿Y Martín? ¿Estáis en la luna?”, de Pol tenía que ser. “No sé dónde está”, con una mentira piadosa finalicé nuestra conversación. Me di una ducha fugaz y me vestí. Martín fue a su habitación a cambiarse.

—¿Cómo lo hacemos ahora? Vamos al mismo sitio. ¿Qué vagón tienes?

—Vagón cinco, asiento doce A —leí el billete que tenía sobre la mesa.

—La madre que me trajo al mundo —saltó—. Tengo el de tu lado.

—¿Tú en turista? ¿Y Andrés?

—Sí, ¿Qué pasa? Andrés se ha ido a primera hora. Cumpleaños de su sobrino. ¿Algún problema?

—Nada, nada. Mejor lleguemos a Sants por separado y fingimos encontrarnos de sorpresa. Voy sola. Mi hermano —y representante —se marchó ayer.

—Me parece bien. Nos vemos ahora.

En Sants me asaltaron los periodistas para que hablara sobre el no beso. No pude no detenerme. Me rodearon por todos los costados.

—Buenos días Charlotte. ¿Es cierto que Martín te besó?

—¿Por qué lo hizo?

—¿Fue un montaje?

—¿Lo teníais pactado?

—Calma por favor —pedí—. No me besó y no fue un montaje. Disfrutamos del concierto como nuestros compañeros. Hasta luego chicos.

Martín iba de incógnito completamente. Ni yo lo reconocí casi cuando se descubrió en el asiento de mi lado.

—¿Te han detenido los reporteros? —le pregunté.

—He pasado desapercibido. Iba de culo y escondido.

La gente de nuestro alrededor no pudo evitar sorprenderse cuando vio a Charlotte y a Martín Rivera sentados en el mismo espacio y charlando. El tren iba lleno. Cuando arrancamos camino Tarragona las miradas dejaron de importarnos.

—¿Qué harás? Tenemos tres horas por delante —se interesó.

—Leer y avanzar trabajo.

Saqué una Tablet del bolso y la apoyé sobre la mesa plegable del asiento. Martín observó de reojo mis acciones. Envié algunos correos, programé repertorios para los siguientes conciertos y que Javi les diera el visto bueno, y leí.

—Hemos ido a pillar el tren de todas las paradas —protestó en un susurro cuando nos detuvimos en Lleida.

—Tú no sueles ir mucho en Ave, ¿Verdad?

—No mucho —reconoció.

—Se nota. ¿Por qué no intentas dormir un poco? Hemos dormido cinco horas.

—Pero las otras las hemos invertido bien —nos reímos disimuladamente.

—Va en serio, Martín, yo también intentaré echar una cabezadita porque no seré persona.

—¿Quedamos a las seis en mi casa? Te mando la ubicación.

—De acuerdo.

—¿Qué harás al llegar?

—Ensayar.

—Oye, yo tengo hambre que no hemos desayunado. Ahora vengo.

Se levantó y se encaminó a la cafetería. Durante su ausencia aproveché para revisar el

WhatsApp y tener unos minutos lejos de su persona. Javi me llamó. ¿Por qué no podía enviarme un mensaje?

—Dime —respondí al tercer tono. Hablé flojito para no molestar al resto de pasajeros—. Estoy en el tren.

—¿A qué hora llegas?

—A las tres.

—¿Tomamos un café y ensayamos?

—Tengo que ir primero a casa. Voy cargada.

—¿Te recojo?

—Venga va. Pero solo puedo hasta las seis.

—Sí, sí. Nos vemos donde siempre. Hasta luego —colgamos.

“Lo que me faltaba. Salir de un tren con Martín y que en la puerta me espere Javi. El colmo de lo inverosímil”.

Martín regresó con una bolsa entre manos al cabo de diez minutos. Sacó de ella dos bocadillos de beicon con queso y un par de botellas de agua. Le agradecí el gesto con una sonrisa y un tímido ‘gracias’. Tras comer, se durmió. Yo no pude. Estaba demasiado alterada interiormente. Me distraje mirando por la ventana y pensando en el cúmulo de emociones fuertes que había vivido en menos de 72 horas. Sus manos volando por mi cuerpo, acariciándome, desnudándome, nosotros siendo un solo ser lleno de deseo y ansias de no separarnos... todo se visualizó en mi mente mientras el Ave pasaba por Zaragoza camino Guadalajara y Madrid. De esa pasión desatada entre unas blancas sábanas de hotel me llevé un par de chupetones que por suerte había cubierto con el pelo: uno en el cuello y otro en la clavícula. Jamás olvidaría ese reencuentro. Ni el musical ni el personal. Había sido mágico. Los astros se habían ordenado en perfecta línea recta para que dos polos opuestos como Martín y yo nos juntáramos.

Cuando divisé Madrid a la lejanía, lo desperté. Las miradas morbosas alrededor no habían desaparecido en tres horas y no es de extrañar que por Twitter corrieran las noticias de nuestro encuentro fortuito en el tren. Casualidades de la vida, básicamente.

—Carlota —remoloneó cuando le zarandeeé un brazo.

—No te hagas el dormido que ya lo has hecho por la mañana.

—Vaaale. Dios, no has cambiado nada con estas cosas —me reí inocentemente y me abrigué.

—Sobre todo discreción cuando bajemos.

—¿Dónde vas? ¿Te acerco?

—Martín, ¿Qué te acabo de decir? Tengo ensayo y me vienen a buscar. No te preocupes por mí. Luego nos vemos.

Para no levantar sospechas entre los otros pasajeros nos dimos dos besos con un ‘hasta pronto’ cuando subimos del andén a la estación y tomamos rumbos distintos. No había periodistas gracias a dios. Javi me esperó donde siempre quedábamos. Paramos en mi casa y fuimos después al local de ensayo. Me enrollé un pañuelo al cuello para disimular todavía más el rastro de la pasión de Martín.

—Uf Javi, baja la calefacción o pon el aire que esto parece el infierno —me quejé al cabo de cinco minutos de entrar y abanicándome con un papel.

—Carlota, está a veinte grados. Será que tú vas demasiado abrigada.

Para no morir deshidratada o de un golpe de calor me deshice del pañuelo, me recogí el pelo en una cola y me quité el jersey quedándome en tirantes. Me dio absolutamente igual que me viera. La confianza ya daba asco entre nosotros. Demasiados años siendo amigos, amigos con derecho y

pareja.

—Te has divertido, ¿eh? —soltó burlón.

—Sí —murmuré dando un sorbo de agua.

—¿Te besó?

—No, no, que va. Me besó aquí —me señalé el pómulo. Mi seriedad contrastó con su diversión.

—Como no me respondiste ayer...

—Porque estaba atacada. ¿Tú sabes todo lo que circula por la red? No me besó, claro que no me besó. ¿Qué te piensas, qué voy tan necesitada? ¿O que era un montaje?

—¿Entonces? ¿Por qué tanta malinterpretación?

—Martín es más alto que yo y no me preguntes como pero se colocó de tal manera que pareció que nos besáramos. Es como si tú me besaras. Me sacas casi una cabeza. Se podría malinterpretar igualmente.

—Vale, tranquila, lo he entendido. Todo —remarcó.

—Joder Javi... no me lo hagas más difícil —le supliqué.

—No voy a juzgarte. Eres libre de hacer lo que quieras pero intenta no cagarla que luego te arrepentirás —soplé y me pasé las manos por la cara. Javi era capaz de llevarme a las lágrimas en los peores momentos.

—Dejemos el tema, por favor te lo pido. Necesito meditar.

—¿Continuamos?

—Sí, será lo mejor.

Al cabo de una hora yo ya estaba cansada y Javi quería parar también. Bajamos al bar de la esquina a tomar un café. Busqué una mesa apartada mientras pedía en la barra lo de siempre: un cappuccino para mí y un café solo para él.

—Tengo una duda —me expuso cuando se sentó—. Te acostaste con Martín pero... ¿Y Hanna? Nunca has querido ser la otra.

—Hanna y él rompieron.

—Anda, pues en la prensa no ha salido.

—Hay un lío tremendo en medio.

—Ah vale, vale. Salvo esto, ¿Disfrutaste del concierto? Fuiste la más ovacionada en el single.

—Me lo pasé genial. Me quedo con los buenos momentos.

Volvimos al local. Ensayamos hasta las cinco y media cuando recibí un WhatsApp de Martín enviándome la ubicación de su casa.

—Me voy —me levanté del taburete abrigándome.

—¿Has quedado con Sofía?

—Sí. Nos vemos.

“Bueno, Carlota, a verte con Martín. Tercer asalto. Tengo que dejar de ser dura y ser feliz. Va, yo puedo hacerlo. Irá bien. Dicen que a la tercera va la vencida, ¿no?”.

Cuando llegué su casa estaba muy nerviosa. Las dudas inundaban mi mente sin dejar paso a otros pensamientos. ¿Cómo saldría de esa visita? ¿Estaría solo realmente? ¿Qué íbamos a hacer? ¿Qué me quería enseñar? Toqué el timbre y un radiante Martín me abrió con una sonrisa. Observé como detrás de él se escondía una pequeña cabecita rubia.

—Hola Carlota —me dedicó una sonrisa y un beso en la mejilla. Me invitó a pasar—. Emma, venga, saluda a Carlota.

“Madre mía, ¡Qué es su hija! La niña que tuvo con Patricia. Dónde me habré ido a meter...”

pero que mona, si es clavada a él”.

—¡Hola Carlota! —me saludó con una alegría propia de su edad y una sonrisa igual de angelical que la de su padre. Abrió los brazos para que la abrazara, haciendo que la levantara del suelo. No me pude resistir a la tentación de no abrazarla.

Emma me enamoró con sus salidas y preguntas. La curiosidad es algo que comparte con su padre por lo que vi y aprecié. Nos sentamos los tres en el sofá y por un momento hasta pensé que parecíamos una familia. Paranoias... ¿Familia con él? Bah, a veces sueño demasiado. Ojeé la estancia. Menudo chulé se había montado el cabrón...

—¿Tienes novio? —me preguntó la niña.

Martín tragó saliva y se contuvo la risa. Me había puesto en un aprieto.

—No, no —respondí.

No pude considerar que con él éramos ‘novios’ porque solo nos habíamos acostado dos veces y hablado a fondo en pocas ocasiones en tres días. Martín respiró aliviado y se rio más abiertamente. Le di un pícaro golpe en el brazo por detrás de la niña.

—¿Cuántos años tienes? —le pregunté.

—Cumplí ocho en agosto. El día 14.

—Anda, pues yo soy del 13.

—Que chulo. Mira papá, otra coincidencia. ¿Y tú, cuántos tienes?

—Más que tú.

—¿Tantos como papá?—. Martín y yo estallamos en una sonora carcajada, especialmente yo. La expresión de la niña fue para enmarcar.

—Más incluso. Uno más.

—Si papá tiene 37, entonces tienes 38.

—Exacto.

—Pues parece más viejo papá —me contuve la risa—. ¿Me peinas? —me preguntó inocentemente—. Es que papá peina fatal. ¡No sabe ni hacerme una coleta!

—Vaya con la niña, ¿eh? —le dije a Martín. El pobre recibió por todo—. No te ha salido charlatana ni ná —admitió la verdad con la mirada—. No dudo del arte de tu padre con el peine —ironicé.

—La otra lista —musitó el aludido.

—Dos contra uno. Papá, no puedes competir contra dos mujeres —me reí mientras él me devolvía el golpecito en el brazo que antes le había dado yo.

Martín se levantó para atender unas llamadas mientras yo realicé dos trenzas a Emma y jugué un rato con ella. Esa niña me había robado el corazón y a pesar de llevar a su lado menos de una hora ya le había cogido un cariño enorme.

—Carlota —apareció del piso superior—. ¿Puedes venir un momento? Princesa, papá y Carlota tienen que hablar de trabajo un momento. Te quedas un rato sola. Ya sabes dónde estoy si me necesitas —se dirigió a su hija con dulzura. Me estaba enamorando esa faceta suya de padre entregado.

—¡Vale! —respondió feliz. Antes de que pudiera levantarme del sofá, me abrazó ante un atento Martín al que se le caía la baba.

Me levanté y lo seguí a la primera planta, donde tenía un pequeño estudio. Nos sentamos en dos sillas enfrente de un portátil y me tendió unos auriculares.

—Escucha y luego comenta.

La canción tenía un título muy bonito: *Quizá nunca te olvide* y el mensaje que transmitía era

todavía más conmovedor. Tanto me gustó que me emocioné. Cuando finalizó, me quité los auriculares y nos quedamos unos segundos en silencio.

—¿Qué te ha parecido?

—Es... preciosa —lo miré con los ojos humedecidos.

—Solo va para una persona y esta eres tú. Te lo dije, siento todo el daño causado. Quiero darte las gracias por estos tres días maravillosos y por muchos más. Gracias también por cuidar de mi hija.

—Es un amor.

—Al padre tenía que salir —ambos nos reímos mirándonos fijamente.

Nuestros rostros se fueron acercando peligrosamente hasta que los labios se rozaron. Fue un beso suave y cálido que me removió todo lo que tenía en el interior. Martín apoyó una mano en mi mejilla y la otra en la rodilla. Yo, debido a la emoción de la canción y del momento que estaba viviendo, no fui capaz de acariciarlo o abrazarlo.

—¡Papá! —la voz de Emma subiendo las escaleras a pasos agigantados nos hizo separar rápidamente.

Entró en el despacho corriendo. Martín retiró la mano de mi rodilla con rapidez pero la niña fue tan espabilada que vio que lo que estábamos haciendo no era muy de trabajo. Torció el gesto y se acercó a ambos sentándose en el regazo de su padre.

—¿Qué hacéis? —preguntó con esa curiosidad cautivadora.

—Nada, le enseñaba a Carlota unas cosas del nuevo disco.

—Claro. ¿Qué pasa cielo? —corroboré.

—Ha sonado el teléfono.

—Ve para abajo que ahora voy.

Emma se fue dando graciosos saltos y Martín detrás dejándome sola en el despacho prometiendo subir enseguida. Me regaló una pícaro sonrisa desde el umbral de la puerta. Mi respuesta fue sonrojarme como una adolescente. Se rio mientras bajaba las escaleras. Observé a mi alrededor con atención. Mi vena cotilla hizo que curioseara las paredes, las estanterías y el escritorio. Vi encima de éste una revista del corazón en un rincón, medio escondida por otros papeles. La portada no quedaba a la vista. La cogí con delicadeza y le di la vuelta. La fecha era del día posterior. El titular principal me desmoronó:

Hanna Salazar: “Martín y yo estamos esperando nuestro primer hijo y preparando la boda para primavera”.

Capítulo 4

01.11.2019: 16.00h

Martín

Entré en casa con Emma de la mano, que no paró de machacarme a preguntas sobre el concierto. La había ido a recoger a casa de Patricia para que acabara de pasar el día conmigo.

—¿Y cantaste con Charlotte de verdad? —su admiración traspasaba fronteras.

—Sí, cariño, canté con ella —respondí sonriendo y recordando el momento tan fantástico en el escenario.

—¿Te gustó cantar con ella?

—Claro, es muy buena cantante.

—Iba muy guapa. Bueno, es que es muy guapa —afirmó rotundamente.

—No lo dudo.

Me alegró ver que mi niña tenía esa percepción del amor de mi vida. Recogí el correo del buzón y lo dejé sobre la mesa del comedor. Mi hija siguió hablando y preguntando.

—Mamá dice que besaste a Charlotte en la boca. ¿La besaste en serio? ¿Sois novios?

—No, hija mía. No la besé. Solo que la gente habla más de la cuenta. Solo le di un besito en la mejilla.

—Ya sabía yo que estaba equivocada... —me reí ligeramente. En qué aprietos me metía a veces...

Se fue a su habitación a jugar. Me fui a mi estudio a revisar las cartas: facturas, publicidad y un paquete que tenía un aspecto sospechoso. Lo cogí con recelo. No había remitente. Lo abrí y pude ver una revista del corazón que saldría el día siguiente con un titular que descolocaba mi vida. Hanna había cumplido su amenaza y se había vengado de mí diciendo que iba a tener un hijo mío y que nos casaríamos, ambas cosas falsas. Iba acompañada de una nota:

Querido Martín, aquí tienes tu merecido por dejarme colgada. Tengo más armas en el almacén por si no controlas tus acciones. Sé que estuviste con tu amada Charlotte ayer por la noche. De momento aquí va una parte. Que te vaya bonito, HS.

Sus iniciales estaban firmadas con pintalabios rojo, que también había utilizado para grabar sus labios en el folio. Era inútil intentar frenarla, lo que hiciese luego sería peor. Soplé cabreado porque sabía que volvería a perder a Carlota ya que no me escucharía. La confianza seguía siendo algo que todavía no habíamos recuperado completamente.

“Bueno, de momento a gozar de la tarde con ella y la niña”.

Me dirigí al cuarto de Emma. Estaba pintando un dibujo sentada en el escritorio.

—Princesa, venga a merendar.

—Vale.

—¿De qué quieres el bocata? —le pregunté bajando las escaleras.

—Uhm... *Nutella*.

—Está bien.

Se sentó en uno de los taburetes de la isla de la cocina esperando a que le preparara el pequeño bocadillo. Cuando terminé me senté enfrente de ella.

—¿Sabes quién vendrá ahora?

—¿La tita Lucía? —preguntó ilusionada. Negué con la cabeza—. ¿El tito Andrés? —volví a negar—. ¿Pues?

—Vendrá una chica muy guapa que sé que quieres conocer y que antes me has preguntado por ella.

—¿Charlotte? —sus ojos brillaron como nunca.

—Sí, vendrá Carlota.

—¿Carlota?

—Sí, cielo, ella en realidad se llama Carlota pero cuando está cantando la llaman Charlotte —le expliqué con ternura.

—Ah, vale. ¿Y yo cómo la llamo?

—Lámala Carlota.

—De acuerdo. ¿Le podré preguntar lo del beso?

—No —me reí—. Mejor no lo hagas.

—De acuerdo.

La tarde con Carlota fue muy agradable. Me sentí como una auténtica familia con las dos mujeres de mi vida. En el despacho me llamó Andrés y la tuve que dejar sola un segundo porque sabía muy bien el tema que me sacaría.

—Tío, ¿Qué ha pasado?

—Que Hanna me la ha jugado.

—Que putada...

—Ya ves. Y soy tan tonto que no me veo capaz de decírselo a Carlota.

—¿Carlota? ¿Charlotte? Cuenta, fiero. ¿Qué tal la reconquista? —preguntó entusiasmado.

—Bien pero sigue estando a la defensiva y se muestra muy dura y reacia.

—¿Está aquí?

—Sí. Con Emma han congeniado a las mil maravillas.

—Procura controlar lo de Hanna, Martín. Tengo que irme. Nos vemos.

—Chao.

Atendí un momento a Emma y regresé al despacho. Carlota se puso en pie de un salto muy seria, demasiado diría yo.

—¿Tienes que irte ya?

—Sí, tengo un compromiso.

—Ah. Pensaba que te quedarías más rato.

—A veces lo bueno dura poco —dijo en un hilo de voz.

Eran las ocho y tenía pensado proponerle que se quedara a cenar. Me sorprendió ese cambio de actitud repentino. Su expresión relajante se había tornado en una de seria y seca. Parecía incluso que se estuviera aguantando las lágrimas. ¿Qué había ocurrido? ¿Si todo parecía ir de perlas!

—¿Te pasa algo?

—Estoy bien —me espetó de forma áspera.

Decidí no insistir. Bajamos al salón. Emma estaba mirando la televisión.

—Cariño, despídetes de Carlota.

La abrazó con mucha ternura. Nosotros nos dimos un corto beso en la mejilla que me supo a poco. Cuando se fue, volví al estudio a recoger. Ví en el escritorio la revista nuevamente. La

agarré y de su interior resbaló un papel. ¿Otra vez Hanna? No, no era suyo.

Martín, siento mucho no decírtelo a la cara pero no puedo volver a verte. Que seas muy feliz con Hanna, tu boda y tu futuro hijo. Gracias por estos tres días pero aquí termina lo nuestro. Siempre llevaré conmigo tu recuerdo pero ha llegado la hora de ser feliz lejos de ti. Carlota.

Me cayó el papel al suelo y tuve que sentarme para saber lo que estaba ocurriendo realmente.

“Tonto, más que tonto. Si es que se lo tenía que decir. La he perdido y con razón. Ahora entiendo su comentario”.

Unas tímidas lágrimas se deslizaron por mis mejillas en silencio. Sabía que no me escucharía pero no perdía nada en intentarlo. Marqué su número y esperé a que respondiera. Me saltó el buzón de voz. No iba a contestar. Me sequé la cara rápidamente al oír subir a Emma.

—Papá —dijo entrando y dando un cómico salto—. Tengo hambre. ¿Pedimos pizza?

—Claro, cariño. Ve a buscar el panfleto y elige.

—¿Estás bien? —entornó los ojos.

—Sí...

—¿Cuándo volverá Carlota? Es que le iba a dar un dibujo.

—No lo sé.

—¿La has besado verdad? Antes aquí.

—¿Qué? No, no.

—Papa, luego dices que no tengo que decir mentiras y tú estás diciendo una.

—Ay hija... que observadora eres. ¡Si es que detective tendrías que ser! —se rio y me abrazó.

Un abrazo reconfortante que me calmó.

Cuando acabamos de cenar, Emma se quedó dormida enseguida. Me recosté en el sofá y suspiré. La había cagado soberanamente. Llamé a Andrés.

—¿Qué?

—Tío, que ahora sí que estoy jodido.

—¿Por qué? —le leí la nota de Carlota y me vine abajo—. Madre mía, ahora sí que estás bajo cero.

—Me voy, Andrés, me voy a ir —suspiré con tristeza.

—¿Qué? ¿Dónde? ¡No puedes irte! ¡Sacas disco en un mes!

—Sí, Andrés, pienso irme hasta que la situación no se calme un poco. Sonará cobarde pero ahora mismo si me quedo me muero.

—Pero si tú eres el primero que cuelga imágenes en Instagram con Hanna. Que acabas de poner una.

—No, te equivocas. Yo no he puesto nada. Si no entro en Instagram desde hace una semana casi.

—¿Pues? —ambos nos quedamos en silencio—. Vale, ha sido Eusebio.

—Por eso te lo digo porque con este añadido Carlota no querrá saber absolutamente nada de mí.

—Ay... Martín piénsalo bien.

“La decisión está tomada. Me marcho de Madrid para respirar. Esto del reencuentro me ha cogido demasiado de sopetón y no lo he sabido gestionar. Sé que estoy siendo cobarde pero no me queda otra”.

—Ya lo tengo pensado —colgué sin dejarle tiempo a responder.

Busqué un pueblo apartado de la civilización y suficientemente pequeño para pasar desapercibido. Le envié la ubicación de mi futura residencia a Andrés para que fuera la única

persona que me tuviera localizable. Preparé lo justo y necesario para estar fuera y me tumbé en la cama. Sabía que no vería a Emma pero cuando regresara de mi tiempo de desconexión estaría en plenas facultades para pasar todo el tiempo necesario a su lado y reconquistar la confianza de Carlota. Solo me pasaban preguntas por la cabeza: ¿Qué opinaría la discográfica del hecho que me marchara? ¿Qué sería de Carlota y de mí? ¿Cuál sería nuestro siguiente destino? ¿Cuándo se volverían a alinear los astros? ¿Tardarían mucho en coincidir el sol y la luna?

¿La repuesta? Incerteza.

Carlota

“Lo he perdido. Me ha engañado. Que estúpida soy. Se acabó todo definitivamente. No quiero escucharlo. No quiero oír más mentiras. Estoy harta, hasta el moño. Es hora de ser feliz y si eso conlleva darle una nueva oportunidad a lo mío con Javi, lo haré pero no puedo engañarme a mí misma, ni a él. No quiero que alguien sufra lo que estoy sufriendo yo en estos momentos. Martín... ¿Por qué me haces esto? ¿Qué tiene Hanna que no tenga yo?”.

Desde que había salido de casa de Martín que no había podido pensar en otra cosa que en ese maldito titular. Cuando llegué a mi piso las lágrimas comenzaron a deslizarse por mis mejillas sin control. Estuve una hora llorando a moco tendido tumbada en la cama. El teléfono no había dejado de sonar. No había parado de llamarme. Seguramente ya había visto la nota de despedida. Me odié por ello, por haber sido incapaz de dar la cara y cantarle las verdades de frente. Me había mentido y me estaba costando mucho recomponerme y aceptar que él ya tenía una vida hecha y yo había sido una distracción pasajera. El móvil volvió a sonar y en un ataque de rabia lo estampé contra la pared provocando que cayera al suelo y se rompiera parte de la pantalla. Ni me levanté para observar su estado. Preferí seguir llorando hundiendo la cabeza en la almohada y olvidando que estaban llamando al timbre. Al ver la insistencia de quien se encontraba al otro lado me puse en pie refunfuñando y secándome la cara con las manos. Por la cámara del interfono vi que se trataba de mi amiga Sofia. Ella no sabía nada de todo lo ocurrido esos días en Barcelona y cuando me vio, se quedó boquiabierta por mi aspecto. Mis ojos y nariz habían adoptado un rojo intenso de tanta llorera. Me abrazó tiernamente. Me derrumbé entre sus brazos. Me susurró que me calmara. Nos sentamos las dos en el sofá y me preguntó qué había pasado para estar de esa forma. Le relaté todo lo sucedido con Martín y su reacción fue abrir la boca de par en par sin parpadear. Estuvimos unos segundos aguantando la mirada, esperando una reacción.

—Pero... ¡¿Cómo?! —chilló llevándose las manos a la cabeza —¡¿Qué me estás contando?! ¿Te has acostado dos días con Martín? ¿Has conocido a su hija? ¿Y te ha mentado? Madre del amor hermoso... has vivido tres días de culebrón.

—Estoy en la mierda.

—¿Qué vas a hacer con tu vida?

—No sé —musité pasándome las manos por la cara.

—¿Eres feliz?

—No sé.

—¿Con quién quieres estar?

—No sé.

—¿Lo odias?

—No... no sé, no.

Sofia sopló intentando no perder los nervios por mis respuestas casi idénticas. Esperé que abriera la boca mientras me sonaba los mocos con un pañuelo de papel. Mi amiga suspiró, estaba

siendo una situación delicada y no tenía ni la menor idea por donde saldría.

—¡Ya basta! —dictaminó muy seria y segura—. Quiero que te olvides de ese sinvergüenza y comiences a mirar por ti. Te ha engañado y te has dejado engatusar. Te lo has podido pasar bien, obviamente, un polvazo a todos nos gusta pero has vuelto a ser la víctima. Eres una inocente víctima suya. ¿Por qué te cuesta tanto olvidar fantasmas del pasado?

—¡Porque lo amo! —respondí con desespero poniéndome en pie—. Quiero ser feliz, olvidarlo, centrarme en mi vida, buscar a alguien que valga la pena, ya sea Javi, el vecino o el Rey, no volver a pensar en él y poder rehacer mi vida. ¡Pero qué quieres que haga si me he ido a enamorar de alguien del que no consigo borrar su huella! Hacía tiempo que no pasaba noches como estas dos. Me he encariñado de la niña un montón y de golpe, pum, Doña Aprovechada da el bombazo y él me lo esconde. No puedo iniciar una relación con alguien, al menos por ahora. Estoy harta, muy harta y si preguntas, no, no sé qué hacer con mi vida —las lágrimas se deslizaron por mis mejillas como cascadas—. Porque esto del beso ya me está cansando y no han pasado ni 24 horas.

Comencé a respirar aceleradamente. Estaba desesperada y había perdido el norte. Las piernas empezaron a fallarme y a flaquear. La cabeza me daba vueltas. Lo último que recuerdo es a Sofía gritando mi nombre y que todo se volvió negro. ¿Qué acababa de pasar?

“¿Dónde estoy? ¿Por qué estoy tumbada? ¿Qué es este techo blanco y mustio? ¿Qué ha pasado? ¿No estaba en casa? ¿Y Martín?”.

Abrí los ojos con dificultad. Me dolía la cabeza. Miré a mi alrededor aturdida. Todo estaba borroso y dudaba de lo que acababa de ocurrir.

—Martín... —musité intentando entrar en razón.

—Carlota... al fin reaccionas—. Sofía se acercó a mí.

—¿Qué... qué ha pasado? —se sentó a los pies de la cama.

—Te desmayaste y como no reaccionabas llamé a una ambulancia. Vaya susto me has dado, mujer. Estabas muy nerviosa. ¿Lo recuerdas?

—Sí... creo que sí —me froté los ojos—. ¿Has... has llamado a alguien?

—Bueno, no he querido angustiar a tus padres así que he enviado un WhatsApp a Javi para no preocuparlo por si mañana no vas a trabajar.

—Ah... vale... quiero volver a casa.

—Los médicos han dicho que esta noche te quedas aquí en observación. Estate tranquila que la prensa no se enterará.

—Gracias...

—No tienes que dárme las. Solo acepta un consejo, no cojas ataques de histeria por gente que a día de hoy te ha hecho daño.

—Quizá en un futuro...

—No volvamos a las andadas. Tal vez en un futuro cambia y seré la primera en alegrarme por vuestra felicidad pero hoy por hoy, no pienses en él.

—¿Y si hablas con Andrés?

Andrés y Sofía mantuvieron una relación intermitente y llena de pasión que había terminado hacía unos meses aunque se habían seguido viendo. Me hizo mucha ilusión su relación pero pensar en que podría cruzarme con Martín me atormentó durante un tiempo.

—Hace mucho que no hablo con él. ¿Por qué no descansas y dejas pasar esta semana?

—Está bien. ¿Me alcanzas el móvil?

—Claro. ¿Se puede saber porque tienes una parte de la pantalla rota?

—Verás... —puse los ojos en blanco.

—¿Se te ha ido la olla en un momento de desesperación?

—Sí —reconocí en un tono de voz casi inaudible.

—Madre mía... —se pasó una mano por la cara, alucinando por lo que había hecho aunque yo no lo encontraba tan extravagante. ¿A quién no se le ha ido la cabeza en un instante de rabia?

Encontré llamadas perdidas de Martín que no respondí. Entré en WhatsApp. También había intentado ponerse en contacto por ahí. Lo ignoré y lo bloqueé. Javi me había enviado un mensaje preguntándome cómo estaba después de lo que le había explicado Sofia. Respondí con un simple ‘bien’ y dejé el teléfono en la mesita de mi lado.

—Vete a casa a dormir, por favor —miré a mi amiga con dulzura.

—No quiero dejarte sola, a saber que locura cometerás.

—Estoy rodeada de médicos, con suero en el brazo, me duele la cabeza y estoy cansada. ¿Qué quieres que haga?

—Está bien. Cualquier cosa me llamas.

“¿Y ahora qué? ¿Qué hago con Martín, con Javi y con mi vida? No puedo olvidar todo lo ocurrido y no quiero escucharle y que me vuelva a mentir. Uf... qué agotador es pensar cuando te duele la cabeza. Mejor descanso y ya veré como manejo mi vida mañana con más claridad”.

Capítulo 5

03.11.2017

Martín

Habían transcurrido dos días desde la última vez que había visto a Carlota y desde el minuto uno la estaba echando de menos. Me había instalado en Torla, un pequeño pueblo del Pirineo aragonés donde estaba pasando desapercibido. Había alquilado una casa de ambiente rústico que me aportaba la tranquilidad necesaria. Ya conocía a mi vecina que era la única que de momento me había reconocido (no había salido mucho). Era una señora de más de 80 años, Mercedes se llamaba, con la que había entablado algo de conversación el día anterior y se había convertido en la única persona que parecía entenderme sin necesidad de palabras. Eran las cuatro de la tarde cuando sonó el timbre. Fui a abrir. Sabía que sería mi adorable vecina.

—Buenas tardes, Martín. Mira, te traigo unos pastelitos que antes he estado cocinando y he separado estos para ti —dijo con alegría.

—Muchas gracias Mercedes pero no tenía que molestarse —respondí con una amable sonrisa.

—¡Qué dices! Si a mí me encanta cocinar para los vecinos de aquí. A ver si alegras esta cara muchacho.

—Es imposible.

—Perdona si soy cotilla pero... ¿Qué te trae por aquí realmente?

Nos sentamos en el sofá. Le ofrecí un té y colocamos las pastas que había traído en la mesita de centro.

—Una mujer y muchos problemas.

—¿Una mujer? ¿Quién? ¿Tu novia?

—Ella es uno de mis problemas, bueno tampoco es mi novia ya, pero no es la mujer de la que estoy enamorado.

—¿Es Charlotte, verdad?

“¿Tanto se me nota?”.

—Sí —murmuré —Desde hace quince años que vive en mi corazón y nada ni nadie puede quitármela de ahí. Y he sido muy tonto dejándola perder.

—¿Por qué?

—Tuvimos nuestro particular reencuentro de forma íntima en Barcelona y cuando llegamos a Madrid, Hanna había aireado que me iba a casar con ella y que iba a tener un hijo mío cuando es mentira. Carlota se enteró en mi casa al ver una revista que tenía ahí y se fue. Me dejó una nota y aquí estoy, incapaz de hablar y contarle la verdad. Le he hecho mucho daño, ¿Sabe? Y me arrepiento un montón porque sé que no me querrá escuchar.

—¿Lo has probado, acaso?

—La he estado llamando y no me contesta. La herí demasiado en un pasado y esas heridas se han reabierto al volver a vernos. No es una chica fácil y necesito algo para recuperarla pero en estos momentos estará insoportable y no quiero hacerle más daño del ya causado. Pero la echo de

menos... —suspiré—. No lo puedo expresar con palabras. Es un sentimiento inexplicable.

—Martín... no puedes luchar contra lo que tu corazón desea.

—Me da miedo la reacción de mucha gente. Especialmente mi discográfica.

—¿Qué más da esa gentuza? Tú mereces ser feliz con la mujer a la que amas sin importarte la opinión de los demás. Y si esa mujer es Carlota, debes luchar por ella cuando las aguas se calmen —me dio un golpecito en la pierna—. Lo que no debes hacer es aislarte.

—Necesito estar tranquilo un tiempo, lejos de polémicas. Me da igual que me llamen cobarde porque el día que hable se van a enterar la discográfica, Hanna y el mundo entero de lo que me he callado. Dentro de un mes presento disco y no pienso intervenir en ningún acto hasta ese día.

—¿Y qué harás aquí tan solo? —preguntó con cierta preocupación.

—Tengo las montañas para perderme, puedo reflexionar acerca de los errores cometidos en el pasado y buscar formas de no volver a cometerlos, tengo a un amigo que vendrá pronto a verme, quizá le digo que se traiga a mi niña para estar con ella unos días... estaré bien y más con vecinas como usted que son tan comprensivas y me tratan con tanto cariño —sonrió dulcemente.

—Eres muy buen chico, Martín, y ya me ves, a mis 85 años no tengo tampoco mucho que hacer —consultó la hora en su reloj de muñeca —Bueno, sí, que empieza la telenovela —se levantó con un poco de dificultad sacándome una sonrisa por el énfasis que le había puesto a la frase.

La acompañé a su casa y regresé a la mía. Había tenido una buena idea. Cogí papel y boli y en una hora tuve una locura entre manos lista. Lo metí en un sobre y lo coloqué a la vista para el día siguiente ir a Correos.

“Que sea lo que dios quiera. De momento a disfrutar de la naturaleza. Carlota no está pero el día que esté, no la dejaré escapar jamás”.

Capítulo 6

04.11.2017

Carlota

“Han pasado tres días desde nuestro último encuentro. Tres días de añoranza, tristeza y fingir estar perfectamente bien enfrente de la sociedad. Tres días en que los periodistas no han parado de machacarme a preguntas y en los que Martín se ha esfumado incumpliendo otra promesa: no ha desmentido el beso. No sé dónde está pero no me importa, que sea feliz con Hanna y yo lo seré con los míos”.

Era sábado y me encontraba en Barcelona. Había salido del hospital el jueves por la mañana y el día anterior había pisado la ciudad condal para grabar una gala del concurso donde era jurado y en el cual las bromas sobre el beso no faltaron. Como tenía el día libre, había decidido quedar con Alba. Estar en Barna después de lo acontecido con Martín esa misma semana me trajo unos recuerdos y una aflicción inmensa pero tenía que plantar cara a los fantasmas del pasado. Fuimos a almorzar juntas a un restaurante del muelle de España. Después de hablar y comentar temas triviales, vino el principal.

—¿Cómo estás realmente?

—Mal pero bueno, intento mirar hacia el futuro. Nadie sabe dónde está él.

—Andrés seguramente sí —me interrumpió.

—Pero el resto de mortales no.

—¿Cómo te fue con la niña?

—Me he encariñado demasiado. Es como él en miniatura. Una monada —se me dibujó una sonrisa en los labios al recordarla.

Le hice un breve resumen sobre nuestro encuentro y lo sucedido posterior, especialmente la portada y el ataque de histeria pre desmayo.

—Yo no creo que Hanna esté embarazada. Me da que no la toca ni con un palo.

—Pues yo creo que sí —afirmé.

—Además, esto huele a chanchullo malo. Qué raro que salgamos ahora todos con el reencuentro y ella la misma semana dé el bombazo. Carlota, por favor, que se ve a kilómetros que es falso y son ganas de putear al personal. Sabía que con esto te tendría alejada. Después de ver los ensayos donde estabais más que cómplices, la chavala cogió una desconfianza propia de personas celosas, altivas y egoístas. ¿Qué vas a hacer? —me encogí de hombros.

—Ojalá lo supiera —suspiré—. He pensado en volver con Javi pero no tengo nada claro. Se está comportando muy bien conmigo y me está aguantando todos y cada uno de mis cambios de humor, que no han sido pocos en tres días. Vino a recogerme al hospital y esta tarde viene para acá.

—Pero no estás enamorada.

—Ahí le has dado. No quiero dar falsas esperanzas a algo que no puede ser. Prefiero tenerlo como amigo, si se puede considerar como tal. Vamos, que estar sola es la mejor opción

seguramente. Y con Martín pues... no sé. El día que aparezca te cuento. Si supieras algo, házmelo saber, me siento en deuda y creo que he sido muy tozuda con no querer escucharlo pero estoy dolida. He llorado más en tres noches que en un año y que Marcos —mi compañero de jurado y que fue profesor nuestro en la academia —avive el fuego con las bromas no ayuda.

—¿Se lo has dicho?

—No. Le dije que moderara sus impulsos pero no puedo enfadarme con él en una gala. Lo hace para que me ría y me lo acabo tomando bien. Empezó con ‘ay hija mía, ni que el beso hubiera sido una cobra y te hubiera picado’.

Intenté imitar su voz. Mientras bebía un sorbo de agua, justo después del comentario, Alba comenzó a reírse y de rebote me contagié haciendo que la bebida me saliese por la nariz y tuviera que taparme la cara con una mano para que nadie sospechara. Nos reímos a gusto unos minutos.

—Así te quiero ver sister. Alegre, contenta, tal y como tú eres.

—Ay Albita... si todo fuese tan fácil.

—No estaríamos aquí —continuó la frase.

—Exactamente —sonreí levemente.

Cuando acabamos de comer dimos un paseo por el Maremágnum y las Ramblas. El día era nublado pero la temperatura no era muy baja y se podía caminar tranquilamente. A media tarde nos separamos porque su trabajo se interpuso entre ambas. Me senté en una terraza de la Plaza Real a tomar un café mientras leía un poco. Unas manos en mis hombros me quitaron del imaginario mundo que creo al leer. Era Javi. Di un bote del susto que me pegó. Por un momento pensé que se trataba de Martín. Se sentó en la silla que quedaba enfrente de la mía.

—¿Cómo te encuentras?

—Mejor, estar con Alba me ha ido muy bien.

—Se te nota. Ten, la discográfica me ha dado esto para ti.

Era correo de fans. Lo metí en el bolso dándole las gracias. Regresamos al hotel y cenamos aunque yo escaseaba de hambre. Desde la misteriosa desaparición de Martín que mi apetito se había reducido. La tristeza lo llenaba. Compartí habitación con Javi. Por suerte no estábamos en la misma cama.

—Toma —le lancé el mando de la televisión al vuelo—. Todo tuyo.

Cambió de canal a la vez que cogí las seis cartas que tenía en el bolso y las comencé a leer. La última fue la que más me sorprendió.

Buenas tardes Charlotte, aunque eso de ‘buenas’ es relativo porque a pesar que entre las montañas de este pueblo de Huesca donde estoy recién instalado brilla el sol, en mi vida se ha instalado una nube oscura que amenaza lluvia cada dos por tres.

Me presento: mi nombre es Iván, tengo 37 años y te sigo desde que saliste en televisión por primera vez. Me he tomado la libertad de escribirte ahora porque encuentro injusto el trato que tiene mucha gente contigo y quería mostrarte mi apoyo. Como te he dicho mi día a día últimamente no es soleado y alegre como el de la gente que me rodea. Quizá no te importe pero me gustaría contarte lo tonto que he sido. Hace muchos años conocí a una chica que se tenía (y tiene) el cielo ganado. Por causas de la vida y por influencias de terceros lo dejamos. Este año, reencontrándonos con compañeros de la universidad, que fue donde nos conocimos, la he vuelto a ver y la chispa ha saltado. He dejado a mi actual pareja por ella pero la he vuelto a perder a raíz de unos comentarios que ha oído y que no le han hecho gracia. Me he alejado de la ciudad y me acabo de instalar en Torla, en las montañas del Pirineo aragonés, un lugar que te recomiendo visitar por su calidad de vida, sus vistas y su tranquilidad. Hoy es un día triste

para mí, como todos los que he pasado sin ella. Ha sido tanta la espera de volver a vernos que no he sabido gestionar mis emociones y mis ganas de volver a formar algo a su lado. Sé que es mi media mitad, que puedo hacerla feliz. He soñado noche y día con su cuerpo, su sonrisa, su dulzura y su enorme corazón. He imaginado cómo sería despertarme a su lado nuevamente y solo se me ocurre una palabra: maravilloso. Estoy tan enamorado que no puedo pensar con claridad. ¿Sabes esa sensación en que las mariposas te bailan en el estómago? ¿Qué harías tú en mi lugar? ¿Crees que estoy haciendo lo correcto?

Tal vez no me respondas, lo encontraría obvio, a nadie le interesan las penurias de un pobre hombre enamorado pero mantengo la esperanza de recibir una respuesta. Que seas feliz,

Iván.

Me quedé muy sorprendida y hasta incluso me sentí identificada. ¿Estábamos en época de reencuentros o qué? Me giré hacia Javi, estaba pendiente de una película y del móvil a la vez. Decidí no hablarle. Cogí papel y boli y escribí mi respuesta.

—¿Qué haces? —me preguntó en un momento dado. Me asusté y solté un grito ahogado —Joder que asustadiza estás.

—Nada —respondí secamente.

Al ver mis pocas ganas de hablar, volvió a centrarse en la tele. Terminé la carta y la dejé en la mesita de noche. Me tumbé apagando la lámpara de mi lado. Susurré un ‘buenas noches’ del que obtuve la misma respuesta y me volteé hacia la pared cerrando los ojos y suspirando.

“¿Quién será este misterioso Iván?”.

Capítulo 7

07.11.2017

Martín

Era la quinta vez en menos de dos horas que revisaba el buzón. Nada, ni rastro de cartas. Hasta dudaba de la llegada del sobre que tanto deseaba.

“Vaya esperanzas me he hecho. Estaba claro que no me respondería si es que lo ha leído”.

Fui a dar una vuelta por las montañas hasta la hora de comer. Mercedes me había traído un tupper con puchero el día anterior y ese fue mi almuerzo. Después de una siesta volví a revisar el buzón y encontré una carta. El corazón me dio un vuelco y comencé a notar como algo en mi interior se removía con intensidad. Entré corriendo y me senté en el sofá. ¡Era una carta de Carlota!

Querido Iván,

No sé ni cómo empezar. Creo que lo más coherente es darte las gracias por el apoyo y decirte que me he visto muy identificada con tu carta. Si preguntas qué haría yo en tu lugar sinceramente no lo sé porque el amor de mi vida ha desaparecido y me siento muy perdida. Y sí, hablo de Martín, Martín Rivera.

Me has transmitido mucha confianza así que te contaré un poco mi situación. Yo también he vivido mi propio reencuentro entre sábanas y las cuatro paredes de una habitación. Francamente fue espectacular pero me siento engañada. Como ocurrió hace once años, una persona se ha avanzado a mí y me he quedado a las puertas de la felicidad. ¿Por qué la gente miente? ¿O simplemente dice la verdad y por detrás los presionan para hablar lo contrario? Son preguntas que llevo unos días formulándome y a las cuales todavía no he encontrado respuesta. Lo que sí tengo asegurado es que al final el amor triunfará y tanto tú como yo acabaremos encontrando a esa media naranja a la que hemos perdido por causas del destino. Podrá ser hoy, mañana o dentro de veinte años pero lo lograremos. Me aferro a ello. Ahora relájate y disfruta de la naturaleza que es un gran aliciente para estar tranquilo. Ojalá yo tuviera esa oportunidad y el trabajo me permitiera alejarme de Madrid y su ajetreado ritmo de vida. Cuando hayas aclarado tu cabeza lucha, lucha por ella. Seguro que se dará cuenta de cuanto la amas.

Te escribo desde Barcelona, es sábado por la noche y mañana tengo un concierto en el casino. La tristeza me invade y estoy dolida con él por lo que ha hecho pero siento tanto amor que esa sensación quizá desaparezca el día que lo vuelva a ver y me dé explicaciones de su futura paternidad y boda. Hay gente de mi alrededor que cree que es mentira pero yo no sé qué pensar. ¿Tú qué crees?

Espero tu respuesta y que me cuentes cómo llevas tu día a día lejos de la mujer de tus sueños. Un beso,

Carlota.

Los ojos se me inundaron de lágrimas al leer sus palabras. Le estaba haciendo daño con mi

huida y seguía creyéndose la mentira de Hanna. Escribí una contestación desde mi tapadera de Iván. La verdad, la idea era descabellada y tal vez un tanto antigua pero había funcionado. El único problema sería su reacción el día que descubriera quién se escondía detrás de ese ‘personaje’.

—¡Andrés! ¡Lo he conseguido! —lo llamé entusiasmado cuando se me pasó el bajón—. Carlota me ha respondido.

—¿Qué te ha dicho? —le leí la carta —Joder, la has dejado echa una mierda, ¿eh?

—Tío, por favor que me siento muy mal porque se lo ha creído —admití adoptando nuevamente la tristeza.

—La voy a ir a ver esta semana y la convenceré.

—¡Estás loco! —me llevé la mano con que no agarraba el teléfono a la cabeza —¡Te va a echar a patadas!

—No, Martín, no me echará. Sabré convencerla que Hanna no está embarazada y que no os casaréis.

—No le digas donde estoy ni esto —supliqué.

—No, tranquilo, ya te contaré.

—Una última cosa, ¿Podrías traerme a Emma este fin de semana? Patricia me ha pedido que me la quede porque no va a estar. Sé que quería estar solo pero me haría mucha ilusión que pasara un par de días conmigo y es mi hija. No le puedo fallar a ella también.

—Claro, el viernes cuando salga del cole venimos.

—Gracias, gracias, te debo la vida.

—No exageres hermano. Nos vemos el viernes, chao —colgamos.

Suspiré. Andrés iría a hablar con Carlota pero... ¿Qué se dice en esos casos? Sobre las siete llamaron al timbre. Era Mercedes. La invité a pasar.

—¡Buenas tardes, Martín! —dijo con alegría—. Te veo mejor que días anteriores. ¿Ha respondido Carlota?

—Sí.

—¿Y qué te ha dicho? —nos sentamos en el sofá.

—Que estaba dolida y se cree que Hanna está embarazada. Se siente engañada por lo que vio —reconocí con cierta pena en la voz.

—Normal... pero la recuperarás pronto, no debes desanimarte. A Charlotte se la ve una mujer muy fuerte a pesar de los problemas.

—Sí, verdaderamente lo es. Es muy buena consejera, una brillante persona y uf... —me pasé una mano por el pelo.

—Y parecéis adolescentes —me reí ligeramente. Esa mujer lograba animarme con pocas palabras. Tenía mucha razón.

—La quiero mucho, muchísimo.

—Se te nota en los ojos y que estás arrepentido, también.

—Ya... —me encogí de hombros—. Tendría que haberle dicho las cosas desde un buen inicio correctamente.

—Todos cometemos errores, Martín, y estás aprendiendo de ellos igual que ella aprende de los suyos.

—Me da miedo que alguien se me avance.

—Si lo dices por aquel del programa no creo que tengan nada.

—Hay más gente —musité.

—Pero nadie como tú. Y ella seguro que lo sabe.

Cuando Mercedes se marchó ya era hora de cenar. Me preparé una ensalada y pensé en las palabras de mi tierna vecina. ¿Sabría Carlota de verdad que ella era el amor de mi vida?

Capítulo 8: Flashback

07.11.2016

Carlota

Era lunes, llevaba un pesado día a mis espaldas y solo faltaba que me invitaran a una gala solidaria en el hotel Ritz para redondear la jornada. La invitación reposaba sobre la mesa del comedor desde hacía una semana. No quería ir. Martín iba a aparecer y no me apetecía cruzarme con él después de diez años. Por otro lado tampoco podía fallar a los anfitriones y menos a Sofia que se había encargado que todo fuera como la seda con la organización. Le envié un WhatsApp a Javi preguntándole por enésima vez si vendría ya que no había sido capaz de decidirse. Finalmente aceptó (supongo que para que no le diera más la tabarra). Me dirigí a mi estilista de confianza para la puesta a punto en temas de maquillaje y peluquería. Hacia las siete regresé a mi piso. Mi chico no tardó en llegar. Me sorprendió verlo con camisa y americana acostumbrada a sus camisetas.

—Estás muy guapo —le di un pico.

—Tú también aunque no creo que vayas a ir con tejanos y jersey.

—No, no, ahora me cambio.

—¿A qué hora empieza?

—Entre nueve y nueve y media.

—Bueno, tenemos tiempo.

Y lo aprovechamos con creces calentando el ambiente aunque en ese momento no vi a Javi, sino a Martín. Maldito chico rubio de ojos azules. ¿Por qué Sofia tenía que salir con su mejor amigo e invitarlo a la gala? ¿No se daba cuenta que ahora yo tenía una relación normal y bonita? No, a nadie le importaba. Tras el alarde de pasión, me retoqué el pelo y el maquillaje y me enfundé en un vestido largo con la parte de arriba de tirantes blanca con decoraciones azules y la falda azul oscuro que no se me pegaba demasiado al cuerpo, como yo quería. Me subí a unos altos tacones negros y busqué una chaqueta en el armario que pudiera combinar ya que mi estilista de cabecera se había olvidado de ese detalle.

—Estás preciosa —susurró Javi levantándose del sofá donde estaba dando mimitos a mi perrita, una bulldog francesa a la que había llamado Tula y que por más inri me había regalado Martín las últimas Navidades que pasamos juntos.

—¿Vamos?

—Vamos. ¿Tengo que posar contigo en el photocall?

—Si no te apetece no lo hagas.

—De acuerdo.

—Conduce tú.

—Pues dame las llaves de tu coche que he venido en cercanías porque no tengo gasolina —él vivía en Tres Cantos.

—Toma —se las lancé al vuelo —y otro día recuerda que tienes una gasolinera a menos de un

kilómetro de tu piso.

—Ya pero da pereza.

—El día que algo no te dé pereza haré una fiesta.

Se rio levemente. Estaba acostumbrado a mis ironías y a mi seriedad. Demasiados años mano a mano. No se fotografió conmigo. Saqué de donde pude una sonrisa y después de una multitud de flashes apuntándome, me acerqué a la prensa. Las preguntas fueron las de siempre: proyectos, mi relación con Javi y Martín que ‘no sé si sabes que tiene nueva pareja y que está invitado esta noche también’.

—Sí bonita, sí lo sé —respondí con una sonrisa.

—¿Ningún mensaje para darle?

—¿Yo? Ninguno.

De reojo observé que en ese instante era él quien estaba posando. Iba solo. El corazón me dio un vuelco inesperado. Me despedí de los periodistas con rapidez para no cruzármelo. Me agarré al brazo de Javi, presentamos nuestras invitaciones y nos unimos a la fiesta del gran salón. Un hilo musical sobrio, barra libre y comida.

—Que tostón —lo escuché musitar al cabo de unos minutos de dar vueltas y observar el ambiente.

—Sabías lo que había.

—¿Al menos te dan un premio o algo?

—No sé.

En esa gala entregaban premios a labores solidarias y según Sofia yo era una de las candidatas. No quise hacerme ilusiones, tampoco era un Grammy.

—¡Carlota! —escuché por detrás.

Me volteé y me alegró saber que la responsable del grito era Lucía. La abracé fuertemente. Javi se marchó al baño y a buscar una copa. Nos sentamos en unos taburetes la mar ilusionadas por habernos encontrado. Comenzamos a hablar sobre los recientes acontecimientos en nuestras vidas. Hacía varios meses que no la veía.

—Está Martín —dijo.

—Lo sé —respondí fastidiada —no para de mirarme y me está poniendo histérica. Más de lo que ya estaba.

—¿Ocurre algo?

—¿Callarás? —asintió convencida—. Llevo un retraso de quince días.

—¿Qué? —se llevó las manos a la boca—. ¿Qué me estás contando? ¿Y... tienes síntomas o algo? ¿Se lo has contado a Javi? Porque supongo que si estás embarazada es suyo.

—No lo sabe. Estoy muy asustada. No quiero tener un hijo ahora mismo. Saco disco en dos semanas. Rara no me noto pero el susto lo llevo encima porque no sé qué ha podido fallar.

—¿No has pensado en hacerte un test?

—Sí, sí lo he pensado pero estoy apurando.

—Pues no apures que será peor. Mira, mañana te acompaño a la farmacia y te quitas el mal del cuerpo.

—Está bien. Voy al baño.

Pero no fue necesario que el día siguiente Lucía me acompañara a buscar un test de embarazo. Justo en ese instante me bajó la regla. Por poco no chilló de la emoción. La primera vez en mi vida que me había alegrado de sangrar. No creo que volviera a ocurrir. Regresé a la fiesta más tranquila e ignorando la presencia de Martín. Me junté con Javi nuevamente ya que Lucía

desapareció misteriosamente.

—¿Soy yo o te ha cambiado la cara?

—Eres tú.

—No en serio, parecías preocupada. Ahora ya no tanto. ¿Es por Martín?

—¿Qué dices? A ese que le den. Anda que no he coincidido veces con él y no me ha dicho ni hola. No cambiará ahora.

—Vale, vale.

La maestra de ceremonias subió al escenario para la entrega de premios. Finalmente fui una de las galardonadas. ‘Por su labor humanitaria, su enorme corazón, su trayectoria artística y su colaboración en causas benéficas, este reconocimiento es para Charlotte’. Subí los tres escalones entre una multitud de aplausos. Di un breve discurso en el que agradecí el apoyo de tantos años ‘a mi familia, equipo y amigos’ sin hacer hincapié en personas como mis padres o el mismísimo Javi que me observaba con una mezcla de orgullo y preocupación en el rostro. Creo que era consciente que había estado muy alterada y que continuaba algo reacia a estar en esa fiesta con la presencia de Martín que, por si os interesa, también fue galardonado y me aplaudió.

—Enhorabuena —Javi me dio un beso en la mejilla—. Te lo mereces campeona.

—Gracias —respondí en un susurro—. Voy con Lucía un momentito, ahora vuelvo.

—De acuerdo. Por aquí estaré.

Busqué a Lucía entre la multitud. Cuando la encontré, me lancé a sus brazos súper feliz y dedujo entonces que la falsa alarma se había disipado.

—¿Una copita? —me propuso.

—Más tarde, voy a recuperarme de la angustia primero. Voy a tomar el aire.

Me acerqué a Javi que había entablado conversación con otro músico.

—¿Tienes un piti? —le pregunté.

—Sí, toma —me ofreció un cigarrillo algo extrañado a sabiendas que estaba intentando dejarlo.

—Solo será uno. Dame fuego. Ahora te lo devuelvo —le arrebaté el mechero de las manos.

Salí al exterior del hotel. La muchedumbre de periodistas se había diluido y apenas quedaba un botones y el habitual tráfico de la capital. Madrid, la ciudad que no duerme. Me apoyé en una pared en una calle cercana poco transitada. Encendí el cigarro y le di una primera calada. Expulsé el aire lentamente.

—Tú y tus vicios... —escuché una voz que provenía de mi izquierda. La conocía demasiado. Ese tono, esa picardía. Solo podía ser Martín.

—¿Eso es lo que se te ocurre decirme tras diez años de ausencia? —le espeté.

—Déjame explicarte.

—Supongo que si estás aquí es porque me has seguido, ¿no?

—Sí, bueno, no.

—¿En qué quedamos? Mira Martín, no estoy para bromitas y juegos.

—Déjame explicarte —repetió en un tono de más súplica.

—¿Qué quieres explicarme? ¿Por qué me dejaste por televisión? ¿Tu ausencia? Gracias pero no tengo ganas de escucharte. No después de una década.

—Más vale tarde que nunca.

—No te hagas el gracioso que no tenemos veinte años. Lo nuestro se acabó, fin. Tú ahora tienes novia, yo tengo novio y todos contentos. No vengas a remover un pasado que ya está enterrado.

—No quiero desenterrarlo. Solo darte explicaciones.

—Vas tarde. El tren pasa una vez y por tu estación hizo demasiadas paradas. Reacciona Martín. Que seas feliz con Hanna igual que yo lo seré con Javi pero no quiero oír nada. Na-da. ¿Lo captas?

—Está bien, está bien. Lo he entendido. No aceptas disculpas. Por si te interesa no quiero a Hanna —me encogí de hombros—. Solo acepta un consejo... apaga ya eso —señaló el cigarrillo que reposaba a medias entre mis dedos.

Dio media vuelta y emprendió rumbo hacia el hotel nuevamente. Acabé de fumar intentando relajarme. Esa estúpida conversación había revuelto ciertos sentimientos y sensaciones que creía tener olvidados. No derramé ni una lágrima, no valió la pena. Regresé al interior y busqué a Javi. Estaba charlando con el mismo hombre con el que lo había dejado. Le devolví el mechero.

—¿Ha salido Martín por casualidad? —me preguntó. Su amigo se marchó a por su pareja.

—Estás obsesionado —le encasqueté—. Yo qué sé. Yo he ido a fumar.

—Vale, vale, tranquila.

La orquesta, sobria y formal, comenzó a tocar *Historia de un amor*. Viendo que todo el mundo bailaba, Javi me agarró de una mano y sorprendentemente me sacó a bailar. Lucía bailó con Martín lejos de mí (gracias a dios). Mi chico y yo apenas nos movimos. Mi brazo en su hombro, el suyo en mi espalda y los dedos de la otra mano entrelazados entre nosotros. Mi mente voló hacia esos ojazos azules. La historia de amor con Martín había sido única. Sin su amor había podido sobrevivir, no vivir y en ese instante, con la cabeza apoyada en la mejilla de Javi y los ojos cerrados sentí la letra como propia. Nuestro libro, nuestra novela me hizo comprender el bien y el mal, le dio luz a mi vida para apagarla después. Ese chaval de ojos preciosos que no volvería a mi lado. Suspiré apenada.

—¿Todo bien? —me preguntó Javi—. Hasta me sorprende que hayas querido bailar.

—Más me sorprende a mí que tú hayas accedido.

—Misterios por descubrir.

—Ya veo.

Me reuní con Lucía y Sofía en el lavabo. Les expliqué la conversación (si puede llamarse de esta manera) con Martín y el incipiente cabreo que estaba floreciendo en mí. Me recomendaron calma y que pensara en frío dentro de unos días.

—¿Sabéis el refrán? Pues es verdad. A todo cerdo le llega su san Bernardo y no me sorprende que ahora se arrepienta.

—Martín —respondió Lucía.

—¿Qué? —parpadeé—. Claro, hablo de Martín.

—Digo que el refrán es que a todo cerdo le llega su san Martín.

—¿Ah sí? Pues yo siempre lo había dicho así. Todavía más sentido tiene. En fin, no me lieis. Martín me importa un comino. No pienso aceptar sus disculpas justo cuando estoy intentando ser feliz al lado de un hombre maravilloso.

—Que no quieres —apostilló Sofía.

—Claro que quiero a Javi —me defendí—. Me aporta mucho.

—Lo que tú digas.

—Sofí cielo yo quiero a Javi. Joder, lo conozco desde hace casi diez años. Lo nuestro ha surgido y punto. ¿Nos matamos más que antes? Sí. ¿Qué me da unos polvos de la ostia? También. ¿Lo quiero y me aguanta? Obvio.

—Pero no es el padre de tus hijos —intervino Lucía—. Martín sí. Si tu retraso se hubiese cumplido, Javi y tú hubieseis sido unos padres fantásticos pero hubieseis petado. Tú y Martín

estáis destinados. Lo dicen las cartas.

—¿Qué cartas?

—Las que te tiró mi amiga vidente el año pasado. Dijo que volverías con tu alma gemela y formaríais una familia. Volver, Carlota, volver —remarcó —con el único que puedes volver es Martín.

—No me lieis, no me lieis.

—Tómame una copita anda que quizá se te pasa la mala leche. Total, no conduces tú de vuelta.

Brindamos con un mojito. Me marché a casa más animada habiendo bailado con ellas. Olvidé al que fue el amor de mi vida lentamente. Un episodio puntual. No volvería a ocurrir.

Y sin pensar en lo que el destino me deparaba un año después, sin hacer caso a la voz interior que me anunciaba que la relación con Javi estaba condenada al fracaso y con ganas de hacer lo que me viniera en gana, me dormí aquella madrugada del 8 de noviembre con la mente completamente en blanco.

Capítulo 9

09.11.2017

Carlota

Era jueves, estaba en Madrid y tenía el día libre. Me levanté cerca de las nueve de la mañana. No estaba de muy buen humor y seguía sumida en una tristeza que intentaba menguar con el trabajo y distrayéndome con los amigos para no pensar en Martín. Me vestí y me marché a desayunar a una cafetería. Antes, pero, deleité a mis seguidores con una foto ascensor y recogí el correo del buzón. Aparte de publicidad y facturas encontré una carta de sobre violeta que olía a lavanda y un sobre negro de tamaño de folio bastante sospechoso. Me senté en un bar de mi barrio con un café bien cargado para estar activa todo el día y un cruasán de chocolate. Saqué la carta de Iván del bolso y comencé a leer.

Hola Carlota,

No sabes la sorpresa que me llevé cuando vi que habías respondido. Me he tomado la libertad de responderte a la misma dirección que tú pusiste, espero que no te moleste. Es lunes y aquí en Torla comienza a refrescar de lo lindo. Me estoy adaptando bastante bien a esta nueva vida a pesar de los contratiempos interiores en los que me encuentro, es decir, el recuerdo constante de mi media mitad, mi luna, mi salvación. Seguro que sigue muy dolida. La conozco y sé lo mucho que le cuesta salir de los pozos a pesar de ser una persona extremadamente fuerte. Se centrará en el trabajo, en sus amigos, su familia... pero hasta que no me atreva a dar el paso y hablar con ella no querrá nada con nadie y yo no pararé de martirizarme por lo tonto que fui.

Respecto a lo que me preguntabas, yo no creo que Hanna esté embarazada. El reportaje fue muy falso y para dar una buena de ese tipo en dos personas tan conocidas me parece que hubiese sido más coherente estar ambos que ella sola. Además por lo que me contaste (que me sorprendió un montón, sinceramente), Martín está enamorado de ti sí o sí. De vuestra actuación en el reencuentro con lo que menos me fijé fue en el no beso, francamente. Vi a dos personas que se echaban en falta, que seguían amándose en la distancia, que buscaban un simple momento para rozarse, que se miraban con una ternura y un amor inmenso. Hasta incluso te diría que Martín te hubiese besado de verdad porque las miradas hacia tus labios fueron constantes y ya sabes lo que significa, ¿verdad?

En definitiva, te pregunto, ¿Cómo te encuentras después de la vorágine? ¿Estás más recuperada? ¿Sigues creyéndote a Hanna? ¿Continúas dolida?

Espero respuesta. Un beso,

Iván.

Suspiré y dejé caer el folio sobre la mesa. Me di cuenta que Iván tenía una historia amorosa con su ex muy parecida a la que tenía yo con Martín. Él me había respondido mis preguntas y yo, con el cariño y esa extraña relación de cartas que habíamos creado, me vi en deuda para contestarle. No lo hice en aquel momento. Volví a guardar el papel dentro el sobre y decidí abrir

el único que aún no había desenvuelto. Ya de antemano me pareció sospechoso y cuando vi su interior no pude pensar nada más que provenía de una persona: Hanna. En él se mostraban unas fotos que desmontaron más si cabía mi corazón. Salíamos Martín y yo el día previo al reencuentro, durante la comida en el restaurante. Estaban cogidas desde un ángulo indefinible (probablemente una ventana) mientras charlábamos en el baño y otras en el Tibidabo, realizadas muy discretamente, donde se nos veía besándonos y hablando agarrados de la mano.

¿Qué te piensas? ¿Qué vendrás a destrozarme la vida que tengo con él? En ese caso seré yo quien lo haga contigo. Ve con cuidado, puedo derrumbarte si algo sale publicado. HS.

La nota que acompañaba al paquete me removi6 las tripas. Me pas6 una mano por la cara y sopl6 nerviosa. ¿Qué representaba qué debía hacer con aquello? ¿Quemarlo? ¿Lanzarlo por la ventana? ¿Hablarlo con alguien? ¿Callarme? Me llev6 la taza de café a los labios mientras pensaba. Opté por decírselo a alguna persona, el problema era que no sabía a quién.

“Ya lo pensaré luego. Mejor vuelvo a casa”.

Cuando me acerqué a mi piso pude comprobar como estaban haciendo guardia un par de reporteros. Sopl6 con disimulo y como aquel al que no acaban de amenazar con destruirle la vida, me acerqué a ellos.

“Ahora que parecía que ya se iban, tienen que volver”.

—Buenos días Charlotte —saludó una de las chicas—. ¿Son ciertas las informaciones que apuntan a unas fotos comprometidas tuyas?

—No, buenos días guapa —y sin dejarle pronunciar ni media palabra más entré en mi portal.

“Mataré a Hanna, en serio, me dan ganas de estrangularla. ¿Qué coño he hecho yo para merecer esto? ¿Enamorarme de su pareja? Lo siento pero ella debe estar ciega para ver que Martín la ha abandonado. En realidad, nos ha abandonado a las dos, sinceramente... pero Martín me prefiere a mí, ¿Verdad?”.

Dejé el bolso con los sobres en la mesa del comedor y me recosté en el sofá pensando seriamente lo que me estaba sucediendo. Tenía miedo. Miedo de Hanna, de Eusebio y de la discográfica de Martín. Eran capaces de aniquilar mi carrera en un abrir y cerrar de ojos y después de tanto currar era lo que menos deseaba. Sopl6 y me pas6 las manos por la cara. Me sentía impotente y débil. ¿A quién tenía de mi lado? Tenía a gente, lo sé, pero no lo tenía a él y eso me provocó más fragilidad. Cerré los ojos intentando calmarme. Solo logré derramar unas imprevistas lágrimas e inquietarme más. Respiré hondo tres veces y me sequé la cara con los pulgares. Llamaron al timbre. Me levanté y me puse las gafas. A ver si de esa forma disimulaba la rojez de mis ojos... Pensé que se trataría de Sofía o Javi, los únicos que se atrevían a presentarse a mi casa sin previo aviso, especialmente la primera, el segundo desde que habíamos roto que avisaba antes de venir. Nada, ni uno ni otro. Era una persona con la que había mantenido contacto en un pasado, muy próxima a Martín. En definitiva, se trataba de Andrés. Lo abrí dubitativa. ¿Qué hacía en mi piso? Lo esperé apoyada en el umbral de la puerta con Tula en brazos.

—Hola Carlota —saludó tímidamente y cabizbajo cuando llegó a mi planta.

—Hola Andrés —nos dimos dos besos y le invité a pasar—. ¿Quién te ha dicho donde vivo? —le pregunté mientras me dirigía a la cocina a preparar un par de cafés y depositaba a la perrita en el suelo.

—Ha sido Sofía, no te enfades con ella —me siguió.

—¿Qué te trae por aquí? —nos sentamos en la mesa de la cocina, uno enfrente del otro.

—Vengo a hablarte de Martín.

—Soy toda oídos. ¿Cuándo es la boda? —ironicé.

—Carlota, razona por favor. Martín se ha ido de Madrid. Yo sé dónde está pero no puedo decírtelo. Tienes que saber que se ha marchado para recapacitar y reflexionar. Está muy arrepentido por las informaciones que han salido. No se van a casar ni Hanna está embarazada. Si lo está, no es suyo ya que no la toca ni con un palo. Me han dicho que creías que sí lo estaba.

“¿Y este cómo sabe que yo pensaba esto?”

—Martín te ama sola y exclusivamente a ti. Lleva tus discos en la guantera del coche, los escucha durante muchos viajes, se los pone a Emma, le habla de ti a la niña, piensa en ti a todas horas, a veces creo que está obsesionado pero luego me viene a la cabeza la pureza de vuestro amor y lo entiendo todo.

—Se acabó Andrés, ya no hay vuelta de hoja. El pasado, pasado está —suspiré derrotada.

—No puedo creer que te rindas. Deja que Martín reflexione y daros una oportunidad.

—No es tan fácil. ¿Te recuerdo que la discográfica está detrás de él presionándolo? ¿Qué no puede dar un paso que ya los tiene encima?

—Martín quiere romper lazos con la discográfica. Lleva once años arrepentido de haberte dejado. Puede haber estado con chicas pero te buscaba a ti en su mirada, él mismo me lo confesó. Me contó hace unos meses, cuando os citaron para las reuniones del reencuentro, que personalmente solo estaba orgulloso de Emma. Le presentaron a Hanna y ha sido muy valiente cortando con ella pero Eusebio está hecho una furia.

—No quiero oír a hablar de Eusebio y Hanna —murmuré entre dientes conteniendo el llanto.

—Carlota... te conozco... ¿Qué ha pasado?

Me levanté sin prestar atención a sus últimas palabras. Estaba decidido, él estaría de mi parte con esas fotos y esa amenaza.

—Carlota, ¿Puedes contestarme? —insistió

—¡Un momento! —contesté desde el salón.

Regresé a la cocina con el sobre negro entre manos. Se lo entregué y di un sorbo a mi bebida.

—Míralo tú mismo. Esto es lo que ha pasado.

Abrió el sobre con meticulosa dedicación. Miró detenidamente fotografía por fotografía. Se tomó su tiempo para contemplarlas. Las volvió a guardar. Aprecié que estaba sorprendido.

—¿Qué opinas?

—No tengo palabras —parpadeó perplejo—. Hanna es una psicópata. ¿Cómo hemos podido estar engañados tanto tiempo?

—He llegado a la conclusión que el poder, la necesidad de ser famosa y la sed de venganza es lo que la ha “motivado” a atentar de esta forma contra nosotros.

—Yo como representante llevo muchísimo tiempo intentando que *Producción Musical* no lo ahogue pero se me está haciendo imposible también.

Le sonó el teléfono. Observó de quien se trataba y decidió descolgar sin importarle que yo estuviera ahí.

—Hola Martín —se me cortó la respiración por un instante y aunque vio mi expresión temerosa en el rostro no se le ocurrió nada más que poner el altavoz y que lo pudiera oír.

—¿Andrés, estás en Madrid?

—Ah... sí. ¿Por?

—Eusebio me ha llamado.

—¿Qué te ha dicho?

—Te cuento el viernes. Algo de unas fotos me ha mencionado.

—¿Fotos? —se sorprendió en exceso.

—¿Sabes algo?

—Mejor hablamos mañana que estoy ocupado.

—De acuerdo, hasta mañana.

Mientras ellos hablaron, me deshice como un helado en pleno mes de agosto. Después de más de una semana volver a escuchar su voz me seguía doliendo. Los recuerdos se amontonaron en mi mente en el transcurso de esa llamada y un ligero temblor se apoderó de mis manos. Cuánto lo echaba de menos...

—Me da la sensación que Martín ha recibido las mismas fotos que tú...

—Mañana lo sabrás.

—Te llamaré y te lo explicaré. Cuenta conmigo para lo que haga falta —nos levantamos—. Siento la molestia.

—No pasa nada. Tampoco tenía mucho que hacer —sonreí ligeramente —Gracias por venir —nos dimos dos besos y se fue.

Me dejé caer en la cama y pude notar como mis mejillas se mojaban lentamente. ¿Por qué Hanna intentaba entrar en mi vida? ¿Por qué me había ido a enamorar del hombre más complicado de la tierra pero a la vez el más bonito y encantador? ¿Por qué? ¿Por qué?

Y entre tanta pregunta fui notando como mis párpados empezaban a jugarme malas pasadas y vencida por las emociones de la mañana fui quedándome dormida.

Capítulo 10

11.11.2017

Martín

Como me había ocurrido el lunes, las ansias de la llegada de la carta de Carlota se hicieron incontrolables durante la semana. Gracias a Dios que nada más despertarme y salir al buzón encontré respuesta. Me sentí muy emocionado por saber su contestación. Me senté en la mesa de la cocina con una humeante taza de café enfrente. El olor a recién hecho y su letra plasmada en papel me llevó a imaginar que era ella quien me estaba leyendo aquellas palabras.

Hola Iván.

Me alegra saber de ti y que esta extraña relación de cartas vaya evolucionando. Aunque no te conozco personalmente tengo que decir que me despiertas cierta confianza y curiosidad. Acerca de tus preguntas voy a contestarte una por una. Ha pasado más de una semana del concierto y aún puedo sentir la emoción del Sant Jordi coreando mi nombre y el de Martín en esa canción mágica. Fue un momento único e indescriptible. Ahora, pero, estando en Madrid, estoy más tranquila y lo voy digiriendo a pesar de ser algo difícil de olvidar. Estoy más recuperada pero el continuo recuerdo de Martín sigue acechándome. Y no, ya no creo a Hanna. Andrés, el mejor amigo del rubio, me lo ha confirmado y me ha tranquilizado por una parte pero Hanna me ha enviado unas fotos y una amenaza que me está llevando por el camino de la amargura. No veas lo nerviosa que estoy por si arremete contra mí o contra él. En las fotos se nos ve el día previo al concierto hablando de noche en el Tibidabo, donde limpiamos asperezas y hay un beso. Si eso sale publicado, ya puedo ir preparando el pasaporte y pirarme a la otra punta del mundo porque la discográfica que tanto lo presiona por detrás va a aniquilarme. Me duele pensar que Martín haya podido estar con ella tanto tiempo. Yo entiendo que quizá escaseaban de amor pero me molesta un montón su presencia. ¿Por qué la vida es tan complicada? ¿Te has parado a preguntar porque tanto estamos renunciando al amor de nuestra vida? Yo sí, llevo toda la tarde pensando en ello y ahora que cogeré un AVE camino a Barcelona me pasaré el camino meditando sobre el tema. Sé que no sacaré ninguna conclusión y que seguiré molesta conmigo misma, con él y Hanna pero quizá si pienso en su persona positivamente deje la pena a un lado. ¿Ilógico, verdad? Toda mi vida es un cúmulo de situaciones inverosímiles.

En fin, no puedo escribir más. El deber me reclama. Que tengas mucha suerte con tu chica y espero que me cuentes pronto cómo te va la vida. Un besazo,

Carlota.

“Así que sigue molesta... bueno, cabrá idear un plan y buscar las palabras adecuadas para que comience a darse cuenta quien se esconde detrás de Iván realmente”.

Era sábado y como tal, hoy aparecerían Andrés y mi niña por ahí. A medida que el reloj iba dando las horas mi inquietud fue en aumento. Echaba de menos a mi pequeña princesa y tenerla un fin de semana conmigo en plena naturaleza era el chute de energía necesario.

Cerca del mediodía tocaron al timbre. Me levanté como un rayo del sofá y mostrando una sincera sonrisa abrí la puerta. Emma se lanzó a mis brazos con rapidez.

—¡Papi! —exclamó con alegría.

—Mi niña —la abracé. Escondió la cara en el arco de mi cuello—. ¿Estás cansada?

—Un poco pero tenía muchas ganas de verte.

—Yo también cariño —la dejé en el suelo y saludé a Andrés—. Tienes mucho a contarme —le susurré al oído.

—Lo sé.

La casa disponía de tres habitaciones. Una de ellas se la quedó Andrés y la otra Emma aunque me confesó que quería dormir conmigo. Almorzamos en un restaurante del pueblo y pasamos la tarde rodeados de naturaleza. Cenamos unas pizzas que había comprado por la mañana. Mi pequeña quedó rendida enseguida y la llevé a la cama para arroparla.

—Papi... —musitó con voz adormilada—. ¿Cuándo veré a Carlota?

—Pronto cariño.

—¿La traeremos aquí?

—Algún día.

—¿Estás enamorado de ella? —preguntó con una curiosidad hechizante.

—Princesa, son cosas de adultos —le acaricié el mentón.

—Esto es un sí. La besaste, que os vi. Y el tito Andrés me lo ha confirmado.

—Hay que ver con Andrés...

—No le digas que te lo he dicho pero es que tengo ganas de verte con Carlota —me reí ligeramente—. Tengo sueño.

—Venga duérmete.

—¿Me cantas un poco?

Le canté al oído una estrofa de *Mi pequeña estrella*, la canción que le había dedicado y que también se extendía a Carlota como dedicatoria, y se durmió. Le di un beso en la frente y regresé al salón. Andrés estaba leyendo la carta de Carlota y observando el sospechoso sobre que me había llegado de parte de Hanna.

—Carlota recibió lo mismo.

—¿Estabas con ella cuando te llamé, verdad?

—Sí. Te escuchó. Está distinta. No parece ella. Tiene las mismas imágenes y una amenaza parecida. Espero que Hanna no la líe.

—Tú no sabes lo de Eusebio.

—¿Qué ha pasado?

—Quiere destruir mi carrera y está que trina con eso que haya suspendido todos los eventos de este mes. Andrés, esto se les está yendo de las manos a medida que pasan los días —reconocí con temor.

—Nos vamos a librar de ellos pero tienes que estar tranquilo y luchar por Carlota —colocó sus manos en mis hombros —ambos os habéis rendido y no es propio de vuestro carácter. Sois fuertes y no me lo estáis demostrando.

—Necesitamos tiempo. Tú mismo has podido comprobar que sigue dolida.

—¿Y si te hicieras ver un poco? No sé, sácale que tienes una hija de ocho años a ver si sospecha.

—Hay mucha gente que tiene hijas de la edad de Emma.

—Bueno, por algo se empieza.

Miramos su programa. Verla fue como ver a un ángel, como entrar en el paraíso a través de la pantalla. Estaba preciosa. Me reconfortó observar que se tomaba las bromas del no beso con humor. Sin embargo, su mirada decía lo contrario. Estaba visiblemente más triste que semanas antes y se percibió en su forma de hablar y realizar ciertas acciones. Aun así, seguía teniendo ese encanto que la define y que tanto me había conquistado quince años atrás.

Me fui a la cama antes que Andrés. Tapé correctamente a Emma y me tumbé a su lado, apartándole un mechón de pelo de la cara. Sonreí imaginando cómo sería una vida de tres y quizá un cuarto, un hijo de Carlota y mío. La palabra que más le sentaba era una: maravilla.

Capítulo 11

12.11.2017

Carlota

Quedaba media hora para subir al escenario del casino de Barcelona y estaba de los nervios. Andrés no me había llamado todavía y por las redes había recibido más de un mensaje amenazante de cuentas sospechosas con nombres extraños e incomprensibles. Me sonó el móvil. Estaba sentada en mi camerino intentando paliar mi inquietud con Javi enfrente rasgando las cuerdas de la guitarra en una improvisación de las suyas. Era una notificación de Twitter. Otra vez una amenaza.

Tú eres menos que ella, si luchas, perderás y te arrepentirás. H.E.

Lo único que me descolocó fueron las iniciales del final. Me imaginé de quien podría venir pero esas iniciales no me sonaban. Suspiré. Me sacaba de quicio no poder controlar esa situación.

—¿Todo bien? —preguntó Javi.

—No lo sé ni yo. ¿Tienes un piti?

—Carlota... dejaste de fumar hace unos meses.

—Pero tengo ansiedad. ¿Tienes o voy a pedírselo a otro?

—Toma, toma.

Me ofreció un cigarrillo y un mechero. Salí al exterior a tomar el aire. Estaba verdaderamente asustada. Di una larga calada expulsando el humo lentamente. El teléfono sonó. Era Andrés.

“A buenas horas”.

—Hola Carlota —saludó.

—Hola, ¿Qué tal?

—Aquí, con Martín, en medio de la nada. Mañana regresamos.

—¿Sabes algo sobre las fotos? —pregunté con preocupación.

—El también las ha recibido. Eusebio le ha dicho que lo va a destruir por haberlo suspendido todo este mes. No veas como se ha puesto la discográfica. ¿Tú has recibido algo más?

—Sí, la verdad es que ya van tres mensajes amenazantes firmados con las mismas iniciales: H y E. Vienen de cuentas distintas de Twitter y cuando bloqueo una aparece otra. ¿Quién crees que puede ser?

—¿H y E, has dicho?

—Ajá —volví adentro tras terminarme el cigarro en un tiempo récord. Me había entrado frío. Javi no estaba en el camerino por suerte.

—Pensándolo bien... H y E. Hanna y Eusebio podrían ser.

—Es cierto, no había pensado en ello.

—¡Martín! La cosa se complica. Es Carlota —le aclaró a su colega.

Mi corazón dio un vuelco cuando le comentó a su amigo que era una servidora quien estaba a la otra banda del teléfono. Escuché su voz a lo lejos preguntando por mí. Me apoyé en la primera mesa que encontré para no caer al suelo.

—Carlota, os dejo hablar solos.

—Andrés... no vayas por ahí —nadie me respondió —¡Andrés! —repetí con desespero.

—Hola Carlota —esas dos palabras se me clavaron en el alma. Intenté contener la emoción. Maldito Martín...

—¿Cómo estás?

—Bueno... —sonó muy poco convincente—. ¿Tú?

—Bi... bien.

—Me alegro. Oye... siento mucho todo.

—No intentes justificarte, por favor. No quiero oír nada hasta que las aguas se calmen.

—Carlota, por dios, no te hagas la dura. Yo no deseaba esto. Yo quería seguir a tu lado, ganarme tu confianza de nuevo, poder ser feliz.

—¿Te piensas que yo no quiero ser feliz? —pregunté con la voz entrecortada—. Pero no puedo, no lo consigo.

—Me equivoqué.

—¿Sabes lo que daría por volver a la noche del reencuentro contigo? Pero ahora ya no sé qué pensar. Estoy muy confundida y que tu querida Hanna me esté amenazando cada dos por tres no ayuda.

—Lo superaremos. Te prometo que nos veremos pronto pero ten presente algo, yo te amo a ti, a nadie más. Te amo tanto que me duele y tengo miedo de fallarte porque te estoy fallando repetidas veces. Dame tiempo, por favor —un par de lágrimas se escaparon de mis ojos—. Tenemos mucho a hablar. Voy a llamarte en unos días.

—No me hagas sufrir —dije con la voz tomada completamente—. No quiero falsas esperanzas donde no las hay. Arregla la situación y quizá luego hablemos.

—Está bien —aceptó resignado—. Emma quiere hablar contigo. Te la paso.

—De acuerdo, chao.

—Te amo —susurró. Fui incapaz de devolverle esas dos simples palabras.

Miré la hora. Eran y veinte. Fui hacia la parte trasera del escenario. Javi estaba ahí. Le devolví el mechero sin soltar el teléfono. Me senté en un taburete que quedaba enfrente del suyo.

—¡Carlota! —exclamó alegremente.

—Hola corazón —su inocente felicidad me sacó una sonrisa y me apartó las lágrimas enseguida—. ¿Cómo estás?

—Tengo muchas ganas de verte.

—Yo también cariño pero ya sabes que con mi trabajo y el de tus padres es complicado.

—Bueno, pues te vienes aquí a casa de papá. Dice que algún día te llevaremos.

“Tierra trágame”.

—¿Y qué haces aquí con papá? —pregunté curiosa. A ver si me aclaraba algo...

—Pues me lo estoy pasando muy bien. Estamos en la montaña. Ya he hecho una amiga.

—¿Ah, sí?

—Sí, se llama Dúnia y su bisabuela es la vecina de papá. Tiene siete años. Hemos jugado a muchas cosas. Nos hemos disfrazado, hemos merendado torrijas y le gusta mucho cantar y visitar a su abuela en la casa del pueblo. A ti también te gustaría mucho este sitio. Y seguro que a papá le encantaría hacerte una visita guiada —relató entusiasmada.

Sonreí enternecida. Esa niña había entrado en mi alma para no salir de ella nunca más. Javi me gesticuló que apurara la llamada, que quedaban dos minutos para salir a cantar.

—A ver si algún día me lo enseñáis. ¿Vale, preciosa? No puedo hablar más.

—¿Por qué?

—Estoy trabajando cariño. Pásame a Andrés, por favor.

—¡Vale! ¡Hasta luego, Carlota! —me lanzó un sonoro beso y le devolvió el teléfono a Andrés

“¿Cómo puedo haberme encariñado tanto de esta niña? ¡Si solo he pasado con ella tres horas! Tiene el mismo efecto magnético que su padre. Definitivamente es eso”.

—¿Todo bien?

—Llena de confusión pero sí.

—Te pasaré a ver esta semana de nuevo y miramos esto de las amenazas. Hablaré con Eusebio y con la discográfica. ¿Te parece?

—Me parece. Venga, nos vemos. Tened cuidado.

—Adiós Carlota.

“Martín... vaya conversación más inverosímil. Lo amo tanto... y sin embargo nos estamos haciendo tanto daño... y nos lo hacen. ¿Cuándo acabará esta pantomima? Quiero ser feliz. ¿Tan difícil es?”.

Di lo mejor de mí en el escenario pero al bajar volví a deshincharme como un globo al que le sacan el aire. Ni la quedada que estaba proponiendo Alejandro por el grupo de la academia me animó. Me apunté para recibir una alegría y porque los días en que estaba planeado quedar yo no tenía nada. Estaría bien ver a mis compañeros pero... ¿Y Martín qué? ¿Aceptaría? De momento, había leído los mensajes. Su confirmación estaba a la deriva.

Capítulo 12

17.11.2017

Carlota

Sin Martín habiendo aceptado quedar con los compañeros todavía, sin noticias de Andrés, peleada con Javi y llena de amenazas cibernéticas de Hanna y Eusebio, emprendí una nueva jornada en el siempre caótico y hermoso Madrid que tan bien me había acogido años atrás. Me desperté temprano, me vestí, tomé un largo y cargado café y me marché a trabajar. Recogí el correo y conduciendo con la radio de fondo sonando una positiva canción de Michael Bublé me dirigí a ensayar con Javi para el concierto del casino. Ya era el último de los cuatro que realizamos. Llevábamos sin hablar desde el domingo cuando me rebatió que hablar con Martín no solucionaría nada y que al final le tendría que dar la razón con que este reencuentro me estaba trayendo más penas que alegrías. Me enfadé porque no creí que fuera el adecuado para opinar de ese tema. Llegué al local de ensayo antes que él.

“Ya está siendo puntual, porque no está el horno para bollos. Voy a leer el correo”.

Me senté en un taburete y rasgué el sobre con una uña embriagándome del característico olor a lavanda que acostumbraban a desprender sus cartas. Un aroma que me había gustado desde pequeña.

Hola Carlota.

Sé que han pasado días desde que me escribiste pero no he encontrado el momento para sentarme y coger papel y boli. Este fin de semana ha sido el más especial desde que no la veo. He estado con mi hija. Me parece que no te he hablado antes de ella. Es mi motor para seguir luchando. Tiene ocho años y una personalidad de lo más divertida. Es un terremoto, un cúmulo de energía inagotable y es tan buena...

Cambiando de tema... dijiste que Hanna te estaba amenazando. ¿Has pensado en acudir a las autoridades? ¿Cómo estás realmente? Creo que tienes que estar tranquila, sin pensar en lo malo que te rodea. Sé que es difícil y yo tampoco estoy pasando por un buen momento pero tenemos que ser fuertes y pelear. Mis compañeros de universidad han organizado una quedada y estoy muy perdido porque si voy quizá le moleste mi presencia y si no voy, quedará como un cobarde nuevamente y me muero de ganas de volver a tenerla cerca. Necesito hablar con ella, oírle su voz angelical, aclararle todos los asuntos que han quedado en el aire, declararme, confesarle cuánto la amo... Quizá parezco un poco loco pero cuando encuentras a tu media naranja, a esa persona que junto a ti forma una unidad sólida e indivisible, es inevitable no enloquecer y fantasear con un futuro precioso a su lado. ¿Sabes de qué hablo? Seguramente sí. Seguro que te has enamorado alguna vez de alguien con tanta intensidad que actualmente aún lo recuerdas, y pondría una mano al fuego y no la perdería que es Martín. Obvio que es Martín. Es que ni lo dudo. Tú misma me lo has confesado.

Espero tu respuesta, eres una alegría entre tanta pena. Un abrazo fuerte,

Iván.

“No Iván, no perderías la mano pensando que recuerdo a Martín a cada instante. Es más, yo imagino una familia a su lado. Emma, un niño, una niña, Tula y nosotros. Joder, ¿Por qué estoy notando que me echaré a llorar si no lo aparto de mi mente?”.

Suspiré fuertemente y miré la hora. Había quedado con Javi hacía un cuarto de hora. Justo en ese momento lo vi entrar.

—¿La buena puntualidad, qué? —le espeté secamente nada más verle.

—Lo siento —me tendió un café—. Era por una buena causa —se justificó.

—Gracias —respondí más calmada. Un café en momentos delicados siempre viene bien aunque fuera en un vaso de cartón y estuviera más frío que caliente.

Dejé la carta encima de la mesa más cercana y me centré en ensayar. Tuve suerte de saber separar vida profesional y personal. A no ser así, hubiese sido imposible tirar ese ensayo adelante. Terminamos cerca de las dos. Almorcé en casa, limpié, descansé junto a Tula y a las cinco recibí una llamada de Sofía.

—¡Carlota! —exclamó con alegría—. ¿Te apetece tomar un café donde siempre?

—Vale —respondí con un entusiasmo sincero.

—Te espero ahí en media hora. Ponte guapa —hizo una pausa —¡Pero si tú ya lo eres, leche! —chilló con desparpajo —¡Chao!

—Hasta ahora —me despedí con una sonrisa en los labios.

Me cambié el chándal por unos vaqueros y una blusa blanca. Lo combiné con un pañuelo floreado y unos botines de tacón medio. Me maquillé sutilmente, me abrigué, cogí un bolso y puse rumbo a la cafetería donde había quedado con mi buena amiga. A pesar de estar en noviembre y que comenzase a refrescar, nos sentamos en la terraza, al lado de una estufa de gas. Me tomé un té, ella un cortado.

—¿Qué, cómo estás? —preguntó.

—Bueno —admití sin mucho convencimiento—. A mi ritmo.

—¿Te ha llamado?

—No. Ni él ni Andrés. Tampoco ha aceptado lo de la quedada aún. Todos han confirmado su asistencia o no asistencia. Solo falta él. No sé a qué espera.

—¿Crees que irá?

—No lo sé pero si va, no se irá hasta darme explicaciones.

—Esto lo dices ahora. En ese momento caerás rendida a sus brazos y te dará igual todo.

—Pienso aguantar estoicamente —afirmé segura de mis palabras—. No volveré a pecar de fragilidad.

—¿Y con Javi, qué?

—No ha ido mal. Estamos ‘en paz’ hasta que vuelva a sacarme el temita de los cojones.

—Filtra, Carlota, filtra. Esa boca...

—Que sí, que yo controlo —resoplé—. Me da rabia, ¿Sabes? Puede haber pasado de todo entre nosotros pero un poquito de apoyo por su parte no me vendría mal si tan amigo se considera. Nos acostamos hace apenas un mes y si nos acostamos nosotros es por diversión y porque tenemos superado lo nuestro.

—Dudo que él lo haya superado tanto como tú.

—Da igual, Sofí, Javi es mi compañero y supongo que amigo y me vendría bien que estuviera de mi parte y dejase de echar más leña al fuego.

Cambiamos de tema para hablar de su nueva conquista de la cual tampoco me explicó mucho. Me hizo reír en más de una ocasión y es que un encuentro con una amiga a media tarde siempre

suele conllevar beneficios. Al menos, olvidé los problemas por un rato.

—Carlota... alguien que conoces viene hacia aquí —informó observando por encima de mi hombro.

—¿De quién se trata?

—¡Carlota! —oí ese grito al fondo y volteeé la cabeza para no pensar que mi cerebro había hecho de las suyas.

Definitivamente se trataba de Emma, la pequeña que me había enamorado y que venía corriendo hacia nosotras. Unos pasos atrás vi a su madre.

“Lo que me faltaba”.

—Morritos de silicona la acompaña —murmuró.

Sí, ese es el apodo para Patricia. Saqué motes para todas las novias de Martín posteriores a mí. No es muy ético pero a veces los enfados me llevaban a rebautizar a ciertas personas. Emma se tiró a mis brazos con un gran abrazo. Saludó a Sofia con un beso en la mejilla y regresó a mi lado mientras su madre hacía su ‘brillante’ aparición. Era la primera vez que la tenía tan cerca y la tensión se podía cortar con un cuchillo. Mi amiga la saludó con un escueto ‘hola’ y yo, para no ser menos, la imité.

—Mira mamá, ella es amiga del tito Andrés —explicó la niña con su inocente felicidad señalando a Sofia—. Y ella es Charlotte, cantó con papá.

—Sí, ya lo sé cariño. Venga vamos, que tenemos que ir a comprar —respondió su madre con nerviosismo.

—Jo mamá, pero si está aquí al lado —protestó—. Ve tú en un momento que yo hace mucho que no las veo —puso la cara más tierna y adorable posible para que la morritos cediera. Le costó pero con insistencia lo consiguió.

Patricia se adentró en la tienda que quedaba a dos locales de la cafetería. Emma se sentó en mi regazo.

—¿Te acuerdas de Sofia? —le pregunté dulcemente a la pequeña.

—Sí, fue la novia de Andrés. Es simpática—. Sofia arqueó las ceja—. ¿Conocéis a mi madre?

—Sí, sí —mi amiga alucinó al ver la soltura con la que Emma preguntó y habló conmigo especialmente.

—Sí, claro. ¿Cómo te va en el cole? —me interesé.

—Muy bien. Hay un niño que quiere ser mi novio pero papá dice que de novios ná de ná todavía—. Sofia se atragantó con la bebida.

—Eres muy peque aún para pensar en chicos —regañé a mi amiga con la mirada.

—Todos te llevarán problemas —apuntó recuperada de su contratiempo.

—A mí no me gusta. Es muy feo.

—Pues nada, ni novio ni nada.

—Ajá —asintió con su cabecita.

Le acaricié el pelo con ternura desrizándole un rizo como hice tantas veces con el mechón rebelde que su padre tenía en la frente. Sofia se distrajo con el móvil y Emma volteó la cabeza hacia mí para hablarme al oído.

—¿Sabes que papá tiene una foto vuestra en su habitación de la nueva casa?

“¡¿Qué, qué, qué?!”.

—¿En... en serio?

—Sí, es de hace muchos años, en una playa muy bonita.

“Vale, el viaje a Punta Cana de 2005”.

—¿Te besaste con él?

—¿Qué? —pregunté perpleja.

—Sí. El día que viniste a casa, cuando entré en el despacho os estabais besando.

—Ah... ese día —musité apenada.

—¿Sí o no? —insistió.

—Emma cielo... —me miró de forma inquisitiva.

—No me digas que son cosas de mayores porque ese cuento ya me lo repite siempre papá —suspiré—. Vale, eso es un sí. Lo sabía. Tú también le quieres.

—Es muy difícil, corazón.

—No porque si dos personas se quieren y se besan es que son novios y tú me dijiste que no tenías novio. Te fuiste muy rápido de casa y luego papá estaba muy triste y también se marchó a la montaña.

“Vaya historias formula en su cerebro. ¿Cómo es posible que con ocho años tenga tanta imaginación? Aunque pensándolo bien tiene toda la razón del mundo”.

—Es muy complicado de explicar pero si pronto se solucionan las cosas quizá nos podremos ver más a menudo.

—Carlota —ambas miramos a Sofía—. Tengo que irme. ¿Te quedas un rato más hasta que recojan a Emma?

—Sí, tranquila, luego iré a dar una vuelta.

—Está bien, cualquier cosa me llamas —se levantó y se acercó a Emma y a mí. Agachó la cabeza para darme dos besos y le dio otro a la niña.

Lo que yo no sabía era la conversación que había mantenido vía WhatsApp mientras yo hablaba con la pequeña. Minutos después la entendí, cuando vi aparecer a Andrés.

—Hola Carlota —saludó con una ligera sonrisa—. Hola peque —la niña se levantó para abrazar a su tío—. ¿Qué haces aquí?

—Mamá está comprando cerca y nos hemos encontrado a Carlota y Sofía.

Andrés me lanzó una mirada de comprensión. Sabía perfectamente que mi relación con Patricia había sido nula durante todos esos años. ¿Cómo había sido posible que de un día a otro me dejara la niña?

—Luego te cuento.

Patricia apareció cargada de bolsas. Emma bajó rápidamente de mi regazo para ponerse en pie. La morritos nos observó detenidamente a Andrés y a mí. Lo saludó con frialdad y me volvió a mirar como intentando adivinar qué hacíamos sentados en la misma mesa.

—Venga cariño despídete de Andrés y de... Carlota —le salió tan pero tan falso mi nombre... que más valía habérselo ahorrado.

La peque abrazó primero al amigo de su padre y seguidamente a una servidora.

—Recuerda que el amor acabará triunfando —me susurró al oído—. Y que serás la novia de papá dentro de poco.

Se separó con delicadeza y se acercó a su madre a curiosear el contenido de las bolsas que de bien seguro era ropa. Patricia nos dijo un sutil y cortés ‘adiós’ y se fue. Andrés arqueó las cejas observando cómo se alejaba con la niña hablándole eufóricamente sobre algo que quedó fuera de nuestro alcance auditivo.

—¿Y eso?

—Pura casualidad. ¿Tú me cuentas qué haces aquí? ¿Sofía otra vez?

—Sí —musitó.

Minutos antes: conversación de WhatsApp entre Sofía y Andrés

Sofía: Mira esto —envió una foto de la bonita estampa que formaban Emma y Carlota hablando con secretismo.

Andrés: Qué????

Sofía: Patricia está a dos tiendas.

Andrés: Joder...

Sofía: A ver si a través la niña conseguimos que esos dos se junten de una santa vez.

Andrés: ¿De qué hablan?

Sofía: No sé, hablan súper flojo y por la calle pasan coches.

Andrés: ¿Estaréis mucho rato?

Sofía: No sé. ¿Por?

Andrés: Para venir y hablarle sobre Martín y las novedades.

Sofía: En 5 min donde siempre. Me la debes.

Andrés: Sabré recompensarte. ???? Eres un sol.

Sofía: No seas pelota!

Andrés: Hasta ahora ????

En la terraza de la cafetería...

—¿Qué ha pasado esta vez? —pregunté desganada.

—¿Has recibido más amenazas?

—Sí, todas muy parecidas. ¿Y Martín, qué?

—Bueno... —torció el gesto—. Lo vi “bien” mientras estuvo con Emma. Cuando la niña se durmió, se deshizo. No sabe si aceptar lo de la quedada. ¿Tú vas, verdad?

—Sí, seguramente sí. ¿Por qué no sabe si aceptar?

—Porque tiene miedo de lo que pueda ocurrir o le podáis decir, especialmente tú.

—No te negaré que no me deba explicaciones pero creo que también le debo una disculpa por no haber querido escucharlo.

—Sois tal para cual... —me reí ligeramente—. Te veo triste, Carlota.

—No puedo estar contenta viendo lo que me rodea.

—¿Pero tú quieres volver con Martín?

—Quiero ser feliz y yo creo que él me aportaría la felicidad necesaria.

Di un último sorbo al té que había pedido. Miré el móvil un instante y volví a centrarme en Andrés que estaba meditando su respuesta detenidamente.

—Él te ama por encima de todo, eso no lo dudas pero no sabe lo que quieres tú. Él quiere estar a tu lado, despertar a tu lado cada mañana nuevamente, poder hacerte feliz pero el problema es todo lo que hay detrás y que le está costando desprenderse.

—Será que no quiere.

—Sí quiere. Por ti lo dejaría todo. Si ha sido capaz de irse de Madrid cortando lazos este mes, podrá con más.

—¿Pues?

—No quiere ponerte en peligro. Ayer estuvimos hablando y si él deja la discográfica colgada, sabrán que es por ti. Hanna ya se ha encargado de enviarles las fotos. De ahí que Eusebio también sea remitente de tus amenazas.

—Andrés, esto no tiene sentido —afirmé pasándome una mano por el pelo.

—Sí lo tiene, que tú lo quieras ver es otro. Martín y tú os acostasteis, hablasteis y limpiasteis

asperezas. Fuisteis pillados por gente enviada por Hanna que te tiene en su lista negra desde la primera vez que te vio. Ella envió las fotos a la discográfica, Eusebio se ha enterado, está muy cabreado y ha descubierto que Martín está así por ti. Lo amenazó con hacerte daño, a mí me lo repitió ayer, por ese motivo el problema vuelve a ser la discográfica.

Suspiré fuertemente masajeándome las sienes. No podía estar oyendo algo más inverosímil que eso. ¿Por qué el amor es tan complicado?

—No me lo puedo creer —musité—. ¿Y ahora qué?

—Estamos intentando deshacernos de cualquier lazo con ellos e intentamos reunir pruebas contra Hanna pero también estamos atados de manos y pies. De momento tú tienes que seguir viviendo tu día a día aunque te cueste. Tengo la sospecha que te controlan.

—¿Qué? —abrí los ojos como platos—. ¿Eso lo piensas solo tú o te lo han afirmado?

—Escuché una conversación ayer de Eusebio por teléfono que me hizo entender esto.

—Hostia puta... yo solo quería recuperar algo que perdí hace once años, nada más.

—No quiero que cambies tus hábitos. Voy a llamarte y a contarte cómo marcha el asunto. ¿Martín ha hablado contigo?

—No —murmuré apenada.

—Lo hará. Quizá te mande un WhatsApp si lo desbloqueas, claro. Juntos podréis superarlo.

—Si me tienen controlada, vernos será imposible.

—El primero paso es hablar. Lo otro, ya se verá y viendo que habéis tardado tantos años en poneros en contacto para hablar a fondo, solo me dice una cosa de vosotros: os gusta ir a fuego lento —reí levemente. Andrés tenía esa capacidad: hacer reír entre tanta preocupación.

—Está bien. Nos vemos —nos levantamos, nos dimos dos besos y emprendimos rumbos distintos.

“Ojalá Martín vaya a esa quedada. Aunque solo sea verlo, me conformo con eso. No pido tanto, ¿no? Aunque si hay algo más... yo encantada. Cuanto lo quiero y que difícil se me está haciendo tenerlo lejos”.

Capítulo 13

19.11.2017

Martín

Era domingo y no había recibido respuesta de Carlota todavía. Seguía en Torla, acompañado de Andrés y Emma que habían llegado la noche anterior. No había tenido oportunidad de hablar con ellos a fondo ya que aparecieron tarde y ambos estaban agotados. El reloj marcaba las ocho de la mañana. Mi niña dormía a mi lado profundamente. La cubrí bien con las sábanas y le di un besito en la cabeza poniéndome en pie. Me asomé a la ventana y vi cómo se presentaba un día nuboso e incluso con posibilidad de alguna llovizna. Preparé el desayuno y salí a la calle a buscar las cartas del buzón. ¡Carlota había respondido!

—Buenos días Martín —me saludó Mercedes desde la otra parte de la verja que separaba su casa de la mía—. ¿Cómo amaneciste hoy?

—Como siempre. Sigo dudando.

—Martín, ve a esa quedada y olvida el resto del mundo. Carlota está hecha a la perfección para ti. Ve ahí y recupérala.

—Muchas gracias por el consejo Mercedes pero tengo que pensármelo con calma.

—Llevas una semana pensándolo. Ya va siendo hora de confirmar tu asistencia. Porque yo no sé de cachivaches sino ya lo hubiese aceptado por ti —sonreí con sinceridad—. Vuelve dentro y confírmale que vas a ir.

—Hasta luego.

Regresé al interior. Me senté en la mesa de la cocina y abrí el sobre que contenía la respuesta de Carlota.

Hola Iván.

No sabía que tuvieses una hija. Yo siempre quise tener una y nunca tuve la oportunidad así que entiendo que te deshagas en elogios hacia ella. Hoy es jueves y te escribo desde mi piso. He pasado un día de lo más extraño: he trabajado con mi ex (Javi, de mi banda) con el que llevaba peleada desde el domingo, he merendado con mi amiga Sofía y... ¿A qué no sabes a quien he visto? A la niña de Martín. Me ha hecho una ilusión tremenda verla y poder charlar con ella. Iba con su madre pero Patricia se ha ido a comprar unas cosas y me he quedado yo conversando tranquilamente con la pequeña. ¡No veas las ganas que tiene de verme con su padre! Y, aunque yo me muestre dura, también tengo ganas de solucionar todo lo que está en el aire, mandar a la mierda a los indeseables y lograr la felicidad al lado del hombre al que amo. Sé muy bien cómo te sientes notando esa sensación de estar tan y tan enamorado de una persona y por causas de la vida y el destino tenerla lejos. Es muy desagradable. Tengo ganas de ver a Martín y espero impacientemente que las aguas se calmen o que venga a la quedada que hemos organizado con los compañeros de la academia. Es el único que aún no ha confirmado y estoy comenzando a perder las pocas esperanzas que me quedan.

Respecto a lo que preguntabas no he acudido a las autoridades. No sabría qué decirles y no

sé si eso son pruebas bastante concluyentes acerca de lo que está haciendo Hanna contra nosotros. Estoy asustada porque a pesar que esas amenazas han remitido un poco, las sospechas que me han infundido sobre si podría estar controlada me tienen en vilo a cada momento.

No sé cómo estás tú pero lo que sí puedo confesarte es que tenemos vidas amorosas parecidas y yo de ti aceptaría ir con los compañeros de la universidad. Tal vez de esa forma soluciones tus problemas y recuperes la felicidad. Antes, pero, envíale un WhatsApp a tu media naranja. Quizá conteste. No lo sabes nunca. Espero respuesta.

Un besazo,

Carlota.

“Javi a mi lista negra, Emma y Andrés ya me están dando explicaciones y a la quedada voy si ella no me pone ningún impedimento”.

Levanté la vista del papel suspirando y me encontré la curiosa y siempre alegre mirada de Emma en el umbral de la puerta observando con curiosidad como estaba enfrascado en la lectura con afición. Me levanté y me acerqué a ella agachándome a su altura.

—Buenos días princesa. ¿No tienes sueño?

—No —respondió dando un ligero saltito y abrazándome—. Tengo hambre.

La levanté del suelo y la senté en la encimera de la cocina mientras calentaba la taza de leche con Cola Cao en el microondas.

—Cariño ¿Me explicas a quién viste el jueves?

—Ah... —colocó un dedo en su barbilla, muy pensativa—. El jueves... ¡A Carlota! —exclamó felizmente—. Estaba en la terraza de un bar con Sofia, la amiga de Andrés. Fui con mamá y me dejó quedar con ella cuando se fue a comprar al lado.

—¿Y eso?

—Dice mamá que le pareció buena mujer pero que no la conocía en persona de antes. Hablé con Carlota un largo rato.

—¿Qué te contó?

—Eso es secreto —admitió con una sonrisa burlona en el rostro.

—Que pillas eres... —la bajé de la encimera y se sentó en una silla a desayunar.

—Solo te diré que cuando Sofia se fue llegó Andrés y hablaron de algo después.

Estuvimos unos segundos en silencio. Emma desayunó y yo guardé la carta nuevamente en el sobre. La pegué a la nevera con un imán y me senté enfrente de mi niña.

—Papá, ¿A ti te gusta Carlota, verdad? —preguntó.

—Claro, mi vida, ya lo sabes —respondí sorprendido por esa pregunta.

—Pues si a ti te gusta y a ella le gustas. ¿Por qué no estáis juntos?

—Porque...

—No me digas que son cosas de mayores que ya lo tengo muy oído —interrumpió.

—Porque hay personas muy malas que impiden que yo pueda estar con Carlota.

—¿Cómo quién? —en ningún momento abandonó su inocencia.

—Gente que yo conozco y que le quieren hacer daño.

—¿Cómo se llaman? —insistió.

—Si te lo digo no se lo puedes contar a nadie, ni a mamá.

—Prometido —aseguró acompañando su palabra con un asentimiento con la cabeza.

—A Hanna y Eusebio no les cae bien Carlota.

—¿Le van a hacer daño?

—No, cariño, no le van a hacer daño.

—¿Entonces Carlota volverá contigo?

—Ojalá.

Irrumpiendo nuestra charla llegó Andrés, muerto de sueño. Se tomó un café y no lo dejé abandonar la cocina hasta que no me contara de que había hablado con Carlota.

—Emma, cielo, ve a ver los dibujos, anda —Obedeció como un rayo—. ¿Me cuentas tus encuentros con Carlota?

—No, nada, simplemente la fui a ver para saber si había recibido más amenazas y me dijo que sí. Ya te conté lo de Eusebio.

—¿Se lo dijiste?

—Sí. ¿Tú también piensas que está controlada?

—Puede. La maldad de Hanna y Eusebio puede llegar a límites insospechables.

—Te quiere mucho y quiere volver contigo pero claro, es difícil y ambos sois conscientes de ello.

—Sí... —suspiré apesadumbrado.

—Pero no te rindas.

—No, eso nunca.

Pasamos el día los tres en la montaña. Por la noche, Emma estaba agotada y la llevé a la cama temprano.

—¿Y por qué Carlota es mejor que Hanna? —preguntó.

—Carlota es una persona buena, que ayuda a los demás, tiene muy buen corazón y Hanna es todo lo contrario. ¿Lo entiendes? —asintió con la cabeza.

—Sí. Carlota vale mil veces más. Buenas noches papá.

—Buenas noches cariño —le di un beso en la cabeza y le aparté los rizos de la cara.

Andrés también había optado por dormirse temprano así que me quedé en la habitación con mi niña. Entré en WhatsApp y busqué entre los contactos ese que hacía días que me había bloqueado y ya me había desbloqueado. La encontré rápido. Luna era la persona que me ayudaría. Mi ángel de la guarda, mi mitad, mi Carlota.

Martín: Hola.

Carlota: Hola —me respondió enseguida.

Martín: ¿Qué tal?

Carlota: Acabando de trabajar.

Martín: Si quieres hablamos luego.

Carlota: Dame 15 min.

Fueron los quince minutos más eternos de mi vida. Me mordí las uñas, respiré hondo, intenté calmar mis nervios y me volví loco con la demora. Por fin, pasado el tiempo indicado, volvió a abrirme.

Carlota: Ya. Es que estaba de camino al hotel.

Martín: ¿Te ha ido bien el concierto?

Carlota: Sí, ya era el último de los cuatro del casino.

Martín: Irás a la quedada, verdad?

Carlota: Sí, tú?

Martín: ¿Quieres que vaya?

Carlota: No me pidas permiso. Haz lo que creas conveniente.

Martín: Tengo ganas de verte y hablar contigo.

Carlota: Acepta, Martín.

Martín: Está bien. Pero no quiero que te sientas incómoda.

Carlota: Irá bien, no te preocupes por mí.

Martín: Vale, gracias.

Carlota: No tienes que dármelas.

Martín: Te quiero.

Se mantuvo unos segundos en línea, sin contestarme hasta que optó por un ‘y yo’ que alimentó mi esperanza de volver a recuperar esa felicidad perdida y anhelada por ambas partes. Con esas dos palabras, esas tres letras, me sentí mucho más tranquilo y me dormí con una paz que desde que había llegado a Torla no había experimentado.

Capítulo 14

23.11.2017

Carlota

Era jueves nuboso y triste en Madrid. Llevaba unos días sintiéndome bastante mal. Había sufrido náuseas, mareos y hasta incluso había vomitado en un par de ocasiones. Solo lo sabía Sofía que no paraba de insistir en que me hiciera una prueba de embarazo. Andaba nerviosa por todo lo que pasaba a mí alrededor y no prestaba atención a hechos positivos como que el trabajo me estaba yendo a la perfección. La confirmación de Martín me impuso más dudas ya que sabía que en menos de una semana lo volvería a ver y volvería a sentir esa necesidad de agarrarme a él y no soltarme jamás a pesar de los problemas. Las amenazas de Hanna y Eusebio seguían ahí y haberme visto en portada de varias revistas del corazón tomando un café con Andrés y yendo a trabajar con Javi no me aportaba nada de seguridad por todos los bulos y rumores que se esparcían en sus páginas. Esperaba, también, una carta de Iván que por suerte llegó esa misma mañana. La leí desayunando en mi casa y después de vomitar por tercera vez en menos de siete días.

Querida Carlota.

¡Voy a ir al encuentro con mis compañeros! Me convenciste y además hablé con ella y todavía me afirmó más que quería verme. ¡Qué ganas tengo! Me dijo que me quería y no veas lo feliz que me siento. Estoy deseando que lleguen esos días para recuperar lo que he perdido en tantos años y tú también deberías estar contenta por verte con él. Irá bien, Carlota, no te preocupes. El amor al final acabará ganando la batalla y Hanna, Eusebio y todos los fantasmas que te atormentan se apartarán para dejar paso a ese sentimiento que tanto nos ha costado lograr y que de bien seguro recuperaremos. Podrán pasar cien tsunamis, mil terremotos, un millón de tormentas y dos millones de baches pero nos volveremos a levantar para seguir disfrutando al lado de la persona que tanto amamos, nuestra media mitad.

Dices que teníamos vidas amorosas parecidas. ¡Será solo una coincidencia! Y qué coincidencia... a veces ocurre, ¿no?

Estoy sin inspiración para seguir hablándote pero quiero desearte mucha suerte cuando vuelvas a ver a Martín y que la siguiente vez que me escribas sea en un tono optimista y feliz. De esa forma volverá a brillar el sol en nuestros días.

Un abrazo,

Iván.

Guardé nuevamente la carta en el sobre y suspiré. Necesitaba un milagro y que el karma y la suerte estuvieran de mi parte para que ese reencuentro fuera correcto y las aguas volvieran a su cauce. Tocarón el timbre. Deduje que sería Sofía y no me equivoqué. Subió desprendiendo una energía y una alegría propia de su persona y su aura.

—¡Hola Carlota! —me abrazó.

—¡Hola! ¿Qué te trae por aquí a estas horas?

—Un regalito —me tendió una bolsa de farmacia—. Toma, un test de embarazo.

—¿Qué?! ¡Estás loca! —exclamé con desespero agarrando la bolsita.

—Quizá un poco pero así saldremos de dudas.

—Sofía, ¿Tú eres consciente lo que estás diciendo? —pregunté pasándole un brazo en su espalda y llevándomela hacia el sofá.

—¿Tú eres consciente que te está poseyendo el espíritu de Marcos? —ironizó —¡Solo él hace preguntas en este tono tan misterioso!

—No te vayas por los cerros de Úbeda —la advertí—. Que esto es muy serio.

—Bueno, ¿Vas a hacértelo ya o vas a estar con las sospechas hasta que te veas en el paritorio gritando de dolor dando a luz a un niño rubio y con ojos azules que canta *Procuró olvidarte siguiendo la ruta de un pájaro herido* entre otras canciones?

“Es tan fina a veces...”

—¿Y si es negativo qué? —me dirigí al baño.

—Pues llegaremos a la conclusión que Martín no apuntó al blanco correctamente —respondió con sarcasmo.

—Te mato —musité entre dientes.

Leí las instrucciones y lo realicé. Sofía, de mientras, no paraba de insistir desde el otro lado de la puerta para saber cómo lo estaba llevando.

—Ya está —salí con el palito en mi mano derecha.

—Tienes que esperarte unos cinco minutos.

Nos sentamos en la mesa de la cocina, con el predictor girado boca abajo entre ambas. Fueron los minutos más eternos de mi vida. Llevamos una improvisada pulsación con los dedos.

—Va —se aventuró.

—Míralo tú —el labio inferior comenzó a temblarme con intensidad—. Yo no puedo.

Mi amiga cogió el test y lo volteó hacia ella, impidiéndome ver el resultado. Soltó un grito ahogado y se llevó una mano al pecho.

—Dime qué es —supliqué.

—¡Vas a ser mamá! —chilló emocionada —¡Voy a ser tía!

Se puso en pie de un salto y me abrazó agachando la cabeza para darme un sonoro beso en la mejilla. Me eché a llorar desconsoladamente. Tendría un hijo... ¡De Martín! ¡Que sólo habían sido dos noches de pasión! ¿Cómo podía ser posible?

—Carlota... Carlota... tranquila... —se volvió a sentar—. ¿Qué es lo que te pone así?

—Todo —dije con la voz entrecortada—. La situación, el contexto, la identidad del padre. ¿Qué digo yo ahora a la gente cuando me pregunte de quién es la criatura?

—Pues callas mientras las aguas no se calmen. Dios... que serás madre... con Martín. ¿Por qué es suyo, verdad? No vaya a ser que la esté cagando soberanamente ahora yo diciéndolo y sea que no...

—¡Claro que sí! —exclamé molesta—. ¿De quién quieres que sea? ¿Del fontanero?

—Yo decía por si habías hecho algo impuro con Javi —murmuró con la boca pequeña.

—¿Javi? Conozco los condones y las píldoras, gracias.

—Vale, es de Martín, ya me lo imaginaba desde un buen inicio pero no venía mal preguntar. Se lo tendrás que decir.

—Primero tengo que digerirlo y luego, si se da el caso, se lo diré.

—Os veréis en cuatro días. Si habláis, podréis solucionar y encarar el futuro más positivamente.

—Hay algo con lo que no cuentas, querida amiga. La discográfica.

—¿La discográfica? —preguntó sorprendida—. La discográfica ya está casi a tomar viento, chiquilla. Me lo dirás a mí que tengo informaciones de primera mano.

—¿Andrés, verdad? —asintió con la cabeza y una sonrisa burlona.

—Hay trámites de ruptura de contrato que deberían ser inminentes. Más se lo tengo que sonsacar. Ya te contaré —hizo una pausa—. Pero... ¿Estás contenta con la noticia?

—Sí, no me puedo quejar —sonreí sinceramente—. Es... raro, no sé —me encogí de hombros—. Se ha dado en una situación que no esperaba. Y si al final con Martín por a o por be algo falla, seré madre soltera y el padre será un donante anónimo. Algo me inventaré.

—Pero como no va a fallar... no lo podrás ni poner en tus memorias —nos reímos—. Va, que te acompaño al médico.

—Ni de coña piso yo un hospital que se líala de Dios.

—No hay prensa afuera, no será para tanto. Urgencias tampoco estará tan lleno.

Me convenció con mucha insistencia. Pasé unos nervios como nunca había pasado para que un médico me confirmara que sí, que indiscutiblemente estaba embarazada. Cuando el buen hombre me preguntó quién era el padre, quedé más blanca que un vestido de novia. Sofia, sentada a mi lado, se las ingenió a su manera al ver mi reacción.

—Pues... es un buen chaval. Anónimo, más bien, ¿no? —me miró intentando que le siguiera el rollo—. Vamos, doctor, que algún día aparecerá con ella y lo conocerá. Lo tenemos de viaje de negocios. ¿Verdad, Carlota?

—Sí, claro —respondí muy cortada y más roja que un tomate.

Salimos de ahí cerca de la una del mediodía. Nos fuimos a comer a un céntrico restaurante.

—Eres muy tonta, ¿Lo sabías?

—A ver tampoco he mentado tanto. Es buen chaval y está afuera de la capital. ¿O me equivoco?

—No, no. Si ni yo sé dónde para.

Después de comer me marché a casa a preparar la maleta para los días que no estaría en Madrid. A media tarde cogí el AVE camino a Barcelona. Fui sola y estuve meditando sobre mi futuro con profundidad. No sabía qué me depararía. ¿Madre soltera? ¿Madre con Martín? ¿Aceptación por parte de la sociedad? Nada, no sabía absolutamente nada. Solo que las ganas de verlo florecían en mi interior con intensidad. Porque solo teniéndolo enfrente sabría cómo desarmarme, como recuperar a mi yo verdadero y cómo actuar a partir de ese momento.

Capítulo 15

24.11.2017

Carlota

Me desperté por culpa de unos insistentes golpes en la puerta. Estaba en Barcelona, alojada en el hotel donde solía hospedarme cada vez que pisaba la ciudad Condal. Miré el reloj y vi que eran casi las diez de la mañana. Me había olvidado completamente de programar la alarma para desvelarme más temprano.

—Mierda —murmuré incorporándome bruscamente.

Me atusé el pelo camino a la puerta. Imaginaba quien era así que no me escatimé en arreglarme.

—Ya voy Al... —abrí la puerta—. Anda, hola Javi —saludé con los ojos como platos invitándolo a entrar con un gesto.

Pensé que sería Alba porque habíamos quedado para pasar el día juntas. Lo que no esperaba era encontrarme a Javi ahí plantado.

—Tenemos ensayo en una hora, no sé si te acuerdas.

—Sí, claro, ahora iba a vestirme. Dame diez minutos y acabo —mentí. No tenía ni la menor idea de ese ensayo matutino.

—Estás sobadísima. Te he despertado —se rio.

—Me olvidé de poner la alarma, ¿Vale? No te rías.

—Eres un desastre. Ordenada pero desastre.

No tuve tiempo a contestarle. Un repentino mareo me invadió y tuve que apoyarme en la pared para no caer desmayada al suelo.

—¿Estás bien? —preguntó visiblemente preocupado agarrándome de un brazo.

—Sí, es... —no pude acabar la frase.

Me tuve que ir corriendo al baño a vomitar. El incipiente mareo se convirtió en unas náuseas que culminaron en vómito. Me lavé la cara y los dientes. Estaba muy pálida.

“Joder, este me va a pillar al instante cuando salga”.

—¿Qué ha sido eso? —estaba un poco alucinado por mi reacción.

—Nada, un simple mareo.

—No te creo.

—No me creas —repliqué con cierta sorna. Estaba harta ya de la misma cantaleta.

—¿Estás...?

—Sí —musité—. Calla, que te conozco. Es de Martín.

—Lo suponía —se hizo un incómodo silencio—. Enhorabuena —me abrazó sin que lo viera venir—. Te espero abajo.

—¿Puedes hacerme un favor?

—¿Qué quieres?

—Un café —pedí con cara de quien no ha roto nunca un plato.

—De acuerdo. Y ya que me has contado esto, que sepas que salgo con alguien.

—Me alegro —sonreí con sinceridad y se fue.

Me senté en la cama suspirando fuertemente. No era mi intención que Javi supiera de mi embarazo pero la situación me había llevado a ello. Por una parte me alegraba de su nuevo ligue pero era frustrante que todos los de mí alrededor tuvieran amor y felicidad y yo no pudiera disfrutar de mi nuevo estado porque el padre paraba quien sabe dónde. Me cambié de ropa a rayos luz y me peiné. Ni tan siquiera me maquillé. Me puse las gafas y bajé a recepción donde ya me esperaba mi banda y mi ansiado café.

Después de un ensayo donde confirmamos que todo estaba correcto me fui con Alba a comer.

—¡Sister! Te veo ideal —me abrazó nada más verme.

—Anda que tú... no te sienta bien el amor ni ná...

—Ya ves. Estoy en una nube.

Almorzamos sin necesidad de pensar en hombres, amoríos o problemas. Solo nosotras y nuestros cotilleos. Por la tarde, antes del concierto, fuimos de compras y me acompañó al hotel a cambiarme de ropa.

“¿Se lo digo? Sí mejor sí a ella porque podré contar con su apoyo que es lo que más necesito”.

—Albita... —comencé mientras observaba el baño con esmero—. Hay algo que debes saber.

—Uy... ¿Has descubierto dónde está Martín? ¿Te has tirado a Javi? ¿Otra vez? ¿Al rubio? ¿Has decidido arremeter contra Hanna? —preguntó con entusiasmo.

—¡No! Nada de eso. Simplemente... —me froté las manos con nerviosismo.

—¿Qué? —me incitó a seguir.

—Pues que...

—Suéltalo, suéltalo —canturreó interrumpiéndome de nuevo.

—Estoy embarazada —confesé—. Hala, aquí tienes la nueva. Es de Martín.

Abrió la boca lentamente y se apoyó en el lavabo.

—Vaya... —se restregó los ojos—. No me lo esperaba.

—¿No te lo tomas bien?

—Al revés, me encanta... —se acercó a mí y me abrazó—. Sister que vas a ser mami, que tienes que estar contentísima —estaba más emocionada ella que yo—. Mira, si hasta se me escapan las lagrimillas. Que noticia... ¿Cómo lo llevas?

—Con náuseas y esperando mantener una conversación con el padre para dictaminar mi futuro.

—Irá bien, no debes preocuparte. Venga, vamos al teatro.

Antes de comenzar el concierto, estuvimos charlando en mi camerino. Nos hicimos alguna foto y reímos sin pensar en problemas hasta que de golpe mi teléfono comenzó a sonar. Una llamada de alguien que conocía milímetro a milímetro pero del cual no pensaba recibir nada por el momento.

—¡Alba! ¡Alba! ¿Qué hago? ¿Qué hago? —imploré con el móvil entre manos.

—¡Cógelo! —gritó desesperada —¡No seas boba!

Descolgué temblando. Las palmas de las manos me sudaban y las piernas me flaqueaban.

—Hola Carlota —su voz me desarmó.

—Hola —respondí seriamente y sin titubear.

—¿Estás disponible?

—¿Qué? —pregunté aturdida.

—¿Tienes un momento para hablar?

—Sí, bueno, un ratito —vacilé muerta de nervios sentándome en una silla.

—¿Mañana tienes el día libre o estarás por Madrid?

—Estoy en Barcelona. Pasaré el finde aquí.

—Ah, vale. ¿Pero con trabajo o sin?

—Sin, ¿Por qué tanta insistencia?

—Necesito verte, Carlota. Necesito pasar un momento contigo antes del reencuentro. Quiero contarte un montón de cosas. He estado en Torla un mes.

“¿Torla?”

—Y he pensado mucho en ti, en nosotros y quiero dar carpetazo con todos los problemas para vivir a tu lado nuevamente. Recuperar tu confianza, mimarte y sobre todo, poder ser feliz.

Alba, que escuchaba atentamente las palabras de Martín, hizo una mueca extraña y dibujó un corazón al aire.

—Acepta —me susurró al oído—. Acepta de una santa vez.

—¿Dónde quieres que nos veamos? Porque te recuerdo que tu discográfica...

—En tu hotel —me cortó—. Sabré pasar desapercibido. Dime la hora, mándame la ubicación y ahí me tendrás.

—Está bien, luego te lo confirmo —nos despedimos y colgamos.

Suspiré fuertemente y tiré la cabeza hacia atrás, apoyándola en la pared. Me pasé una mano por el pelo y soplé. ¿Qué pasaría en ese encuentro? Nadie sabía nada. Lo que sí había descubierto era algo inesperado: Martín era Iván, definitivamente y eso era lo que me estaba atormentando y produciendo una sensación de mareo severa.

—Necesito un poco de aire —murmuré poniéndome en pie.

—Carlota, ¿qué pasa?

Alba

Carlota no contestó a mi pregunta, simplemente porque cayó desplomada al suelo. Logré ampararla de darse un golpe en la cabeza contra las baldosas. Me colapsé y salí al pasillo buscando ayuda.

—Ven —agarré a Javi del brazo al verlo caminar por ahí.

—¿Qué pasa?

—Ve a buscar a alguien o alcohol o algo, yo qué sé pero rápido —dije con nerviosismo.

—¿Pero qué ha pasado? —insistió.

—Carlota se ha desmayado.

Encontró una botella de alcohol sanitario. Se la pasamos por debajo de la nariz y recuperó la consciencia rápidamente pronunciando un nombre que me descolocó: Iván. Tanto Javi como yo nos miramos sin comprenderla. La ayudamos a incorporar mientras dejaba al vacío un largo suspiro.

—¿Qué hora es? —preguntó.

“¿Eso es lo que de verdad le importa?”

—Las nueve y veinte.

—Joder, que en diez minutos salimos —dijo preocupada.

—Sister, tú no puedes salir así.

—Yo puedo salir así y mucho peor —espetó con sequedad.

Se puso en pie deprisa y se dirigió a su bolso para buscar una botella de agua a la vez que Javi abandonaba el camerino.

—¿Quién es Iván? —pregunté cuando nos quedamos solas.

—Luego te cuento. Es una larga historia.

—¿Por qué no vienes a mi casa esta noche y te desahogas? Estoy sola hasta mañana por la tarde.

—Vale.

—¿De verdad qué estás en condiciones para cantar?

—Sí —respondió muy segura.

Se subió a unos altos tacones y deslumbró Sant Cugat del Vallès como solo ella sabe hacer. Ni rastro del desmayo y sus preocupaciones. Su voz, sus músicos y su esencia en estado puro. Al regresar al camerino me la llevé a mi casa con rapidez. Cuanta menos gente alrededor, más tranquilidad tendríamos para hablar.

—¿Me lo explicas? —nos sentamos en el sofá.

—Cuando me enteré de la mentira de Hanna, le dejé una nota a Martín conforme no quería saber nada de él. En ese momento desapareció de Madrid misteriosamente. Solo Andrés sabía dónde estaba. Simultáneamente recibí una carta de un fan que había vivido una situación casi idéntica a la nuestra y que se había ido de la ciudad por motivos amorosos, vamos como Martín. Me despertó confianza y nos hemos intercambiado varias cartas. Sí, suena un tanto antiguo pero ya me conoces. Me explicó que tenía una niña de ocho años, como Emma y también que iría al reencuentro con sus compañeros a ver a su “media mitad”, justo días después que Martín aceptara. Por eso me he mareado porque he descubierto algo que no pensaba descubrir. Nunca hubiese imaginado que el rulo tendría esa idea. En el fondo, ahora que lo sé, me parece una cosa muy romántica. Y estoy la mar de confundida y nerviosa por cómo irá mañana...

Me aparté un mechón de la cara, convencida que la vida sentimental de mi amiga se acercaba más a una serie de ficción que a la de una persona que vive en la Tierra. Desde mi perspectiva también tenía mi opinión. Martín y Carlota habían sido dos personas a las que había ayudado y aconsejado siempre que había podido. Yo era consciente, muy consciente, que se seguían amando y que su orgullo y su cabezonería les impedía ser felices. También tenemos que añadir a Hanna, Eusebio y la maldita discográfica que se interponía en la vida de Martín cada dos por tres. Hacía quince años que los había conocido y en ellos continuaba habitando ese amor puro, transparente y lleno de ternura, pasión y deseo a partes iguales. Un amor único, que pocas veces había sido visto y fue arrasado por unas personas que deseaban que en ese incendio de 2006 nada ni nadie saliera ileso y por eso se llevaron por delante la relación de dos personas hechas la una para la otra.

—Mañana, cuando os veáis, díselo. Hablad. Prohibido acabar en la cama sin una triste palabra previa. Primero las verdades y lo demás vendrá sobre la marcha. Carlota, sé cuánto le amas y sé cuánto te ama él. No quiero que os equivoquéis y que deis un paso en falso que no os deje rectificar.

—Estoy muy nerviosa, Alba —confesó con un leve temblor en la voz.

—Lo sé y lo entiendo pero ahora cálmate y vayamos a dormir que tienes que procurar por ti y por la vida que está creciendo en tu interior —la abracé y le di un beso en la mejilla.

“Ojalá mañana lo solucionen todo y este niño nazca sano y con un padre y una madre juntos y sin problemas alrededor”.

Y con ese presentimiento que a medida que iban avanzando los minutos iba tornándose más negro, nos quedamos dormidas a la espera de saber qué nos depararía Martín, el bebé y el futuro en general. Ay lo que se avecinaba...

Capítulo 16

25.11.2017

Martín

“Las once menos cuarto... Martín cálmate... la verás en quince minutos. A las once la tendrás enfrente de ti pero de momento tranquilo...”

En mi vida había estado tan nervioso. Después de casi un mes donde en mi vida no habían parado de suceder cosas volvía a pisar Barcelona y volvería a verla, a estar a su lado, sentirla, oírla, olerla, observarla y a poder ser, besarla y tenerla en mis brazos.

Me registré en el hotel con el nombre falso de Iván para poder acceder a las habitaciones sin levantar sospechas. Iba bien camuflado bajo una barba falsa, unas gafas oscuras que me cambié por unas normales de montura de pasta al entrar en recepción, una peluca, un gorro y un abrigo negro. La recepcionista me miró detenidamente, intentando analizarme. Me dio la tarjeta de la habitación y me indicó donde estaban los tres ascensores que conducían a los pisos superiores. Le di al botón con inquietud. Se abrieron las puertas del segundo y de él salieron cuatro hombres, uno de los cuales Javi, el músico y ex de Carlota. Nos cruzamos una rápida mirada que evité a las milésimas de segundo por temor a si me había reconocido. Pulsé el número cinco y respiré hondo. Me habían dado una habitación relativamente cerca a suya. Entré y dejé la maleta, el abrigo y todo el equipamiento de camuflaje. Salí al pasillo observando a lado y lado para no ser pillado in fraganti. Avancé unos metros sin perder detalle de lo que me rodeaba. Escuché voces y vi salir de habitación que quedaba a dos de la de Carlota a una pareja japonesa de mediana edad. Logré esconderme detrás de unas cortinas que cubrían unos grandes ventanales que daban al exterior. Cuando el peligro se esfumó seguí mi camino hasta la habitación 525. Ahí dentro estaba ella. Me detuve enfrente de la puerta. Me coloqué el cuello de la camisa correctamente e inspiré y expiré con profundidad un par de veces antes de dar tres suaves toques. Pasaba un minuto de las once. Abrió la puerta lentamente, con miedo. Iba preciosa. Con unos tejanos negros ajustados, un jersey granate de punto fino holgado y unos botines negros también. Le vi una expresión pálida en el rostro. Sus ojos denotaban tristeza y unas profundas ojeras a su alrededor dejaban entrever una mala noche. Aun así intentaba disimularlo con las gafas y con una ligera base de maquillaje. Nos quedamos unos segundos frente a frente, sin saber qué decir o hacer. Tomó la iniciativa invitándome a pasar con un leve movimiento.

—Hola —susurré.

—Hola —respondió en un tono un poco más audible que el mío—. Siéntate donde quieras.

Ocupé los pies de la cama. Ella se quedó de pie aunque a los pocos segundos se apoyó en la mesa que quedaba delante de mí. Nos separaba un estrecho pasillo.

—¿Cómo estás? —le pregunté.

—Bueno, a mi ritmo. ¿Tú?

—Echándote de menos —suspiró bajando la mirada.

Me levanté y me acerqué a ella tomándole una mano con dulzura. Intentó retirarla pero acabó

aceptando el gesto. La arrastré hasta sentarla a mi lado en el colchón.

—Carlota, han pasado muchas cosas. No quiero fallarte más.

—Cuéntamelo, Martín —pidió al borde del llanto—. Porque yo también tengo algo a contarte.

—Todo empezó el día previo al reencuentro. Ese día comencé a fallarte. Ya no regresé con buen pie contigo. La aparición de Hanna te molestó un montón y a mí también, sinceramente. El día del concierto me llamó Eusebio diciéndome que se presentaría ahí aunque la hubiese dejado. No quise contártelo porque sabía que te pondrías hecha una furia y era lo que menos quería antes de subir al escenario. El día siguiente me llegó la revista con el falso reportaje y me bloqueé. Mi intención era decírtelo pero lo viste antes de que te pudiera dar explicaciones. Tenía pensado que te quedaras a cenar y cuando la niña hubiese estado durmiendo explicarte el bulo de la discográfica. Cuando vi tu nota me cayó el mundo encima. Por eso decidí marcharme. Sé que sabes que me escondí bajo el pseudónimo de Iván.

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó con lágrimas en los ojos.

—Alba —hice una pausa—. A través de esas cartas quise hacerte ver que tú eres la persona a quien siempre he amado y amaré. Dejé todo al lado por ti. La discográfica está a mis espaldas a pesar de haber roto el contrato. Me tienen en el punto de mira y no puedo dar ni un paso en falso que me controlan. Yo no quería llegar a ese extremo. Nunca hubiese pensado que Hanna pudiera llegar a ese punto de celos, envidia y ganas de conseguir fama. Voy a luchar por ti, vamos a luchar porque tenemos algo por lo que pelear.

—Yo... yo estoy muy confundida —confesó con la voz temblorosa—. Han sido muchos asuntos en un mes y de verdad, no sé qué quiero.

—¿Sigues dolida? —apoyé una mano en su muslo.

—No, ya no. Estoy asustada que es distinto.

—¿Crees que te siguen?

—Sí —musitó sin poder evitar que una lágrima resbalara por su mejilla—. Estoy muy preocupada, Martín, porque todo se acumula, llega rápidamente y es muy lento en irse.

—¿Qué ha pasado? —pregunté secándole la cara con dos dedos.

—Ah... yo... —tartamudeó nerviosa.

—Tranquila —le apreté la mano con cariño.

—¿Te acuerdas de la noche del concierto y la previa?

“Como olvidar...”

—Sí, claro —respondí sin saber de dónde me bajaban los tiros.

Incapaz de expresar con palabras lo que para ella significaba ese momento me agarró el brazo que no estaba en contacto con su cuerpo y extendiéndome la mano con suma delicadeza la posó sobre su plano y tonificado vientre. Nos cruzamos una mirada llena de emoción.

—Es... es...

—Sí —murmuró esbozando una tímida sonrisa.

No pude decir nada. No me salieron las palabras. Simplemente acerqué mi cara a la suya y deposité un suave beso en la punta de su nariz. Busqué sus labios y rocé los míos con ellos. No me rechazó el beso. Al revés, lo volvió más pasional. Caímos para atrás. Le subí la camiseta sin que me lo impidiera. Ataqué su cuello y sus hombros. No pudo reprimir un gemido. Me desabrochó la camisa con lentitud y sonrió con picardía quitándomela con un sensual y suave movimiento. Tracé un sendero de besos desde su cuello hasta que topé con sus pantalones que no dudé en apartar de su cuerpo para deslizarme hacia el interior de sus muslos. La ropa nos sobró en esa fría mañana donde las lágrimas se mezclaron con el deseo y la felicidad de estar juntos a pesar de no haber

aclarado qué nos unía. Solamente poder notar el contacto piel con piel, la pasión, el amor y ese “reencuentro” tan nuestro sobrepasaba cualquier contratiempo que se encontrase fuera de las cuatro paredes de la habitación.

—Te... te quiero —susurró dejándose caer sobre mí exhausta de tanto delirio.

—Y yo —musité abrazándola con fuerza.

Nos mantuvimos unos minutos en silencio, abrazados, sintiendo la respiración del otro, buscándonos con la mirada y los labios.

—¿Qué nos une? —preguntó.

—No sé. ¿Qué quieres que nos una?

—No lo sé. Estoy muy confundida por lo ocurrido pero al mismo tiempo no quiero que te vayas.

—Que contradictorio.

—¿Y qué no es contradictorio en nuestras vidas? Once años de silencio y negación, amor y dudas, controles por todos lados, estar escondidos... Dime tú a quién conoces que esté pasando por la misma situación.

—Va a acabarse algún día —le di un beso en una sien—. Pero no quiero que este fin de semana lo pasemos separados, tú misma lo has dicho.

—¿En qué estás pensando?

—¿Por qué no nos quedamos aquí adentro? —pregunté con una traviesa sonrisa.

—Porque tenemos que comer, ¿no crees? Y no pretendo hacer subir a un camarero mañana, mediodía y noche y que acabe sospechando y se esparza el rumor.

—Esto te lo soluciono yo en un santiamén. Venga, vístete que te llevo a un sitio que no podrás negarte —me incorporé, haciendo que ella se incorporara también.

—Martín... ¿Te recuerdo quiénes somos y lo que tenemos alrededor?

—Ahí donde vamos conozco al dueño y no es ni mucho menos en Barcelona.

—Me das miedo con tanto entusiasmo —confesó vistiéndose.

—Mejor estar entusiasmado que vagar como un muerto, ¿no crees?

—Sí, tienes razón —reconoció calzándose.

Se peinó y disimulando lo máximo que pudimos llegamos al coche de alquiler que había aparcado en el parking para clientes. Cuando salimos del área metropolitana dirección Girona, Carlota comenzó a preocuparse.

—¿Dónde vamos? —preguntó frunciendo el ceño.

—No te impacientes. En una horita llegamos. Relájate.

Enchufé la radio para ambientar el coche y que no se creara una tensión innecesaria. Justo en ese momento sonó su último single. Se sonrojó y se cubrió la cara con una mano. La miré de reojo.

—¿Ahora eres tímida? —le pregunté conteniendo la risa. Negó con la cabeza—. No te escondas, tienes un arte que no te lo acabas.

Lo que ocurrió en ese momento fue música para mis oídos, luz para mis ojos y un abrazo a mi corazón. Carlota se rio de esa forma cándida y dulce que solo ella posee. Poder estar presente en una de sus primeras risas sinceras del mes me llenó el alma. Seguidamente sonó un tema mío de 2004.

—¿Has visto la mala fe de los locutores? —pregunté con sorna.

—Ya me he acostumbrado. ¿Dónde me llevas? —insistió cuando vio que me dirigía a la salida de la Costa Brava.

—No protestes y déjate llevar. Veo que te sigue gustando lo de controlar la situación.

—Hay cosas que no cambian, mejoran, como el buen vino.

—En el fondo sigues siendo aquella chiquilla a la que le pierden los pequeños detalles y siempre tiene una buena palabra en la boca.

—Hemos cambiado, han pasado muchos años. Hemos adquirido madurez pero tú también sigues siendo el chaval inocente y divertido que eras.

—Te voy a demostrar cómo puedo estar a tu lado sin fallarte —posé una mano en su rodilla unos segundos para que notara que estaba ahí y que estaba dispuesto a lo que fuera para estar con ella.

—Lo sé —respondió apretándomela con cariño—. Siempre has estado ahí.

El silencio volvió a instalarse en el coche, roto solo por la voz del locutor que anunciaba las canciones para la siguiente media hora. La observé de reajo. Estaba atenta al paisaje.

“Ella es la única mujer a la que amo y la que hoy me ha hecho el hombre más feliz. Un hijo con ella... vaya privilegio. No la pienso dejar escapar. Ya puede bajar quien sea que Carlota se queda aquí. Juntos vamos a reconstruir lo que en un pasado unas personas nos destruyeron”.

Carlota

“Vaya mañana de emociones fuertes. ¿Cuánto hacía que no vivía algo parecido? Me he levantado, consejos de Alba, ir al hotel muerta de nervios y lo más importante... estar con Martín. No sé qué pasará a partir de ahora pero estar con él me aporta esta seguridad que tanto anhelo. Ojalá durara para siempre aunque ya se sabe... todo lo bueno se acaba. Ay... mejor no pensar en negativo que bastantes penurias hay ya a nuestro alrededor”.

No poder controlar la situación me pone nerviosa y Martín lo sabe a la perfección. Parecía que me provocase. Me estaba llevando quien sabe dónde por tal de almorzar sin ser vistos y mi apetito y mi impaciencia me corroían las venas. Quería estar con él a todas horas pero temía en que nos pillaran porque con Hanna y Eusebio nunca se sabía por dónde irían las cosas. Cuando vi donde íbamos, suspiré. Me trajo un montón de recuerdos. Para mí la Costa Brava era sinónimo de calma y paz y Palamós significaba un rincón donde perderse por sus calas, sus calles y su gastronomía.

—Ahora ya no te quejas tanto, verdad? —preguntó mirándome de reajo.

—No —murmuré—. Veo que te acuerdas.

—De ti... de ti todo me acuerdo. Aunque no sé si al restaurante que te quiero llevar has ido.

Cuando llegamos al lugar en cuestión, justo al lado del puerto deportivo, confesé que no había estado. Sí había estado en el pueblo antaño y con él más. Era un oasis de tranquilidad. A pesar de ir solo dos días, para nosotros ya nos aportaba el chute de energía oportuno.

—¿Cuánto hace que no vienes por aquí? —preguntó cuándo detuvo el coche.

—Años. He estado actuando por la zona pero aquí, aquí, no.

—Yo vengo a bucear cuando el trabajo me lo permite. Y siempre sueño en encontrarte en la cala sentada, con la mirada fija en el mar, esperando algo o alguien —sonreí enternecida.

—Ojalá el destino hubiese hecho que nos encontráramos hace unos años... hoy quizá todo sería distinto.

—Eres un sol —me dio un beso debajo del ojo—. Ven, entremos —me tendió la mano aunque preferí agarrarme a su brazo.

El dueño nos asignó una mesa apartada de la gente y con vistas a los barcos que iban y venían de ese rincón del Mediterráneo. Me dejé guiar por las recomendaciones de Martín y compartimos unos entrantes de primero y un arroz marinero de segundo.

—Parece que no haya pasado el tiempo —suspiré—. Tú, yo, el mar...

—Tienes razón —hizo una pausa—. Una cosa... ¿Qué te pareció lo de las cartas? ¿Te enfadaste?

—No —sonreí levemente—. Al principio me sorprendí un montón. Me enteré ayer pero durante la noche he estado pensando en ello y lo encuentro algo romántico y si lo que dijiste lo piensas de verdad solo puedo darte las gracias.

Me agarró la mano derecha y me dio un beso en el dorso.

—Yo comprendo que hayas estado dolida pero no fue mi intención. Emma te adora y yo más. Esto es un sueño. Nosotros dos...

—Perdona, tres —lo interrumpí.

—Eso, tres —rio—. No quiero perderte, Carlota. Ha sido un mes muy duro para ambos y sabemos que los problemas no se han acabado pero no podemos dejar que nos pisoteen como hicieron en su tiempo. Entiendo tu confusión y deseo que te aclares pronto pero el simple hecho que me dejes estar aquí a tu lado, para mí ya es un regalo.

Lo miré conmovida, con los ojos humedecidos. ¿Cómo podía haberme enamorado tanto de aquel hombre? Una lágrima resbaló por mi mejilla. Alargó la mano que no me daba y me la secó suavemente acariciándome la cara.

—¿Estás preparada para ir a la quedada?

—Sí, tengo muchas ganas —afirmé más serena —pero... ¿Qué diremos? —pregunté temerosa.

—No es necesario que se enteren todavía.

—Tampoco quiero bromitas de Samuel y Pol.

—Vamos en plan amigos pero pienso buscarte a solas —sonrió con picardía.

—Ve soñando, rubio —me reí.

—Ya verás. No me creas.

—De ti me espero lo que sea.

Nos miramos con intensidad. Miradas llenas de cariño y amor. Durante la comida recordamos nuestros momentos en la academia, cuando la inocencia y la ingenuidad estaba presente en cada poro de nuestra piel. Cualidades que, a pesar de estar más ocultas, seguían presentes en nosotros. La madurez no había podido competir con nuestro espíritu juvenil y nuestras ganas de comernos el mundo de la mano.

—¿Por qué hemos tardado tanto en volvernos a encontrar? —pregunté cuando nos trajeron los postres. Una copa de nata y chocolate con nueces caramelizadas que tenía una pinta exquisita y estaba riquísima.

—Miedo, al menos por mi parte. Cuando lo dejé con Patricia intenté acercarme a ti pero me hice atrás al enterarme que tenías novio. El año pasado en esa gala se me cayó el mundo encima. Te vi tan bien con... ¿Jaime?

—Javi —rectifiqué—. Pensé que moría esa noche. Cuando nos encontramos en el callejón quedé muerta. Días después Andrés me contó de tu vida en una cena y así. Bueno realmente fue Javi el que se interesó por tus logros musicales.

—Vaya, no sé si tomármelo como un halago o no —ironizó. Sonreí enternecida—. Llamé y todo.

—Ya ves. Me provocaste un corte de digestión casi y el otro a cuadros. Sofía no podía contenerse la risa.

—No si ya me lo han contado.

—Quería estrangular a Andrés y a ti de rebote. Se me cerró el estómago.

—Exagerada, si tampoco debía ser nada del otro mundo. Como las comilonas que te metías

conmigo, no hay color —bromeó —O sino míranos lo bien que hemos almorzado.

—De eso no hay duda. Tienes una mano excepcional para elegir buenos restaurantes. Si no fuera por ti, no conocería este paraíso de tranquilidad.

—Buena mano también la tengo para otras cosas, ¿eh? —insinuó con un guiño.

—¡Serás cerdo! —le espeté dándole una patada en la pierna por debajo de la mesa. Ambos nos reímos fuertemente.

Acabada la comida, me agarró de la mano y me llevó a la cala que quedaba justo al lado donde habíamos pasado jornadas de calma y ser anónimos.

—Me vas a matar —dije cuando vi que tenía que descender por un pequeño terraplén del cual ni me acordaba.

—Tampoco es tanto. Tú no me sueltes.

—Nunca —musité muy flojo.

Sus labios se curvaron hacia arriba dejándome ver abiertamente que me había escuchado a la perfección. Los colores me subieron a la cara y el rubor hizo acto de su presencia.

—No sé por qué te pones colorada. Ya sabes que conmigo no puedes disimular —solté una carcajada.

—No te hagas el listo, rubio, que cuando tú vas, yo ya he vuelto dos veces —bromeé.

—Mírala ella como se apropia de canciones que ha bailado hasta cansarse para la vida cotidiana —me dio un beso en la mejilla—. Ven, sube.

Se subió a una roca cerca del agua y me invitó a que siguiera sus pasos. Con cierto respeto obedecí y me senté a su lado, observando las suaves olas chocar contra los espigones y arrecifes. Pasó un brazo por mi espalda y me atrajo hacia él. Me recosté en su pecho, disfrutando de la brisa con olor a sal que inundaba el ambiente. Me besó entre el pelo. Nos mantuvimos unos minutos en silencio, escuchando el murmullo del vaivén del mar, ese que tanto nos recordaba a nuestros orígenes. Mi querido Sant Antoni y su Algeciras natal. Cerré los ojos impregnándome del son de la costa.

—Carlota...

—Dime.

—¿Qué te contó Emma?

—A ti te lo diré —respondí con sorna volteando la cabeza ligeramente hacia él—. Si ella no te lo quiere decir, yo menos.

—Que mala eres —deslizó sus dedos por mi cuello de forma sensual. Me estremecí—. Le hará mucha ilusión tener un hermanito, ya verás.

—Y... ¿Qué les dirás a la discográfica? —pregunté preocupada.

—Ay Carlota... —me abrazó con más fuerza—. A la discográfica que les den, ya he roto lazos con ellos. A mí me da igual bajar el ritmo, cambiar de compañía o simplemente un parón, por estar contigo haría lo que fuera. Porque lo que he vivido contigo no lo he vivido con nadie ni por asomo.

Suspiré y dejé al vacío una lágrima. Me la apartó con dulzura y me acurruqué con más apego a él.

—No me llores, luna.

Pero esa última palabra no contribuyó a que el llanto se detuviera sino que derramé unas cuantas lágrimas más que con toda la ternura del mundo me fue secando con los dedos y con besos.

—Eres maravillosa —me dio un suave mordisco en el lóbulo de la oreja—. No te infravalores,

ni te sientas insegura. Vamos a tirar adelante y a aguantar todo lo que se avecine. Lánzate a la aventura.

—Bueno, ya... ya veremos —murmuré más tranquila—. Solo quiero pedirte una cosa.

—Tú dirás.

—Desmiente el no beso cuando presentes disco la semana que viene, por favor.

—Lo haré, te lo aseguro. ¿Cómo sabes que presento disco?

—No vivo aislada del mundo.

—Vamos, que cotilleas las redes —sonrió abiertamente.

—Como tú —le espeté dándole un pícaro golpe en la rodilla.

—Eso es cierto. Miro mucho lo que haces y también los vídeos de tus conciertos. Este mes he hecho un intensivo y tengo que decir que te sobresaes cada vez más.

Me reí con timidez. Me daba un poco (por no decir mucha) vergüenza que mirara mis actuaciones aunque yo no podía negar que hiciera lo mismo ya que me había pasado tardes enteras reproduciendo vídeo tras vídeo y emocionándome viéndolo disfrutar encima de un escenario.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo.

—Miedo me das.

—¿Has logrado olvidarme en estos años?

—No. Tú has sido un poco la razón que todas las relaciones me fracasaran porque buscaba en otras caras, cuerpos y personalidades lo que tú me habías dado. No lo he conseguido encontrar en nadie. Quise odiarte en muchos momentos pero no pude. ¿Tú?

—Si tuviera algo a contradecirte tampoco lo haría. Pienso igual que tú —me abrazó con más fuerza.

Volvimos a adoptar el silencio, observando el mar y dedicándonos algunas caricias y besos. Podía estar confundida pero la paz que estaba experimentando no la había sentido en mucho tiempo. Estuvimos ahí hasta pasadas las cinco de la tarde, solos, sin nadie deambulando a nuestro alrededor, gozando de la calma que nos regaló ese rincón que había compartido con nosotros confidencias, risas, pasión y baños a la luz del sol y de la luna. Porque como Palamós no hay dos y es ahí donde sabríamos encontrarnos cuando estuviéramos perdidos en un futuro.

Martín

Llegamos a Barcelona cuando comenzó a oscurecer. Ambos nos separamos para ir a nuestras habitaciones y encontrarnos más tarde. Me tiré en la cama suspirando feliz por las horas de serenidad y amor que había vivido al lado de esa persona tan especial. Ojeé el móvil por primera vez desde que había pisado la ciudad por la mañana. Tenía un montón de mensajes y llamadas de mucha gente y grupos distintos que no me dio la gana mirar. Solo presté atención a la insistencia de Andrés por saber cómo había ido.

—A buenas horas chiquillo —dijo cuándo descolgó el teléfono—. Pensaba que os habíais perdido u os habían secuestrado.

—No seas catastrófico que estamos vivos y enteros.

—¿Cómo ha ido?

—Bien, hemos hablado, comido, pasado la tarde juntos y ahora está en su habitación duchándose. Luego la iré a ver. Es que han ocurrido tantas cosas en una mañana...

—Uy, ¿Qué te ha contado?

—No, nada —mentí con una sonrisa en los labios—. Las explicaciones las he dado yo.

—Vale. No la cagues. Me voy que Sofía me espera.

—Tú tampoco le falles. Suerte.

—A ti también. ¡Chao! —me despedí y colgué.

Me di una rápida ducha que me sirvió para pensar en todo lo que había ocurrido horas previas. Sería padre... ¡Padre de nuevo! ¡Y con Carlota, mi Carlota! Parecía un sueño y sin embargo era real y pese a su confusión, estaba dispuesta a no apartarme de su lado mientras se aclaraba. Quizá sonaba contradictorio pero como había dicho ella... ¿Que no era contradictorio en nuestras vidas?

Bajé al supermercado más cercano con todo mi equipo de incógnito y compré lo necesario para cenar juntos y pasar desapercibidos. Subí nuevamente sin pasar a cambiarme. Fui directo a su habitación y di dos flojos toques. Nadie me respondió. Volví a insistir con más energía y me abrió. Asomó solo la cabeza y me agarró del brazo para que entrara. Cuando vi cómo iba, por poco no me caigo de culo. Su cuerpo estaba cubierto solamente por una toalla blanca que le llegaba debajo de la entrepierna. Se rio al verme pasmado observando su figura.

—Estás... muy guapo —dijo conteniendo la risa. No tuve la lucidez suficiente para responderle. Quedé embobado con se recibimiento. Ni tan siquiera parpadeé—. Eo —pasó una mano por delante de mi cara—. Tierra llamando a Martín.

—Tú... tú... tú sí estás guapa —respondí titubeando.

Me quité el abrigo y los objetos de camuflaje bajo su atenta mirada. En ningún momento se apartó de mí o se vistió. Prefirió seguir con esa mini toalla. Me acerqué a ella y la tomé por la cintura.

—¿Vas a seguir provocando o qué? —le pregunté con picardía.

—¿Yo? Pobre de mí. Solamente es que me has pillado en la ducha.

Sin que me pusiera ningún impedimento, me desprendí de esa tela blanca impregnada de su olor y la besé por todo el cuerpo, deteniéndome en según qué zonas, haciendo que gimiera varias veces y que disfrutara del placer y el deseo. La hice sufrir pero lo que gozó no se puede expresar con palabras. Los turnos cambiaron y fue ella quien exploró en mí hasta que fuimos uno solo y llegamos a la cumbre dejándonos caer sobre el colchón, rendidos y agotados de tantas emociones y sensaciones que estábamos experimentando con ese nuevo encuentro.

—¿No tienes hambre? —pregunté al cabo de unos minutos de estar abrazados y deslizar una mano por su columna.

—¿No cambias, eh? —nos reímos—. ¿Qué pretendes?

—He traído cena. No es lo más romántico del mundo ni lo más sano pero algo es algo.

—Lo que sea estará bien.

Se puso mi camiseta y unas braguitas para no cenar desnuda aunque a mí no me hubiese molestado para nada... ya lo conocía todo de su cuerpo y no me cohibía en ningún aspecto verla como dios la trajo al mundo. Hablamos animadamente, sin necesidad de recordar rencores, malas experiencias o traumas. Nuestras carreras, nuestras familias, los compañeros...

—¿Hablaste con Patricia? —pregunté.

—Lo básico y cordial. Me sorprendió un montón que no pusiera impedimento para que Emma estuviera conmigo. ¿A ti te dijo algo?

—Que no eres tan mala como le parecías y que qué le habías hecho a la niña para gustarle tanto —se rio inocentemente.

—Una tiene su encanto y sus truquillos. ¿Sabes qué pasa? Que es una copia tuya en miniatura y tenéis un magnetismo innato.

—Ya te dije que había salido a mí. Magnetismo Rivera lo llamo.

Después de cenar nos recostamos en la cama, abrazados y con ansias de seguir regalándonos

cariño.

—¿Vemos una peli? —propuso.

—Vale.

—Voy a buscar la Tablet.

Se levantó, no sin antes besarnos. Le lancé un ‘guapa’ y rio con candor regresando a mí. La idea que en un inicio viéramos solamente una película, que fue *500 días con ella*, derivó a que acabáramos viendo vídeos de la academia. Se recostó entre mis piernas y se emocionó al ver según qué momentos, especialmente el ensayo de *Luna*.

—Que sensible estás...

—Ay... es que me trae muchos recuerdos —murmuró con la voz entrecortada.

Acabada esa parte emocional, continuamos abrazados unos minutos más, disfrutando del silencio y la intimidad que nos ofrecía aquel rincón de Barcelona. Carlota acabó dormida, rendida por las emociones del día. La tumbé correctamente y me coloqué a su lado con sigilo. La estuve contemplando unos minutos, embelesado por su belleza, su olor y su todo.

“Es preciosa...”

Capítulo 17

26.11.2017

Martín

Me desperté al divisar luz natural penetrando por la ventana y al percibir un buenísimo olor a café recién hecho. Abrí los ojos lentamente y volteeé la cabeza para observar donde estaba ella. Carlota, recostada en la cama a mi lado, totalmente vestida y peinada, me sonrió con ternura.

—Buenos días, dormilón —dijo acariciándome los rizos.

—Buenos días —estiré un brazo hacia su cara y la atraje hacia mí para darle un beso en los labios—. ¿Cómo has dormido?

—Muy bien.

—¿Ha dado guerra? —deposité una mano en su tripa.

—Hace un rato pero es soportable. ¿Te levantas?

—Sí, mi señoría —rio ligeramente al ver que iba como un alma en pena hacia el baño.

Nos tomamos el desayuno que había pedido al servicio de habitaciones. Se bebió primeramente el café y el zumo de naranja pero en su plato seguía teniendo una ensaimada entera a la que no dio mordisco alguno.

—Come un poco, anda...

—No tengo hambre. Tengo el estómago revuelto.

—Excusas... si te viera la Trini... —mi madre—. ¿Sabes qué te diría? Qué estás en los huesos.

—Me lo dijo.

—¿Cuándo? —fruncí el ceño.

—En el concierto. Dijo que me veía muy flaca y me preguntó si comía bien.

—Ay... cómo se preocupa por ti, ¿eh? No veas la de veces que te saca en nuestras conversaciones. Vamos, cada vez que piso Algeciras —reímos—. Es que tú dices que tengo magnetismo pero como encandilaste a mis padres y a mi familia en general, es superior a lo mío —sonrió dulcemente—. Venga, cómete la ensaimada.

Obedeció y a su pausado ritmo, terminamos de desayunar. No teníamos plan para el día. Coincidió que Alejandro, que había programado la quedada para los siguientes días, nos comunicó que los que quisiéramos podríamos llegar a Valencia esa misma noche y no el día siguiente. Carlota y yo, que nos jugábamos la vida casi, aceptamos junto a Pol y Alba. Los cuatro acordamos coger el tren de las siete de la tarde. Por delante, había un montón de horas hasta que llegaran las horarias. Eran solamente las nueve.

—¿Qué hacemos de mientras?

—¿Qué te apetece?

—Algo con lo que no tenga que arriesgar mi integridad física y moral... Tampoco pretendo estar aquí todo el día porque acabaré desquiciada.

—Ah... —pensé en alguna opción cercana y donde pasar desapercibidos—. ¿Qué te parece ir a la montaña?

—Vale —aceptó enseguida.

—Escoge: vamos a ver a la Moreneta o a la virgen de Núria —rio tímidamente—. No te rías, ¿Me entiendes donde quiero decir, verdad?

—Sí, sí pero es que ha salido un acento catalán muy bueno, hijo... Me da igual, donde podamos ser menos vistos. Piensa que es domingo, que mucha gente va de excursión.

—Venga, vámonos a Núria. Voy a cambiarme y en media hora te espero en el parking —me levanté de un salto, le di un fugaz beso y desaparecí.

A la hora acordada, nos encontramos donde la había citado. Un trayecto de dos horas que amenizamos con la radio y hablando como si entre nosotros no hubiesen pasado once años de distanciamiento.

—Si es niño, que es lo que me temo, quiero que se llame Iván —comentó cuando estábamos paseando por la montaña y los parajes naturales de ese rincón catalán.

—Veo que tus gustos no cambian.

—¿Te acordabas, verdad? —preguntó con su dulce mirada traspasando la mía.

—Sí —murmuré entrelazando mis dedos con los suyos—. Quería que sintieras algo y que te despertara más confianza.

—¿Te arrepientes de algo en esta vida? —cuestionó más seria.

Nos sentamos sobre unas rocas, admirando el paisaje. Medité cuidadosamente mi respuesta.

—De haber conocido a gente que no desea el bien a nadie. Y de haber fallado tantísimas veces a tantas personas. Especialmente a ti —posé un brazo sobre sus hombros—. Han sido muchos años y muchos momentos de debilidad e impotencia porque estabas lejos. Me equivoqué en su momento y aunque no me arrepiento de Emma, sí me arrepiento de haberme alejado de ti y no haber dado carpetazo antes para lograr la felicidad. ¿Y tú, te arrepientes de algo?

—Sí y no. Profesionalmente creo que he trabajado con buenos equipos y que me ha ido “bien”, hecho del cual tú tampoco te puedes quejar sobre ti pero personalmente he encontrado a personas que me han aportado poco. No me arrepiento de muchas cosas, quizá de haber contribuido en cierta parte a que lo nuestro se fuera a tomar viento.

—La culpa fue de los dos pero también de otras personas que influyeron en nosotros y creo que tú eres la que menos culpable se debería sentir —le di un beso en una sien.

—No, porque lo de derrumbarme en un photocall...

—Me parece graciosísimo y el vestido que llevabas... —me reí provocándole una sonrisa. Digamos que no era su mejor look y estaba muy echa polvo—. ¿En serio tenías un vestido así? ¿De dónde lo sacaste? ¿Del chino de la esquina?

—No lo sé —admitió riendo—. Que fue muy bochornoso.

—Visto con perspectiva y con los años no lo parece tanto. Entiendo como estabas en ese momento y ahora hasta tú te ríes.

—Claro, lo he aceptado, como acepto el no-beso. Por cierto...

—¿Qué?

—Que tengo hambre —dijo mirándome con cara de no haber roto nunca un plato.

—Ven, damos una vuelta más y bajamos a uno de los pueblos cercanos.

Nos levantamos y dimos un corto paseo por el valle contemplando las montañas que tanta paz nos daban también. Almorzamos en Ribes de Freser, en un restaurante que encontré en *TripAdvisor* con buenas valoraciones.

—No me dirás ahora que aquí también conoces a los dueños... —dijo sin bajar del coche.

—No pero Internet lo valora fantásticamente bien.

—¡Martín! —me golpeó el brazo y después me pegó una colleja.

—¿Qué? —pregunté apartándome bruscamente. Vaya fuerza tuvo la chiquilla...

—¿Tú eres consciente de lo que estamos haciendo?

—A ver, Carlota, mi vida —la agarré de los brazos para que mantuviera sus extremidades quietas—. A mí no me importa que nos vean. Vale, hay un riesgo pero te dije que te lanzaras a la aventura y parece que no quieras. Estate tranquila, disfrutemos de la comida y aunque a los compis se lo escondamos, vamos a gozar de esto. Además, si preguntan, siempre nos quedará decir que es una comida de trabajo.

—¿Un domingo? —arqueó una ceja, incrédula.

—Un domingo y sin discográficas ni nadie. Estamos planeando algo y punto. ¿Convencida?

—No pero bueno, me fio de ti.

—Esa es la actitud —le di un sonoro beso en la mejilla y uno de más suave en los labios—. Vamos que son casi las tres de la tarde y ahora soy yo el que se muere de hambre.

El camarero que nos asignó mesa nos miró de la forma más desconfiada posible para dar paso a una expresión de sorpresa mayúscula.

—¿Ves? Te he dicho que no era buena idea —me susurró al oído siguiendo al chaval.

—Tranquila —le di un disimulado beso en el lóbulo de la oreja.

Nos pidió un autógrafo a cada uno y con una sutileza excelente nos preguntó qué nos había gustado de esas tierras y el porqué de la visita.

—Comida de trabajo —no di más detalles—. Unos paisajes formidables.

Asintió a mi aclaración y nos tendió un par de cartas tomándonos nota de la bebida. Durante el almuerzo no faltaron las risas, las buenas vibraciones y una conversación interminable y distendida.

—Ay luna... quien nos lo hubiera dicho hace un par de meses, ¿eh?

—No los hubiese creído —apoyó la barbilla en la mano y el codo en la mesa, mirándome con esa mirada que deshace a cualquiera—. Es... no sé.

—Buena definición —ironicé.

—Ya me has entendido.

—Eres de esas personas que sin palabras lo expresa todo.

Y una última y cálida sonrisa antes de irnos de ese pueblecito me llenó de energía para ir al encuentro con los compañeros de buen humor. Virtudes de Carlota, simples micro expresiones que llegan al alma.

Carlota

De camino a Barcelona me dormí. No era mi intención pero el embarazo me llevaba a tener sueño con más frecuencia, por no hablar que no me sentía del todo bien.

—Carlota... —noté como me zarandé el brazo—. Luna...

Cada vez que me llamaba como cuando estábamos juntos una pizca de confusión desaparecía y una alegría inundaba mi corazón. Ronroneé y abrí los ojos. Definitivamente ya estábamos en el aparcamiento del hotel. Me estiré y le di un beso en la mejilla que le hizo sonreír ampliamente. Subimos a mi habitación. Por el pasillo me comencé a marear y me tuve que agarrar a su brazo para no caer. Me tumbé en la cama. La cabeza me daba vueltas. Martín quedó a mi lado los minutos que mi bajón requirió. Me dio ese cariño que otros brazos no habían sabido darme.

—Mira —le apreté una mano para que me prestara atención cuando me sentí mejor—. No sé cómo irá el asunto a partir de ahora pero te quiero a mi lado. Te necesito aquí. Me das paz y este

niño...

—O niña —apuntó interrumpiéndome.

—Merece tener a un padre y una madre sin mal rollo ni problemas. Voy a lanzarme a la aventura pero dame mi espacio. Pasito a pasito.

—Todo el que quieras —dijo visiblemente emocionado.

—Tengo mucho miedo y sé que no es propio de mí confesar tantas cosas y abrirme tanto en canal pero estoy cagada. Tengo miedo a que esa gente venga a por nosotros, a que la sociedad no lo acepte, a que todo falle... no lo sé... es... —no pude acabar la frase. Las lágrimas me vencieron.

Acercó su cara a la mía y sus labios intentaron darse paso entre los míos. Su lengua rozó la mía y ambas bocas iniciaron una batalla interrumpida por el pitido de mi móvil. Nos separamos jadeando. Me sequé el rastro de llanto de mis mejillas y me levanté. Al principio me tambaleé pero alcancé el teléfono sin perder el equilibrio.

—Alba viene hacia aquí —anuncié.

—¿Sabe que estoy contigo?

—Sabe... sabe.

—Y con todos ustedes, regresó la Carlota que no habla —ironizó cual presentador de televisión. Me reí—. ¿Qué sabe?

—Pues digamos que gracias a ella estamos aquí ahora. Porque yo no te iba a coger el teléfono.

—Que mala eres... —pasó por mi lado rozándome la parte baja de la espalda—. Voy a buscar mis cosas —me dio un sensual beso en el cuello que me estremeció.

—Te espero abajo.

Bajamos por separado. Llegué primero yo. Me subí al coche de Alba de copiloto. Nos dimos un gran abrazo y me miró curiosa.

—¿Cómo ha ido?

—Muy bien, ya te contaré. Ahora vendrá.

No tuvimos tiempo de articular más palabras que la energía desbordante de Martín llenó el coche. Asomó la cabeza entre los dos asientos delanteros y nos dio un beso en la mejilla a cada una.

—¡Hola loquilla! —así saludó a Alba.

—¡Hola ojazos!

—Hola, ¿eh? —me pellizcó el brazo flojamente.

—Hola —respondí con una sonrisa—. No sé por qué te saludo. Te acabo de ver.

—¡Oh my god! Cuanta felicidad ven mis ojos... Sister, ya estás largando, ¿eh?

—Lo tienes claro —le di un pícaro golpe en la pierna.

—Si no habla, Elsa, es una caja hermética —me tapé la boca para no reírme.

—¿Por qué coño me llamas Elsa? —preguntó entornando los ojos—. Tú no te rías —me encasquetó.

—Porque todo el día estás canturreando *Frozen*.

—Venga, dejémoslo ya. Vayamos a por Pol y disimulad a ser posible.

—Sí, sí —respondimos al unísono.

Pol subió al vehículo con desconfianza. Eso de vernos a Martín y a mí en un mismo espacio sin matarnos parecía algo inimaginable.

—Albita... ¿Dónde se habían escondido?

—En mi casa —respondió sarcástica —no te jode...

—¿Pues?

—He estado en el mismo hotel que ella porque donde suelo ir estaba lleno —mintió Martín.

—Ah, vale, vale —aceptó poco convencido.

El móvil me vibró en el bolso. “La próxima mentira te toca a ti” y un corazón. Era de Martín. Respondí con emoticonos y lo volví a guardar. En Sants, nos dividimos para no levantar sospechas. Chicos por una parte y chicas por la otra. Subimos al mismo tren y al mismo vagón pero como si fuera una “casualidad” que nos hubiésemos encontrado ahí. Alba y yo estábamos sentadas más adelante que ellos.

—¿Cómo fue? —preguntó.

—Bien.

—Expláyate, mujer —protestó—. Que te lo tendré que sacar con calzador.

Le di más detalles. A medida que fui narrando, su cara fue tornándose de más y más sorpresa. Al final no pudo hacer otra cosa que emocionarse. Me cogió las manos y con la voz entrecortada me confesó:

—Estoy orgullosa de ti, sister. Martín consigue en ti lo que nadie ha logrado. Te has mostrado en cuerpo y alma y entiendo que quieras ir lentamente pero no quiero que te pase nada. Vas a ser feliz, ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo —aseguré convencida—. Pero de momento ya sabes, que todo vaya recolocándose a su ritmo. Sigo confundida y él lo sabe.

—¿Confundida con qué?

—Pues que han pasado once años y lo que ha pasado en estos años no se olvida fácilmente. Ni lo de Hanna y Eusebio. Estos dos a la mínima van a hacernos la vida imposible y tengo un miedo tremendo...

—De momento estate tranquila y disfruta de los compañeros.

—Y tú deja de llorar, pánfila —le pegué un cariñoso manotazo en la cara seguido de un gran abrazo—. Voy a buscar una botella de agua. ¿Te traigo algo?

—Sí, la invitación a tu boda —nos reímos a carcajadas—. No, en serio, no me apetece nada.

Me levanté y me dirigí al vagón de la cafetería. Tuve que pasar por el lado de los asientos de Martín y Pol. El primero no estaba y el segundo dormía a pierna suelta. Me extrañó no ver a esos ojazos que me volvían loca minuto a minuto. Lo encontré comprando un sándwich.

—Cuando tú vas, yo vengo —ironizó deteniéndose a mi lado de camino a la salida.

—Y por el camino te entretienes, ¿no?

—Obviamente. Voy a sentarme, no vayamos a levantar ampollas sin necesidad.

—De acuerdo. Te veo luego —cruzamos una mirada llena de sentimiento y una sonrisa de oreja a oreja que solo nosotros comprendimos.

Compré la botella y regresé al lado de Alba. Cuando pasé por los asientos de los chicos, Martín volvió a mirarme fijamente. Decidí no pararme más de diez segundos. No era necesario que se notara lo tontos que estábamos. Alba estaba mirando las notificaciones de su móvil. El mío vibró en el bolsillo del pantalón.

Martín: Gracias por pararte, eh? ??

Yo: Ay... que me pongo colorá ??

Martín: Que mona... ?? has hablado con Alba?

Yo: Sí. Todo bien. Como llevas el viaje?

Martín: Me aburro, no estás a mi lado ??

Yo: Va, que solo quedan 20 min.

Martín: Demasiados.

Yo: Habla con Pol.

Martín: Ronca y duermo, no puedo hablar con él ??

Yo: Yo sí con Alba ???? Te aguantas!!

Martín: Esta noche vendrás a verme, no?? ??

Yo: Con quien duermes??

Martín: Jesús y llega mañana. Estaré solo. Tu??

Yo: Alba.

Martín: Jo, se va a enterar ??

Yo: Lo sabe todo, no te preocupes por ella. Procura por Pol.

Martín: Sii. Te veo luego ??????????

Suspiré y sonreí como una boba guardando el móvil nuevamente. Alba, que miraba por la ventana después de revisar sus notificaciones, viró la cabeza hacia mí con rapidez.

—Es que cuando te haga daño... lo mato... lo rajo... lo descuartizo... y lo entierro en medio del bosque y nadie encuentra su cadáver en milenios —me reí ante su exageración—. Tú ríe pero sabes que tengo razón.

—No te lo niego.

—¿Y con Javi qué?

—¿Javi? Pero si tiene novia. Aunque no me cuadra mucho porque hace cosa de un mes y medio que nos acostamos.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué le puso los cuernos a la novia?

—No quiero malpensar. Quiero pensar que fue posterior y que lo ha hecho oficial tan temprano porque soy yo y hay confianza. Él sabe lo mío. Me pilló in fraganti anteayer.

—Ah, vale, vale. Ya podrás hacer una cena de parejas —volví a reírme—. Lo digo en serio. Ahora solo falta que se entere la sociedad y eso será complicado.

—De momento no quiere que nadie se entere. Solo los más allegados y las familias. Alba, que ni mi madre lo sabe, cuando se entere... —me mordí el labio con frustración.

—Cuando se entere que va a ser abuela será la mujer más feliz del mundo. Tu familia adora a Martín.

—Mi familia adora a todos los novios que he tenido —repliqué—. Pero Martín no es su preferido ni mucho menos después de todo lo ocurrido.

—Bueno, igualmente se alegrarán.

Llegamos a Valencia sobre las once de la noche. Alejandro pasó a recogernos. Lucía y María también estaban en la casa. Era un lugar precioso. Estaba enfrente de una cala. Constaba de un gran salón —comedor, una amplia cocina, seis habitaciones en la planta superior, una piscina cubierta, otra descubierta y un patio enorme con barbacoa que daba a la playa. Después de los pertinentes besos y abrazos, nos sentamos en los sofás a charlar mientras picábamos algo de comida y nos tomábamos una copa que en mi caso fue agua. Me senté junto a Lucía. Martín quedó enfrente de mí y no paró de mirarme, poniéndome nerviosa y sonrojándome cada vez que nuestras miradas se cruzaban.

—¿Qué te pasa? —me susurró Lucía al oído al ver que respiré hondo varias veces.

—Nada, nada.

Martín volvió a lanzarme una de sus miradas matadoras. Le gesticulé que lo dejara ya. Me estaba poniéndome verdaderamente histérica y solo deseaba un momento de tranquilidad a solas para descargar toda esa tensión que me estaba corroyendo por dentro.

—Yo no me he enterado de una cosa, ¿Serás padre o no? —le preguntó María.

Empecé a negar con la cabeza con disimulo para que no la cagara. No era el momento ni el día para anunciarlo a los cuatro vientos.

—Que va, si eso fue un bulo de la discográfica.

—¿Dónde has estado desaparecido?

—En la montaña, disfrutando de la tranquilidad.

—¿Te ha ido bien? —intervino Alejandro.

—De fábula. Estoy como nuevo.

—Te has ido a la luna—. Alejandro y María le rieron la broma a Pol, Alba y Lucía sonrieron, y Martín y yo mostramos una mueca extraña con la cara.

—¿Lo sabías? —me susurró Lucía al oído. Asentí con la cabeza.

—Antes... antes me lo ha explicado —dije en un tono casi inaudible.

—¿Os lleváis bien? —asentí en silencio regresando a la conversación principal.

—Bueno chicos, yo me voy a la cama que llevo un trote a mis espaldas... —anunció Martín.

Se levantó y pasó por detrás del sofá donde estaba yo. Me acarició la nuca con dulzura y discreción. Al cabo pocos minutos fue María la que se retiró y aprovechando la ocasión me puse en pie detrás de ella. Antes de subir, me acerqué a Alba.

—Voy con Martín, ¿Vale? —le susurré al oído con la mano en la boca.

—De acuerdo, disfruta. ¿Vendrás?

—Eso espero. No te vayas de la lengua.

—No —negó con un tono de voz más audible.

—Uy... ¿Qué son tantos secretitos? —preguntó Pol suspicaz—. Secretos en reunión es de mala educación dice el refrán.

—Déjalo, cosas de la señorita.

Sonreí levemente y emprendí rumbo a las escaleras. Las ansias de ver a Martín se hicieron incontrolables a medida que subía escalón a escalón.

“Uf... ¿Cómo puede tener este efecto en mí?”.

Entré en mi habitación y vi un papel encima de la cama. *"Te espero con ansias. Escondidos de nuevo. Esto es un retroceso en el tiempo aunque siempre has estado presente. Incluso ahora que estás leyendo y no estás aquí, te noto. Han sido dos días mágicos. Hacía años que no vivía algo parecido. Gracias por tanto. Te amo"*. Logré atrapar una rebelde lágrima que empezó su transcurso por mi mejilla.

“Nada de llorar. Es la hora de mostrar sonrisas. Voy a pasar una noche a su lado como las que solo nosotros podemos vivir”.

Salí sigilosamente del dormitorio y crucé el pasillo hasta ir al suyo. Abrí sin necesidad de llamar y volví a cerrar tras de mí con cuidado. Martín estaba tumbado en la cama mirando el móvil.

—No me saludes, que es pecado —dije en coña.

—Te estaba esperando —se incorporó de un salto y vino a mi encuentro.

Nos dimos un tierno beso en los labios. Posó sus manos en mis mejillas y siguió haciendo de ese beso algo más pasional y profundo.

—Eres muy provocativa, ¿Lo sabías? —me preguntó pícaro.

—Anda que tú... eres un romanticón.

—Te lo mereces —me quitó la blusa—. Eres preciosa.

—No te costaba nada sentarte conmigo abajo.

—Prefiero sentarme contigo en otro sitio y otras circunstancias.

Comenzó a dibujar una forma abstracta de besos por mi cuello y clavículas, empujándome y haciéndome caer sobre la cama. Se colocó a horcajadas sobre mí y siguió besándome, descendiendo lentamente por mi cuerpo y desprendiéndose de mi ropa con toda la dulzura y la pasión que requería el momento. Se introdujo entre mis piernas haciéndome temblar de delirio. Me mordí el labio para no estallar de placer con algún grito y hacer saltar las alarmas. Me llevó al séptimo cielo con ínfimos roces que aumentaron de intensidad segundo a segundo.

—Me vuelves loco Carlota —susurró ahogando un gemido.

—Y tú a mí.

Me amoldé a su cuerpo cual pieza de puzle que encaja a la perfección. Entró en mí con lentitud, provocando que una oleada de calor inundara mi ser. Los movimientos fueron tiernos y salvajes a la vez y la emoción que sentíamos en cada encuentro íntimo más fuerte. Llegamos juntos al clímax. Me dejé caer sobre él para rodar finalmente hacia un lateral de la cama recuperando el ritmo de respiración normal. Alargó un brazo hacia mi mejilla y la acarició con suavidad. Volteé la cabeza hacia él y sonreí.

—Vas a acabar conmigo. Entre las miraditas y esto, me tienes perdida.

—¿Y dónde te encuentras?

—En ti. En tu persona, tu personalidad, tu corazón y tu todo.

Me atrajo hacia él y me apoyé en su pecho. Depositó un beso en mi cabeza y trazó una línea imaginaria de caricias por mi columna. Cerré los ojos y suspiré, notando el delicado y cálido tacto de las yemas de sus dedos rozando mi piel.

—Carlota...

—¿Qué? —pregunté en un susurro, hipnotizada por sus caricias. Tardó unos segundos en responder.

—Me gustaría decirte un montón de cosas pero creo que todo acaba resumido en un ‘te amo’ como una catedral.

—Ay Martín... tengo unas ganas de que los problemas se terminen.

—Sabes que siempre habrá. Somos tú y yo. No somos anónimos.

—Al menos, que mengüen un poco.

—Yo quiero gritar al mundo que te amo y que eres la única mujer que me ha hecho y hace feliz...

Sonreí con timidez. Yo no pensaba lo mismo. De momento y por unos meses quería mantenerlo en secreto. Incluso si se me veía embarazada, que el padre fuera anónimo hasta que yo encontrara el momento adecuado para hacerlo público y enfrentarme a las críticas, polémicas y periodistas que harían guardia en mi casa día y noche. En ese instante no estaba nada preparada. Decidí no responder, sino darle un beso en el hombro.

—Martín...

—Dime.

—Voy a beber agua y a dormir con Alba. No vaya a ser que nos pillen.

—Está bien —aceptó resignado—. Pero recuerda que mañana no podremos tener intimidad.

—Sabrás cómo buscarme. Tú mismo me lo confirmaste.

—Tienes razón pero me hubiese gustado que te quedases más rato.

Me incorporé y le di un largo beso en los labios.

—Lo bueno dura poco —frunció el ceño—. Siempre estoy, ya lo sabes.

—Me quedo esto —atrapó al vuelo el sujetador que llevaba al llegar —que lo sepas.

—¡Martín! ¡Eres un guarro! —exclamé tapándome la cara con las manos.

—De alguna forma tengo que satisfacerme si te vas, ¿no? Es que mujer, mira cómo me dejas — me señaló su abultado bóxer.

—Te aguantas, terminas solito. Mañana devuélvemelo.

—A sus órdenes jefa.

Me vestí y me levanté. Se puso en pie detrás de mí y me acompañó a la puerta. Me dio otro beso y con un silencio y una discreción absolutos me marché al baño y a mi habitación. Alba estaba completamente dormida. Me cambié los vaqueros y la blusa por unos leggins y una camiseta holgada. Volví a salir para ir a tomarme un vaso de agua. Bajé las escaleras intentando no ser ruidosa y me sorprendí al encontrar luz en la cocina. ¿Quién estaba ahí? Era Lucía, bebiendo una tila.

—¡Lucy! ¿Qué haces aquí? —pregunté con una combinación de alegría, miedo y sorpresa.

—Mira, que no podía dormir y me he venido a beber una tilita. ¿Tú?

—Tengo sed —admití sirviéndome un vaso de agua fría.

—¿Estás muy despierta, no? —arqueó una ceja—. ¿Tú vienes realmente de tu habitación?

—Mierda... —musité entre dientes.

—¿Martín, no?

—¿Cómo me conoces tan bien

—Una, el pelo revuelto, dos, un chupetón en el brazo que no creo que Alba te haya hecho y tres vas sin sujetador y se te ve de una hora lejos que tu temperatura corporal es demasiado elevada para la época del año en que estamos. ¡Chica, que no vas a cortar cristales! —me reí con su comparación. ¿Tanto lo notaba mi delantera que seguía excitada por culpa de Martín? —Irradias felicidad. ¿Qué ha pasado realmente?

Me senté enfrente de ella, acercándome a la mesa para no tener que elevar la voz y que alguien nos oyese. Le hice un breve resumen dejándome el detalle principal del embarazo a pesar de ser ella quien me dijo el día del reencuentro que acabaría encinta.

—Ay Carlota, qué ilusión que te hayas lanzado a vivir esta aventura.

—Yo temo por mi integridad. Cuando Hanna o Eusebio se enteren, ya puedo despedirme de esta “felicidad”.

—Vaya tono has usado, chiquilla.

—Entiéndeme —supliqué—. Son muchos años detrás, muchas putadas y este mes ha sido el peor que he vivido en muchos años. Tengo mucho miedo y si algo no funciona, me da algo... o si nos pasa alguna cosa a nosotros o a los de alrededor.

—Cálmate y vive el día a día —me apretó la mano con ternura—. Estamos aquí para lo que necesites —sonreí enternecida.

Oímos pasos y centramos la vista en la puerta. Para sorpresa de ambas quien apareció fue Martín vestido con shorts y una camiseta blanca de manga corta. En realidad creo que se sorprendió más él al vernos sentadas de confianzas a las tres de la madrugada que nosotras. Lo repasé de arriba abajo mientras cogía un vaso y lo llenaba de agua. Lucía se levantó y dejó la taza vacía en el fregadero.

—Chicos, aquí os dejo. Me voy a la cama.

Pasó por el lado de Martín dándole un par de palmadas en el hombro y desapareció. Él ocupó su lugar.

—¿Qué haces aquí? —susurré nerviosamente.

—Tengo sed. ¿Tú? Aparte de chismorrear con Lucía, obviamente.

—Tenía sed también, ya te lo he dicho. ¿Qué? ¿Te has divertido solito? —pregunté con ironía.

—No lo sabes tú bien.

—Ni ganas de saberlo. No me des esos detalles, por favor —torcí el gesto notando algo de rubor en mis mejillas.

—Que pudorosa eres a veces. Y en la cama te desatas.

—Para, por favor —pedí más roja que un tomate de Almería. Me cubrí la cara con las manos bajo la atenta y graciosa mirada de Martín—. Ay que calor —me aparté el pelo de la frente y me abaniqué con una revista que había en la encimera.

Me tomé otro vaso y me puse en pie dispuesta a irme a dormir de una vez por todas. Me agarré de la cintura tirando de mí hacia su regazo. Solté un grito ahogado al visualizarme ya en el suelo.

—¿Me quieres matar o qué? —le espeté.

—Quiero comerte a besos —dijo dándome un largo beso en el cuello y otro en la clavícula.

Sus labios y sus manos siguieron jugando sobre mi piel, haciéndome estremecer y vibrar de placer. Tantas emociones acumuladas estaba sintiéndose que fui incapaz de moverme o devolverle los besos y caricias.

—Martín... —musité con la voz entrecortada—. No... no puedo más.

“¿Cómo puede ser que me ponga tanto con tan poco contacto?”.

—Me tienes hipnotizado... —murmuró hundiendo la cabeza en mi cuello.

—Te quiero —lo abracé con ternura.

—Repítelo —me pidió visiblemente emocionado.

—Te quiero.

—Que bonito suena de tus labios.

Me encogí de hombros y con delicadeza me puse en pie. Escuché ruido detrás de mí y volteé la cabeza encontrándome con Pol.

—Os pillé —aseguró—. Estáis escondidos.

Martín y yo comenzamos a reírnos con nerviosismo. ¿Hasta qué punto había visto?

—Tenía sed y he bajado, simplemente esto.

—Ídem —respondí aparentando normalidad —Buenas noches chicos.

El rubio me guiñó el ojo y me sonrió con disimulo. Subí las escaleras nuevamente. Sé que me equivocaba pero en vez de ir a mi habitación, fui a la suya. No quería despertar a Alba. Martín llegó pocos minutos después. Me encontró tumbada, esperándolo impacientemente.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con una enorme sonrisa en la cara.

—No quería despertar a Alba. Vengo a dormir, que conste —remarqué.

—Sí, sí, yo también.

Se desvistió ante mi penetrante mirada. Yo solamente me quité los leggins. Se metió bajo las sábanas, acurrucándose cerca de mí y abrazándome con fuerza.

—¿Qué te ha dicho Pol?

—No, nada. Tranquila que no nos ha visto. Solo le ha dado a la bromita de la luna y el escondidos que ya es un poco cansina.

—Bastante. Y tú porque no has aguantado prensa este mes...

—Lo sé y me hubiese gustado aguantarla igual o más que tú. Y lo siento, de veras. No te enfades —me acarició el pelo dulcemente.

—No me enfado, ¿Vale? —le pasé una mano por la mejilla—. Tengo sueño.

—Buenas noches, luna —me dio un tierno beso en los labios.

—Buenas noches —susurré con los ojos cerrados.

—Te amo.

Y con dos palabras tuve suficiente para dormirme con una sonrisa en los labios y sin pensar en nada más que no fuese ese instante mágico arropada por sus brazos.

Capítulo 18

27.11.2017 → 9:00h

Cocina de la casa de Valencia

—¿Quién crees que será el último en levantarse? —preguntó María a Alejandro.

—No sé, Pol quizá.

Ambos estaban tomándose el primer café del día. Habían sido los más madrugadores. La siguiente en bajar fue Lucía.

—¡Buenos días! Ay qué olorcito a café... —suspiró sirviéndose una taza—. ¿A qué hora os habéis despertado?

—Hace poquito. Ni me has oído. Estábamos diciendo quién creemos que se levantará el último. Apuesto a Martín —afirmó María.

—No, no, será Carlota que esa a las tres de la madrugada estaba más que enérgica.

—¿Y eso?

—Ah... pues... se desveló y le costó dormirse de nuevo —mintió.

El cuarto en levantarse y aparecer por la cocina fue Pol que apostó a Martín también. En el intervalo de su desayuno llegaron a la casa Rafa, Estefanía, Samuel y Miren.

—¿Y el resto? —preguntó la canaria extrañada.

—Sobados. Si es que la edad... —meneó la cabeza de lado a lado.

—¿Tenéis café?

Se sentaron en el sofá con una taza en mano entablando conversación con los compañeros que antes de las nueve y media ya habían finalizado sus horas de sueño.

Arriba de mientras...

Martín

Me desperté al escuchar ruido por el pasillo. Carlota dormía abrazada a mí. Estaba preciosa. Sonreí recordando los momentos de la noche anterior. Le acaricié el pelo con ternura y le di un beso en la frente. Me quedé unos minutos contemplándola. Parecía un ángel. Tan niña, tan frágil, una muñeca de cristal, con una inocencia innata que embriagaba la estancia de pureza.

—Carlota... luna... —ronroneó y movió suavemente las piernas—. Venga levanta...

—No —murmuró escondiendo la cara en mi cuello—. No me siento bien.

—¿Qué? ¿Quieres algo? ¿Te notas cansada? ¿El bebé? —mi cuerpo se tensó y me incorporé bruscamente.

—¡Martín, por Dios! ¡No seas tan bruto! —me espetó al verse incorporada por mi bote.

—Lo siento pero lo que menos me apetece es verte mal.

—Lo...

Se levantó corriendo y salió al cuarto de baño más cercano a vomitar. La seguí de cerca. Me quedé afuera, apoyado en la pared. Alba apareció por el pasillo, visiblemente preocupada.

—Vale, ha dormido contigo. ¿Qué ha pasado?

—El embarazo...

—Ah, de acuerdo.

Di dos toques en la puerta y junto a Alba aguardamos la espera de verla de nuevo. No tardó en regresar a nosotros. En su cara todavía se podían observar gotas de agua y un pequeño resto de pasta de dientes que su amiga no dudó en apartar de su labio. Estaba muy pálida y ambos la sujetamos para que no se desvaneciese.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté apartándole un mechón de pelo de la cara.

—Bien —respondió con voz cansada.

—Vuelve a tumbarte un rato, anda... Tú ve con ella —me ordenó Alba —yo os cubro abajo.

Le pasé un brazo por la espalda y ambos volvimos a la cama. No nos dormimos. Ella se tumbó y yo me recosté contra el cabezal. Apoyó la cabeza en mi regazo. Vi una lágrima deslizarse por su mejilla.

—Carlota... —se la sequé con ternura—. ¿Qué pasa?

—Tengo miedo a que no funcione —confesó con la voz entrecortada.

—No te preocupes por eso. Son las molestias normales de los primeros meses. Ya verás que se pasarán —la intenté animar.

Sinceramente, aunque quisiera que sonriera y no se preocupara, yo tampoco estaba seguro de estar haciendo lo correcto y que ese embarazo estuviera desarrollándose de la forma normal. No me acordaba con claridad de las primeras semanas de gestación de Emma pero recordaba que las molestias no eran ni mucho menos tan elevadas como las de Carlota. Mi luna callaba mucho pero con la cara pagaba y los dolores no solo eran puntuales por la mañana, sino que persistían a lo largo de la jornada aunque no lo verbalizara. Centré la vista en ella, se había calmado. No estaba dormida. Estuvimos unos minutos gozando de la compañía del otro. Le fui acariciando el pelo con dulzura.

—¿Estás mejor? —pregunté.

—Sí —suspiró—. Voy a cambiarme y te veo abajo.

—De acuerdo. Hasta ahora. Cualquier cosa, me lo dices.

—Cuenta con ello —se incorporó y me dio un beso en los labios.

Se fue a su habitación. Me vestí y bajé a la cocina. Carlota no tardó más de dos minutos en aparecer. Vestía unos vaqueros ajustados y un jersey de rayas. Se había dejado la melena suelta y se había puesto las gafas que usaba los días que se olvidaba las lentillas. Se sentó en la silla de mi lado ya que enfrente estaban Alejandro y Alba y no se iba a sentar en la otra punta de la mesa viendo que todos estábamos en el mismo sitio.

—Uh, que poca distancia entre ambos —dijo Pol arqueando las cejas y viniendo del jardín donde había ido a fumar—. Eso pinta a salseo...

—Pol, hijo, todo te lo tomas con segundas, ¿eh? —Alba se levantó y pasó por detrás de él pegándole una colleja.

—Vale ya paro —se acarició la nuca —que fuerte le das chica.

A las diez, estando ya los doce de la quedada preparados, el anfitrión nos llevó de excursión por las playas cercanas. Recorrimos un sendero que quedaba justo enfrente de la costa donde había dunas y vegetación. Cuando los más flojos comenzaron a mostrar signos de cansancio, nos detuvimos a comer. En toda la caminata, que animamos cantando y contando anécdotas, no perdí ojo a Carlota. Estuvo la primera parte del camino charlando con Alba y luego pasó a hablar con Samuel.

Nos sentamos en círculo en una playa. Logré colocarme a su lado. Sacamos los bocadillos de

las mochilas que habíamos cogido cada dos y los repartimos entre el grupo. Le pasé un bocadillo de tortilla y una botella de agua a Carlota, que me lo agradeció con una leve sonrisa.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté sin que nadie se percatara. Asintió con la cabeza—. ¿Seguro?

—Sí, seguro —respondió bastante convencida desenvolviendo el bocadillo.

Durante la comida no faltaron las bromas y una charla distendida donde pudimos participar los doce. Lástima que no estuviéramos los dieciséis.

—Propongo que por Nochevieja quedemos los dieciséis y nos llevemos a las parejas y los niños a celebrar el Fin de Año —dijo Samuel llamando la atención de todos.

—¿Y las solteras y sin niños, qué? —saltó Lucía con todo su poderío onubense.

—Os traéis al hámster —bromeó Pol—. Llevaré algún colega para que ligue, Lucy.

—Muy bien, yo encuentro genial la idea pero... ¿Dónde pretendéis quedar sin llamar demasiado la atención? —preguntó la voz de la razón. Mi Carlota, una cabeza racional entre tanta locura.

—El lugar dejádmelo a mí —intervine.

Carlota me miró incrédula, arqueando una ceja. No fue la única. Digamos que todos se sorprendieron de mi iniciativa.

—¿Torla? —me preguntó sin hablar, solo moviendo los labios.

—Ah, secreto —respondí burlón —Gánatelo.

Me pellizó el brazo con fuerza, haciendo que los de alrededor se percataran de ese gesto con el ‘ay’ que le siguió. Nadie comentó nada al respecto. Mejor, dar explicaciones era lo que menos me apetecía. Pol y Samuel propusieron un juego que al principio no me hizo precisamente gracia. Era una especie de ‘verdad o atrevimiento’ pero con algunas peculiaridades. Alguien preguntaba alguna cosa a otro y si ése decidía no contestar, tenía que cumplir un atrevimiento que involucraría a su pareja.

—Chico y chica, las parejas ¿eh? —informó Pol.

Los primeros atrevidos en juntarse fueron Alba y Samuel seguidos de Rafa y Lucía.

—¿Y yo con quién voy? —se preguntó el catalán a sí mismo—. Se lo pediría a Carlota pero prefiero ir con mi canaria favorita. ¡Fanny de mis amores! —chilló—. Vente pa’cá —la aludida se situó a su derecha ilusionada.

Alejandro le propuso a Miren ser su pareja. Lucía y Jesús, viendo la situación, corrieron a sentarse de lado, dejándonos a Carlota y a mí como última pareja.

—Bueno... ¿Qué remedio, no?

—Miedo me da esto —se apartó el pelo de la cara.

—Tú tranquila. Sabremos defendernos.

—Esto promete —soltó Samuel con una clara intención y una mirada que Pol comprendió perfectamente.

“Que dios nos coja confesados”.

Carlota se sentó más cerca de mí. Tanto, que hasta noté su muslo en contacto con el mío. Estiró las piernas y apoyó las manos en la arena más atrás de su cuerpo.

—Empiezo yo y pregunto a... Alba —se animó Pol.

—Te odio, polluelo, te odio con todas mis fuerzas —se quejó soplando.

—Qué boba eres, tampoco te voy a machacar —hizo una pausa—. ¿Qué manía de Samuel odiabas? Te advierto que si no aceptas la pregunta, el atrevimiento que tengo pensado puede ser potente...

Apunte: Alba y Samuel salieron durante seis meses cuando dejamos la academia. Lo suyo fue intenso y la ruptura algo dolorosa pero siempre habían mantenido el contacto y no tenían problemas en verse nuevamente.

—Pues... no sé, odiar no pero no me gustaba que fumase. Ni él ni el resto que fumáis —dirigió la mirada a Carlota concretamente—. ¿Vale, señorita?

—¿Todavía fumas? —le pregunté al oído. Cuando salíamos fumaba bastante.

—Poquito y estos días, nada.

—Ahora tienes que preguntar a alguien —le informó Pol.

—Elijo a Lucía.

—Ay mi madre... —susurró la de Cádiz santiguándose.

—¿De quién te enamoraste en la academia?

—Esto ya lo sabe todo el mundo, Albita. Pero me enamoré de Marcos. ¡Ay, mi Marquitos! ¡Era tan bonito conmigo! —exclamó provocando la risa al resto —Rafa, te pregunto. ¿Cuántos picos has dado a la Mery de Triana?—. María abrió los ojos sorprendida.

—Uy a la Mery... si yo te contara...

—¡Rafa, no mientas, leche! Mira que me cambio de pareja, ¿eh? —la aludida le pegó un manotazo en el brazo.

—Vale, alguno le he dado en estos años pero dejadme que yo estoy felizmente casado —se excusó—. Va, Samuel, te pregunto. ¿Te pone Alba?

Ahí pareció que la cosa se animaba un poco. Las primeras preguntas habían sido algo más leves pero esa ya comenzó a gustarme más.

—Yo no respondo cuestiones así. Soy un hombre casado, cuerdo y sensato. Pido el cambio a atrevimiento —argumentó en un tono filosófico que nos hizo reír.

—Está bien. Ve a mojar te los pies con Alba al agua.

—Ni de coña. ¿Qué queréis? ¿Qué cojamos una pulmonía? —se escandalizó ella.

Samuel se puso en pie y le tendió la mano. Ambos se quitaron los zapatos, se acercaron a la orilla, se arremangaron los pantalones cual pescador y con un miedo extremo, acariciaron el agua. Él aguantó, Alba tan solo tocar con la punta de los dedos se retiró chillando desesperada que el agua estaba helada. Sam la agarró a peso y avanzó unos pasos más adentro. La plantó en el agua como si se tratara de un espantapájaros. Albita volvió a gritar, cagándose en Rafa y en todos sus muertos. Salió corriendo con la mala suerte que tropezó y cayó en la arena antes de llegar a nosotros. Su “pareja” se abalanzó sobre su cuerpo y la rebozó de arena.

—¡Para! ¡Para! ¡Qué se me mete en el ojo! —protestó Albita defendiéndose como podía.

—A mí ni se te ocurra hacerme algo semejante, ¿eh? —me susurró Carlota con la mano delante de la boca.

—Tranquila, no soy Samuel.

—Eres peor.

—Vaya, gracias —ironicé.

—Qué tonto eres...

—Quiero un beso —pedí con ojitos de corderito degollado.

—Te aguantas, corazón.

Resoplé ligeramente y me centré en la pelea interminable de los exnovios. Acabaron rindiéndose y como buen caballero la ayudó a levantar, a limpiarse la arena y a peinarse. Se volvieron a sentar y reprimimos el juego.

—Venga, yo voy a por... Martín.

“Virgencita protégeme de sus preguntas”.

—¿A qué chica de aquí te tirarías?

—No voy a contestar.

Podría haber dicho perfectamente que me tiraría a Carlota pero no quería desencadenar un aluvión de preguntas y hacerla incomodar. No era ni mucho menos mi intención por eso preferí aventurarme al atrevimiento.

—Besa a tu pareja.

—¿Qué? —reaccionamos Carlota y yo a la vez.

—A ver un pico no duele a nadie, ¿eh?

Intentó demostrárnoslo acercándose a Alba pero ella le retiró la cara con una cobra épica. Aprovechando ese despiste, me acerqué a los labios de mi luna y deposité sobre ellos un tímido beso del cual sí obtuve respuesta. Un ‘oh’ colectivo estalló detrás de ese gesto. Ella se ruborizó como la que más, bebió un sorbo de agua y se abanicó con las manos. Yo me limité a desviar la mirada.

—Qué bonito ha sido eso... —intervino emocionada nuestra Lucía.

—¡Pues yo tengo un calor que no me aguanto! —exclamó Carlota tapándose la cara con el pañuelo que llevaba atado al cuello.

La abracé por el cuello y la atraje hacia mí para darle un beso en la cabeza que volvió a seguirse de un ‘oh’ y de un rubor todavía más potente en sus mejillas.

—¿Qué se esconde aquí? —preguntó Pol desconfiado.

—¿Qué se va a esconder? Se llevan bien y punto —nos defendió Alba—. ¿No pueden ser colegas? Este reencuentro ha ayudado un montón a mucha gente.

—Cierto... —musitó Carlota muy para adentro.

—¿Más tranquila? —le pregunté. Asintió con disimulo.

Coloqué un brazo detrás de su espalda, sin tocarla. Le acaricié una mano y le fui dibujando círculos a la vez que realizaba la pregunta a María.

—¿Por qué besaste a Rafa en el concierto? —no se me ocurrió nada más original.

—Nos besamos —remarcó—. No sé. Estaba pactado. Me gustó.

—Repetidlo —propuse con un par.

—Claro —me vaciló dándole un beso en la mejilla a Rafa—. Hecho. Carlota, voy a por ti.

—Uy...

—¿Estás enamorada?

“A ver qué dice...”

—De la vida —ingeniosa respuesta.

—Charlotte, cielo, dame detalles, una persona, alguien con el que te puedas acostar, tener una noche picante y potente —insistió.

—¿Cómo digo yo esto sin que suene extraño? No diré de quién se trata, solo que no es mi última pareja, que me trata de maravilla y que lo quiero mucho.

—Seguro que el besito con Martín le hará mucha gracia —saltó Pol.

—Yo he dicho que estoy enamorada, no que esté con esa persona oficialmente. No daré más detalles.

Le escribí con los dedos un ‘gracias’ en la espalda y me respondió apretándome la mano con ternura. Preguntó la típica y tópica pregunta de “¿Qué te llevarías a una isla desierta?” a Jesús.

—¿En serio? —la miré divertido.

—Calla, que estoy sin inspiración.

La ronda siguió de Jesús a Miren, de ésta a Estefanía, continuó Alejandro y volvió el turno a Pol, que cambió la persona a quien preguntar para ir a por mí.

—¿Cuántas veces en tu vida has amado realmente?

“En menudo aprietos me pone, madre mía...”

—Pocas, una o dos quizá.

—¿Carlota es una de ellas?

—¿Tú qué crees?

Carlota me estrujó el brazo con fuerza y un leve tono rosado se instaló en sus mejillas. Las miradas se centraron en ella, que las evitó a toda costa.

—Bueno —me avancé a sacarla del incómodo momento—. Alba, voy a por ti.

—No, tío, en serio. Con lo buena que soy y he sido siempre...

—Miss ‘te canto Frozen porque me da la gana’ —la carcajada de Lucía se escuchó a la lejanía —. ¿Cuántas veces te tiraste a Samuel en la academia?

—No más de las que tú te tiraste a Carlota —me espetó con energía.

Y venga a reír... la respuesta, tengo que decir, que me sorprendió pero me la tomé bien. Total, yo llevaba desde el día anterior llamándola de mil maneras: señora Samuel, Elsa, miss azúcar glas (porque es muy dulce) y más que tenía guardados y aún no había soltado. Era obvio que quisiera devolverme esos motes de alguna forma.

—¿Qué? ¿Ahora ya no te apetece tanto llamarme Elsa, eh?

—Tranquila, me lo tomo bien.

—¿Tú, Carlota?

—También, también —había sido la que menos había reído pero no le molestó nada.

—Te pregunto, ¿Cuál es tu pose favorita en la cama?

—Me niego a responder. Me niego —repitió indignada.

—Eso lo sé yo —musité entre dientes. Me pegó un codazo en las costillas mandándome callar.

—Vale, si te niegas, dale un beso a Martín.

Sin reparos ni miramientos me dio un beso en la mejilla.

—Qué frío ha quedado el ambiente. No llega ni a la be de beso. Tiene que ser más potente, más pasional, más...

—Sensual —apostilló Samuel.

—Eso, gracias Sam —le removió el pelo.

—Siempre a su disposición, bella dama.

Ajenos a su conversación, encontrábamos a Carlota, que no tenía la menor intención de darme un beso. No porque no quisiera, sino porque le daba vergüenza.

—Dame uno corto en el cuello y te apartas. Va, que lo estás deseando —murmuré con una mano delante de la boca y una traviesa sonrisa.

—¿Y si sospechan?

—Es un juego, Carlota.

—Ya pero somos nosotros, ¿sabes?

—Deja de preocuparte por los otros y mira por ti y lo que realmente quieres.

Mi última afirmación debió activarle alguna neurona porque se acercó a mí y hundió la cara en mi cuello rozando sus cálidos labios sobre mi piel. Pensé que tardaría menos en separarse y no, disfrutó los segundos que el momento requirió. Eso sí, las mejillas rojas aparecieron de forma instantánea. Fue tal el efecto en los compañeros que Samuel, viendo la encrucijada en la que estábamos y oliéndose que algo había entre ambos, propuso ir a jugar un partido de vóley. Como

éramos doce venía de perlas pero Carlota no quiso participar. La excusa: contractura en el hombro. Una trola como una catedral, básicamente. Al quedar los equipos descompensados, alguien tuvo que salir y como nadie se ofreció voluntario, salí yo a hacer de árbitro y recogepelotas. Formamos nosotros los equipos. Carlota eligió a Alba, Miren, María, Rafa y Pol y yo a Samuel, Jesús, Alejandro, Lucía y Estefanía. Las miradas no tardaron en hacer acto de su presencia y más cuando nos sentamos juntos en el suelo y en la misma toalla. Los que perdieran pagarían las pizzas de la cena y harían el almuerzo del día siguiente. Digamos que como árbitros y controladores no valemos ni un duro. Ellos mismos se contaron los puntos. Nosotros nos dedicamos a descansar, observar el panorama y charlar. Nos recostamos hacia atrás con los móviles.

—Quizá la intimidad no es la que deseábamos pero me gusta estar aquí... ni nos miran.

—Ya...

—¿Quieres ver a Emma bailar?

—Vale.

Nos tumbamos casi por completo. Doblé las piernas y apoyé el teléfono en ellas. Carlota acercó la cabeza hacia mí para ver mejor. Le mostré un vídeo de Emma en la representación de final de curso del mes de junio. Se le caía la baba y más a mí observando la dulzura con la que la miraba.

—Baila genial.

—A ver... los genes dan para mucho —chuleé.

Se rio inocentemente observando otro vídeo que le puse. Ese era más reciente y se la veía en Torla cantando su single.

—Ya veo que es tu copia —comentó enternecida.

—Luego la llamo y que hable contigo. Que está loca por verte otra vez.

—Está bien.

La pelota vino a nosotros y cayó en el pecho de Carlota. La cogió, se incorporó y se la lanzó a la cara a Pol que fue quien la había tirado. La fuerza aplicada fue bastante exigua y no llegó demasiado lejos. Nos quedamos sentados y preguntamos el resultado del partido. Ganaba el equipo de ella por dos puntos.

—Ay que sé de alguien que tendrá que preparar una comilona... —insinuó.

—Aún podemos ganar.

—No te flipes, rubio. ¡Dale Albita! —la animó.

Pareció ser efectiva su exclamación ya que Alba marcó el último punto que dio por resultado que obviamente, mi equipo y yo tendríamos que preparar la comida y pagar la cena.

—Yo no me rindo tan fácil —aseguró Samuel—. Partidito de hándbol y que esta vez sí estos dos —nos miró —ejerzan de árbitros. Si perdemos nosotros, lo hacemos todo, si ganamos, mitad y mitad.

Todos aceptamos sin pegas ni reproches. Querían jugar, íbamos a jugar...

—¿Vais a hacer de árbitros o a mirar vídeos? —nos preguntó Pol sarcástico.

Rodé los ojos y me levanté para seguirlos hasta las porterías. Carlota chasqueó la lengua y me volteé hacia ella. Me tendió una mano para que la ayudara a levantar. Nos quedamos de pie en un lateral del improvisado partido que todos jugaron descalzos. Si os digo que hubo juego sucio me quedo corto. Primero comenzaron con pequeños empujones, especialmente entre chicos. Las chicas actuaron más de cono y las que eran porteras (María y Estefanía) se asustaron cada vez que una pelota se acercaba a ellas. Al cabo de unos minutos, Samuel empezó a ir a por Alba y Pol a

por Lucía. Miss Elsa cayó al suelo la primera.

—¡Me cago en ti, en tu madre y en Santa Cristina de la Polvorosa! —exclamó mientras el resto reíamos—. Como mínimo ten la decencia de venir aquí y levantarme.

Samuel la estiró con un brusco movimiento que fue casi peor que la caída.

—¡Yo te mato! ¡El karma te lo pagará muy muy caro zamorano! —chilló.

—¡Calla y tira miss azúcar! —le espeté riendo.

—¡Tú calla y dedícate a hacer de árbitro! —descargó toda su rabia lanzando la pelota con fuerza hacia la portería. Acabó en el abdomen de Fanny —¡Lo siento reina!

—¡Tranqui, tranqui! ¡Cambio de portero!—. Alejandro pasó a serlo en su lugar.

Si los piques entre chicos ya habían sido algo potentes con algunos manotazos incluidos, los de chicas ya ni os cuento. María dejó la portería a Rafa y cuando estuvieron las cinco en el campo se comenzaron a tirar unas sobre las otras para robarse el balón, se hicieron zancadillas y ante todo, se echaron unas risas.

—Yo te veo ahí en medio —le comenté a Carlota que andaba muy atenta a lo que hacían los compañeros.

—Ya estaría en el suelo.

—Algún día lo descubriremos.

—Claro —me sonrió con candor y volvió a centrar la vista al partido, sentándose en el suelo.

—Vaga... —dije en coña.

Pero tuve que retirar la broma cuando vi que su rostro se estaba quedando cada vez más pálido. Me puse de cuclillas a su lado.

—Carlota... —musité preocupado—. ¿Te traigo algo?

—Agua, por favor —pidió suplicante.

Saqué de mi mochila su botella de agua y se la pasé rápidamente. Alba, viendo el panorama, decidió acercarse y agacharse enfrente de su amiga.

—¿Estás muy mareada?

—Un poco.

—¿Quieres que les diga algo y volvemos?

—No, tranquila, se me pasará.

—¿Seguro? —insistí.

—Sí.

—Tú no te alejes de ella —me ordenó—. Alguien se huele algo pero yo os defiende diciendo que sois amigos, tranquilos, todo está bajo control. Y tú ya me estás contando luego lo que te pasa por esta cabecita loca que te conozco Carlota y sé que no estás nada tranquila —se levantó y se introdujo en el campo nuevamente.

—¿Tanto te conocemos?

—No, no tanto pero se me debe notar lo suficiente para ti y para ella que estoy cagada porque tengo la sospecha que este embarazo no funcionará.

—Ya te he dicho que seas positiva y que no te preocupes tanto. Son mareos puntuales. Se marcharán. Y si no es así y al final, dios no lo quiera, tienes razón, no me separaré de ti por nada —apoyé una mano en su muslo y me la apretó con ternura. La retiré a los segundos al notar la mirada de Pol y Miren sobre ambos.

Crucé las piernas y me fijé en la lucha constante por ganar ese partidito. De momento, el equipo de Carlota llevaba ventaja de cuatro puntos. Hacia las cinco y media, viendo que el sol iniciaba su descenso y anunciaba el atardecer, regresamos a la casa. Durante el camino de vuelta,

tampoco le perdí el ojo y hacia el final logré colocarme a su lado y velar por ella y su mareo que no disminuía. Todos nos fuimos a nuestras habitaciones y por turnos nos duchamos en los tres baños que había arriba y el cuarto de abajo. Aproveché mientras Alba se duchaba y yo ya había acabado, para ir a ver a Carlota, que se había tumbado en la cama. Me senté a su lado y le acaricié el pelo.

—¿Cómo estás?

—Bueno...

—¿Ya te has duchado?

—Sí pero no se me pasa. Martín, te lo digo en serio, tengo mucho miedo y sería un gran palo que no funcionase.

—Pase lo que pase estaré a tu lado —la abracé, abalanzándome sobre su cuerpo.

Alba entró en la habitación silenciosamente. Carraspeó y levantamos la vista hacia ella.

—Que corra el aire, ¿no? —preguntó pícaro—. ¿Cómo te encuentras? —se puso de rodillas sobre el colchón al otro lado de ella.

—Mejor.

—Voy bajando.

—Vale —respondimos al unísono.

Volvimos a quedarnos solos. Hice una videollamada a Emma, de tal forma que también viera a Carlota. Nos sentamos de lado, apoyados en el cabezal de la cama.

—¡Carlota! —chilló emocionada antes de decir ‘hola’—. ¿Qué haces aquí? —preguntó con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Y a mí no me saludas? —le pregunté.

—A ti ya te tengo demasiado visto —me espetó.

Esa garra de Emma logró que Carlota sonriera y relajara los hombros y su preocupación.

—¿Dónde estáis? —curioseó.

—En la casa de Valencia con los amigos, ya te lo conté cariño que íbamos con los compañeros unos días.

—¡Ya lo sé, papá! Digo en que parte de la casa estáis. Parece una habitación. ¿Dormís juntos?

—No, solo la he ido a ver.

—¿Por qué?

Carlota me miró divertida y arqueó las cejas con un gesto de ‘no te voy a echar ningún cable, te las apañas tú’. Le pasé un brazo por los hombros.

—Porque... —vacilé—. Porque...

—Porque ha querido —me ayudó viendo mi incapacidad.

—Es como si fuera a ver a la tita Lucía —corroboré.

—Ah, vale —se rascó la barbilla pensativa y dubitativa—. Lo entiendo... ¿Os habéis besado? Sois muy tontos, ¿eh? Porque os queréis y estáis aquí sin hacer nada —dijo moviendo las manos exageradamente.

Mi luna me dio un codazo en las costillas sin perder esa diversión que le producía ver a Emma hablar como una ametralladora y afirmar algo que se percibía a simple vista.

—Yo sé que os besasteis y os empeñáis en negarlo. Estáis compartiendo habitación y cuando dos personas comparten habitación es que son muy amigos, demasiado, novios diría yo —solté una carcajada—. Pero bueno, vosotros seguís callados. Esto es lo que yo pienso y me encanta. Ah, y quiero un hermanito, que lo sepáis.

Carlota y yo nos miramos estupefactos.

—Tu niña es muy lista —me susurró al oído.

—Demasiado.

—¿Qué os pasa? —preguntó la niña cruzándose de brazos y poniéndose más seria —¡Lo quiero saber!

—No pasa nada. Simplemente Carlota decía que dentro de poco será hora de cenar — argumenté una mentira. Torció el gesto.

—¿Y qué cenaréis?

—Vamos a cenar pizza.

—¿Pizza? ¡Me encanta la pizza! —exclamó entusiasmada—. ¿Cuándo vendrás a casa, Carlota?

—El día que quiera —le guiñé el ojo.

—¿Vas a peinarme otra vez?

—Claro —respondió con una tierna sonrisa.

Tocaron a la puerta y ella se levantó a abrir. Me pareció oír la voz de Samuel a lo lejos.

—¿Ya sois novios? —mi hija aprovechó la ausencia de Carlota para preguntar.

Me reí con nerviosismo y asentí ligeramente. Abrió la boca de par en par y le gesticulé que callara cuando regresara. Carlota se tiró en la cama apoyando una mano en mi muslo.

—Media hora y a cenar —avisó.

Por el otro lado de la cámara, Patricia llamó a Emma. La niña se despidió de nosotros con un beso al aire. Carlota y yo nos dimos un largo beso en los labios y salimos al pasillo procurando no ser vistos. La única que nos vio fue Lucía y ella ya sabía de qué iba la historia así que no levantamos sospechas cuando bajamos los tres al salón. Me fui a la terraza con Samuel, Rafa, María y Lucía. Carlota y Alba se quedaron en el sofá de confidencias y el resto campaba a sus anchas por ahí.

—¿Soy yo o Carlota está muy viva? —preguntó María.

—¿Qué quieres decir? —se extrañó Lucía.

—No sé, la veo muy bonita, muy energética.

—Pues yo le veo un rostro más pálido que la leche. ¿Sabéis si está bien? —Rafa me miró a mí directamente.

—A mí no me mires, ella está bien.

—¿En qué punto está vuestra relación? —se interesó.

—Nos llevamos muy bien, siempre lo hemos dicho y este reencuentro nos ha venido como anillo al dedo —expliqué.

—¿Tu niña la conoce? —preguntó Lucía.

—Sí —no pude evitar sonreír ampliamente—. Se llevan de maravilla.

—Uh, aquí hay algo escondido... —insinuó Rafa.

—Martín, vente a buscar una cerveza conmigo, anda —me pidió Samuel interrumpiéndolo.

Me puse en pie de un salto y lo seguí a la cocina. Al pasar por detrás de Carlota le acaricié la nuca tiernamente.

—¿Qué tienes con Carlota? —me preguntó sin que nadie más se percatara de la pregunta—. A mí no me mientas que se nota un montón. Además, antes he ido a su habitación a buscar a Alba y te he oído y visto.

—Hemos hablado y nos lanzamos a la aventura. Pero calla, por favor.

—¡Ay qué bien! —exclamó entusiasmado.

—Eso espero —suspiré.

Dirigimos la vista hacia el salón. Tal y como estaban sentadas, Carlota quedaba encarada hacia

mí. Sonreí y por encima del hombro de Alba me devolvió el gesto. No necesitaba más. Esa sonrisa valía millones.

Carlota

—Sister, come on—. Alba me gesticuló que me sentara a su lado cuando bajé de la habitación.

Martín y Lucía salieron al patio con una cerveza en la mano y yo me senté en el sofá. Albita me sirvió un vaso de zumo de piña.

—¿Cómo te encuentras?

—Asustada pero bien —dije dando un corto sorbo a la bebida.

—No debes preocuparte, Carlota, va a funcionar —me apretó la mano cariñosamente—. Si Martín no puede estar más encima de ti porque el resto sospecharía. No me esperaba tanta dedicación. Aunque siempre te ha cuidado mucho.

—Eso es cierto.

—¿Y qué piensas hacer? Porque te recuerdo que ambos tenéis compromisos profesionales.

—Ya. No lo sé. Combinarlo todo.

—Ay... espero que lo sepáis llevar...

—Hemos madurado y vamos a intentar ir por buen camino. No somos tan descerebrados como hace quince años. Sabemos sobrellevar la prensa, la fama y los actos.

—Eso deseo —suspiró—. Porque sino va a arder Troya y nadie podrá sacarte del pozo en el que caerás.

—Soy consciente de ello y él también pero no quiero que se haga público de momento y Martín quiere decirlo dentro de poquito.

—Tienes que hablar con él y contarle esto.

—Sí, sí, sí lo tengo que hacer pero tengo que encontrar el momento. Ahora todo va tan bien...

—Excepto porque crees que cuando regreses a Madrid habrá alguien contratado por Doña Aprovechada o Eusebio para seguirte, ¿no? —me encogí de hombros—. Me lo tomaré como un sí.

—Vale, quizá —acepté resignada.

—Cambiamos de tema que vienen hacia aquí —yo quedaba de espaldas al jardín tal y como me había sentado—. ¿Qué harás por Navidad? —preguntó para aparentar.

Me estremecí y asusté al notar la mano de Martín en mi nuca. Alba se rio disimuladamente y me pidió respuesta.

—No tengo ni la más remota idea. Ir a casa supongo.

—¿Con Martín? —arqueó una ceja.

—O sola, yo qué sé. No sé ni qué haré mañana así que no preguntas.

—¿Te vas por la tarde, no?

—Claro, como todos. Pero no subo a Barna. Voy a Madrid directamente.

—Ah, vale, vale.

Las pizzas no tardaron en llegar. Nos sentamos en los sofás y algunos en el suelo, alrededor de la mesa de centro. Martín era de los que estaba en el suelo, quedando enfrente de mí. No comí demasiado pero nadie se fijó en si había ingerido una, dos o tres porciones. Solo él que cuando me vio apartar el plato de papel (somos cutres, lo admito) habiendo comido un trozo de hawaiana y otro de cuatro quesos, me miró con cara de ‘¿Solo esto?’. Asentí con la cabeza y me acabé el agua.

Después de cenar, Martín, Alba y Jesús subieron a las habitaciones a buscar sus móviles ya que los reclamaban del trabajo y/o familia. Me acomodé en el sofá del medio junto a Alejandro y

Rafa. Otros, se sentaron en los laterales y Pol, Lucía y Estefanía en los cojines del suelo. Martín fue el último en aparecer. Tenía dos opciones: sentarse con el catalán, nuestra Lucy y la canaria o a mi lado. Optó por la segunda opción, apoyando un brazo en el respaldo, cerca de mí. El anfitrión propuso ver el documental / película que habíamos grabado tras el concurso. Todos aceptamos sin reproches ni represalias. Reímos, comentamos, nos emocionamos y disfrutamos de ese largometraje que mostraba la ilusión de 16 jóvenes por lanzarse a la aventura de la fama y vivir de la música. A media película, noté como el rubio posó un brazo sobre mis hombros y en la última parte me atrajo hacia él, recostándose sobre su cuerpo y haciendo que mi cabeza cayera sobre su hombro. Me dio más de un beso entre el pelo y me acarició la clavícula y el brazo con mucho mimo. Durante los créditos, no se oyó ni una mosca. El primero en moverse fue Pol, estirándose y volteándose hacia los sofás. Nos lanzó una mirada de sorpresa.

—Si queréis nos marchamos, ¿eh? —insinuó con una traviesa sonrisa.

No tuvimos tiempo a separarnos que diez pares de ojos ya estaban analizándonos con lupa. Martín retiró el brazo de mi espalda instantáneamente y yo me erguí aparentando no haber pasado nada. Demasiado tarde, nos habían pillado de pleno. Aun así, nadie comentó al respecto ahí. En privado, Estefanía y María me hicieron un interrogatorio de tercer grado que me dejó exhausta y a ellas satisfechas oyendo lo que quisieron oír: que entre Martín y yo se había reavivado la llama.

—Si es que ya lo dice el refrán. Donde hubo fuego...

—Cenizas quedan —le acabó la frase Fanny—. Ay, niña, que alegría me has dado.

—No os vayáis de la lengua —les supliqué.

Fui de las primeras en irme a la cama. Al cabo de unos minutos, sin estar todavía dormida, alguien abrió la puerta. Me puse en pie enseguida pensándome que era Alba. Yendo solamente con una camiseta holgada, no me molestaba para nada que me viese pero no, no era ella. Solté un grito ahogado cuando le vi la cara.

—¿Martín? —susurré sorprendida y llevándome las manos a la cabeza—. ¿Qué haces aquí? ¡Qué te van a pillar!

—¿Más aún? Carlota, que con esos ya no disimulamos. Tranquila, Alba me ha concedido una hora de permiso para estar contigo —me rodeó la cintura con sus brazos y me dio un tierno beso en los labios—. Se están montando un karaoke abajo, van un poco piripis ya así que no se enterarán —me reí ligeramente—. Suéltate un poco que estás tensa.

Relajé los hombros y lo besé con más pasión. Me tumbó en el colchón e hizo de esa hora algo dulce, romántico y pasional. Se tumbó a mi lado abrazándome con fuerza, agotado de ese alarde de pasión que habíamos mantenido en silencio entre las cuatro paredes de esa habitación.

—Cuando llegue Alba...

—Cuando llegue Alba me iré —dijo depositando un beso en mi frente—. Pero ahora quiero estar contigo. O sino que se vaya a dormir con Samuel o Jesús y yo me quedo contigo.

—Lo tienes claro, rubio, que nosotras tenemos que hablar de cosas de chicas todavía.

—Vamos, tenéis que ponerme a caldo —bromeó haciendo un puchero.

—No, tonto, me deshago en halagos contigo y ella con su chico —me coloqué encima de él dándole repetidos besos en el cuello y los hombros.

—¿A qué hora te vas mañana?

—A las cinco —abrió la boca para decir algo—. Calla que sé cómo ibas a continuar —lo frené a tiempo de soltar la maldita rima que todo el mundo sabe.

—Que malpensada eres, solo iba a decir que yo también voy en el mismo tren que tú junto a Lucía y Samuel.

—Es que contigo ya no sé si pensar mal o bien.

Se abalanzó sobre mis labios, besándolos con desenfreno y dándose paso para rozar mi lengua con la suya y pelearnos en una batalla de besos interrumpida por el griterío de los compañeros en el pasillo. Se escuchó a Samuel, Alba y Alejandro canturrear eso de ‘Valencia, es la tierra de las flores, de la luz y del amor’ que el valenciano había popularizado tanto entre los compis.

—Martín, vístete que Alba está aquí afuera —le susurré separándome de su boca para coger aire.

—Sus deseos son órdenes para mí, princesa —respondió en tono teatral.

Se puso la ropa interior a rayos luz, pasándome la mía. Se terminó de vestir de pie al momento en que Albita entró en la habitación soltando una burrada a los chicos que la acompañaron seguido de un ‘buenas noches’ sarcástico.

—Bueno parejita, se acabó la fiesta —dio una palmada y se tiró en su cama—. Vaya karaoke, lo que os habéis perdido...

“No lo cambiaría por nada”.

—¿Qué hacíais? —preguntó desconfiada lanzando los zapatos al aire.

—Nada, charlar —disimulé yo vistiéndome por debajo de las sábanas.

—Bueno chicas, yo me marchó.

Dio un fugaz beso en la mejilla a Alba con un ‘hasta mañana Miss Zamora’ llevándose un manotazo en el brazo y me besó con más deseo a mí con un ‘te quiero reina’ al oído que mi compi no pudo escuchar. Se marchó sigilosamente.

—Creo que voy a abrir un poco la ventana. A ver si se estabiliza el ambiente que está demasiado recargado y caliente —ironizó. Me reí—. ¿Hablar, no? —preguntó incrédula—. Una hora dándole al pico, ¿Verdad?

—¡Ay, tía! —me tapé la cara con las manos—. Que me da vergüenza hablar de estas cosas, ya lo sabes.

—Como mínimo admites que has usado el pico para otras cosas...

—Vale, sí, lo admito. ¿Se ha oído algo desde abajo?

—Podría engañarte y decirte que sí, pero no, sister, habéis sido muy silenciosos —respondió contundentemente—. Aunque no son tontos y Samuel, Pol y Miren sospechan un montón.

—Samuel lo sabe —me recosté en mi cama—. Martín se lo ha dicho, Pol ya lo conocemos todos y Miren es muy lista. De las chicas es la única a la que no se lo he dicho y ya lo debe haber adivinado.

—Estefanía se lo habrá mencionado.

—Yo no quería que esto ocurriese y al final ya lo sabéis todos —suspiré tumbándome por completo.

—¡Ay, Carlota, mira que eres tonta! Somos doce aquí dentro, ¿Te piensas que alguien llamará a la prensa a contárselo?

—No pero es que es tan reciente que no sé cómo irán las cosas a partir de ahora. Es mi vida y como tal, prefiero mantenerla para mí hasta que no se estabilice.

—Es tu vida pero te recuerdo que los que estamos aquí vimos florecer vuestra historia en la academia y somos de confiar —vino a sentarse a mi cama —Deja de montarte películas que no te llevaran a ningún sitio —me acarició la cara—. Procura y mira por ti, que antes te lo ha dicho Martín también —soplé fuertemente repetidas veces —Oye, la tramontana en la Costa Brava, ¿Vale? No aquí —me reí—. Así mejor. Duerme, te vendrá bien. Tu chico te debe dejar agotada con tanto trote —solté un grito ahogado y la pegué con un cojín —Buenas noches, sister —nos

dimos un abrazo.

—Buenas noches.

Se tumbó en su cama y apagó las luces. Volví a suspirar hundiendo la cabeza en la almohada. Las sábanas olían a Martín, a ese rato mágico que habíamos pasado juntos. Alargué el brazo hacia la mesita de noche y di una última ojeada al móvil. “Buenas noches princesa. Que tengas dulces sueños. Échame de menos de la misma forma en que lo hago yo. Te amo”. Ese último mensaje suyo me hizo sonreír y dormirme con algo más de tranquilidad de la que estaba sintiendo... nada bueno se avecinaba.

Capítulo 19

28.11.2017

Carlota

Me desperté por culpa del ruido que montaban algunos abajo y de la luz que entraba por la ventana. Abrí los ojos y miré hacia la cama de Alba, que me quedaba dentro de mi campo de visión. Ya no estaba ahí. Me estiré y di media vuelta hacia el otro lado. Chillé cuando me encontré el rostro de Martín enfrente de mí. Me tapó la boca enseguida.

—Mujer, tampoco esperaba que te lo tomaras así —rió fuertemente.

—¿Me quieres matar o qué? —pregunté aturdida recomponiéndome del susto.

—Cálmate —me rodeó con sus brazos y fui tranquilizándome —Otro día le cuentas a tu amiga Elsa que no me permita entrar y no te asustaré.

—¿Cuánto rato llevas aquí?

—El suficiente como para contemplar lo bella que eres durmiendo —sonreí enternecida—. ¿Cómo te sientes? —me encogí de hombros.

No pude verbalizar mi estado porque me sentía muy mareada y con unas náuseas de campeonato que me llevaron a repetir la escena del día anterior y levantarme como una moto al baño a vomitar. Martín corrió detrás de mí pero le cerré la puerta en las narices sin querer. Al cabo de cinco minutos salí y lo encontré apoyado en la pared de enfrente. Se acercó a mí y nos fundimos en un largo abrazo reconfortante que sirvió para apaciguar mis miedos aunque fuera por unas horas.

—Voy a vestirme.

—Te acompaño.

Quise negarme para estar unos minutos sola pero me estaba cuidando tanto que no pude llevarle la contraria. Se sentó en la cama de Alba y observó cómo me cambiaba lanzándome algún que otro piropo que me sacó más de una sonrisa. Vestida y peinada, bajamos a la cocina junto a Samuel, que se acababa de levantar.

—Hombre, la parejita —ironizó Pol nada más vernos—. Y el tercero en discordia. ¿Qué, Sam, como llevas esa resaca?

—Bien, muy bien. A ti te veo de putísima madre.

—Ya ves, los buenos 35 tacos son esto —chuleó—. La que hace mala cara es Carlota. ¿Estás bien, nena?

—Sí, sí —respondí pegando bocado al cruasán que Martín me había servido—. Súper bien. ¿Qué me veis mal?

—Que estás muy pálida, mujer —Rafa apareció en la cocina como un ángel —Buenos días gente —se sentó a mi lado con una taza de café en la mano—. ¿De verdad estás bien?

—Sí, Rafa, tranquilo.

Acabé de desayunar rápidamente y me fui al salón con las chicas que habían formado un círculo en el suelo con los cojines. Me dejaron un hueco entre Alba y María. El plan de la mañana

lo habían elegido los chicos y era deporte en la playa de delante de la casa. Nosotras, haciendo acto de nuestra rebeldía, nos habíamos negado.

—La más dormilona es Carlota —dictaminó Albita cuando hablábamos del sueño—. Y luego predica que es madrugadora.

—En la academia era la primera a desvelarse —se acordó Lucía.

—Eso es la edad —nos reímos del comentario de nuestra canaria.

La pegué con una almohada, sonriendo también. La conversación derivó hacia niños y amores. Estefanía, Miren y María fardaron de sus hijos con un orgullo y un amor inmenso. Me pregunté si yo haría lo mismo cuando el o la pequeña naciera, si es que llegaba a nacer, que mi miedo y mis dudas seguían ahí.

—Alba, tú la siguiente —la incitó la Mery.

—¿Yo? —se llevó una mano al pecho, sorprendida—. Vamos a atacar a Carlota, anda...

—Cabrona... —musité.

—Esa boca, Charlotte... —me “regañó” Lucía.

—Eso, hablemos de Carlota que tiene mucho a explicarnos... —las cinco me miraron fijamente, esperando una reacción por mi parte—. Lo de ayer... tienes que contárnoslo que todas sabemos solo partes.

—Llamadme tonta pero yo solo sé lo que me mencionaste, ¿eh? —saltó Miren mirando a Fanny—. ¿Hay más? Porque ayer había muchísima complicidad entre vosotros y se os veía el plumero.

—Hombre... complicidad y química la ha habido siempre y eso de ser mensajera de la paz a una le cunde y descubre cositas —comentó Alba—. Porque entre Andrés, Sofia y yo les hemos mantenido informados a ambos de sus proyectos por separado durante once años.

—Albita, cariño —la fulminé con la mirada—. Esa boquita de piñón mantenla un poco cerrada, ¿no crees?

—¡Ay, quilla! Que tampoco lo airearemos a los cuatro vientos. Va, cuenta y confía en nosotras. ¿Qué os traéis entre manos? —se entusiasmó María.

—Nada.

—Carlota... —dijeron Lucía, Estefanía y Miren a coro, sin creerme.

—Reconoce que la llama se ha avivado y ya —dijo Alba.

—O que nunca se ha apagado —corroboró María.

—Si no se hubiese apagado, se hubiesen visto en 11 años, ¿no? —se preguntó Estefanía.

—No tiene por qué.

—¿Y ahora qué? —preguntó la de Pamplona.

—No sé. Os juro que no es que no os lo quiera contar es que verdaderamente no sé cómo irán las cosas. Vivimos al segundo casi porque ahora estamos aquí, quien te dice que mañana estamos vivos, ¿eh?

—¡Catástrofes a otro lado! —exclamó Lucy—. Piensa en positivo. Eres la flower power y la más madura mentalmente de la casa, se te está yendo la olla. Desvarías mucho Carlota con estos temas.

—Es verdad, eres una persona muy alegre y que siempre sonrío y ayuda al resto. Tienes que aplicártelo a ti misma —añadió Alba.

—Está mirándote todo el rato —confirmó Fanny cuando desvió la mirada hacia el patio y lo vio con Manu tomando un trago de cerveza con la vista hacia el interior.

Lo saludó con la mano y le gesticuló que mirara hacia mí. Un ligero rubor se instaló en mis mejillas cuando me fulminó con la mirada y me lanzó una sonrisa de esas tan encantadoras que

solo él posee. Rafa se volteó hacia los compañeros que estaban echándose un partido de fútbol en la playa. Con un par de gritos y señas, los seis entraron en la casa en masa.

—Chicas —dijo Lucía un tanto asustada—. Vienen hacia nosotras y si no nos levantamos nos arrastraran.

Como si tuviésemos un cohete en el culo nos pusimos de pie y retrocedimos hasta topar con la barra que separaba cocina y salón. Los chicos nos acorralaron. Sam agarró a Alba de la espalda y la estiró hacia él, llevándola afuera a pesar de su insistencia para quedarse. Pol agarró a Lucy y Jesús a Estefanía. Quedamos María, Miren y yo junto a Martín, Alejandro y Rafa. Los dos últimos “atacaron” a mis compañeras y mi héroe me pasó un brazo por los hombros, me dio un beso en una sien y me preguntó si estaba bien.

—Perfectamente. ¿A qué viene esto?

—Veniros a jugar. Bueno tú haz lo que quieras pero unos están con el fútbol y otros con las cartas.

A un pausado ritmo nos dirigimos a la playa. La mitad de las chicas y cuatro chicos estaban en el partidito, los otros dos (Martín y Alejandro) y las tres chicas (María, Lucía y yo) nos quedamos en las cartas echándonos unas partidas hasta que el anfitrión recordó que los perdedores del día anterior tenían que preparar la comida. Como estábamos en Valencia no podía faltar la paella. Me divertí ver a Martín entre fogones. Estaba de lo más mono. Mientras preparaban el almuerzo, dejamos las cartas y nos sentamos en la terraza a charlar saboreando la victoria. Tenía el móvil en el regazo y de pronto me llegó un mensaje. “Disimuladamente sube a mi habitación, quiero estar un ratito a solas contigo”. Solo podía pertenecer a Martín. Sonreí discretamente y me puse en pie.

—¿Adónde vas? —me preguntó Pol al ver que entraba.

—Tengo que realizar unas llamadas del trabajo y prefiero ir arriba que no habrá ruido —mentí.

Se convencieron con mi explicación y a paso rápido me planté en la habitación que compartían Martín y Jesús. Estar con él derribaba todos mis muros y mis problemas. Un rato a solas era lo que más necesitaba.

Entré en la habitación y cerré con sigilo. Unos brazos me abrazaron por detrás y unos labios besaron mi cuello con dulzura y pasión. Me volteé hacia él y le devolví el beso en la nariz.

—¿Tú no tenías un castigo que cumplir? —le pregunté arqueando una ceja y rodeándolo por la espalda.

—Como no participé, con mis argumentos y una mala maña fingida en la cocina, me he escabullido y con la excusa del trabajo, aquí me tienes. Abajo hay demasiada gente para estar a solas contigo.

—Creo que ya todos lo saben porque lo hacemos tan mal...

—Bueno, pero callaran —respondió dándome otro beso lleno de deseo.

Nos dimos un buen revolcón, no vamos a mentirnos, llegamos justo cuando servían el almuerzo, también y que todos se percataron de ello, más, ya que habían dejado adrede dos sillas de lado para que nos sentásemos. La paella estaba riquísima y el juego por debajo de la mesa con Martín me encendió. Al principio solo nos rozamos las piernas, pero poco a poco fuimos acercando posturas, comenzando por enredar los pies. Minutos después noté como deslizó una mano por mi muslo, con total normalidad mientras comentaba con Alejandro y Samuel algo de fútbol que no era ni mucho menos mi tema de conversación predilecto. Le pegué un flojo y discreto codazo en su costado. Igualmente, no detuvo el movimiento, subiendo peligrosamente hacia mi entrepierna. Tragué saliva al percibir los dedos de Martín trazando formas abstractas en el interior de mis muslos y haciendo que mi temperatura corporal fuera aumentando con esos ínfimos roces encima

de la ropa. En un momento dado y un poco desatada, seamos sinceros, crucé las piernas y las apreté, quedando su mano en medio de ambas. Me miró instantáneamente abriendo los ojos como platos.

—Esta noche te quedas en mi casa y acabamos - susurré.

—No puedo —dijo apenado—. Tengo que irme a Barcelona de madrugada para preparar la presentación del disco.

—Bueno, no pasa nada —me encogí de hombros, suspirando—. Pero... ¿Por qué vas primero a Madrid?

—A preparar la maleta y a solucionar unos asuntos que me quedan pendientes.

—Ah, vale —no me convenció demasiado la respuesta.

Mi intuición me decía que Martín seguía atado a la discográfica a pesar de los intentos de Andrés y que él mismo me había contado de dejarlo todo atrás para lograr la felicidad al lado de la gente que quería lejos de *Producción Musical*. Decidí no comentar nada más al respecto e introducirme nuevamente al diálogo de la mesa. El ambiente se estaba animando a pasos agigantados y más de un grano de arroz sobrante y un trozo de pan voló por los aires. Los culpables fueron Pol, Samuel y Alba, como no, ella siempre metida en líos de estos dos y recibiendo bromitas y piques que aceptaba con gratitud a pesar de quejarse repetidamente. Unas migajas de pan llegaron a mí y les advertí como “cabeza racional” de la mesa que dejaran de jugar con la comida.

—Es cierto, estáis aquí desaprovechando cosas que en otras partes hacen falta. Lo hacen niños de cinco años y lo podría tolerar, pero tenéis cuarenta —corroboró Lucía.

—Sí, cincuenta —ironizó Alba—. La cuarentona es Carlota —solté un grito ahogado aclarando que tenía 38—. Y Rafa.

—¿Qué he hecho? Si yo estaba callado —protestó el aludido—. Tú calla, Alba, que vas por el camino también. Que tienes 36.

—Ya chicos, haya paz—. Martín relajó la ‘tensión’ que se había creado.

Rafa subió a la habitación a buscar la guitarra y para no provocar más momentos incómodos e infantiles, él y María se arrancaron por bulerías, añadiendo al resto de andaluces de la sala. Estuvimos entre música y cantes hasta que los cuatro con destinación Madrid y Fanny, que regresaba a Málaga, su residencia habitual, tuvimos que abandonar la casa camino a la estación. No sé qué hilos movieron ambos chicos pero logramos estar en un vagón solos, en primera clase y anchos a más no poder.

—¿No teníamos que ir en turista? —preguntó Lucía desconcertada.

—Teníamos, tú lo has dicho. Ha habido cambios de última hora. Somos adorables —sonrió Samuel pegando un manotazo cariñoso a Martín—. Ven, Lucy, que vayan solitos.

—Tío, no, pongámonos ahí —señalé los asientos de cuatro con mesas.

Aceptaron mi propuesta sin reproches. Martín y yo fuimos de lado, obviamente. Lucía y Sam se durmieron al momento. Nosotros nos mantuvimos despiertos, hablando y dedicándonos el cariño que en la casa nos había faltado.

—¿Cuándo podré verte? —pregunté apoyando la cabeza en su hombro.

—Mañana por el mediodía si llego o por la noche, por ejemplo. Dime que no trabajas —pidió en tono suplicante.

—Ah... no, por la noche no pero el jueves me voy a Valencia.

—Jo —se quejó cual niño pequeño—. A este paso no nos veremos nunca.

—El sábado estoy en tu tierra e iba a quedarme el domingo... yo no insinúo nada...

—¿Lo dices en serio? Ya está, ya tengo plan. El domingo vamos a comer con mis padres y Emma y te llevo a la playa donde solíamos ir antes —se ilusionó de golpe—. Ay, como no te voy a querer —me plantó un besazo en los labios y otro en la frente que me sacó una sonrisa.

Dos horas fueron las necesarias para llegar a la capital. En Atocha los cuatro adoptamos caminos distintos. Pedí un taxi y me fui a casa. Deshice la maleta con un regusto medio amargo medio dulce en mí. La última vez que había estado en mi piso había sido antes del huracán que Martín había provocado en mi vida esos últimos días. Habían pasado escasos minutos desde que nos habíamos despedido y ya lo echaba de menos. La putada había sido que para aparentar una relación cordial delante de la gente que circulaba por la estación madrileña, habíamos tenido que darnos dos cordiales besos camuflados bajo unas gafas de sol y él un gorro y yo un pañuelo que me tapara hasta la nariz. Puse una lavadora y fui al salón a descansar un rato. Abrí la tele y me recosté en el sofá. Tula vino a tumbarse encima de mí, colocando su cabecita sobre mi tripa como si supiera que ahí adentro se estaba formando una vida. En la tele apareció un programa del corazón con una última hora. “La buena sintonía de Charlotte y Martín Rivera un mes después del no beso”. Parpadeé perpleja y me fijé en las imágenes, de mala calidad y hechas seguramente desde un teléfono de algún transeúnte que merodeaba a nuestro alrededor en la estación de Valencia donde no nos habíamos escatimado en disimular quienes éramos.

“Ahora sí que la hemos cagado... cuando Hanna y Eusebio se enteren... ya puedo preparar el pasaporte y un visado a otro país”.

Justo en ese momento me sonó el teléfono. Una llamada de Martín. Estuve vacilando unos segundos y un ladrido de Tula fue el detonante para que descolgara.

—¡Luna! ¿Sabes qué me acaba de pasar? —dijo entusiasmado.

—Dime que yo también tengo algo a contarte —contesté más seria.

—Acabo de pillar a Sofia y Andrés con las manos en la masa.

—¿Qué? —pregunté alargando la ‘e’—. ¿Cómo?

—Pues hija, que estaban ahí al tema y he llamado al timbre y ahí estaban. Sofia ha quedado a cuadros y él ya ni te cuento. ¿Qué querías decirme?

—No, nada, nada —no quería desilusionarlo.

—¿Seguro? ¿Todo bien?

—Sí —respondí con pesadez—. Todo perfecto.

—Vale. Bueno hablamos luego. Te quiero.

Musité un ‘y yo’ y colgué. Había sido incapaz de decirle aquello a Martín y cuando se lo encontrase... ay cuando se lo encontrase... seguro que descubriría que yo se lo quería decir. Envié un mensaje a Sofia invitándola a cenar a casa y en menos de media hora la tuve ahí. La revisé de arriba abajo. Le aparté el pelo del cuello sin reparos y me encontré de bruces con dos macro chupetones que ni Martín hacía.

—Un pajarito me ha dicho que os han pillado —dije divertida.

—Me cago en Martín, en serio...

—¿A qué ha venido? —pregunté con curiosidad.

—Algo ha ocurrido, creo que tiene que ver con la presentación del viernes. No sé, tampoco he preguntado.

Cenamos algo ligero mientras la ponía al día de todo lo que había ocurrido desde el sábado. Dejé para el final la noticia que había salido esa misma tarde.

—Pues yo no creo que haya sido alguien de la estación. Yo creo que ha sido alguien de la discográfica. A ver, erais doce en esa casa, más de uno colgó fotos y en una de Alejandro se veía

a Martín y en una de Alba a ti. Eusebio no es tonto.

—Martín no lo sabe.

—Lo sabrá.

—Ya y me la temo.

—¿Y el rubio pequeño, cómo va?

—Da demasiada guerra para lo que me esperaba.

—Lleva los genes de Martín, entiéndelo.

—Sofía, no te lo digo en broma —dije muy seria.

—Ya, ya —ojeó su móvil—. ¿Te importa que te abandone?

—¿Andrés? —asintió sonriendo—. ¿Salís de la cama cuando quedáis? —pregunté desconfiada.

—Sí, para comer y pasear. Que no es solo sexo, estúpida —me propinó un golpe en la frente levantándose—. Yo no soy como tú.

—Eh, que lo mío con Martín tampoco lo es —protesté.

La acompañé a la salida. Nos despedimos con un largo abrazo y me hizo prometerle que, si tenía cualquier problema o percance, la avisara. Volví a tumbarme, bastante mareada. Martín me llamó de nuevo.

—Hola —saludé aparentando normalidad.

—Hola —respondió serio—. Nos han pillado.

—Ya lo sé —hablé sin pensar ni filtrar.

—¿Cómo? ¿Lo sabías? —preguntó aturdido—. ¿Y por qué no me lo decías?

—Me he enterado hace un par de horas, ¿Qué querías que hiciese? Estabas ocupado según tú, ¿no? —contesté de mala manera—. Y si te piensas que ha sido alguien de por ahí, vas equivocado. No sé qué líos tendrás todavía con *Producción Musical*, pero esto ya pasa de la raya.

—Pues hay más fotos —y tan tranquilo se quedó.

—Ah —ahí mi cabreo ya estaba más que visible—. ¿Y lo dices así, sin más, con esta calma tan tuya?

—No quiero preocuparte. Pero vale, si quieres saber, sabrás. Son fotos nuestras del finde donde se nos ve en Barna saliendo del hotel en un coche juntos camino a Palamós y si te interesa más, la discográfica está intentando demandarme —soltó de tirón.

—Conmigo no la pagues, ¿eh? ¿Qué pretendes que haga?

—No sé.

—Pues cuando lo sepas, me avisas. Ahora me voy a la cama. Adiós —colgué sin dejarle tiempo a despedirse.

Me levanté y me dirigí a la habitación seguida de Tula que se subió a los pies de la cama acurrucándose y formando una bolita. Me tumbé boca arriba y dejé al vacío unas tímidas lágrimas que llevaba rato reprimiendo. Odiaba tener este tipo de relación con Martín, siempre pendientes de un tercer factor que quería manejar la situación hacia donde le convenía. Cerré los ojos, dispuesta a pillar el sueño, pero un fuerte dolor en el vientre me impidió dormir. Doblé las piernas instintivamente. Fue como un pinchazo. Duró pocos segundos. Fui relajándome a medida que los párpados se me iban cerrando sin pensar en todo lo malo que me venía encima.

Capítulo 20

29.11.2017

Carlota

Eran las nueve de la mañana cuando mi teléfono comenzó a sonar. Maldije no haberlo parado o puesto en silencio la noche anterior. Abrí los ojos y alargué el brazo hacia la mesita de noche. Sin mirar quien era, descolgué. Tengo la suficiente confianza para saber que si me llamaban al móvil personal sería alguien conocido.

—¿Sí? —murmuré con voz dormida.

—Hola Carlota —era Javi. El que faltaba ya en la historia...

—Hola —bostecé—. No sé la hora que es, pero... ¿Qué quieres?

—No sé si sabes que teníamos ensayo a las nueve y ya lo son.

—¡Ostia! —me llevé una mano a la cabeza—. Ni me acordaba. ¿Te va bien en una hora?

—Claro, ningún problema. Hasta ahora —colgamos.

Me incorporé y me restregué los ojos, todavía con rastros de sueño. Me levanté y se me cayó el mundo encima al ver una mancha de sangre en las sábanas. Marqué el número de Sofía enseguida, sin pensarlo.

—¿Estás libre? —ni saludarla ni nada. Siempre tan directa.

—Sí, ¿Qué ha pasado?

—Demasiadas cosas. Ven por favor, te necesito aquí —le pedí suplicante al borde de las lágrimas.

En quince minutos la tuve ahí. Me lancé a sus brazos, estallando en un llanto nervioso. Me fue calmando lentamente, llevándome al sofá y preguntándome que me pasaba. Se lo conté todo: la discusión con Martín, el dolor, lo que pensaba y sobre todo... la mancha que había truncado mi sueño de ser madre junto a Carlota. Al menos, por el momento. Mi esperanza para un futuro no estaba desvanecida aún.

—Se lo tienes que decir.

—¿Cómo? ¿Cómo se lo digo? —pregunté moviendo las manos frenéticamente y llorando aún.

—Hablando con tranquilidad, mujer. Él te prometió que estaría a tu lado pasara lo que pasara. Aquí veremos si lo cumple.

—Debería —me levanté secándome el rastro de lágrimas que todavía vagaban por mi cara.

—¿Dónde vas? —me siguió a la habitación.

—Pues a cambiarme. Tengo trabajo, ¿sabes?

—Carlota, te tiene que ver un médico.

—¿Para qué? ¿Para decirme algo que se anunciaba desde hacía días? Paso, tía, estoy harta de los médicos y de sus malas noticias. Ni una semana, ¿Me entiendes? Ni una semana me ha durado la alegría —la voz se me entrecortó—. Y él ni un buenos días, ¿Vale? Nada.

—Intenta dar tú el paso.

—Luego lo hago. Ahora no me veo con ánimo ni de volver a tocar el teléfono.

—Te acompaño al ensayo —dictaminó —Bueno, solo si quieres.

—Si está la florero te quedas, sino te vas.

—¿La florero? —arqueó una ceja sentándose en la cama donde todavía no había tenido tiempo de cambiar las sábanas.

—La novia de Javi. Como se llame. Yo la llamo así a falta de conocerla. Que tampoco me apasiona, pero bueno si se tiene que hacer, se hace —hablé nerviosamente, con rapidez, para obviar cualquier tema crucial en esos momentos.

—Ya, ya, cálmate —me frenó—. Que te vas del tema y comienzas a desvariar.

—Es que no puedo. Llega un punto en que la situación te supera y ese punto acaba de llegar con esto —le señalé la mancha.

—Ve a ensayar y después al médico, ¿Te queda claro? —soplé y asentí peinándome.

Ambas éramos conscientes que no lo cumpliría tal y como decía, pero no venía mal que me lo recordara.

—Levanta, que voy a poner las sábanas a lavar.

Hice lo debido y nos marchamos. Por suerte la novia de Javi no estaba. Abracé a Sofía aún dentro del coche intentando no derrumbarme y subí hasta la primera planta del edificio. Saludé a Javi con un inaudible ‘hola’ y me desprendí del bolso y la chaqueta dejándolo en una mesa.

—¿Estás bien? —preguntó al verme pálida y decaída.

—¿Por qué preguntas? Sabes que estoy bien todos los días —respondí con bastante desánimo.

—Haces mala cara y te conozco lo suficiente como para deducirlo. Son años ya...

—Han pasado muchas cosas que no me interesa contar, simplemente esto. No te montes películas.

—¿Con Martín...?

—No sé —murmuré—. No preguntes.

Pareció convencerse. Estuve la hora de ensayo con el móvil entre manos esperando una contestación al ‘hola’ que le había enviado a Martín. La tuve al cabo de cuarenta minutos en forma de llamada. Me disculpé y salí a la calle a responder.

—Hola —lo noté triste, arrepentido —Oye, siento lo de ayer. Tenemos que ser fuertes juntos y me bloqueé. ¿Quieres venir a comer a casa? Estoy de camino a Madrid y me gustaría pasar un rato contigo.

—Vale. Yo me encargo de ir a buscar algo de comida así nos ahorramos cocinar. Tenemos mucho a hablar.

—Lo sé. ¿Todo bien?

—Sí —susurré conteniendo el llanto.

—¿Entre nosotros?

—Sí —una lágrima descendió por mi mejilla sin control—. Nos vemos luego, estoy trabajando.

—Hasta ahora, te quiero —murmuré un ‘y yo’ y colgamos.

Me aparté el rastro de dos tímidas lágrimas más que bajaron por mi cara descontroladas y sin rumbo. Logré detener otras más iniciaran el mismo recorrido. Subí de nuevo a acabar el ensayo. Javi volvió a cuestionarme por Martín, pero esquivé el tema como una gran profesional. No insistió. Debió entender que no tenía ganas de contarle mi vida privada. Me marché al supermercado y después a casa. Antes de ir a la urbanización donde vivía el rubio, fui a dar una vuelta en coche por las carreteras de alrededor de la ciudad para intentar apaciguar mis nervios y pensar como le explicaba a Martín lo que había pasado. Fue imposible relajarme. Estaba dolida,

triste y furiosa con el mundo y la madre naturaleza. En ese momento mi mal humor venía dado a *Producción Musical*, la biología y un trabajo que por mucho que me fuera bien no lograba acabar de disfrutar. De Madrid me fui a Leganés, de ahí a Alcorcón y regresé a Madrid por la M-40 mientras en la radio sintonizaron el último single de Martín y hablaban de los recientes éxitos del gran Martín Rivera y en el exterior una fina lluvia empapaba las carreteras madrileñas.

“Bueno Carlota, toca enfrentarte a la realidad. Ir a su casa, contarle que no vais a ser padres y esperar el chaparrón (y nunca mejor dicho) que te puede caer. Dijo que estaría a mi lado, pero me siento mal porque han pasado unas horas y todavía no se lo he dicho. Tendría que haberlo llamado antes a él y no a Sofía. Ya me vale a mí también... ¿Y de qué me hubiese servido? Total, estaba en Barcelona... ostia que no he ido al médico...”

Y de golpe, todo quedó negro y oscuro, tal y como percibía mi día a día en esos instantes, donde aprender a luchar contra las adversidades se convirtió en la melodía principal de mi vida.

Martín

“Estoy harto, harto de la discográfica, Eusebio y Hanna. ¿Qué he hecho? ¿Tan difícil es en esta vida que te dejen ser feliz? ¿Tanto cuesta la felicidad? ¿De verdad no puedo estar con la mujer a la que amo?”

Eran las diez de la mañana y el tren dirección Madrid acababa de arrancar motores. Por delante quedaban tres horas junto a Andrés en las que medité, desconecté el móvil después de hablar con Carlota y descansé.

—Me parece que no todo va bien. No sé, sensaciones mías quizá... —comenté.

—Bueno, no debes preocuparte. Piensa que ayer os peleasteis y a lo mejor sigue enfadada.

—Lo averiguaré —aseguré convencido cerrando los ojos.

Cuando llegamos a Madrid, tanto Andrés como yo conectamos el teléfono nuevamente. Me encontré diez llamadas de Sofía y mi amigo diez más. Ambos nos miramos preocupados. Algo ocurría y era referente a Carlota seguro.

—Llámalas tú —dijo temiéndose algo gordo.

Le devolví una de las tantas llamadas y me lo cogió al momento.

—Martín, gracias a dios, por favor, tienes que venir ya al hospital que Carlota acaba de tener un accidente de tráfico, por favor, es importante, es grave, no saben si se pondrá bien, por favor, te lo pido por lo que más quieras, te necesita aquí —me lanzó esa parrafada entre sollozo y sollozo.

Me pasé una mano por la cara, sin poder reprimir que una lágrima se deslizara por mi mejilla. La garganta se me cerró y no me vi capacitado para responderle. Lo único que pude hacer fue tender el móvil a Andrés y buscar una silla donde sentarme antes de caer desplomado al suelo.

—Sí, sí, cariño, tranquila, vamos para allá. Avisa a sus padres. Te quiero —y colgó.

Se acercó a mí y se sentó a mi lado. Me puse las gafas de sol para que nadie se percatara de mi silencioso llanto.

—Me siento culpable —confesé con la voz rota.

—Martín, no es tu culpa. Tienes que pensar que se pondrá bien, que no le pasará nada malo.

—Es que temo en que se lo hayan provocado.

—Es muy descabellada esa idea...

—No niegues que tú también lo piensas —se encogió de hombros y me arrastró hacia afuera.

Nos fuimos directos al hospital. Por el camino llamé a mis padres y a mi hermana que seguro que querían saber lo ocurrido antes de enterarse por la prensa. Me llamó Alba cuando llegamos.

—¿Lo sabes? —preguntó con la voz tomada.

—Lo sé, Alba, lo sé. ¿Dónde estás?

—Mañana cojo un avión y vengo para allá. No sé si poner un mensaje por el grupo de la academia.

—Yo creo que sí porque si no lo sabrán por la prensa y sabrán que alguien lo sabía. Especialmente tú y Lucía. Venga, hablamos luego.

—Dime algo cuando la veas —nos despedimos y colgamos.

Suspiré fuertemente mirando absorto como Alba escribía un mensaje en el grupo. “Buenos chicos. Sé que no suelo hacer cosas así ni hablar de la vida privada de compañeros pero que sepáis que Carlota acaba de tener un accidente de coche. Por lo que sé es grave. Está aquí en Madrid, en Alcorcón concretamente”.

Lucía: Nooo. No puede ser!!!! ?????

Alba: Sí Alba, es así.

Jesús: Joder... Pero sabéis algo más???

Samuel: Mañana me paso por ahí hijo.

Alba: Voy contigo Sam. Alguien va hoy??

Martín: Yo. Estoy ahí.

Estefanía: Queee????? Como??? Nuestra Carlota????? Pero si ayer estaba de perlas!! ??????????????

Lucía: Martín hijo, dinos algo cuando sepas más. ????

Martín: Siii. ??????

Bloquéé la pantalla y me dirigí a la sala de espera. Sofía estaba ahí, sola. Andrés y ella se fundieron en un largo beso. Me abrazó tiernamente y me senté en una silla preguntando por su estado.

—No dicen nada. La tienen en quirófano. Ha sido grave, muy grave chicos. Más de lo que podéis pensar —un par de lágrimas descendieron por sus mejillas—. Ha salido viva de milagro.

—Y... —no pude seguir la frase. Me entendió perfectamente y negó con la cabeza —Joder... —murmuré pasándome una mano por la cara.

—Perdonad si interrumpo... pero... ¿Qué pasa?

—Carlota estaba embarazada.

Mostró unos ojos como platos y se dejó caer en una silla. Yo preferí levantarme y caminar por el miserable espacio que me ofrecía aquella sala de espera de paredes blancas y sillas incómodas.

—Estate quieto, por favor —me avisó Sofía al cabo de unos minutos.

Me senté enfrente de ellos. Andrés cayó en la cuenta de que teníamos que avisar al equipo de trabajo de Carlota: los del programa de televisión y sus músicos principalmente. Sofía se encargó de enviar un mensaje al director del show televisivo y seguidamente se preguntó a qué músico informaba.

—Pues con el que trabaje más —dictaminó Andrés.

—¿Javi? —preguntó dubitativa.

Ambos nos encogimos de hombros incapaces de darle una respuesta. Le envió un WhatsApp y seguidamente él la llamó preguntando qué había pasado, a lo que Sofía respondió con lo que había dicho a todos, que era grave y no sabíamos nada.

Las horas siguientes al suceso fueron eternas y repletas de angustia y temor por no saber qué ocurría en ese mismo hospital referente a Carlota, nuestra Charlotte, fuerte como un roble, valiente la que más. Esa persona madura y racional con toques aniñados que tanta falta me hacía en mi día a día y cuya vida estaba en riesgo.

“Muero si le pasa algo, me muero... es que si no sale de esta... tiene que salir, es fuerte, debe

luchar por su vida, por recuperar todo lo perdido, para amar, para disfrutar, para reír, para llorar si es el caso, para trabajar, llenar teatros, estadios, recintos, hacer música. ¿Qué será del pop español sin su voz? ¿Qué será de mí sin ella? No volver a oírla dar un consejo, a escucharla reír con esa soltura y ese desparpajo tan suyo, a oler ese perfume que embriaga e hipnotiza a todo el que la rodea, a besarla, a saber que en cualquier momento tendré sus brazos alrededor de mi cuerpo ofreciéndome un cálido abrazo... todo esto necesito sentirlo, necesito tenerla conmigo, quererla, amarla, recuperarla y sin embargo estoy perdiendo la fe”.

—Martín —me llamó Andrés. Levanté la vista del suelo. Mi desesperación superaba cualquier otra cosa.

Me encontré de bruces con un médico que nos informó una de las peores noticias que podía oír. Carlota estaba en la UCI y en coma. Por turnos podíamos visitarla. Fui el primero en entrar. La vista se me nubló al instante. Mi niña estaba indefensa, conectada a un montón de máquinas, vendada, magullada, no era ella. Me senté en una silla y le agarré la mano, acariciándole dos dedos con delicadeza.

—Carlota... luna... siento tanto esto... no te lo mereces... necesito que despiertes, te necesito conmigo, formaremos una familia, te lo juro, todo funcionará en un futuro, pero tienes que despertar, no puedes rendirte ahora, has luchado siempre, sigue por favor, hazlo por lo que más quieras —las lágrimas bajaron sin freno por mis mejillas mientras suplicaba a Dios y a lo que fuese que despertara.

Perdí la noción del tiempo agarrado a su fría mano, escuchando el sonido de las máquinas, rogando que despertara, llorando, sintiéndome culpable. Una mano en mi hombro me sacó del ensimismamiento en el que había entrado. Era el doctor.

—Tranquilícese por favor, salga y descanse, le vendrá bien.

—Usted me entiende, ¿verdad? —asintió con parsimonia—. Es el amor de mi vida, no deje que empeore.

—Haré todo lo que esté en mis manos, se recuperará.

—Gracias —me levanté y me encaminé hacia la salida.

La siguiente en entrar fue Sofía. Volví a la sala de espera. Andrés no estaba. Llegó al cabo de pocos minutos con un café para cada uno. Se sentó a mi lado y preguntó por Carlota.

—No es ella. Tan quieta, tan herida, tan... —suspiré—. No sé, no sé porque coño le ha tocado vivir esto a ella. En serio, es una frustración constante.

—¿Tú que quieres hacer?

—Estar con ella. Presentaré disco, pero por favor, si es posible, me gustaría que fuese aquí en Madrid, para tenerla más cerca. Pienso estar aquí hasta que despierte y después también.

—¿Y Emma?

—Está con Patricia.

—Querrá ver a Carlota, es su debilidad, ya lo sabes —me encogí de hombros—. Sobre la marcha, ¿no? —asentí sin palabras.

En esa hora que Sofía estuvo con Carlota aparecieron los padres de la susodicha preocupados por la información que habían recibido. Me abracé fuertemente a mis antiguos suegros que se sorprendieron con creces al verme ahí.

—¿No hablasteis con vuestra hija, cierto? —negaron—. Creo que os tengo que informar de varios aspectos.

Y desahogándome a medida que relataba la aventura corta e intensa de ese mes que habíamos vivido Carlota y yo, fui notando como adoptaron expresiones de sorpresa, incredulidad y

estupefacción. Su madre fue la siguiente en entrar en la habitación. A pesar de poder verla a través del cristal, queríamos pasar a hacerle compañía. Fui con Andrés y su padre a observarla a la vez que Sofía calmaba la profunda llorera de una nerviosa Lucía que había llegado lo antes posible. Nos abrazamos con mi amiga y compañera, ambos estallando en un mar de lágrimas nuevamente.

—Es injusto... —musitó.

—Lo sé...

Nos calmamos lentamente, marchándonos a la cafetería a tomar un bocado y a charlar tranquilamente. Le expliqué desde mi punto de vista lo mismo que le había contado a sus padres, embarazo y sospechas sobre el culpable, incluido.

—Es una idea bastante fuera de tono, ¿no crees?

—Lucía, tanto tú como yo sabemos que Carlota es una conductora excelente como para perder el control en una carretera como la del suceso, que se la conoce de pe a pa.

—Ya también... pero es que no es ella... —suspiró.

—Lo sé, cielo, lo sé, pero tenemos que pensar en positivo. Ya sé que suena raro e incluso contradictorio, pero Carlota saldrá de esta. Es fuerte. Y si no es así... no lo quiero ni pensar... me da algo...

—Es increíble como la vida puede cambiarte de un día a otro... Nunca piensas que te pasará a ti y mírala... cualquiera diría que es la misma chica de ayer que reía y se divertía con los compañeros...

—¿Cómo ha acabado lo del programa? —pregunté a sabiendas que ella estaba involucrada.

—Se seguirá grabando, pero ya no será igual... ella aporta ese toque de frescura, de dulzura y alegría necesario para un programa como el nuestro. Los del jurado se van a pasar estos días a verla y algunos concursantes también.

—Imagínate que aparece Hanna o Eusebio.

—No empieces a preocuparte por ellos de nuevo... deja que pase algo de tiempo —miró la hora desde su móvil —son las diez de la noche, debería irme y tú también. Necesitas descansar que en dos días presentas disco.

—Quiero estar con ella, no quiero separarme de aquí. ¿Y si despierta? Quiero estar ahí —protesté.

—Hazme caso. Mañana vente a primera hora, pero duerme. Están sus padres aquí, no está sola.

—Está bien —me rendí, derrotado por la vida.

Nos dimos un largo abrazo y subimos a despedirnos de los familiares. Andrés y Sofía también optaron por marcharse. Llegué a casa y estallé en un frenético llanto nuevamente rezándole y rogándole a Dios que no se me la llevara, que Carlota tenía que sobrevivir, volver a ser feliz, a sonreír y a disfrutar de las hazañas que le ofreciese este maravilloso, complicado y peliagudo mundo.

Capítulo 21

01.12.2017

Martín

El jueves, la noticia del accidente de la gran Charlotte ya había dado la vuelta al mundo. Me había pasado el día en el hospital, atendiendo gente que se acercaba a verla. Carlota, sin embargo, vivía ajena a cualquier estímulo. Conectada a innumerables máquinas, no se había percibido mejoría en su estado de salud. Por Alcorcón pasaron compañeros como Samuel, Alba, Miren o Pol, miembros de su banda con los que no entablé demasiada conversación y entre los que se encontraba su ex Javi con una chica que intuí que debía ser su pareja y más amigos del gremio y de su vida privada. No me despegué del cristal en todas esas horas y encontrarme ahí a más de uno le pareció sospechoso e incluso dedujeron que no solo estaba en calidad de amigo. No hacía falta ser muy listo para ver la preocupación en mi rostro, las pocas horas de sueño y las lágrimas derramadas en silencio y secreto.

Pero había llegado el viernes y tenía que estar ‘radiante’ para que nadie se percatara de mi desastroso aspecto y las pocas ganas que tenía de estar en sociedad. Como había cambiado el recinto y la localización a última hora, la afluencia de público había disminuido. Estuve arropado por mis padres, mi hermana, Andrés, Samuel, Alba y Lucía. El presentador hizo del acto algo más ameno pero mis respuestas fueron más bien serias, tristes y me ahorré bromas y risas. Cuando canté *Quizá nunca te olvide* logré acabarla, pero me vine abajo. Miré hacia el cielo, rogándole a quien fuera que Carlota me hubiese escuchado y hubiese notado que quería que despertara.

—Martín —era el turno de una chica joven de una revista del corazón—. ¿Qué sabes de Charlotte y su reciente accidente de tráfico? ¿La has ido a ver? Hace unos días se os veía muy cómodos en Valencia...

Incapaz de reprimir las lágrimas, me levanté sin impedimento y abandoné el escenario. Andrés, que era quien se había quedado entre bambalinas, se acercó corriendo a mí y me tomó de los hombros, asustado.

—Martín... sabías que caería la pregunta.

—Está hecha con mala fe, lo sé —dije con la voz entrecortada—. Tú no preguntas esto sobre una persona que lleva dos días en coma indefinido. ¡Es ilógico! —me pasé una mano por la cara—. Yo no puedo responder a ello. Es superior a mí.

—Le prometiste que negarías el beso, no lo has hecho aún. Creo que es el momento para que te desnudes un poco. No te pido que le hagas la declaración de amor del siglo, porque con la canción ha habido suficiente, pero solo di lo que piensas y niega el dichoso beso que ya empieza a ser cansino.

—De acuerdo —suspiré—. Lo haré. Se lo merece.

Me sequé la cara rápidamente y salí de nuevo para deleitar a los espectadores con esa pregunta cuya respuesta era ansiada por el país y parte del extranjero. Me senté en el taburete animado por los aplausos y las miradas reconfortantes de mi familia y mis compañeros de la academia que, de

pie detrás de las sillas para periodistas y fans, me transmitían ese apoyo que tanto necesitaba.

—Primero de todo perdonad por la interrupción porque no es un momento fácil, pero es que Charlotte, bueno, Carlota, es una persona muy importante para mí y con esto que ha ocurrido estamos todos en vilo. Quiero aclarar que no hubo beso, a ver si de esta forma queda zanjado el temita, y que no es el día ni la hora para preguntar lo que pienso de ese accidente porque ha sido horrible y si no se recupera... —soplé y desvié la vista hacia Andrés que asentía conforme a lo que decía—. No quiero ni pensarlo. Sé que es fuerte y podrá salir adelante. La quiero mucho y ella lo sabe. Son sentimientos que nunca han cambiado ni cambiarán.

Y dejando al público atónito y lleno de ambigüedad, di por finalizado el acto. Sin detenerme extensamente con mis fans, fui al hospital con toda la comitiva que me había acompañado. Era la hora de comer y por turnos fuimos bajando a la cafetería. Lucía y mi familia abandonaron el hospital sin tan siquiera probar bocado. Alba y Samuel sí se quedaron y ambos almorzaron juntos mientras yo me quedaba en la habitación de Carlota y Andrés fue a por Sofia.

—Hola cielo... —me acerqué a ella y deposité un tierno beso en su frente y otro en su mano. Me senté en la silla y entrelacé mis dedos con los suyos—. Ya he presentado disco, esta mañana —le empecé a hablar con suavidad—. Ha ido bastante bien. Sé que has estado ahí, te he cantado y he visto tu emoción. Me han preguntado por ti. Ha sido el peor momento. Te quiero tanto que no he podido contener las lágrimas. Eres tan importante para mí... no puedes llegar a entenderlo. No sé si me escuchas, pero despierta luna... despierta... te necesito... he desperdiciado once años de mi vida buscándote en el cuerpo y el alma de otras mujeres por culpa de Eusebio. Ahora quiero vivir por mí, estar contigo, disfrutar, vivir, te lo dije, eres mi vida. Sin ti no soy nada... —a ese paso ya lloraba desconsoladamente.

No noté ningún estímulo por su parte, pero estaba convencido que podía escucharnos. Salí de la habitación cuando el teléfono comenzó a vibrarme. Era Patricia, más bien, Emma que desde que había sabido del accidente de Carlota, andaba con altibajos de humor y muriéndose de ganas de verla.

—¡Papi! —aunque sus exclamaciones seguían intactas, su humor no era el de siempre —Dice mamá si puedo pasar la semana contigo.

—Ah... está bien. ¿Qué querrás hacer?

—Quiero ver a Carlota, por favor... le he hecho unos dibujos que seguro le encantarán.

—Pásame a mamá, anda.

—Hola Martín —saludó Patricia seriamente—. Ya sé que no debería pedirte que Emma se quedara contigo esta semana, pero es que tengo que marcharme a Miami por trabajo. ¿Estás seguro de que podrás estar al tanto de todo?

—Sí, no te preocupes. Yo me encargo.

—Vale, gracias, hablamos —colgó.

Volví a entrar en la habitación y a sentarme agarrándole la mano a mi querida y adorada Carlota.

—¿Sabes quién vendrá a verte? Emma, la pequeña niña a la que has robado el corazón. Le hace mucha ilusión verte y a mí que la veas, aunque... ojalá su energía te ayude y despiertes. Hoy están aquí conmigo Sam, Alba, Sofia y Andrés. También han venido mis padres y mi hermana... tienen unas ganas de que vuelvas a la familia definitivamente... no puedes saberlo tú bien... ¿Te acuerdas de las comilonas en Algeciras? Eras parte de nuestra familia y siempre lo has sido. Tu espíritu ha estado ahí presente día y noche. La Trini no ha querido nunca a una nuera como te quiere a ti... la vieras... rezándole a la virgen que despiertes... ahora se han marchado, pero por

la tarde volverán. Se pasan el día hablando con tu madre y se apoyan mutuamente.

Hablándole tiernamente, no era consciente de las miradas de extraños a través del cristal y como los padres de Carlota mostraban su emoción al observar la ternura y el empeño que le ponía a la situación para que no fuera tan desastrosa como estaba resultando.

En la cafetería de mientras...

Alba se sentó enfrente de Samuel después de pedir un agua al camarero de la barra. Su expresión facial denotaba la preocupación y el cansancio que le producía ver a su sister en tal estado. Sam, en la mesa, tampoco parecía estar mejor.

—¿Cómo lo llevas? —Samuel rompió el hielo al cabo de unos minutos de intenso silencio.

—¿Tú qué crees? Es muy duro.

—Ya... yo admiro a Martín. Nunca ha querido a nadie como a Carlota.

—Yo empiezo a perder la fe...

—Albita, cielo —colocó una mano encima de la suya—. Saldrá de esta.

—¿Y con Martín, qué? ¿Vivirán escondidos hasta la muerte? La discográfica lo acecha incluso en la distancia. Vale, quizá no han sido felices con otras parejas como juntos, pero a partir de ahí, ¿qué? ¿Qué será de su relación?

—Han madurado, no creo que vuelvan a cometer todas las estupideces del pasado. Todos hemos madurado. Come, anda, que no has ni comenzado.

—No me gusta la comida de los hospitales —protestó torciendo el gesto y esparciendo la ensalada por el plato.

Comió solamente la mitad. En silencio, ambos no lograban encontrar tema de conversación y es que ver a Martín y Carlota retomando ese bonito amor y como luchaban contra la vida desde dos vertientes tan distintas, les hacía preguntar interiormente porque lo suyo no había funcionado. Recuerdos innumerables se agolpaban en sus mentes. En esa ocasión fue Alba quien retomó la conversación.

—¿Y por qué lo nuestro se rompió tan rápidamente? —él se encogió de hombros.

—Inmadurez, trabajo, ganas de comernos el mundo y acabar estampándonos. No sé... ¿Tú qué crees?

—Que se nos rompió el amor, sí, pero de tanto usarlo. Nos quisimos mucho y en poco tiempo descargamos tal cantidad de sentimientos que volver a confiar en un hombre, me ha sido muy difícil.

—¿Eres feliz ahora?

—Sí. Estoy con alguien muy especial y al que amo. ¿Tú?

—Sí —no sonó muy convincente.

—Pero... —lo incitó a seguir la frase.

—No es oro todo lo que reluce.

Y en dos plantas distintas, dos hombres fueron desahogándose con esas mujeres que en su día y en la actualidad compartían parte de su vida. Un suspiro y una mirada al cielo para aferrarse a algo que pudiera mejorar el estado emocional y físico de más de uno.

“Ojalá todo salga bien”.

No solo lo pensaba Samuel. Alba, Martín y el resto de personas preocupadas por Carlota y aunque quisieran negarlo, había alguien que no solo pensaba aquellas palabras para notar una mejora en nuestra Charlotte, sino en su vida personal y profesional porque tal y como dijo Sam, no todo es rosa en el amor ni en el día a día en general.

Capítulo 22

07.12.2017

Martín

“Ha pasado una semana desde el suceso y nada ha cambiado. Dicen que ella está mejor y que incluso nos oye, pero... ¿Despertará pronto? Todos la vienen a ver. Si supiera como la quiere todo el mundo. Si es que hasta un par de exnovios se han pasado... Solo ella tiene este poder de atracción”.

Estaba en mi casa tomándome un café, eran las nueve de la mañana y Emma seguía durmiendo. Mi niña se había empeñado en visitar a Carlota cada día y llevarle un dibujo distinto. Con permiso de las enfermeras (a las que había encandilado) llenaba las paredes de la habitación con ellos para así alegrarla cuando despertara. Era un día frío y nuboso que no acompañaba a realizar nada excepcional. Mi hija tenía fiesta en la escuela y seguramente pasaríamos una jornada como las anteriores. De Alcorcón al parque, y del parque a Alcorcón. Mis padres habían vuelto al sur y los de Carlota también, aunque durante el fin de semana regresarían. La gente empezaba a perder la fe, especialmente familiares y amigos. El único que todavía pensaba en positivo era yo. Simplemente porque no visualizaba perderla. Revisé las redes mientras mojaba una tostada en el café. Escuché unos pasos rápidos llegar hacia mí y de golpe me encontré con mi hija que de buena mañana ya llevaba un papel entre manos.

—Buenos días —me dio un abrazo y la senté en la encimera —¿Te gusta? Esta es ella, este tú y esta yo.

Observé el dibujo atentamente y la halagué. Mi hija era una gran artista a su edad. Le preparé un tazón de cereales con leche y me senté viéndola desayunar con la inocencia de una niña de ocho años a la que la preocupación por el estado de Carlota le repercutía en su carácter. Nos vestimos y a las diez ya estábamos en el hospital. Las enfermeras nos dejaron pasar a ambos. Me acomodé en la silla después de darle un beso en la frente, como hacía siempre que entraba y salía. Emma se sentó en mi regazo y se acurrucó en mi pecho. La abracé tiernamente.

—¿Sabes? Por Navidad quiero que Carlota despierte. Quiero que sea mi regalo.

Esa confesión me ablandó hasta tal punto de dejar escapar una lágrima. La apreté más contra mí.

—Creo que todos lo hemos pedido —musité dándole un beso en la cabecita.

Estuvimos unos minutos en silencio, pensando, observando la inmóvil figura de Carlota. Emma tuvo un bajón y comenzó a sollozar.

—Ya está cielo... tranquila... —fui calmándola hablándole suavemente y meciéndola adelante y atrás—. ¿Qué te pasa?

—¿Y si no despierta? ¿Y si se muere?

—Cariño... no digas esto... Carlota se pondrá bien y va a peinarte un montón de veces y a cuidarte. Vendrá a buscarte al cole y te llevará a las clases de baile y jugará contigo y te ayudará en los deberes. Ya verás... solo espera un tiempo.

—¿Puedo colgar el dibujo? —preguntó más tranquila.

—Claro, ve a buscar a la enfermera. Yo voy afuera a hablar con Andrés y Sofía. ¿Vale? Luego vienes, no te entretengas.

—Vale —aceptó encantada.

Fui a la cafetería donde mis amigos desayunaban charlando tranquilamente. Me senté con ellos y me tendieron un sobre blanco tamaño folio.

—¿Qué es esto? —pregunté desconfiado sin tocarlo.

—Las pruebas de que tenías razón.

—¿Razón de qué?

—Ábrelo y verás.

Rasgué el sobre con recelo. Dentro había unas imágenes de una cámara de tráfico donde se mostraba claramente el accidente de Carlota y como había sido intencionado por un coche negro que reconocí sin necesidad de ver la matrícula. La rabia comenzó a viajar por la sangre y tuve que contenerme un montón para no estallar y cometer alguna locura. Me entraron ganas de matar a toda la comitiva de *Producción Musical S.A.* ¿Cómo había sido posible?

—Esto me lo dieron el miércoles. Este es el de hoy —deslizó otro sobre, en este caso negro y más pequeño, por encima de la mesa—. También le manipularon los frenos.

—¿Por qué no me lo diste antes?

—Porque te pondrías hecho una furia. Que te entiendo, todos lo estamos, pero la justicia ha comenzado a actuar y hasta que no hubiese empezado el proceso judicial, no quería decirte nada. Mira este. Es una broma de mal gusto, siento decirlo.

No tenía ganas ni ánimo de saber que contenía ese sobre. Sin embargo, quería ver si esa gente era capaz de cometer alguna barbarie más. Era un folio escrito a ordenador.

‘Hola Martín. Espero que con este accidente recapacites y veas que irte de Producción Musical y dejarme es la decisión más equivocada que hayas podido tomar en tu vida. Tengo que decir que mi intención (y la de Eusebio) no era dejarla en coma, simplemente asustaros y lo siento mucho por esa parte. Jamás haría tanto daño. Igualmente, ahora ya no hay vuelta atrás y tendrás que vivir con el recuerdo y remordimiento de haber abandonado la discográfica que te llevó al éxito y la mujer que más te ha querido. No corrías a tu Carlota cuando estábamos en la cama, ¿eh? Cada beso, cada caricia, cada polvo... ahí no te acordabas de ella... El asunto se ha desmadrado y ahora quedamos como malos la discográfica y yo. No será así siempre. Mientras puedas, reza para que despierte tu Carlota, porque sino la perjudicada seré yo y pienso meterte en el mismo saco. Atentamente, HS.’

—Esto es una tomadura de pelo, nos toman por el pito del sereno. Yo se la devuelvo. Si quiere jugar sucio, yo también jugaré.

—No te precipites, Martín.

—No me precipito. Han puesto en peligro la vida de una persona por querer dinero y fama. Esto es la cosa menos ética que he oído y visto en mi vida.

—¿Qué pretendes?

—Sacar un billete de ida a su país con alguna excusa barata y que le pueda molestar hasta el punto de irse y quedarse ahí con su familia un largo periodo de tiempo. Desprenderse de ella es fácil, Eusebio es otro tema.

—Te metes en terreno pantanoso —intervino Sofía.

—¿Y? Han estado a punto de matar a Carlota por pura envidia. Y que vigile que no haga un comunicado y cuente las verdaderas razones del accidente. Luego sí que *Producción* y su imagen

quedarían dañadas. Que le manipularon los frenos y la embistieron.

—Entiendo que estés furioso, pero piensa con cordura por favor.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Qué los deje actuar más rato? ¿Quién será la próxima víctima? Con esos dos libres cualquiera saldrá herido. No es por nada, pero los que rodeamos a Carlota somos los más vulnerables en este aspecto. Y si la justicia no actúa, algo tendremos que hacer nosotros. Os veo demasiado tranquilos para lo que es.

—Sinceramente, no lo he leído —se excusó Sofi. Se la tendí y esperamos a que terminara—. Andrés, cielo, Martín tiene razón. Tenemos que actuar y poner tierra de por medio. Por mucho proceso judicial que se haya emprendido, estos asuntos son lentos. Yo veo bien lo de Hanna. Algo macabra pero peor que lo que ha hecho ella no lo encontraremos. Carlota es como mi hermana y por culpa de esas alimañas está en coma hasta quien sabe cuándo. Por eso necesitamos actuar. Mandar un billete no es tan lento como un juicio.

Vi entrar a Emma como un torbellino, con una sonrisa de oreja a oreja y chillando.

—¡Papá, papá! ¡Andrés, Sofía! ¡Traigo noticias! ¡Buenas noticias! —se subió de rodillas a la silla que quedaba libre.

—Dime cielo. Pero no grites que se va a enterar todo el mundo... ¿De dónde vienes tan con...?
—no me dejó acabar la frase.

—¡Carlota ha despertado!

Capítulo 23

07.12.2016

Carlota

“¿Qué está pasando? Oigo a Martín muchas veces, pero parece lejano. Ahora no está. Lo sé, se ha marchado. No puede estar aquí todo el día. Aunque hay alguien. Parece Emma... vamos a escuchar...”

—Mira Carlota. Papá cada día está aquí —narró convencida de sus palabras—. Te quiere un montón y se pasa las noches llorando porque no despiertas. Yo quiero que despiertes. Estoy muy enfadada con los que te han hecho esto. Si despiertas seremos todos felices. ¿Te acuerdas de que me prometiste que vendrías a casa algún día? Aún me acuerdo y quiero que lo cumplas. Cuando abras los ojos verás los dibujos que te he hecho. El que más me gusta es el que acabo de colgar. He pedido a los Reyes que despiertes, que seas mi regalo de Navidad. Y el de papá obviamente... —percibí que me tocaba la mano—. Por favor Carlota... tienes que despertarte. Yo sé que me oyes. Lo busqué en Google con el novio de mamá y vimos que quizá nos escuchas... porfa... despierta...

“No puedo dejarla tan triste, tengo que esforzarme, puedo abrir los ojos y hablar. Yo sé que puedo, Martín lleva repitiéndome una semana que soy fuerte. Y voy a demostrárselo. A la de una, a la de dos y a la de tres...”

Con un esfuerzo sobrehumano abrí los ojos y la miré. Estaba sentada a los pies de la cama con la mirada gacha. Me dio mucha pena verla así. Me dolía todo el cuerpo, pero tuve fuerza para susurrar su nombre. Levantó la vista hacia mí y le sonreí ligeramente. Se tapó la boca con las manos.

—¿Has despertado! —exclamó emocionada —¿Si es que lo sabía! ¡Qué ilusión!

—Acércate —le pedí como pude.

Se levantó, acercó la silla a la cama y se subió encima para estar a mi altura y poder sentarse en el colchón.

—¿Podías oírme, verdad?

—Sí, a ti sí —apenas me salía la voz.

—¿Puedo abrazarte o darte un beso? —asentí conmovida.

Me dio un beso en la mejilla y apoyó la cabeza en mi pecho unos minutos. Fui incapaz de moverme. El dolor lo impedía.

—Emma —dije sacándola de la burbuja en la que habíamos entrado—. Ve a buscar un médico y avisa a papá o a Sofía. ¿Vale? ¿Harás esto por mí?

—Sí, mi capitana —respondió segura bajando de la cama. Sonreí enternecida viéndola correr hacia el puesto de enfermeras.

“¿Y ahora qué? ¿Sabrá Martín que el aborto fue previo al accidente? ¿Cómo se lo digo? ¿Qué pasará a partir de ahora? Quiero salir de aquí. Quiero irme, arrancarme los tubos y volver a casa. Quiero volver a trabajar, al programa, a los conciertos. No sé ni que día es... ¿Cuándo acabará

esta pesadilla?”.

Después de la visita del médico, entró Martín con los ojos aguados y su niña en brazos. Se sentó en la silla con la pequeña en sus piernas.

—Hola...

—Hola...

Se creó un incómodo silencio que ninguno de los tres supo romper en varios minutos. Cerré los ojos suspirando, sin llegar a dormirme. Emma, viendo la situación, se removió en el regazo de su padre y le pidió ir con el tito Andrés al parque ya que, según ella, él se lo había prometido. Martín la dejó marchar. Me quedé a solas con el hombre que había estado largas horas rogándole a dios que despertara. Y, sin embargo, juntos en el mismo espacio, éramos incapaces de hablar.

—¿Qué día es hoy? —no valía de más preguntarlo.

—7 de diciembre. Has estado más de una semana en coma.

—Te oía, te oía mucho y no sabes cuánto te lo agradezco, pero hay cosas que debes saber.

—Tú dirás.

—Estoy cansada, ya te lo contaré en otro momento.

—Está bien —aceptó al momento.

—No te vayas.

—No me iré. Estoy aquí —me apretó la mano débilmente.

El silencio volvió a instalarse entre nosotros. El contacto de nuestras pieles activó en mi interior sensaciones y recuerdos que no había olvidado. En realidad, durante esos días en coma, no me olvidé de nada. Noté como se me formaba un nudo en la garganta y unas tímidas lágrimas comenzaban a deslizarse por mis mejillas.

—Carlota... —susurró Martín acariciándome la cara—. Tranquila... estamos aquí... todos... no tienes que preocuparte.

—Sí, hay muchas cosas de las que preocuparse.

—Cuéntame algo si quieres. ¿Puedo hacer algo por ti?

—Quiero estar un rato sola, por favor.

—Vale —aceptó desanimado dejando caer los hombros con un gesto de disgusto completamente.

Se levantó, depositó un casto beso en mi frente y salió de la habitación dejando a su paso su aroma y su esencia. Seguí llorando unos minutos más. De impotencia, de rabia y de miedo, especialmente al porvenir. Había muchos asuntos que Martín necesitaba saber y me asustaba profundamente como podía reaccionar. La había cagado yo esta vez. Fui calmándome lentamente y cuando entró Sofía ya estaba totalmente recuperada. Me dio, como pudo, un abrazo y se sentó donde antes había estado él.

—¿Cómo estás?

—Destrozada. Como si me hubiese pasado un camión por encima.

—¿Lo recuerdas todo, todo?

—Sí, absolutamente todo. Y he oído muchas voces estos días... a ti, a Martín, a Emma, mis padres...

—¿Y a quién más? —quedé callada—. A mí puedes contármelo.

—Me tomarás por loca.

—No, para nada.

—Eusebio... y Hanna.

—¿Tan consciente has estado?

—A ratos. Quizá fue mi subconsciente, pero lo oí muy real.

—¿Qué decían? —suspiré.

“¿De verdad no me está tomando por alienada mental? Falta gente como ella en este mundo”.

—No sé. Culpaban a Martín de todo y a mí. No sé, Sofi, no quiero hablar.

—Carlota, a Martín se la colarás. A mí no. Conmigo te desahogas.

—Vale... pero es que me supone mucho esfuerzo hablar.

—A tu ritmo, no te exijo prisa.

—Pues... cuando tuve el accidente yo estaba yendo a casa de Martín. Antes había ensayado con Javi y cuando acabamos, me marché a comprar almuerzo y a dar una vuelta con el coche porque se me pasó por completo ir al médico. Estaba muy nerviosa y supongo que por mi culpa y mi despiste ahora estoy aquí.

—Te equivocas. Te lo provocaron. Sigue y luego te cuento.

—Es que no sé, había momentos en que os oía y seguramente la mayoría de rato no os escuchaba porque estaba inconsciente. He perdido diez días de mi vida... y me siento muy frustrada con el tema del aborto.

—¿Se lo has dicho?

—No quiero hablar con él. No ahora.

—Pues que sepas que el domingo se marcha a América hasta el viernes. No lo ha podido rechazar. Es para proyectos solidarios.

—Tiene un corazón que no le cabe en el pecho... pero se va y no le he contado nada.

—Tienes cuatro días por delante. Hablad, en serio. Os irá bien —suspiré.

—¿Dónde está?

—Con Andrés y Emma en el parque. Tus padres y los suyos vendrán mañana. Esta tarde aparecerán Alba y Samuel.

—Perfecto. ¿Te quedas o te vas?

—Me quedo.

En la media hora siguiente las palabras fueron escasas. Ambas no sabíamos cómo iniciar una conversación distendida y que pudiera sacarme del pozo en el cual había entrado.

—¿Cómo te va con Andrés? —se me ocurrió preguntar al cabo de esos incómodos treinta minutos.

—Bien, muy bien. Mejor que antes. No me puedo quejar.

—Me alegro —sonreí ligeramente—. Como mínimo tú estás bien.

—Tú también lo estarías con Martín si no fueras tan retorcida.

—Has dicho que me ibas a contar algo... ¿Qué es?

—Mejor te lo cuente Martín. Es un tema delicado.

—Bueno, vale —acepté resignada.

Entró un médico y Sofía decidió marcharse a buscar a Martín. El señor me revisó enterita y dictaminó que en pocas horas me trasladaría a planta, pero que todavía tenía por más de diez días de recuperación en el hospital, hecho que me molestó profundamente. Tenía una gira a seguir, un programa a grabar y una vida a reconstruir pedazo a pedazo. Cuando se fue, comencé a pensar en lo que me había dicho mi amiga y en mi futuro, concretamente, en cómo actuar con Martín. Precisamente fue él quien me sacó de la burbuja de mis pensamientos.

—¿Se puede? —preguntó asomando la cabeza y comiendo un bocadillo a la vez.

—Sí, pasa. Que aproveche —apunté mientras se sentaba—. ¿Y Emma?

—Con Andrés y Sofía.

—Ah... vale... —cerré los ojos.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Carlota, no sabes mentir.

—Te he fallado, Martín —una lágrima se deslizó por mi mejilla. ¿Cuántas llevaba ya?

—Eh, tranquila que tú no has cometido nada malo —me apartó un mechón de pelo de la frente y me secó la cara con ternura.

—Sí. Tú te piensas que perdí el niño en el accidente y no fue así —confesé.

La estampa en sí fue graciosa aunque la situación emanara todo lo contrario: Martín quedó pasmado clavando los dientes en el bocadillo, completamente quieto, sin parpadear. Acabó de masticar y de engullir ese trozo de pan y abrió la boca para hablar, pero no le salieron las palabras. Solo balbuceos incomprensibles. Estiré el brazo tanto como pude y le pegué un manotazo en la cabeza (de buenas, ¿eh?). Reaccionó de golpe.

—¿Cómo? —logró pronunciar—. ¿Cuándo fue eso?

—Supongo que por la noche. Por la mañana tenía las sábanas manchadas.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No me atreví —musité con la voz entrecortada—. No me vi capaz. Estabas en Barcelona y nos habíamos peleado. ¿Qué hubiese cambiado?

—Que quizá hoy no estarías aquí.

—Podría estarlo igual y más si fue provocado.

—¿Cómo lo sabes?

—No soy tonta. Sofía lo ha dejado caer a su manera y no creo que mi subconsciente estando en coma me jugara tan malas pasadas.

—No te entiendo.

—Déjalo, no sacaremos nada bueno de esto. Cuando quieras contármelo, me lo cuentas.

—Carlota, es que en este momento no sé qué te tengo que explicar —se pasó una mano por el pelo.

Suspiré y volteé la cabeza hacia el otro lado. La luz que entraba por la ventana era tenue y oscura a raíz de la nubosidad exterior. Volví a mirarlo. Estaba totalmente aturdido y perdido.

—No sé. ¿Algo relacionado con tu amada discográfica, quizá? —ironicé.

—No creo que te guste saberlo.

—Eusebio y Hanna estuvieron aquí, ¿verdad?

—¿Qué? —abrió los ojos como platos.

“O finge de maravilla o no lo sabía. No sé qué pensar... esto es un tira y afloja constante. Y lo amo... que es lo que más me revienta. Y no quiero que se aleje... pero nos hacemos daño”.

—Contesta por favor —le pedí suplicante.

—No lo sé. Quizá en algún momento en que yo no estaba —se formó un incómodo silencio—. Ahora que lo dices sí me mencionaron algo las enfermeras.

—¿Y?

—¿Y, qué? —me rebatió.

—No sé, podrías mostrar algo de interés. Te noto muy pasivo. ¿Qué relación hay entre la discográfica y esto?

Se mantuvo callado, hecho que me molestó profundamente. Suspiré y volví a retirarle la mirada.

—Un momento —se levantó—. Ahora vuelvo —se apresuró a salir.

Ni gasté saliva para preguntar dónde iba. Lo vi demasiado seguro de sus pasos para detenerlo. No sé los minutos que pasaron, pero aseguro que fueron pocos. Regresó con dos sobres en la mano. Me tendió el más grande.

—Martín... tengo una mano inmovilizada y rota. ¿Podrías abrírmelo, por favor? —pedí tímidamente.

No tuvo que rasgarlo, ya lo había mirado antes. Esparció por mi regazo unas fotos de mala calidad donde claramente se mostraba un accidente de coche. Con la mano buena (la izquierda por más inri) cogí una instantánea. Solté un grito ahogado.

—Pe... pe... pe... —tartamudeé incapaz de expresar lo que estaba observando.

—Es tu accidente —me informó fríamente.

—¿Có... có... cómo has conseguido esto? —pregunté asustada.

—Porque... porque fue provocado y por gente que ambos conocemos. Te manipularon los frenos además.

—¿*Producción musical*? —asintió en silencio desviando la mirada hacia la puerta—. No me lo puedo creer... —musité asombrada—. No sé qué pensar, ni que decir. Tu discográfica —enfaticé en el determinante—. La gente que te ha llevado a lo más alto, que te ha manejado cual marioneta de feria me ha intencionado esto. No sé qué decir... Estar aquí, sin moverme, es muy duro, ¿Sabes? Me duele todo, incluso el alma. ¿Cómo es posible? —las lágrimas ya me habían vencido—. ¿Por qué lo han hecho? —sin mirarme, intuí que él también se estaba rompiendo. Me tendió un folio doblado en cuatro partes—. ¿Qué es? ¿Su próximo movimiento? —no respondió.

“Pues voy a leerlo”.

Palabra a palabra, frase tras frase, iba formando en mi interior una mezcla extraña de sensaciones, mayoritariamente negativas. Aparté el papel con mala uva y giré la vista hacia la ventana. Parecíamos críos acabados de pelear, pero sinceramente, no tenía ánimo para hablar con él.

—Vete —musité.

Su espalda se irguió y con lentitud y tristeza se puso en pie. Me lanzó una última mirada cargada de dolor y abandonó la estancia, provocando que estallara en un llanto incontrolable que solo fue vencido por el sueño que me acechaba debido a la medicación.

Cuando me desperté, el primer rostro que vi fue el de Emma que estaba sentada en la silla con las piernas dobladas y dibujando. Por primera vez desde que había despertado por la mañana, me fijé en la pared de enfrente de la cama. Seis dibujos adornaban el blanco del hormigón y le daban el toque de color necesario.

—Hola cielo —susurré.

Apartó la vista del papel y me miró.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté con dulzura.

—Papá está hablando con el tito Andrés y Sofia se ha ido a trabajar. Como no me apetecía ver a papá cabreado, he venido aquí.

—¿Sabes que estás aquí?

“Solo falta que se haya escapado y que luego me echen las culpas a mí. Con lo mal que estamos Martín y yo, es posible”.

—Se piensan que estoy en los columpios, pero es que no hay niños ahí y me aburro.

—Emma corazón... no debes irte sin decírselo a papá porque se preocupará por ti y se asustará si no te encuentra en los columpios. ¿Ves ese teléfono? —le señalé mi móvil. Era el del trabajo, el personal se había volatilizado con el accidente—. Tráemelo, por favor.

—No se lo digas —suplicó—. Se va a enfadar.

—¿Y si se lo digo a Andrés?

—Uhm... —se lo pensó unos segundos —Bueno, vale, pero dile que no se lo diga a papá, que esos dos se lo cuentan todo.

—¿Quieres hacerlo tú?

—Como quieras.

—Ven —se sentó en la cama, a mi lado.

Bajo mi supervisión, le envió un mensaje a Andrés. No tardó en responder, avisando que en cuanto Martín se calmara un poquito, vendría a por la niña. La conversación no quedó ahí, la seguí yo.

Carlota: ¿Cómo está?

Andrés: Se siente culpable.

Carlota: Yo más. ??

Andrés: Sois un par de testarudos.

Carlota: Jaja, como si no lo supiéramos. Dile que no se enfade por lo de Emma. ??

Andrés: No, eso es lo de menos, ya se lo imaginaba. Es el resto.

Carlota: A mí también me duele, pero entiéndeme.

Andrés: No, no, si yo te comprendo. Entiendo tu dolor. Es Producción y quieras o no tú también formabas parte de ellos.

Carlota: Es duro.

Andrés: Lo sé. Bueno, voy a acabar de hablar con este cabezón y vengo a por el bicho a no ser...

Carlota: No, mejor ven tú. No quiero que la niña vea que hay tensión entre nosotros.

Andrés: De acuerdo. ?? Hasta ahora.

Carlota: Chao ??

Emma, que había prestado atención al diálogo con Andrés, se acurrucó más hacia mí. Cuanto cariño le estaba cogiendo en pocos días... El parecido con su padre hacía que fuera una delicia de niña.

—¿Estás enfadada con papá?

—No —mentí—. ¿Por?

—Porque no va a venir él ahora —se entristeció—. Yo quiero que estéis bien y juntos.

—Emma... las cosas no son tan fáciles. Si no fuera por cierta gente, papá y yo lo estaríamos.

—¿Te refieres a Eusebio y Hanna? —parpadeé perpleja—. Papá me lo dijo. A mí Eusebio no me cae bien y Hanna ya ni te cuento... más pija... —me reí ligeramente—. Se pasaba el día haciéndose la manicura y colgando fotos en Instagram. Cuando le preguntaba si quería jugar conmigo o si podía peinarme, me decía que no, que ella no era esa clase de personas, que no era mi canguro. Era muy antipática con el tito Andrés, conmigo, con los abuelos... básicamente con todos. Ahora que ya no está es mejor porque estás tú.

—¿Por qué me cuentas todo esto a mí y no a tu padre?

—Papá no me entiende. Es hombre, no comprende a las mujeres —arqueé las cejas divertida por la percepción de la niña—. A papá le llegué a decir que Hanna pasaba de mí y no me hizo caso —abrí la boca para hablar, pero me interrumpió—. No se lo digas, él hace muchos esfuerzos para pasar días conmigo.

—Ya lo sé —le acaricié el pelo tiernamente desrizándole un rizo.

—¿Vas a poder peinarme algún día?

—Claro, cuando se me cure la mano, yo te peino.

—¿Y aquí que tienes? —me señaló la frente, donde una amplia venda cubría un grave corte.

—Es del accidente.

—¿Te duele?

—Un poquito.

Llamaron a la puerta y apareció una sonriente Alba con un ramo de flores en la mano. Emma se irguió enseguida y de un salto fue a abrazarla.

—¡Tita Alba! Mira, mira, Carlota se está poniendo buena. Y mira los dibujos que le he hecho. ¿Cuál te gusta más? A mí este —habló como una ametralladora—. ¿Vas a quedarte muchos días por aquí? Yo estaré con papá hasta el lunes. Porfa, porfa, dime que te volveré a ver.

—¡Pequeñaja! —la cogió en brazos, soltando el ramo a los pies de la cama—. ¿Por qué no te calmas un poco y me cuentas que hacías con Carlota y sin papá?

—Pues papá está con el tito Andrés. Hace rato que dijeron que vendrían y todavía no están aquí. Como los columpios sin niños son aburridos, prefiero estar con Carlota. Estábamos hablando profundamente.

—Uy, si queréis me voy, ¿eh? —ironizó dejándola en el suelo.

—No, quédate, porfa, quédate un rato.

Se sentó en la silla y la niña en su regazo. Me intrigaba saber cuántas veces la había visto y se lo pensaba preguntar cuando nos quedásemos solas.

—¿Y ese ramo? —pregunté.

—De todos los compis. Te lo iba a dar... —no dijo el nombre, pero señaló con la cabeza a Emma y lo comprendí perfectamente—. Pero mejor que te lo dé yo.

—Sí, tienes razón. ¿Has venido sola?

—Bueno, con Samuel. Está abajo. Ahora subirá.

—Está bien.

Oímos dos toques en el cristal y vimos a Martín venir a por su niña.

—Venga cielo, que papá está aquí. Ve con él.

—¿Mañana podré venir?

—Pregúntaselo a tu padre. Es él el que manda.

—Vale. Adiós tita Alba —le dio un abrazo—. Adiós Carlota —se subió a la cama y me dio un beso en la mejilla.

Salió corriendo de la habitación. Martín y yo nos cruzamos una última mirada. Pude leer en sus labios un ‘te quiero’ y ver como en sus ojos se había posado un velo de tristeza.

—Niña, ya me estás contando que es este mal rollo, ¿eh?

—Su maravillosa discográfica está detrás de mi accidente. Me manipularon los frenos y me embistieron por todos lados.

Alba abrió la boca de par en par y me miró llevándose las manos a la cabeza.

—¡¿Qué?! —soltó alargando la ‘e’.

—Shh... no grites que estás en la UCI de un hospital, loca.

—Es que es muy fuerte. Hanna, Eusebio... ¡*Producción musical!* Tu anterior discográfica te ha estado a punto de quitar la vida.

—Hanna le envió una carta a Martín diciéndole que no era su intención hacer tanto daño. Que solo quería asustarnos.

—Pues le vino de un paso que no traspasaras porque hija, entraste en parada cardíaca, no sé si lo sabías.

—No. Ahora solo falta esto, más disgustos.

—¿Lo perdiste, verdad?

—¿Te lo ha dicho Martín, no?

—Sí. He estado hablando con él. Está muy arrepentido. No quería contarme el motivo, pero ahora que lo sé, lo entiendo perfectamente. Te debes haber cabreado un montón.

—Más que cabreada, estoy dolida. Y más sabiendo que esa gentuza estuvo aquí, que lo oí.

—Oh dios mío... que desmadre de gente. Yo flipo... ¿Y Martín qué opina de tu gran enfado?

—¿No has hablado con él, dices? Pues se lo preguntas porque yo no lo quiero ver —respondí secamente —me duele todo, Alba. Llevo menos de doce horas despierta y no he parado de recibir palos por todos lados. Yo no quería esto. Sabía que tendría problemas y frentes abiertos, pero... ¿Tantos?

—Martín está dolido con lo del aborto.

—Me equivoqué. Lo sé, se lo tendría que haber dicho primero a él o ir al médico de cabeza, pero no me salió. Habíamos peleado y tenía trabajo. Tía, que me dormí antes de ir a ensayar y sabes como soy con la puntualidad. Se me cayó el mundo encima cuando vi la mancha en las sábanas.

—¿Te has olvidado de algo?

—No. Hasta te podría asegurar a la perfección el tramo de carretera donde tuve el accidente. Imagínate si recuerdo las cosas.

Nos quedamos en silencio. En ese intervalo de tiempo apareció Samuel. Se apoyó en la pared de enfrente de mí.

—Martín me lo ha contado todo —anunció.

—Ya, lo temía. ¿Qué más quieres saber?

—Tu versión.

Entre Alba y yo se la explicamos. No varió demasiado a la de Martín.

—Conclusión: estás dolida, os sentís culpables y le has reprochado tantas cosas que ahora no quieres saber nada de él —asentimos poco convencidas—. Pues que sepas que va a luchar.

—Que luche, pero es una batalla perdida. Lo nuestro no puede ni podrá ser nunca.

—Esto no lo sabes. Ahora porque ha pasado lo que ha pasado, pero si no hubiese pasado estaríais juntos. ¿Me equivoco?

—No sé —musité—. Sister, entiende que la discográfica está detrás de este accidente y que él no ha roto todos sus lazos por mucho que me diga que sí.

—Las cosas no son tan sencillas, Carlota. Y en el amor menos...

—¿No estás bien con Paula? —su mujer.

—Como le dije a Alba, no es oro todo lo que reluce. A partir de ahí, te dejo que hagas volar tu imaginación. Pero no estamos hablando de mí, sino de ti y de Martín.

—Sois un par de cabezotas —intervino Alba.

—Vaya, gracias —ironicé—. Pensaba que estabas de mi lado.

—No estoy del lado de nadie. Solo quiero que se arregle la situación. Simplemente esto. Compréndelo.

—Tiene razón. Ahora mismo tienes que recuperarte y yo creo que con Martín será más fácil.

—Martín se va a América en tres o cuatro días. ¿Qué quieres que haga, eh?

—Eso no lo sabía.

—Lo que piensa de mí no es bueno, y lo que yo pienso de él, en estos momentos, tampoco lo es.

Reclamaron a Samuel del trabajo y tuvo que dejarnos solas otra vez. Suspiré fuertemente y bebí un poco de agua. Alba me miró con una mezcla de ternura y pena por la situación que estaba atravesando.

—¿Cuándo pensabas contarme que conocías a Emma? —me interesé.

—¿Y tú qué teníais tan buen rollo?

—He preguntado primero, merezco respuesta primero.

—Pues la conozco desde que era un bebé. Con Martín siempre me he llevado bien. No te sorprendas. Sofía también la conocía de antes. Ambas te hemos hablado de ella y tú no escuchabas absolutamente nada. Has estado once años callándote lo que de verdad sentías. No te digo que no hayas podido querer a Javi o al resto, pero como amas a Martín, no lo has hecho nunca. Me revienta que te estés engañando a ti misma fingiendo que no lo ves, porque es obvio. Os amáis. Lo sé yo, lo sabe Emma, Sofía, tú y el mundo entero.

—El amor no es una cosa simple, Albita. Tú ahora lo ves todo bien porque tienes a alguien al lado que vale la pena. Lo mío con Martín no tiene continuidad ni solución. No mientras los señores esos tan majos de *Producción musical* estén por detrás machacándolo y a él le dé miedo enfrentarse a ellos. No se enfrentó hace once años, menos ahora que ya es un artista más que consagrado.

—Yo he visto los contratos rotos. Andrés me los enseñó y Sofía te lo asegurará. Que hay muchas trifulcas de por medio, no te lo negaré, pero tienes que luchar. No puedes rendirte antes del primer paso. ¡Carlota, reacciona, no seas cobarde! ¡Qué lo amas más que a tu vida!

—Quiero descansar —musité.

—Te lo compro por ahora. En un mes cuando estés recuperada, esta excusa no me la tragaré. Vengo mañana y piensa, por favor, piensa seriamente en lo que te hemos dicho todos hoy. No seas boba, por favor. No quiero verte sufrir más. No te lo mereces. Ni tú ni Martín —me dio un beso en la mejilla—. Hasta mañana miss Rivera.

Me sacó una sonrisa con aquel apodo, pero la alegría se desvaneció cuando volví a quedarme sola en esa sosa habitación solamente animada con el toque de color de los dibujos de Emma.

“¿Y ahora qué?”.

Si os soy sincera: no tenía ni idea.

Martín

Carlota había despertado y no quería saber nada de mí. Nos habíamos engañado mutuamente y nos estábamos haciendo daño, pero a la vez no quería alejarme de ella. Iba a luchar, a recuperar ese amor que tanto nos había embriagado en un pasado y a hacerla feliz.

—Es que si no fuera por este accidente estaríamos juntos —le relaté a Samuel la aventura que había vivido con Carlota y todas sus palabras.

—¿Y si la voy a ver?

—No la convencerás. Para ella lo nuestro ha acabado y no hay vuelta de hoja.

—Martín, tampoco puedes pedir que el primer día después de despertar esté fresca como una rosa. Ha estado diez días en coma, se comprensivo por esa parte.

—Lo entiendo, pero se ha rendido y yo también.

—Papá, es que eres tonto —saltó Emma dejando su cuaderno de dibujo sobre la mesa—. ¿Cómo puedes dejar perder a Carlota? ¿Es que no lo ves? Déjala unos días que piense y vuelve a la carga. ¿En serio te vas a rendir? ¿Vas a buscar a otra como Hanna? ¡Hay que ver como sois los hombres! —dicho esto, se levantó y se marchó al baño.

—Tu hija es mi ídolo, te lo juro. ¿De quién ha aprendido?

—No sé, pero he quedado flipando —admití visiblemente alucinado.

—Tiene mucha razón.

—Es muy lista, más que los adultos. Ve las cosas muy rápidamente.

—Igualmente, voy a ver a Carlota.

—No la saques de quicio.

—Con Pol no soy el mismo que solo —ironizó.

“A veces eres peor”.

Me llevé a Emma a un parque cercano. La vi disfrutar columpiándose con una niña de su edad con la que entabló conversación y rato de juegos sin conocerla previamente. Me senté en un banco y crucé los brazos, pensando seriamente en mi relación con Carlota. Necesitábamos tiempo. Me sentía traicionado porque confió antes en una amiga que en mí para explicar lo del aborto. Suspiré fuertemente. Necesitaba luchar y ser feliz. Demasiadas penurias llevaba ya a mis espaldas, demasiadas oportunidades fallidas como para tener otra más. Suspiré mirando al cielo. Tantos días rogándole a Dios que despertara y me encontraba frente a mí un panorama totalmente opuesto al que hubiese deseado. Un trueno a la lejanía me advirtió de la llegada de tormenta. Otra tormenta más que no dejaba paso a la calma.

—¡Emma! —la llamé—. Venga, vayamos a casa —se acercó a mí. La abrigué correctamente.

—Papá, ¿podemos ir a decirle adiós a Carlota? —me pidió haciendo un puchero. Anda que no sabe de qué forma ablandarme...

Me costó aceptar su propuesta. No era mi intención ver a Carlota, pero por mi niña daría la vida y, para que mentir, me moría de ganas de ver a mi luna. Subimos a la planta de la UCI y nos sorprendimos al no encontrarla en su habitación.

—¿Se ha ido? —preguntó inocentemente mi hija a una enfermera.

La agradable mujer, a la que ya había encandilado durante toda la semana, nos informó que Carlota había sido trasladada a planta hacía media hora. La seguimos hasta la nueva habitación.

—Papá, ¿Habrán colgado los dibujos? No me gusta este sitio, no tiene ventana y no la podemos ver —se quejó Emma.

—¿Sabes qué significa que esté aquí? —me agaché a su altura.

—¿Qué? —cruzó los brazos, incrédula.

—Que se pondrá buena.

—Pues a ver cuándo ligas con ella, ¿eh? —me golpeó con picardía el brazo y dio dos toques a la puerta.

Parpadeé atónito ante esas palabras. ¿De qué habrían hablado con Carlota y hasta qué punto había escuchado las conversaciones de los adultos? Como nadie respondió, Emma entró en la habitación desbordando vitalidad. Lo primero que hizo, antes incluso de mirarla, fue comprobar que habían colgado los dibujos. Efectivamente, sí, estaban ahí.

—¡Carlota! —gritó acercándose corriendo a la cama.

Carlota estaba leyendo una revista de moda con el rostro triste y apagado. Emma se subió a su lado y le dio un abrazo.

—¿Estás mejor? ¿Qué lees? A ver, a ver —se acurrucó a su vera para observar las modelos de las coloridas páginas de aquella publicación.

Quedé ligeramente relegado a un rincón viendo la bonita estampa de las dos mujeres de mi vida. Carlota me miró de soslayo y movió los labios para pronunciar un ‘hola’ aunque se le formó un nudo en la garganta que le impidió hablar. Me apoyé en una pared observando y escuchando como Emma le hablaba sobre cada look de la revista. Carlota la oía, pero su mirada hablaba por

si sola: su mente volaba hacia otro destino. Tocaron a la puerta y entraron tres personas. Se paró la respiración al ver a Javi, su ex, acompañado de Sofía y Andrés. Carlota soltó un grito ahogado al verse en esa encrucijada: Emma, yo, el ex y los tortolitos. Saludó educadamente y Javi se le acercó a dar dos besos flipando con la imagen de las chicas leyendo juntas y yo enfrente. Sofí se llevó una mano a la frente.

—Pensaba que estabas sola.

—Ya ves que no —ironizó Carlota.

—Emma, cielo, vamos que se está haciendo tarde —pasé por el lado de Andrés—. Esta me la pagas —le susurré al oído.

—Nos lo hemos encontrado afuera, tonto. Te vas a tiempo, ahora viene su chica. Te acompaño abajo.

Emma abrazó a Carlota y a Sofía, saludó al ‘desconocido’ y saltó a los brazos de su tío. Nos encaminamos los tres hacia la salida.

—Yo qué sabía que esa habitación fuese tan reclamada. He alucinado cuando lo he visto. Es majo, pero tío, que sorprende, ¿Sabes? —se excusó Andrés.

—¿Sofía hace vida aquí, no?

—Sí. Y tú no te hablas con Carlota, ¿verdad? —me encogí de hombros gesticulándole que callase—. Haz algo, se te acaban los días y su paciencia tiene un límite.

—Algo pensado tengo.

—Ya me contarás.

—Tú también cuéntame como la ves ahora que no estoy.

—Cuenta con ello. Emma, ¿Me das un beso? —mi niña obedeció y ambos nos fuimos a casa.

Enchufé la radio para hacer el trayecto algo más ameno. Sonó una canción de Charlotte y dirigí mi mano al equipo para cambiar de emisora.

—¡No! —me frenó mi hija—. No cambies, que esta canción me gusta.

La escuché tararear y bailotear al ritmo de la melodía. Una ligera sonrisa se me dibujó en el rostro. Esa relación que habían establecido me estaba conquistando el corazón. Cuando llegamos a casa preparé la cena y la mandé a la cama pronto. Estaba agotada. Me fui a mi habitación y cogí un par de folios. Tenía claro lo que iba a hacer, aunque fuera el último pedazo de mi relación con Carlota que quedase por derribar. Le escribí una carta. Habíamos estado carteándonos todo noviembre bajo un pseudónimo. Esa vez daría la cara. Buscar las palabras adecuadas me costó, pero las encontré. Doblé los dos papeles y los introduje en un sobre. Andrés me llamó.

—Dime, ¿Qué ha pasado? —pregunté con nerviosismo.

—Poca cosa. Digamos que me ha sorprendido que no te saludase y he entrado en trance.

—¿Quién? ¿Carlota?

—No, mira, el vecino del cuarto —ironizó—. Claro, Carlota, es que de verdad... sois muy tontos. No ha ido mal. Tampoco es que hayamos hablado mucho, la situación se ha vuelto un poco tensa con la llegada de la novia de... ya me entiendes. Es estilo Hanna, aunque se la ve más humilde.

—¿Y? No quiero oír hablar de esa en mi vida. Me ha quitado lo que más quería casi.

—¿Sigues pensando en mandar el billete?

—Sí, sí, pienso hacerlo mañana mismo —aseguré convencido—. Ahora lo que más necesito es descansar. Necesito pensar y dormir. Demasiadas emociones ha habido hoy.

—De acuerdo, nos vemos.

Colgué y me tumbé suspirando. Carlota sería una batalla dura contra la que luchar, pero había

nacido para las aventuras y lograría volver a entrar en su corazón y reconstruirlo.

Capítulo 24

11.12.2017

Carlota

—¡Qué no! —me negué por cuarta vez —¡Qué no pienso leer esto!

—Carlota... haz un esfuerzo —me pidió Sofia con una paciencia extrema.

—No, coño. Estoy harta de oír desgracias y mentiras.

Sofia suspiró, dejándose caer en el sofá de la habitación. Era lunes y por tercer día consecutivo intentaba hacerme entrar en razón para leer la carta que me había escrito Martín y que Andrés me había traído el día anterior. El sobre seguía intacto, reposando en una mesa. El rubio se había marchado a América sin despedirse de mí. Sinceramente, no me importaba. Ya todo me daba igual. La recuperación se me estaba haciendo dura por el simple hecho de las dificultades en caminar y la frustración de saber que todavía me quedaban días para mejorar mi estado físico. Del emocional mejor no hablo, ese era irreparable por el momento.

—Bueno, ya no insisto más. ¿Quién te puede hacer entrar en razón?

—Nadie, absolutamente nadie —aseguré tajantemente—. No me mandes ni a mis padres, ni a mi hermano, ni a tu novio, ni a Alba, ni a nadie. ¿Me entiendes? Na-di-e —repetí silábicamente.

—Vale —aceptó resignada—. Luego no me vengas llorando si lo ves con otra Barbie de plástico.

—Como si va con cuatro. Me da igual.

—Si lo leyeses, te replantearías muchas cosas.

—¿Te la has leído?

—Sí —confesó con la boca pequeña —Ojalá Andrés fuera igual —hizo una pausa—. Es mejor —se rio sola contagiándome levemente—. En fin, yo no puedo hacer más. Me voy a trabajar. Vuelvo por la tarde —me dio un beso en la mejilla y me susurró al oído—. Piénsalo. De verdad, tu calidad de vida mejoraría a su lado.

Se fue cerrando la puerta a su paso. Suspiré fijándome en los dibujos de Emma, la pequeña niña que me había conquistado el corazón. No la veía desde el viernes, que Andrés la trajo un rato. Su padre no apareció. Durante el fin de semana pasaron por el hospital compañeros de profesión, de la academia, mi familia y mis exsuegros, tanto los padres de Martín como los de Javi.

“¿Qué hago con ese sobre? ¿Es cierto lo que dice Sofia? Es que yo ya no puedo sufrir más por amor y menos sabiendo que *Producción Musical* sigue acechándolo por mucho que se hayan roto contratos. Por su culpa estoy aquí y era su discográfica, los que nunca le han deseado el bien. Uf... dicen que mezclar vida profesional y personal es un error. Ay... ¿Qué hago?”

Interrumpiendo mis pensamientos, tocaron a la puerta y entró Javi. Venía solo. Me dio dos besos y se quedó apoyado en la mesa donde había la carta.

—¿Qué es eso? —me encogí de hombros.

—Ni se te ocurra abrirlo.

—Tampoco era mi intención —se colocó a contraluz para intentar descifrar que había en los

papeles—. ¿Es de Martín, no?

—Sí.

—¿Por qué no lo lees? Tranquila, Sofia ya me ha puesto al día —dijo con sorna.

—Una, deja de ir de gracioso por la vida, dos, dile a Sofia de mi parte que si te ha mandado para convencerme lo tiene crudo.

—Carlota, es por tu bien.

—Me cago en la leche, mira que sois pesados. Trae ese sobre —le espeté malhumorada.

—Voy a buscar un café mientras lees —me lo tendió y se fue.

Abrí la carta y ordené los dos papeles escritos por ambas caras. Indiscutiblemente era suya. Suspiré y comencé la lectura.

Mi luna, mi otra mitad.

Dicen que en esta vida solo se ama una vez y la verdad, llevan toda la razón. Solo te he amado a ti y en este tiempo de reencuentros, volviéndote a ver once años después, me he dado cuenta de que no te he olvidado. Estás más guapa incluso. Tus rasgos aññados y tu dulce sonrisa siguen intactos, continúas riéndote con la misma inocencia que cuando eras una adolescente. Hoy intentas reconstruir tu vida de la forma más valiente que puedes, pero te cierras en banda conmigo. Después de todo lo ocurrido, lo comprendo y no me merezco ni una mirada tuya. Aun así, te quiero porque eres maravillosa y me gustaría saber si ese sentimiento es recíproco.

Te escribo porque quiero pedirte perdón. Soy un cobarde por no decírtelo a la cara, pero más vale tarde que nunca, aunque sea de esta forma. Siento de corazón todo el daño que te causé, todas las discusiones, preocupaciones y mi forma de decirte adiós y abandonarte cuando mejor estábamos. Me fui sin darte explicaciones y tú sufriste lo que no está escrito. No era mi intención. Yo quería seguir, crecer juntos, casarnos, formar una familia y estar a tu lado hasta envejecer. Quería morir a tu lado. Hoy, tanto tiempo después me estoy dando cuenta que estos sentimientos no han cambiado. Siento también este accidente. Si hubiese cortado de raíz con la discográfica tiempo atrás, ahora seríamos felices como éramos hace quince días.

Quiero volver a despertarme por las mañanas con un gruñido malhumorado que se transforma en sonrisa después del primer beso, a escucharte cantar, a ver ese brillo en tus ojos, la ilusión por realizar lo que te gusta, a oírte canturrear mientras te desenvuelves entre fogones, a abrazarte durante una película de terror, una noche de tormenta o simplemente tumbados en la cama hablando de nuestras cosas. Sueño con poder besarte en cada amanecer, a amarte cada noche como si fuera la última, a viajar a todos los sitios que fantaseamos y que jamás llegamos a visitar, a sorprenderte con una cena romántica, un ramo de flores o una escapada a la playa.

¿Te has preguntado nunca cuánto vale la felicidad? ¿La has conseguido? Yo no. En la cara de otras mujeres vislumbraba tu rostro y tus ganas de vivir la vida. Te comparaba con ellas y no hubo una que llegase a tu altura. ¿Sabes por qué mis relaciones posteriores a ti han fracasado? Porque no eras tú, sencillamente esto. Tú eres distinta a ellas y mejor. Aceptabas mis defectos y mis virtudes, me amabas a pesar de mi inmadurez, te reías de mis payasadas, me acompañabas sin necesidad de ser el centro de atención. Eres única, Carlota.

Tu belleza, tu discreción, tu humildad, tu cordura, tu locura, tu generosidad, tu alegría, tu honestidad y, sobre todo, tu personalidad es admirable. Me acuerdo de ti como si no hubiese pasado el tiempo. Eres un ángel y me arrepiento de no haber sabido valorarte en su momento porque ahora me pregunto, ¿Qué sentimientos te depara mi persona? ¿Me guardas rencor? ¿Me

has perdonado? ¿Me darías otra oportunidad? Me merezco que me tengas rencor, te lo hice pasar muy mal, pero si me das otra oportunidad, te prometo que todo cambiará. Te daré todas las explicaciones que necesites y no te engañaré ni en temas de la discográfica ni en temas personales. Me encantaría desvelarme nuevamente con tu cabeza en mi pecho, con unas sábanas revueltas por la pasión, verte ronronear porque prefieres quedarte a pasar una mañana conmigo en casa y no trabajando, tomarte el café con los ojos cargados de sueño y vestida con una de mis camisetas, hacerte cosquillas y reír hasta llorar, amarte como solo nosotros sabemos, recorrerte el cuerpo a besos día y noche, dar un paseo de la mano sin importarnos el qué dirán o unas fotografías en una revista, volver a sentirme comprendido con solo una mirada, cuidarte cuando enfermes, animarte en los momentos de bajón, abrazarte con fuerza y susurrarte al oído cuánto te quiero y lo guapa que estás a cada minuto.

Sé que están siendo unos días duros y que me moleste lo del aborto, pero quiero estar a tu lado para superarlo juntos. Ya no sé si lo nuestro tiene futuro, solo sé que, digas lo que digas, decidas lo que decidas, lo respetaré. Si piensas que esto es un punto final, quiero que seas feliz, Carlota. Búscate a un hombre que valga la pena, seguro que lo encuentras, y seguro que es mejor que yo. Si por el contrario decides pensar en lo nuestro y quizá volverlo a intentar, prometo no fallarte jamás y acabar todos los líos que tengo a medias con Producción Musical y con la vida en general.

No sé qué sientes ni si querrás oír mis disculpas. Por eso te escribo. He pasado noches en vela llorando de rabia por haberte dejado escapar y me parece que he adquirido suficiente experiencia para afrontar la realidad a pesar de ser a medias.

¿Crees que sería posible? Quizá estoy pidiendo un imposible, pero piénsalo bien... ¿Por qué nos hemos reencontrado ahora? ¿Tendrá algo que ver el destino? Recuerda que tú eres mi luna y espero volver a ser tu sol. Esto es un eclipse que nos une con los astros alineados en perfecta línea recta y alguien ha querido que hoy yo, el que un día fue estúpido dejándote perder, esté escribiéndote esta carta. Espero tu respuesta. Te amo,

Martín.

Acabé de leer la última palabra de forma borrosa, las lágrimas se agolparon en mis párpados preparadas para descender por mis mejillas. No impedí que se quedaran estancadas ahí, les dejé camino libre para pasearse por mi cara sin freno durante unos minutos. Javi volvió a aparecer cuando me secaba el último rastro de llanto.

—Toma, te he traído Kleenex por si los necesitabas —depositó una caja a mi regazo—. Como sabía que acabarías así...

—¿Sofía otra vez? —pregunté incrédula con la voz rota.

—Me ha contado algo y si quieres mi opinión... yo de ti le daría una oportunidad. No enseguida, hazte la dura como hiciste conmigo —sonreí ligeramente—. Pero bueno, allá tú. Siempre has ido por libre.

—¿Tú sabías que *Producción Musical* estaba detrás de todo esto, no?

—Sí, digamos que se ha hecho público.

—¿Qué? —abrí los ojos como platos.

Se sentó a mi lado en la cama y me mostró un comunicado de prensa firmado al nombre de Martín Rivera donde dejaba de vuelta y media a la que había sido su discográfica y explicaba claramente quienes estaban detrás del ‘grave accidente que por poco nos arrebató a nuestra gran y bella Charlotte’.

—Joder —murmuré sorprendida —no me lo creo...

—Carlota, encontrarás a pocos como Martín y que te lo diga yo... Mira, tampoco es plan de ir a saco, pero piensa bien lo que quieres con él y cómo manejar tus sentimientos. Luego quizá seas feliz otra vez.

—¿No crees que es un poco inverosímil que tú y yo estemos hablando de esto?

—Sí, pero más inverosímil fue el viernes encontrarnos todos aquí. Flipé con la niña.

—Ya... es encantadora —sonreí al pensar en Emma—. Y tu chica es muy maja.

—Ya. Chloe es muy simpática —miró la hora por el móvil y se levantó—. Me voy. Vendré a verte durante esta semana. Espero que pienses y te aclares.

—Lo haré —nos dimos dos besos—. Me ha ido bien hablar contigo.

Al volver a quedarme sola, releí la carta y volví a llorar lo más grande. Quizá hablar con Martín y pensar en opciones de futuro sí era una buena idea...

‘Cuando vuelvas, pasa por el hospital. Necesito hablar contigo. Un beso, Carlota’. Ese fue el mensaje que le envié a Martín. No tardó en contestarme afirmando que tan solo bajar del avión, estaría allí conmigo. Ahora solo faltaba pensar como encajar y dirigir la situación. Todavía tenía unos días por delante... y necesitaba reflexionar demasiado.

Capítulo 25

18.12.2017

Martín

Pisé Madrid lleno de nervios e inquietud. En Barajas me esperó una multitud de reporteros para que hablara sobre el comunicado que había publicado donde mi discográfica no quedaba precisamente en buen lugar. No di ninguna declaración al respecto, solo afirmé que esa era la verdad, sin trampa ni cartón. Me presenté en el hospital cuando las horarias marcaron las seis de la tarde. Subí por las escaleras viendo la demora del ascensor. Cuando llegué enfrente de la habitación, me detuve unos segundos sin saber qué me depararía aquella visita. Me quité la chaqueta y me coloqué correctamente el cuello de la camisa. Respiré hondo y di tres suaves toques de los cuales no obtuve respuesta. Entré sigilosamente. Carlota estaba despierta, leyendo un libro cuyo título ahora no recuerdo. Era lo de menos, lo importante era verla y observar que estaba progresando en su recuperación. Tanto había mejorado que según Alba ya caminaba sin dificultad alguna casi. Levantó la vista del papel cuando pronuncié un simple ‘hola Carlota’.

—Hola —curvó los labios ligeramente hacia arriba para mostrarme una leve sonrisa, aunque fue imperceptible.

—¿Cómo estás?

—Mejor. He pensado mucho y bueno, por eso estás aquí, ¿no?

—Tú me dijiste que viniese.

—Necesito darte la contestación a tu carta.

—¿Te la leíste al final?

—Sí, porque todos estaban muy pesados con que la leyese. Y... no voy a negarlo... quería leerla —confesó con timidez—. Siéntate, por favor.

Me senté en la silla de al lado de la cama. Apartó el libro de su alcance para no caer en distracciones y respiró profundamente tres veces. Se retiró un mechón de pelo de la cara y me miró. Su mirada estaba apagada, pero seguía igual de preciosa.

—Martín... yo... yo no sé qué decir. Me había planeado lo que te iba a explicar, pero es que desmontas mis esquemas. Yo solo quiero ser feliz sin complicaciones. Quiero estar a tu lado, pero mientras *Producción* esté detrás de esto, no quiero nada estilo relación. Por otra parte, no quiero que te alejes de mí, quiero poder tener a alguien al lado con quien mantener una conversación y que me sorprenda un día diciéndome que está libre de cualquier atadura respecto a esa gente. Espero que aceptes lo que he decidido.

Me decepcioné un poco, sinceramente, pero estaba dispuesto a luchar y a que no bajara del mismo barco que yo, empezando por lo que le propuse a continuación:

—Yo te entiendo, y entiendo que ambos nos hemos mentido mutuamente con temas varios y es justo que quieras ir despacio, pero tienes que aceptar tú también algo.

—Miedo me das —arqueó las cejas.

—Cuando salgas quiero que te vengas a mi casa —negó con la cabeza—. Carlota, tú dices que de momento nada y lo acepto, tengo habitación de invitados, pero necesitarás a alguien que te

cuide y te anime, que mejor que Emma y servidor. Luego ya se verá lo que ocurra entre nosotros, pero nos necesitamos y aunque sea como amigos, nos vamos a apoyar. ¿Vale?

Se lo pensó unos segundos que me parecieron interminables y aprobó las condiciones.

—Además piensa que hay algo que tenemos que superar juntos y es lo del aborto.

—Estoy bien, de verdad —aunque su rostro denotara lo contrario—. Algo tocada y amargada de tantos días aquí, pero no me puedo quejar. Estoy viva.

—Me gusta la percepción con que te estás tomando esto. Estás aburrida, porque se nota, pero intentas vencer al enemigo y es admirable. Vas a estar genial en pocos días.

—Voy a grabar el especial navideño del programa.

—¿Qué? —me escandalicé —¿Carlota, estás loca! ¿Cómo quieres ir a grabar? Te estás recuperando de un accidente, no puedes hacer esfuerzos.

—Mira que no acepto tu plan, ¿eh?

—Vale, entiendo que quieras volver a activarte, pero con moderación, ¿Vale?

—Sí, pesado —me reí ligeramente—. Voy a ir con cuidado. ¿Cómo anda el tema de fin de Año?

—Si no vienes, no va a haber Fin de Año.

—Confía en mí que el 31 estoy fuera de aquí y antes también.

—Espero que Torla te guste, tengo fe en que será una Nochevieja mágica.

—Yo también —nos miramos intensamente. Miradas que ansiaban algo más que una relación amistosa.

Carlota fue la primera en desviar la vista de mí, girando la cabeza hacia la ventana. Ya comenzaba a oscurecer. Nos quedamos unos minutos en silencio, sin saber qué decir.

—¿Cómo... cómo te ha ido por América? —se interesó.

—Bien —respondí bastante convencido—. Aunque no era el mejor momento para irse, sinceramente.

—Me sorprendió lo del comunicado.

—¿Te molestó? —pregunté incrédulo.

—No, de hecho, gracias por hacerlo. A ver si de esa forma la sociedad comienza a no meterse tanto con nosotros.

—Somos Charlotte y Martín Rivera, vamos a ser el blanco de la diana siempre.

—Ya, pero también somos Carlota y Martín a secas y tenemos unas vidas privadas que manejar a nuestro antojo, no al antojo de cierta gente.

—Tienes razón... —volvimos a cruzarnos una intensa mirada—. Siempre la has tenido y pocas veces te he escuchado.

—Éramos unos críos, íbamos por libre.

—Bueno eso de libre es relativo porque ya sabes quién estaba detrás.

—¿Por qué no cambiamos de tema? Parece que en vez de a Roma, todos los caminos vayan a esa gente que se cree que puede manejar una discográfica sin saber la escala musical.

—Es verdad —admití—. ¿Ves? Siempre tienes razón —sonrió levemente.

—¿Cómo te ves dentro de diez años? —preguntó en tono filosófico.

“¿Y esa pregunta?”

—No sé... espero que haciendo lo que me gusta de forma más liberal y con alguien al lado que me comprenda y me quiera tal como soy, es decir tú. Y quien sabe... con un hermanito para Emma —volvió a mostrar una ligera sonrisa—. Y tú, ¿cómo te ves?

—Tampoco lo sé. Espero que siendo feliz. El resto me da igual. Si soy feliz, todo lo demás

funcionará. Ahora estoy tocada y nada rueda, dentro de un tiempo tengo la esperanza en que podré sonreír sin que me duela, finja o sea una sonrisa tan inexpresiva que más vale no hacerla.

—¿Por qué preguntas?

—Porque estos días he pensado mucho sobre estos temas y sinceramente, no sé ni cómo estaré mañana.

—Hombre... bien, digo yo, ¿no?

—Ojalá.

Volvimos a enmudecer. Me atreví a acariciarle la mano lesionada. Solo asomaban sus dedos. Nos miramos con ternura.

—Carlota...

—Dime Martín.

—¿Me dejas... me dejas quedar aquí esta noche? —pedí con una vergüenza extrema.

—Si quieres...

—Claro que quiero.

—No me hago responsable de tu dolor de espalda mañana. Mi madre dijo que el sofá era muy incómodo.

—Bueno, en peores sitios he dormido.

“Y para estar contigo dormiría donde fuera, aunque fueran piedras”.

Restamos bastante callados lo que quedaba de tarde. Estuvimos mirando la tele. Cuando fue hora de cenar, bajé a la cafetería a buscar un sándwich. Carlota cenó un caldo de pollo que no me despertó precisamente el apetito, carne a la plancha que parecía un trozo de plástico a simple vista y un yogur que era lo único rico. Probó la sopa y a las cuatro cucharadas, dejó de comer.

—Come un poco anda —le dije.

—No me gusta.

—Y mira que tú comes de todo...

—Martín... —me miró incrédula.

—¿Qué?

—Esto ha sonado fatal —nos reímos más abiertamente que veces anteriores—. Ahora en serio, ya sé que nunca tengo problemas en comer, pero esto es incomedible.

Solo se terminó el postre. Cuando la enfermera le retiró la bandeja, no sin antes repasarnos de arriba abajo, la miré. Se había tumbado correctamente.

—¿Estás cansada? —le acaricié la mejilla.

—Sí —suspiró—. Es por culpa de la medicación.

—Descansa luna —una nostálgica sonrisa invadió su rostro antes de caer en un profundo sueño.

Cambié la luz por una más tenue que no la molestara. Me quedé mirándola unos minutos, pensando en todo lo que nos acechaba. Nos esperaban unos días de recuperación en los que no me iba a alejar de ella. Ahora que Hanna andaba en Colombia y Eusebio estaba puesto a disposición judicial, el peligro se había rebajado y podía centrar más atención en la preciosidad que descansaba plácidamente a mi lado. Solo quedaba lidiar con los otros directivos y que me desligaran por completo de *Producción Musical*. La observé embobado. El accidente no le había quitado pizca de elegancia, belleza o cualquier rasgo característico suyo. Me acerqué a la cama y le di un beso en la mano, agarrándosela con dulzura. Susurré un ‘gracias’. Gracias a dios por haberla hecho despertar, a la virgen por haber escuchado mis plegarias y sobre todo gracias a ella por haberme dado esa oportunidad, aunque fuera con alguna condición podía volver a tener una

charla con ella, ver sus ojos, reconstruir su alma y su corazón, hacerla reír y contribuir en su recuperación y lo más primordial y con lo que ya me conformaba era con tenerla al lado. Le di un último beso, esa vez en la mejilla y me dirigí al sofá. Me quité los zapatos y la camisa. Me tapé con una manta y ahuequé el cojín para tener un poco de comodidad. Después de unas cuantas vueltas, contar 300 ovejitas y quedarme quieto con los ojos cerrados, pude dormirme.

Parecía una noche normal en el corazón de la península. Madrid descansaba antes de unas fiestas de Navidad que se nos presentaban a la deriva y sin planes concretos. En el hospital reinaba el silencio, afuera el frío era helador, en la habitación no se oía ni una mosca hasta que de golpe...

Comencé a escuchar movimiento por la cama de Carlota. No tenía el sueño muy profundo y esos ruiditos acabaron por despertarme. Abrí la linterna del móvil para no ir a oscuras y tropezarme con cualquier objeto que pudiera haber en el suelo. Apunté la luz hacia ella y vi que se movía frenéticamente, como si sufriera alguna pesadilla. Tenía la frente empapada de sudor y murmuraba un 'no' que fue aumentando de volumen, asustándome tremendamente. Quedé paralizado, sin saber cómo reaccionar ante tal situación. Se me encogió el corazón viéndola tan débil, intentando luchar contra algún monstruo nocturno que se hubiese formado en su mente. Me acerqué a ella y le acaricié la cara. Con los ojos cerrados intentó separarme, pero fui más rápido y logré inmovilizarla.

—Carlota... Carlota... —la llamé con un nudo en la garganta—. Carlota por favor reacciona.

Lentamente logró mirarme. Su mirada estaba teñida de pena, miedo y angustia. Me senté a su lado y la abracé con ternura.

—No me sueltes —susurró.

—Nunca te soltaré —le aparté un mechón de pelo rebelde.

Reposó la cabeza en mi regazo. Le pasé un brazo por el cuello y le fui acariciando la clavícula y la nuca con dulzura, consiguiendo así que volviera a pillar el sueño. A mí me costó más. Me atormentó el pensamiento sobre esa pesadilla. ¿Qué le ocurría a Carlota en sueños y cuál era la raíz de ese problema? ¿Quién estaba detrás de esa reacción? Solo se me pasaba una idea por la mente... y no era ni mucho menos buena.

Capítulo 26

19.12.2017

Carlota

Martín intenta zafarse de los brazos de ese hombre con la cara cubierta por un pasamontañas y que lo tiene retenido en este descampado cerca de un acantilado del Cabo de Gata. Es Eusebio, estoy más que convencida. Quiero acercarme, liberarlo de la presión que sufre por culpa de su jefe. No puedo, algo me lo impide. Estoy tendida en el suelo, me cuesta respirar, me duele el estómago. Me llevo una mano ahí y enseguida se me empapa de sangre. Miro a mi alrededor con dificultad, lo veo borroso. Una frondosa cabellera castaña, unas largas piernas y una mirada de víbora es lo primero que veo. Tiene un revólver en la mano. Hanna es la que me ha disparado. Solo soy capaz de pronunciar un 'no' repitiéndolo sin cesar: no, por la situación; no, por ver a Martín en tal peligro; no, por estar herida... nada sale bien. La colombiana se acerca a Martín y le apunta justo en el centro de la frente.

—¡No! —chillo al ver el disparate que va a cometer.

No tengo tiempo de ver qué hace. Mi cabeza y mi cuerpo caen para atrás y todo queda absolutamente negro.

*

Me incorporé rápidamente. Esa pesadilla me acechaba noche tras noche desde que había recuperado la consciencia. Los ojos se me inundaron de lágrimas al ver a Martín protegerme.

—Ya está... tranquila... —susurró cuando estallé en un frenético llanto.

Eran las cuatro de la madrugada, hora en la que siempre ocurría. Me abrazó con dulzura, ofreciéndome un refugio donde cobijarme. Gracias a él conseguí volver a pillar el sueño. La tranquilidad ofrecida fue tal que logré dormirme más calmada que días anteriores, donde la única persona que me había escuchado había sido mi madre y me infundió más nervios de los que ya padecía.

Me desperté debido a la luz que se colaba por las rendijas de la persiana. Martín volvía a estar en el sofá, dormido completamente. Tenía un brazo colgando y la manta apartada de su cuerpo. Se había quedado en ropa interior para dormir más cómodo. Lo observé unos minutos.

“Carlota... Carlota... soy tu vocecita interior. Deja de mirarlo tanto que lo vas a desgastar. Que no estés en el Prado para admirar una escultura ni una pintura”.

Maldito subconsciente. Siempre frenando mis impulsos. Me levanté sin casi dificultad y fui al baño. Al volver, Martín comenzó a desperezarse. Me senté en la cama y observé cada movimiento. Me miró y esbozó una tímida sonrisa que le devolví menos visible.

—¿Cómo has dormido? —pregunté para romper el silencio incómodo que se había creado en

escasos minutos.

—Bueno... —rodó la cabeza hacia un lado y hacia el otro—. Un poco chungas las cervicales, pero bien.

Unos toques en la puerta le advirtieron que no era buena idea ir en paños menores. Quien sabe qué pensaría la gente...

—Escóndete —le susurré.

Se escondió en el baño milésimas de segundo antes que la enfermera que me traía el desayuno entrara con un sonoro ‘buenos días Carlota’ que debió escuchar toda la planta y una bandeja con comida. Me hizo cuatro preguntas sobre mi estado, me informó de la visita del doctor una hora después y se fue. Martín salió del lavabo abotonándose la camisa del día anterior.

—Voy a buscar un café —me informó sin tan siquiera mirarme.

No tuve tiempo de contestar. ¿A qué venía ese cambio de actitud tan repentino? Parecía que cuando se había despertado estaba “normal” dentro de la situación. ¿Por qué había cambiado? Decidí no hacer caso a mis pensamientos e ingerir algo de comida. Con el apetito saciado pensaría mejor. Aunque no me dieron café, sí me tomé el zumo de naranja, comí el yogur y el pequeño cruasán. Martín subió al cabo de media hora discutiendo acaloradamente con Patricia por teléfono.

—Lo hago por la niña, pero ya verás que decepción se llevará cuando sepa que no estarás por Navidad ni en la función de la escuela —dicho esto, colgó.

Se tiró en el sofá con un café y un bizcocho de chocolate entre manos. Me lo miré apurando el zumo.

—¿Todo bien? —pregunté.

—Sí, pero Patricia se va hoy hasta el día dos de enero y me da pena que la niña no pueda pasar las vacaciones con su madre también.

No supe que responder. Me limité a asentir en silencio y a observarlo mientras comía. Ninguno de los dos se atrevió a hablar hasta que Martín rompió el hielo.

—¿Qué... qué ha sido lo de esta noche? —preguntó dejándome ver su angustia y su preocupación por lo ocurrido.

—Nada, no te preocupes —mentí evitando topar con su dulce mirada.

—Carlota... no sabes mentir —se levantó y se sentó en la cama.

Lo miré con temor. Me quebró toda fortaleza que pudiera mostrar. Me derrumbé enfrente de él. Como hizo por la noche, volvió a abrazarme con esa sensibilidad tan presente en cada poro de su piel y que tantas veces me había resguardado las noches de frío y tormenta.

—Puedes contármelo —murmuró contra mi pelo—. Me tienes para lo que sea. Estoy muy preocupado por ti, has reaccionado de una forma que no había visto nunca.

—Está bien —respiré hondo y me aventuré a explicarle mis pesadillas y sobre todo el contenido de estas.

Me escuchó embobado, secándose las lágrimas que resbalaron por mis mejillas de vez en cuando y prometiendo cuidarme cada vez que me ocurría.

—Martín... tienes una hija. Esta noche no quiero que te quedes, ve con Emma.

—¿Y quién te socorrerá cuando te ocurra?

—Pues yo solita. Mi madre lo hizo dos días, los otros días yo sola. Puedo con esto y más.

—Quiero que cada vez que te ocurra, me lo digas. Por WhatsApp mismo. Pienso llamarte.

—Martín, en serio, que no hace falta que hagas todo esto por mí —protesté con voz de niña—. Que a mis 30 tacos me sé valer por mí misma.

—Quiero hacerlo, voy a luchar para conseguir alegrar tu corazón —se fue acercando peligrosamente a mi cara—. Ah, y no tienes 30, tienes 38 —me dio un golpecito en la nariz con un dedo y se puso en pie de un salto.

Solté una exclamación de sorpresa y quise lanzarle una almohada, pero lo perdí de vista. Tenía llamadas que atender. Durante la mañana apareció Sofía sin Andrés. Se habían peleado por la noche y me montó un dramón igual que él se lo montó a Martín por teléfono. Su discusión había sido la cosa más tonta del mundo: Andrés no le escribió ‘buenas noches’ por WhatsApp. Dios... me puso más nerviosa que me lo explicara exagerándolo que el simple hecho.

—Mira, tira ya a disculparte porque eres más tonta...

—Habló la sabia —replicó—. La que se opone a mostrar sus sentimientos y a aceptarlos.

—Me cago en ti —le espeté al haberme tocado mi punto débil—. Lo mío es más difícil. Lo tuyo es pura tontería. Venga, te veo luego.

Martín volvió a entrar divertido por la discusión de novios que habían tenido nuestros amigos. También aparecieron Samuel, Rafa y Pol: el trío maravilla. Lo que me faltaba para empezar con alegría las fiestas: los tres graciosillos de la academia con Martín y yo en una habitación de hospital.

—¡My god! —exclamó Pol nada más vernos—. ¿Hasta aquí os escondéis? —se acercó a darme un abrazo y un beso en la mejilla—. Te veo mejor —me susurró al oído—. ¿Tiene él algo que ver?

—Va, déjalo —hablé en alto.

—Oye, comparte un poco, ¿no? —se quejó Rafa apartándolo de un manotazo para abrazarme.

—Ay mi malagueño lindo... —suspiré rodeándolo con mis brazos.

—A ver esas heridas de guerra —me pidió. Le enseñé la mano que seguía vendada y me aparté un mechón de la frente para que viera la cicatriz—. Estás ideal ya.

Samuel fue el último en abrazarme. Me miró y dio una cabezada. Nos comprendimos perfectamente. Él sabía de buena tinta la historia con Martín. Pasé un buen rato con los cuatro cómicos. Entre chistes, risas y anécdotas hicieron de ese mediodía algo más ameno. Tanto les gustó acompañarme, que comieron ahí y se mofaron de los macarrones mustios que me habían traído las enfermeras. A primera hora de la tarde apareció otro personaje: Marcos que, con su habitual forma de hablar, alucinó al vernos tan bien avenidos.

—Pero bueno —se llevó las manos a la cara—. ¿Un reencuentro sin avisarme? ¿Esto qué es? Uy, uy, los tortolitos en el mismo espacio sin haber una tensión sexual no resuelta. Ay Carlota... que mayores nos hemos hecho... mira que te traigo —me mostró un gran ramo de flores con dedicatorias de todos los compañeros del programa que compartíamos — Para que luego digas que eres ‘la nueva’ y no te cuidamos —bromeó.

—Muchas gracias —respondí emocionada.

—Niña... sí que andas sensible —me abrazó con ternura—. Tú tienes mucho a contarme —me susurró al oído—. ¿Y bueno, qué os trae por aquí? —preguntó al resto —Rafael tira para allá que quiero sentarme.

Martín en la silla, Pol en la mesa, Rafa, Marcos y Samuel en el sofá más apretados que sardinas en lata. Nuestro profesor les pegó un golpe en el muslo a ambos, mandándolos así prisa para responder.

—Ná... una visitita a nuestra Charlotte —respondió el andaluz.

—¿Quién ha llegado antes? —preguntó.

—Martín —afirmaron a coro Rafa, Samuel y Pol.

—Ay, que el no beso sigue activo —se animó.

—Y dale con el temita —soplé.

—Olvídalo —me miró Martín tiernamente—. Si él es feliz así, no se lo impidamos.

—¿Qué planes tenéis para fiestas? —se interesó Marcos.

Martín y yo nos encogimos de hombros, el resto sí tenía pensado pasar la Nochebuena con la familia y la Nochevieja con los compañeros.

—¿Sigue en pie, no? —preguntó Pol preocupado.

—Si la señorita está bien y preparada para saraos, sí.

—No te pases, que no sabemos ni donde vamos —repliqué.

—Carlota... sobórnalo con algún besito y luego me lo soplas —bromeó Rafa provocando una risotada general y una sonrisa en mi boca—. Va... que tampoco cuesta tanto. Si ya os besasteis en el juego de la última quedada.

—¿Qué? ¿Qué? ¿Qué? —se escandalizó Marcos poniéndose en pie como un rayo—. ¿Os besasteis? ¿Por qué no me lo dijisteis? Sois una panda de cabrones. Así que el no beso ya está en paz, ¿no? Ay, ay, que este reencuentro va a traer algún mini Martín y mini Carlota.

—Hala, hala —hablamos Martín y yo a la vez quitando hierro a sus palabras.

—No corras tanto Marquitos. Solo te digo que cuando hemos llegado, Martín ya hacía rato que estaba aquí —comentó Samuel.

—A ver... ¿No la puedo venir a ver un rato? —se defendió Martín.

—Llevas toda la mañana.

—Sam, cierra el pico —lo advertí poniéndome más roja que un tomate.

—Vale —bajó la cabeza fingiendo un puchero—. Pero sabes que tengo razón.

—Oye Marcos, ¿Te gustaría venir por Nochevieja con nosotros? —le propuso Martín.

—Si hay alcohol, buena música y diversión, me apunto lo que sea.

—Tú te apuntas a un bombardeo siempre —apunté.

—Habló la que intenta autoconvencerse de algo que no es —esa indirecta la capté al instante y por la mueca de Martín, él también—. En fin, voy a ir. Decidme día y hora y ahí aparezco cargado de vodka y Malibú con piña.

—Aquí Martín es el que lo maneja todo. Nadie sabe nada de momento. A ver si Carlota puede convencerlo.

—De verdad... sois unos pesados —solté enfadándome en broma—. No se os puede decir nada. Ah, Marcos, habrá niños por Nochevieja.

—Bueno, igualmente habrá fiesta, ¿no? —asentimos en silencio.

Samuel, Rafa y Pol abandonaron la habitación los primeros. Quedarme sola con Martín y Marcos me suscitaba de todo menos confianza.

“Ay madre... el profesor y sus alumnos predilectos. La que nos espera...”

Martín

Quedarnos solos con Marcos era un peligro, pero después de todo lo ocurrido, sería leve. Además, mi as en la manga que alegraría a Carlota no tardaría mucho en aparecer. Me levanté de la silla para revisar el móvil que tenía encima de la mesa.

—Bueno, bueno... esto va a ser interesante —insinuó Marcos frotándose las manos—. Mi Martín y mi Carlota juntos en un mismo espacio conmigo casi quince años después de esa gala.

—Y que gala... y la postgala.

—¡Martín! —protestó—. No cuentes detalles.

—Después de quince años no es un secreto lo que los baños de la academia vieron con

vosotros. De todo menos pureza. Y lo que no son baños.

Un fuerte rubor se instaló en las mejillas de Carlota, que no dudó en colocarse las manos encima para no ser pillada. Demasiado tarde con Marcos al lado.

—No te pongas roja ni tú miras para Cuenca que todos lo sabíamos.

—Bueno, que no fuimos los únicos, que Alba y Samuel también se liaron —intentó quitar hierro al asunto con aquella frase.

—Eso, eso, que su amor se rompió de tanto usarlo según ellos.

—Me alegro, pero ahora hablamos de vosotros no del caramelo de este país y el embajador mundial de Santa Cristina de la Polvorosa. Lo vuestro es un claro ejemplo de amor imposible e único. Es eso de donde hubo fuego, cenizas quedan y esas cenizas se vuelven a encender ahora. Sino sincérate señor Martín Rivera, ¿Por qué acompañas a la señorita Charlotte tantas horas?

—Porque quiero estar aquí.

—Hablar con vosotros es como hablar con la pared. ¡No aclaráis nada! —exclamó.

—Ni lo haremos —respondió Carlota con chulería.

—Te chingaré en directo con el no beso y te vas a cagar en mí.

—Ah, ¿Ahora vienes con chantajes? —arqueé las cejas, desafiante.

—No habrá chantaje si me contáis qué hay entre vosotros. Tenéis que entender mi interés. Yo fui el propulsor de todo esto. Yo vi vuestro amor y lo disfruté. Yo —cada vez que pronunciaba el pronombre, enfatizaba en él —consolé a Carlota muchas veces meses después de la ruptura. Yo te estuve a punto de asesinar por lo que habíais conseguido —clavó su mirada en mí—. Yo creí en vosotros y dejé de creer cuando rompisteis. Yo me puse a cien en los ensayos de *Luna*. Si me decís qué se esconde tras esta parafernalia quizá recupere la fe en el amor. The love, the true love —exageró las últimas palabras.

Carlota y yo nos miramos incrédulos después de esa magistral interpretación de nuestro profesor.

—A ver... ya sabemos que se te da bien el teatro, pero vamos por partes. ¿Tú qué crees que hago aquí tantas horas? —pregunté.

—Hacerla sonreír y eres el único que puede. Yo creo que la llama se está reavivando, se nota en como os miráis y tal. No es necesario que habléis, se nota y me alegro por vosotros —calló un segundo —Oye... algo que yo quiero saber es quien tuvo tema con quien en la academia. Vosotros fijo, la Albita y el Sam, ¿Quién más?

—Marcos, cielo, lo que pasó en la academia, queda en la academia. Ya te lo dijo María, quince años después no vendremos a contarte si Pol se lió con una o con otra, por ejemplo —intervino Carlota.

—Pol seguro que tuvo lío con alguien. Él mismo lo dijo, se lió con Fanny.

—Pero del resto, no te diremos nada —zanjé el temita sin dejarlo convencido.

Me sonó el teléfono y me disculpé saliendo de la habitación. Marcos me siguió para ir a buscar un café a la primera máquina que encontrase.

—¿Estáis juntos? —me preguntó nada más colgar.

—No. Han ocurrido ciertas cosas que la hacen estar reacia a estar conmigo.

—Pero igualmente estás aquí con ella...

—Necesito que vuelva a confiar en que puedo hacerla feliz. Pero no sé qué más hacer.

—¿Has pensado en que quizá ahora con el accidente no quiera nada con nadie?

—Sí, esto es lo que le pasa. Ya no sé qué pensar —suspiré agotado.

—Solo hay una opción y es tener paciencia. Ella está enamorada de ti, solamente está aturdida

y confundida. Yo la vi el sábado y la veo hoy y no hay color. Le has devuelto la paz que le falta sola. Contigo aquí será más fácil que se recupere, hazme caso. Por cierto... ¿Dónde vas?

—Tengo una sorpresita para Carlota. Espérame aquí.

Se quedó perplejo al verme correr hacia afuera. Ahí estaba mi madre y mi niña, recién llegada del colegio. Ambas me abrazaron y mostraron su emoción al ver a Carlota, especialmente mamá. Cogí a Emma de la mano y entramos. Marcos se acercó y dio dos besos a mi madre. Mi hija le dio otro beso y le comenzó a disparar preguntas.

—¿Va a volver Carlota al programa? ¿Por qué te metes con ella? ¿Cómo eran mi padre y ella como alumnos? ¿Eran malos? ¿Se portaban bien? —la frené en ese punto.

—Un día hablamos tú y yo y te cuento la de aventuras y travesuras que hacía tu padre y su amiga.

—Vale —aceptó ella convenida.

—No sé si recuerdas que sigo aquí.

—Esta es la intención.

—Ajá.

Mi madre restó callada, nerviosa por ver a Carlota más serena y recuperada que la semana anterior. Mi niña, para variar, le trajo dos dibujos más. Marcos se avanzó a nosotros para que Carlota no sospechara. Tocó él la puerta y entró.

—¡Ya pensaba que os habíais olvidado de mí! —la escuché quejarse.

—Tú siempre tan atenta... mira quien ha venido.

Emma corrió hasta la cama para abrazarla. Le enseñó los dibujos y se sentó a su lado, sin despegarse de su brazo, donde apoyó la cabecita. Mi madre fue la última en saludarla. Ambas se emocionaron al poder reencontrarse conmigo delante sin haber tensión. Yo creo que le provocó más emoción observar el cariño de mi niña hacia esa persona que tanto me había ayudado en la vida. Marcos abandonó la habitación a causa del trabajo. Tenía que volver a Barcelona.

—¿Sabes que me ha dicho Marcos? —Emma incorporó la cabeza para mirar a Carlota—. Que un día me contará si erais mal alumnos o no —mi madre soltó una carcajada—. Abuela, ¿Eran mal alumnos? —ella negó.

—Solo éramos un poco rebeldes —apuntó mi luna.

—¿Qué quieres decir? —frunció el ceño.

—Nada, hija, nada, que éramos los mejores —respondí.

—No le hagas caso a tu padre. A veces éramos un poco malos, pero en general no.

—Ah, vale. Hay veces que no le hago caso.

—Bien hecho —chocaron los cinco bajo la divertida mirada de mi madre que se levantó a buscar merienda a la cafetería.

Volvimos a quedarnos los tres solos en buena onda como hacía días que no estábamos. Emma siguió pegada a Carlota. Me senté en la silla de su lado.

—Esta no te la esperabas, ¿eh? —negó con la cabeza, mirándome con ternura.

Observamos a Emma. Los párpados le estaban jugando malas pasadas y se estaba durmiendo, sin soltarle el brazo.

—Gracias —murmuró Carlota en un tono casi inaudible. Parpadeé perplejo—. Por todo. Llevas aquí 24 horas aguantándome, sin separarte de mí... nadie lo había hecho antes, excepto tú, claro —le sonreí y le di un beso en la mano que llevaba vendada.

—Bueno, yo no me puedo quejar, que has encandilado a mi niña de una forma excepcional.

—Es que es una copia tuya. Ya te lo dije, tenéis un imán tremendo para enamorar.

—Aun así... —insinué. Torció el gesto y tensó sus rasgos faciales—. Vale, no he dicho nada.

—Te pedí tiempo, Martín, no me presiones, por favor —suplicó.

Asentí en silencio bajando la mirada. Estiró el brazo y con dos dedos consiguió que nuestros ojos volvieran a encontrarse.

—Eh, estamos juntos en esto —afirmó convencida de sus palabras.

Interrumpiendo aquella escena, la energía desbordante de mi madre inundó la estancia. Carlota y yo tuvimos la misma reacción: hacerla callar. Se tapó la boca cuando vio que Emma estaba dormida.

—Y mira que yo le había traído cruasanes de chocolate como a ella le gustan...

—Tranqui mama, yo me los como.

—¡Martín! —me regañó—. Que son para tu hija, no para ti.

—Eso, no seas glotón.

—Vale —acepté con una fingida resignación.

Nos retiramos cuando dos miembros de su banda entraron en la habitación. Encajé las manos de ambos como si nos conociéramos de toda la vida. Uno de ellos, por más inri, era Javi. Me despedí de Carlota con un beso en la mejilla cargando a mi hija en brazos.

Emma se despertó antes de la cena. Se duchó y mi madre le preparó un tazón de sopa. Conseguí dormirla temprano. Cociné algo ligero para mamá y para mí y nos lo tomamos hablando tranquilamente.

—Oye, ¿Y por Nochebuena, Carlota habrá salido?

—No lo sé, ojalá que sí. Y si no es así lo tengo todo planeado.

—Hijo... no puedes dejar escaparla, no otra vez. Se te ha ido de las manos en muchas ocasiones, que no sea esta otra.

—Te prometo que no. Estamos juntos en esto, ella misma me lo ha dicho. Y a pesar de no querer estar con nadie de momento, te juro que yo le traigo las pruebas de mi ruptura con la discográfica. En pocos días me van a llegar.

—Quizá luego quiera rehacer su vida a tu lado. Están siendo tiempos duros para ella y parece que vuestra presencia la alegra. Quédate con eso, lo demás ya llegará —terminó el último bocado y se levantó para dejar los platos en el fregadero. Abrió el grifo con intención de lavarlos.

—Mama, ni se te ocurra. Nada de limpiar los platos ahora. Ya los pondré en el lavavajillas mañana. Ve a descansar que has venido de Algeciras expresamente para ver a Carlota. Duerme un poco, anda.

—Está bien, cabezón —me dio un tierno beso en la frente y se encaminó hacia la habitación de invitados. Antes, pero, se detuvo un momento —Oye, si tienes planes con Carlota por Nochebuena, quiero saberlo —y dicho esto, no la volví a ver hasta el día siguiente.

Suspiré tirándome en la cama. Las imágenes de Carlota prometiendo vencer la batalla de mi mano se repetían en mi cabeza. Iba a hacerla feliz, lo tenía asumido, y pronto recibiría esa felicidad tan anhelada.

Capítulo 27

Flashback

15.10.2004

Carlota

La fina lluvia otoñal empapaba las calles de Barcelona. El cielo gris, repleto de nubes que amenazaban tormenta no acompañaba a salir. Me sentía fatigada y sin ganas de hacer nada. Todo era fruto de la añoranza que me provocaba que Martín estuviera lejos de mí. Llevaba una semana en Miami y a pesar de las continuas llamadas no era lo mismo que tenerlo en persona y poder abrazarlo, sentirlo, besarlo, amarlo... Suspiré, lo que hubiese dado yo por tenerlo de vuelta en ese instante.

Me tumbé en el sofá y noté como unas tímidas lágrimas se deslizaron por mis mejillas. Las sequé bruscamente. ¿Cómo podía ser que llorara por los ojos andantes? ¡Nunca había llorado por echar de menos a un hombre!

“Joder... estoy más enamorada de lo que creía”.

Me sonó el móvil y me lancé sobre él pensando que sería Martín. Me equivoqué, se trataba de Alba.

—¡Carlota! —exclamó feliz—. ¿Qué tal?

—En casa, sola —respondí con la voz un tanto tomada.

—Uy, yo creo que no estás nada fina. Espera —calló unos segundos —¡Lucía! —chilló — ¡Coge el bote de helado que nos vamos a casa de la Charlotte a rescatarla!

—Albita, de verdad, que no hace falta, que estoy bien.

—¡Niña! —intervino Lucía—. En media hora estamos ahí. Sí que hace falta. Una reunión de chicas es muy necesaria y más sabiendo que tu hombre anda muy lejos.

—Ay... —suspiré—. ¿Qué haría yo sin vosotras?

—¡Buscarnos como una desesperada! —exclamaron al unísono estallando en risas. Me contagiaron una sonrisa —¡Chao!

En media hora las tuve ahí. Había dejado de llover. Trajeron el helado prometido. Nos lo tomamos bromeando para sacarme alguna carcajada. Lo consiguieron, francamente. Hacia las siete me sonó el teléfono de nuevo y volví a lanzarme sobre él. Era Martín. Descolgué mientras mis amigas realizaban sonidos y gestos teatrales por detrás.

—¡Luna! —dijo felizmente—. ¿Qué tal te va el día?

—Tengo tres días libres y he estado por casa, echándote de menos. Estoy aquí con Lucía y Alba.

—Uy, pues así mejor que no os distraiga que debéis estar entretenidas poniéndome a caldo —bromeó.

—Bah, tampoco es para tanto.

—Seguro, seguro —nos reímos.

—Oye, ¿Dónde estás? Oigo mucho bullicio por ahí —comenté al oír ruido al fondo.

—No te preocupes cariño, que estoy en el aeropuerto a punto de ir para Monterrey.

—De acuerdo, no te molesto más. Hablamos luego. Te quiero.

—Yo te quiero más —colgamos. Suspiré.

—¡Oh, que monos! Ojalá tuviera un hombre así —fantaseó Alba.

—Si Samuel no te hubiese salido rana ahora no te quejarías —nos reímos del zasca de Lucía —. Pobrecilla... que te tendremos solterona pa toda la vida —le removió el pelo.

—Bueno, tú no hables tanto Lucía que tampoco has encontrado pareja —añadí.

—Eso, eso —el teléfono de Alba sonó —Disculpad chicas, es del trabajo.

Se levantó y se alejó un poco de ambas para responder.

—Sí, sí, vale, vale, tranquilo, todo listo. Venga, hasta luego —esas fueron sus respuestas a la llamada. Acostumbrada a ser una persona a la que le gusta charlar horas y horas, me sorprendieron las escuetas contestaciones que dio a su interlocutor.

Se volvió a sentar. Seguimos hablando hasta que fueron las ocho cuando ambas se levantaron excusándose con que tenían una cena: Alba con sus padres y Lucía con su mánager. Nos dimos un gran abrazo y volví a quedarme sola. A lo tonto, a lo tonto nos habíamos comido medio litro de helado de chocolate en poco más de dos horas.

Me metí en la ducha. Derramé unas cuantas lágrimas más debajo del agua. Me sequé el pelo y me puse una camiseta de Martín que me cubría lo suficiente como para ir sin pantalones. Descalza me dirigí a la cocina a prepararme algo de cena. La cocina no es mi fuerte pero una ensalada sé hacer. Atareada en la encimera, me asusté tremendamente cuando noté un cosquilleo en mi cintura. Volteé la cabeza y me encontré con él. Con esa sonrisa angelical, ese pelo desordenado y esos ojos que me ofrecían calidez y un lugar donde refugiarme. Abrí la boca sorprendida y me tiré a sus brazos abrazándolo con fuerza. Nos fundimos en un largo y pasional beso.

—¿Qué... qué haces aquí? —pregunté emocionada.

—No puedo vivir sin ti, Carlota. Quiero pasar estos días libres tuyos a tu lado.

—Cuanto te quiero —lo volví a besar.

—Alba ha sido mi cómplice.

—La mato pero a ti te como —me abracé a su cuello mientras aumentaba la pasión con la que cataba sus labios después de días sin poder probarlos.

Los besos fueron cada vez más intensos. Coló sus manos dentro de mi camiseta para quitármela a la vez que yo desabrochaba su camisa y la apartaba de su cuerpo. Nos dirigimos a la cama torpemente y sin apartar las caricias. Caímos presos de delirio sobre el colchón perdiendo la poca ropa que nos cubría. Nos enredamos entre una infinidad de amor y placer que solo nosotros juntos podíamos alcanzar. Fuimos uno solo hasta quedar exhaustos y satisfechos de ese reencuentro. Me dejé caer sobre él, repartiendo cortos y tiernos besos por su cara, su cuello y su pecho mientras recuperábamos nuestras pulsaciones habituales. Atrapó mi labio inferior entre los suyos y me atrajo hacia él más si cabía.

—Te quiero —susurró.

—Yo también te quiero Martín.

—Eres mi luna llena —me besó en la punta de la nariz.

—¿Por qué?

—Llena de misterios por descubrir, mágica, reina de la noche, mi media mitad.

—Tú eres el sol —dije con una boba sonrisa en los labios —Irradiando luz y energía. Siempre sonriendo y aportándome ese calor que tanto necesito a veces.

—Vivimos en un eclipse constante.

—Ojalá no acabara nunca.

—Estaremos juntos para siempre —me abrazó con fuerza—. Porque eres mi ángel de la guarda y estoy tan enamorado de ti que no visualizo no tenerte a mi lado. ¿Cómo has podido embrujarme de esta manera? —me reí con los ojos vidriosos—. Esto es increíble. Tú eres increíble.

—Te amo —musité dándole un beso en el hombro.

—Yo también te amo, mi vida. ¿Nos imaginas dentro de diez años? Con tres o cuatro hijos correteando por aquí... —fantaseó.

—Sí, veinticinco —dije sarcástica provocándole la risa —Dos y aún gracias.

—Dos niñas.

—Claro, tus princesitas. ¿Y yo qué?

—Niño y niña. Mini Martín y mini Carlota.

—No, a mí me gusta Iván y Aina.

—¿Aina? —preguntó extrañada.

—Es Anna pero en mallorquín. Es un nombre que siempre me ha gustado.

—Me encanta... —me abrazó más fuertemente y cerró los ojos.

—Buenas noches —nos dimos un beso tierno.

—Te amo mi niña —murmuró hundiendo la cabeza en el arco de mi cuello y abrazándome por la cintura.

—Te amo mi sol —le acaricié la mano.

Y quedándome dormida me convencí que ningún otro hombre ocuparía su lugar jamás y que diez, quince, veinte o cincuenta años más tarde seguiríamos amándonos con la misma intensidad que en ese momento.

Capítulo 28

24.12.2016

Carlota

‘Lo siento Carlota, pero necesitamos estar totalmente seguros de que podemos darte el alta, esta noche la pasarás aquí’. Las frías palabras salieron de la boca del doctor a primera hora del mañana. Fueron cuchillos afilados que se clavaron en mi corazón impidiéndole latir a su ritmo habitual. Esa noticia me cayó como un cubo de agua fría a las nueve de la mañana. Ni insistir en que me sentía plenamente en forma para abandonar el hospital, ni en la casi desaparición de mis pesadillas, ni alegar tener toda la familia pendiente de mí sirvió. Nada, pasaría la Nochebuena rodeada de unas paredes blancas solo coloreadas por los múltiples dibujos de Emma. Cuando me quedé sola, me derrumbé. Mi espíritu navideño no era muy elevado pero el apoyo familiar era lo que más me apetecía y me ayudaría a remontar. Martín me llamó al cabo de unos minutos. Dudé en no responder, pero sería peor.

—Buenos días Carlota —saludó con voz suave —Dime que traes buenas noticias.

—Pues no, Martín, no traigo buenas noticias —respondí con un nudo en la garganta—. No me dan el alta hoy.

—Joder... —murmuró entre dientes—. Que putada.

—Lo sé, no hace falta que me lo recuerdes. ¿Vas a venir?

—En un rato estoy aquí. ¿Quieres que venga solo o con Emma?

—Trae a la niña.

—Está bien, hasta ahora. Te quiero.

Colgué sin decirle ni una palabra. Desde hacía un par de días que cada vez que hablábamos por teléfono se despedía con un ‘te quiero’ al cual no era capaz de responder. No porque no quisiese, sino por miedo. Miedo a que algo fallara, a que me siguiera engañando, a que tuviera vínculos con *Producción Musical* y a que no pudiera ayudarme cuanto más lo necesitaba.

—¡Carlotaaaa! —un torbellino desbordante energía abrió la puerta de par en par y exclamando mi nombre vino a abrazarme.

Su padre venía detrás, con una calma impropia que contrastaba con la situación que estábamos atravesando. Me sonrió levemente, pronunció un ‘hola’ y se acercó a mí para darme un beso en la mejilla. Emma tiró de mi brazo para que le prestara atención. Había hecho un dibujo nuevo.

—Va cielo dile a la enfermera que te dé celo y lo cuelgas —le ordenó su padre.

—¡Sí! —saltó al suelo y se marchó.

Martín se sentó a los pies de la cama. Me acarició las piernas, cubiertas por una fina sábana blanca.

—¿Frustrada?

—Agobiada —apunté—. Y sí, algo frustrada. Dime tú que me ves mal.

—Físicamente estás preciosa —me ruboricé—. Psicológicamente te falta ser tú.

—¿Y piensas que estando aquí conseguiré ser yo? —negó con la cabeza—. ¿Entonces?

—No creo que pase de mañana o pasado —resoplé.

Emma regresó y colocó el dibujo en su sitio. Martín y yo callamos de golpe. La niña se sentó a su lado y comenzó a explicarme todo lo que había hecho el día anterior con sus amigas: que si parque de atracciones, que si cena en una conocida cadena de comida rápida, que si paseo por Madrid... en fin, con su gracia hizo que me olvidara que pasaría la Nochebuena encerrada en un hospital. Los que no vinieron fueron Sofía y Andrés que habían ido a pasar las Navidades lejos de España, concretamente al Caribe. Emma y Martín se marcharon a la hora de comer. Alba me envió un WhatsApp.

Alba: Sisteeeeeer!!!! Estás ya en casa???

Carlota: Que va ??

Alba: Joe, que mierda.

Carlota: Ya ves.

Alba: Espero que mañana te den el alta. Tenemos una emergencia de vestuario a solucionar.

Carlota: Queeee???

Alba: Se acerca fin de año y obviamente no irás con tejanos, bragas viejas y lo primero que pilles. Por no hablar del chándal.

Carlota: Jajaja, loca. Lo tenía asumido.

Alba: Pues con tu aburrimiento empieza a mirar vestidos bonitos y un conjunto de lencería.

Carlota: Lencería para qué?

Alba: Coño, para Martín.

Carlota: No ocurrirá nada.

Alba: Nunca digas de esta agua no beberé. Confía en mí y mira algo bonito. Con lo mona que vas cuando quieres...

Carlota: No te pases.

Alba: Juro que en dos días me tienes en Madrid. Y si no has salido, se van a enterar los médicos. Ale, un besooo. ??????♥

Carlota: Chao sister!! ??????

Aparté el móvil y me dispuse a mirar vestidos por la Tablet. Quizá de esa forma menguaría la soledad que sentía al tener que pasar Nochebuena sola. No funcionó, me deprimí todavía más pensando en si por Fin de Año estaría en casa. Dispuesta a no entristecerme por la situación, almorcé y decidí echarme un rato. Mi siesta duró poquito, no me sentía cómoda. “Princess he tenido una idea. Llama a alguno de tus músicos y ve a cantar por las habitaciones de pediatría. Sé que no te sientes bien y que, si cantas, te alegrarás y alegrarás al resto. Venga luna, no me digas que no tienes ganas”. De Martín tenía que ser.

“Pues no es mala idea... ¿A quién llamo?”.

Carlota: Tienes ideas de bombero, pero me gusta. Pregunto a las enfermeras a ver que me dicen y te digo algo.

Martín: Eres un sol. ??

Carlota: Perdona, tú eres el sol, yo la luna. ??

Martín: Sé que te cuesta aceptarlo, pero también sé que te llenará.

Carlota: Pregunto y te digo algo. ??

Justo en ese momento entró una enfermera. Le propuse el plan y aceptó encantada viendo que me encontraba mejor y que eso me animaría. El problema era que quizá mis músicos estaban con sus familias preparados para celebrar Nochebuena. Sin embargo, Javi estaba libre y aceptó la propuesta al instante. Tal vez no cantamos lo mejor que sabemos, pero ver la ilusión en la cara de

unos niños que como yo tendrían que pasar la Navidad en un hospital, valía más que el resto. Solo me entraban ganas de agarrar a Martín y no soltarlo jamás. Gracias a él y a esa loca idea pude sentirme realizada unos minutos. Javi se marchó excusándose de reunión familiar. Le agradecí el gesto y se fue. Hacia las siete tocaron a la puerta.

“¿Y ahora quién coño es?”.

—¿Se puede? —preguntó Emma tímidamente.

—¡Cielo! —exclamé sorprendida—. ¿Qué haces aquí sola?

—Tranquila, papá ahora sube. Está aparcando.

—Ah, vale. Va, pasa.

Se quitó el abrigo, tirándolo de mala manera sobre la mesa. Llevaba un vestido monísimo debajo. Iba muy guapa, como siempre, básicamente. Se sentó en la silla y me miró.

—Hoy no llevas la bata —se fijó con esa curiosidad tan cautivadora.

Cierto, me había cambiado la horrenda bata del hospital por unos leggings y un jersey holgado para cantar y no tener un aspecto tan desastroso, triste y desaliñado. No pude contestarle, Martín entró en la habitación mostrándome una de sus despampanantes sonrisas.

—Vaya, veo que hemos cambiado de atuendo... —sugirió en tono burlón.

—Oye, ¿Dónde vais tan arreglados? Parece que vayáis de boda—. Martín llevaba una camisa y un jersey que le quedaban de perlas.

—Es Navidad, Carlota. ¿Se lo cuentas tú o se lo cuento yo? —miró a su hija.

—¡Yo, yo! —se ofreció voluntaria—. Vamos a pasar la Nochebuena contigo —dictaminó feliz.

—¿Cómo? —pregunté aturdida—. Martín, tienes a tu familia esperándote —afirmé seriamente.

—Iban a venir, pero mi sobrino está enfermo y mi madre lo está cuidando. Tus padres trabajan y tampoco pueden acercarse. Por eso y porque queremos que estés contenta, vamos a estar aquí contigo —no pude llevarle la contraria. Estaba demasiado seguro de sus palabras.

Procesé la información y me emocioné. Emma, al ver mi cara, subió a la cama y se aferró a mi cuello con fuerza, abrazándome y plantando un besazo en mi mejilla. Miré a Martín de soslayo y con un gesto le hice acercar. Se sentó a mi lado y me rodeó por detrás.

—Gracias —fui capaz de susurrar en medio de ese sándwich improvisado que habían hecho conmigo—. Por todo.

—A ti por existir.

—Uy, cuantos corazoncitos veo yo aquí —soltó la niña provocándonos una sonora carcajada. Me hacía falta un comentario así y reírme con gusto —Respiro amor y rosas.

—¡Qué cosas tienes, hija! —exclamó Martín acariciándole el pelo.

—¿Me vais a dejar respirar? ¿O seguiré siendo el jamón de vuestro bocadillo?

—Que eres irresistible, lo sabemos, no hace falta que lo recuerdes.

Martín se apartó unos milímetros de mí. Emma continuaba enganchada a mi cuello y sentada en mis piernas.

—Emma —dijo Martín a su hija—. Voy a buscar lo que tú ya sabes —la pequeña asintió.

—¿Qué os traéis entre manos? —pregunté incrédula.

—La magia de la Navidad —afirmó la peque segura de sus palabras y acurrucándose en mi pecho—. ¿Sabes? No tengo ninguna foto contigo —comentó cuando nos quedamos solas.

—¿Y por qué quieres una foto conmigo? ¿Tú has visto lo mal que estoy?

—Va, Carlota, un selfie —pidió suplicante y con la misma cara que su padre pedía las cosas años atrás y que hacía imposible el llevarle la contraria.

Nos hicimos no una, me llenó el móvil de fotos con muecas de toda clase. Martín regresó en

plena sesión de selfies y hasta se añadió en alguna. Llevaba una bolsa del *Mercadona* a rebosar de comida. Se había vuelto loco. No me permitirían comer lo que hubiese ahí.

—Tranquila, todo controlado —pareció leerme la mente—. Tienes que recuperar esas curvas que tan loco me tienen, que estás en los huesos.

—¡Martín! —exclamé ruborizada—. Que está la niña delante.

—Y seguimos respirando amor...— suspiró Emma apoyándose en la almohada.

—Qué cosas tiene esta chiquilla —la cogió en brazos y la dejó en el suelo—. Va, cariño, ayúdame.

Se colocaron de espaldas a mí, impidiéndome ver qué hacían. Protesté y recibí una sonrisa de lado de los ojos andantes. Me guiñó el ojo y siguió con su tarea. Me dediqué a revisar el móvil. El grupo de la academia sacaba humo felicitando la Navidad y emocionándose por reencontrarnos en una semana.

—Listo—. Emma se giró hacia mí, vino a mi encuentro, me agarró de la mano y me arrastró a la mesa.

Habían montado un pequeño festín para cenar: croquetas, canapés, cruasanes de jamón, Frankfurt y queso, tortilla de patatas, aceitunas, patatas y fuet, importantísimo ese último elemento. Sin necesidad de sentarnos y con el permiso debido del hospital, improvisamos nuestra particular Nochebuena a la cual se unió algún miembro del personal sanitario. Con un hilo musical de fondo proveniente de nuestros móviles, Emma se lo pasó pipa bailando y cantando. Acabó agotada, durmiéndose en el sofá antes de lo previsto. Ayudé a Martín a recoger las sobras, aunque lo de ayudar es relativo. No me dejó hacer casi nada. Pelear por un asunto así era ridículo, pero quise hacerlo. No quería sentirme inútil por tener una mano lesionada. Tan terca me puse, que sus impedimentos se volvieron de lo más graciosos. Me agarró por detrás, para inmovilizarme, pero me zafé de sus brazos. Intenté girarme, pero su aliento en mi oreja me lo impidió. El siguiente agarre se volvió más tierno que cómico. Volteé la cabeza y me llevé de premio un beso en la mejilla que no esperaba. Logré colocarme cara a él. Estábamos peligrosamente cerca y una ligera tensión sexual se creó entre ambos. Alargó una mano hacia su móvil y buscó una canción en concreto en la lista de reproducción.

—¿Bailas conmigo? —me propuso al escuchar los primeros acordes de *She*, de Elvis Costello.

Me abracé a su cuello, escondiendo ahí la cabeza. Fue un baile lento, romántico, en el que volví a sentirme yo, plenamente (o casi) recuperada del daño físico del accidente. Acabamos con las frentes pegadas, mirándonos intensamente. Me acarició una mejilla con dos dedos y dirigió sus labios a mi nariz, depositando ahí un casto pero bonito beso.

—Eres especial. Espero que estés mejor.

—Gracias por la velada —entrelacé mis dedos con los suyos.

—La felicidad está cerca, Carlota, recuérdalo. Estoy aquí.

—Y siempre estarás.

—Y siempre estaré.

Y con un último abrazo cargado de sentimiento dimos por finalizada aquella exclusiva y distinta Nochebuena donde, después de 24 días, había vuelto a sentirme bien con todas las letras. ¿Los culpables? Mi rubio y su princesa.

Capítulo 29

25.12.2017

Martín

Día de Navidad. Día mágico. Después de una Nochebuena perfecta al lado de las mujeres de mi vida, se presentaba un nuevo día donde le haría el mejor regalo a Carlota. Cuando llegué a Alcorcón con mi hija, me encontré al doctor en el pasillo. Me entregó unos folios y me mandó dárselos. Me fijé en que eran y se me iluminó el rostro. Emma tiró de mi brazo.

—¿Qué pasa papá? A ver, a ver —leyó una palabra y sonrió ampliamente —¡Me encanta! —exclamó.

Entramos en la habitación silenciosamente. Carlota estaba despierta, mirando sin emoción una serie policíaca en la televisión. Llevaba nuevamente la bata del hospital.

—¡Buenos días! —exclamó mi niña acercándose a abrazarla y darle un beso.

—Buenos días Carlota —saludé.

En el primer momento no quise acercarme. No habíamos hablado más de lo ocurrido anoche. El baile, los abrazos... todo seguía en el aire. Al final decidí besarle una sien.

—Te traemos un regalito —anuncié.

—Ay... miedo me dais.

—Toma—. Emma le tendió la carpeta.

Carlota la abrió y esbozó una ligera sonrisa cargada de emoción. El médico interrumpió la escena dándole las últimas recomendaciones. ¡Por fin nos íbamos a casa!

—Cuidala —me advirtió el buen hombre—. Y tú, pequeñaja, no dejes que se ponga triste, ¿Vale?

—¡De acuerdo! —exclamó entusiasmada.

Carlota se despidió de todas las enfermeras que la habían cuidado y nos marchamos a mi casa, no sin antes ir a su piso a por ropa. Quise detenerme enfrente de su portal, pero un aluvión de cámaras me hicieron replantearme la idea. Entré por el garaje y sin ser vistos, los tres logramos llegar a su piso. Carlota repasó lo que tenía que coger en voz alta.

—¿Me dejas ayudar? —le preguntó inocentemente Emma.

—Claro, ven.

—A papá no le dejes venir —le dijo con intención de ser escuchada. Anda que no sabe nada...

—No, no —negó Carlota divertida.

Se fueron a su habitación. Me quedé en el salón, inspeccionando cada detalle. Lo tenía todo impecablemente limpio. Me fijé en unos marcos de fotos que reposaban en una estantería. Había fotos de los dos recientes reencuentros que habíamos realizado: una de grupo en el Palau Sant Jordi, una de ambos cantando *Luna* y un sentido abrazo de las chicas en Valencia. También tenía fotos de algunos conciertos: una con su banda, una dándolo todo ella sola, otra con fans... en fin, parte de su vida plasmada sobre papel fotográfico. Salió con Emma de la mano. Me enterneció un montón ver como mi niña la hacía sonreír. Nos marchamos definitivamente a mi casa. Mi hija le

hizo un tour guiado por las habitaciones que yo complementé cuando se entretuvo en su cuarto pintando. Le mostré el dormitorio de invitados.

—Aunque no creo que te eche si vienes a dormir conmigo —insinué burlón.

—¡No seas cerdo! —exclamó indignada.

—Yo solo te lo muestro como opción, mujer.

—No —negó tajantemente.

—Voy... voy a preparar la comida —respondí algo cohibido por su negación.

Me encaminé hacia la salida con tal de dejarla acomodarse a su manera.

—Martín —la escuché llamarme—. Solo necesito asimilarlo todo. Me sigue pesando lo del bebé y lo que ha pasado.

—Te entiendo —dije volviendo a ella—. Y como tú dijiste, estamos juntos en esto. Hay unas heridas a cicatrizar y pronto sanaran, te lo prometo —le aparté un mechón de pelo que le caía por la frente—. No estás sola, Carlota. No pretendas aislarte del mundo y de nosotros. Emma y yo estamos aquí para ayudarte. De la misma forma que están nuestras familias y los amigos. Hoy es Navidad, vamos a comer los tres ahora y por la noche saldremos un rato —intentó negarse—. Te voy a llevar a un sitio que te prometo que no nos van a pillar. Sonríe y la vida nos sonreirá.

Me miró con ternura y se lanzó a mis brazos en un abrazo desesperado y anhelado. Un carraspeo a mis espaldas interrumpió la escena. Nos separamos y me volteé hacia la puerta. Carlota se colocó a mi lado. Emma nos miró con los brazos cruzados y esperando una explicación a ese abrazo.

—¿Qué te pasa, cariño? —pregunté ignorando su expresión facial.

—Tengo hambre y la comida no se hará sola si estáis dándoos abracitos.

—Ya vamos. Anda, ven aquí celosilla —la cogí en brazos y la llené de besos, haciéndole cosquillas que le provocaron sonoras carcajadas.

—¡Para, papá! —me repitió entre risas.

Carlota nos miró con una dulce sonrisa en los labios, sentada en la cama, donde dejé caer a mi hija, muerta de la risa. Se fue calmando lentamente. Abrazó a su Charlotte, que la cogió a peso al levantarse.

—No hagas esfuerzos que sigues estando algo delicada —la advertí.

Dejó a la niña en el suelo, que comprendió perfectamente que no podía estar en sus brazos muchos minutos y menos con ocho años. Calenté unos canelones en el horno y los tres nos sentamos a almorzar. Parecíamos una familia. La familia que siempre quise tener con ella pero que por causas del destino nunca llegó. Hablamos con tranquilidad, olvidando el mal trago vivido con aquel fatídico accidente. Teníamos que devolver a Carlota a la realidad, a su día a día rodeada de amor, música y sonrisas.

Después de almorzar, Emma le preguntó si haría la siesta. Carlota no tenía intención de dormir, pero accedió. Las dejé a las dos en la habitación de invitados, recostadas en la cama mirando la pantalla del móvil de la mayor.

“Estas dos no dormirán”.

De mientras, aproveché para avanzar algo de trabajo que me había quedado atrasado con mis largas jornadas en el hospital. Me senté en la isla que separaba la cocina del comedor y abrí el portátil dispuesto a revisar correos. Respondí los más importantes, ignoré los de publicidad y me centré en un par que me llamaron la atención: uno de Hanna y otro de Patricia.

“¿Qué querrán estas ahora?”.

Abrió primero el de la colombiana. Era el que más desconfianza me producía.

Querido Martín. Primero de todo, gracias por destrozarme la vida, segundo, te odio y tercero, ojalá pases unas Navidades horrendas. Me has jodido hasta el fondo, ojos andantes. Estoy en Colombia, sí, y con las cuentas a cero, es decir, no puedo regresar. Gracias a tu comunicado del accidente de tu adorada Charlotte nadie quiere hacer campañas conmigo, no tengo dinero porque vivía de tus ingresos y me encuentro en mi país en una situación desesperada. No pretendo darte pena, la pena la das tú solito. Te odio por eso. No quiero alargarme más. Tengo que buscar solución a mis problemas y espero que tú dejes de ser uno de ellos. Atentamente, Hanna.

Quedé completamente a cuadros, pero no pensaba bajar la guardia y sentirme mal por haberla dejado bajo cero. Ella era la culpable de que a 25 de diciembre de 2017 yo estuviera ansiando una felicidad que se estaba atrasando a pasos agigantados. Así que decidí contestarla.

Buenas tardes Hanna. Primero de todo, Feliz Navidad. Como ves yo no voy deseando el mal a nadie. No me das pena ni la doy yo, la pena te la has provocado solita. Pretendes que me ablande y no voy a dar brazo a torcer. Estás en Colombia, ¿Y? Tienes a tu familia, siéntete orgullosa de ellos, quizá de esa forma se te pega algo de humildad. Te tendría que caer la cara de vergüenza después de escribir lo que has escrito, pero para que te cayera, tendrías que tener y ya veo que en este aspecto escaseas. No me alegro de tus fracasos, pero tampoco voy a ayudarte. Me estuviste a punto de robar lo que más quiero por tu mala cabeza y eso no te lo perdonaré nunca. Que estés sin trabajo y en números rojos es el castigo que tienes que pagar por lo ocurrido. No contestes a este correo. No quiero iniciar una guerra de reproches y acabar peor de lo que ya estamos. Recuerdos a tus padres. Atentamente,

Martín.

Finiquitado el trabajo con Hanna, me centré en Patricia y su ‘URGENTE’ en el asunto del e-mail.

Hola Martín. Sabes que no suelo pedirte nunca nada, pero esta vez necesito que hagas algo por mí. Bueno, más bien por la niña. Tengo unos meses duros de trabajo por delante en San Francisco y me gustaría que se quedara contigo todo este tiempo. Por favor, sé que tú también andas ocupado con el disco, pero no quiero que Emma tenga que venirse a América y recomenzar su vida en un lugar donde sé que no estará cómoda. Te doy la custodia Martín, confío en ti. Gracias y hasta pronto.

No tuve ánimo de responder. Patricia estaba abandonando a su hija involuntariamente. ¿Y ahora cómo le explicaba yo esto a Emma? ¿Cómo le hacía entender que su madre no estaría con ella la noche de Reyes, por su cumpleaños o en las vacaciones de Semana Santa? Al escuchar pasos por el pasillo, salí a ver quién era. Carlota se había ‘despertado’ de la siesta. Se sentó a mi lado.

—¿Qué haces? —me preguntó acariciándome la nuca con ternura.

—Con el correo. ¿Y Emma?

—Se ha quedado frita.

—Mejor —susurré.

—¿Pasa algo? Te veo muy raro.

—Sí, bueno, la culpa es de Patricia.

—No me asustes...

—Quiere que me quede la custodia total de Emma, al menos hasta que ella vuelva de San Francisco.

—Es una buena noticia mirado desde cierto punto.

—Pero desde otro es que no sé qué decirle a la niña —bajé el tono de voz y acerqué mi cara a

la suya para evitar que Emma nos oyera si andaba cerca—. Patricia la está abandonando y es lo que más me duele —suspiré.

—Martín —colocó su mano sobre la mía—. Estoy contigo. Tarde o temprano se lo tendrás que decir, yo estaré ahí. Te lo prometo. Yo de ti lo haría pronto.

—Tienes razón —admití con sinceridad.

Salimos al jardín a dar un paseo. Me fijé en que Carlota estaba cohibida y le seguía molestando la fractura de costillas y los distintos golpes y moratones que todavía no habían desaparecido.

—¿Te encuentras bien?

—Me duele el costado y tengo algo de frío, pero no puedo quejarme.

—¿Entramos?

Nos sentamos en el sofá a una distancia prudencial el uno del otro para no caer en tentaciones innecesarias.

—¿Qué estabais haciendo con Emma?

—Mirar vídeos —respondió.

—Ay madre —me llevé una mano a la cabeza—. La que habrás liado depende de lo que hayas enseñado.

—Algo de la academia.

—¿Te ha torturado a preguntas?

—Sí, pero hay unas cuantas que te las deja a ti. Las más comprometidas —me guiñó el ojo con burla.

—Que peligro que estéis las dos en un mismo espacio... ¡Qué peligro! —exclamé.

Coloqué un brazo sobre sus hombros y la atraje hacia mí. No puso inconveniente en que la abrazara. Escondió la cabeza en el arco de mi cuello y depositó ahí un suave beso. Levantó la vista y me miró con dulzura e inocencia. Nuestras caras estaban a una distancia muy peligrosa. Podía sentir su aliento y su respiración en mi oído. Nuestras bocas estaban a escasos centímetros de rozarse. Bajé la vista hacia los labios y se mordió el inferior de forma provocativa. Nos fuimos acercando a velocidad de tortuga hasta que de golpe...

—¿Qué está pasando aquí?! —apareció Emma de la nada cortando cualquier lazo de romanticismo entre nosotros.

Carlota

Me habían dado el alta (al fin) y me había instalado en casa de Martín. Una situación extraña y reconfortante a la vez. Con él al lado era como estar en familia. Él me dio esa calma que tanto necesitaba en momentos de bajón. Junto a Emma, me hicieron sentir protegida y tranquila. Esa primera siesta con la niña fue un adelanto de lo que más tarde me diría Martín: se quedaría con él hasta nuevo aviso.

—¿Me enseñas vídeos de la academia? —preguntó Emma ingenuamente colocándose de rodillas sobre la cama—. Papá nunca me enseña nada.

—Pues no sé si le hará mucha gracia que yo lo haga.

—Porfá —me pidió suplicante—. Carlota, por favor, por una vez que hay una mujer en esta casa que no se está haciendo selfies todo el día o retocando las uñas, tengo que aprovechar —me reí ligeramente con su indirecta hacia Hanna.

—Venga, va —accedí.

Nos recostamos en la cama con mi nuevo móvil (el otro había desaparecido en el accidente) y estuvimos cerca de una hora en YouTube. Le fui contando a Emma todo lo que ocurría en los

vídeos: ensayos de *Luna*, vídeos varios donde hacemos el tonto, actuaciones de ambos tanto juntos como con otros compañeros. Sin que le diera permiso, le dio al vídeo de un concierto de Salamanca en 2004 donde después de cantar *Luna* nos besamos durante una pequeña gira que realizamos conjuntamente.

—¡Hala, hala! —alucinó—. Antes sí os besabais. Flipo, no es justo, esta vida no es justa. Tenéis que recuperar este amor tan bonito que teníais. ¿Por qué rompisteis?

—Emma... —tragué saliva viéndome en un aprieto de los gordos—. Son cosas que pasaron hace mucho. Eran otros tiempos y éramos un poco inconscientes. ¿Me entiendes, verdad? —asintió.

—Igualmente, se lo preguntaré a papá.

—¿Por qué no intentas dormir un ratito? —evadí cualquier otra pregunta incómoda—. Luego saldremos por la noche y te caerás de sueño.

—Está bien, pero quédate aquí.

Se tumbó y la arropé, dándole un tierno beso en la frente. La estaba comenzando a querer como mi propia hija y eso que hacía menos de dos meses que la conocía. No me extraña que cuando Martín me explicó lo de la morritos, sintiera una necesidad enorme de protegerla y llenar ese hueco sin querer nunca borrar a su madre del mapa. Solamente, que notara que tendría una presencia femenina que la ayudaría en cualquier momento.

Con Emma dormida, era mi oportunidad de observar si Martín estaba a la altura de iniciar un romance conmigo. Todavía no tenía en mis manos la confirmación oficial de la ruptura con la discográfica, pero su comportamiento durante esos últimos días me hizo asegurar que lucharía por lo nuestro y por no naufragar y hundirnos. No quería irme a otro lugar, ahí me sentía en casa y ese no-beso me lo confirmó. Por un momento maldije a la niña. ¿Qué hubiese pasado si no hubiese entrado? En mi vida me había separado tan rápidamente de un hombre. Igualmente, nos vio y nos taladró a preguntas.

—¿Quieres merendar? —la cortó Martín en un momento dado, sin haberle dado ninguna respuesta.

—Ya estás tardando.

—Anda que no te ha salido mandona la niña —le di un golpe en el hombro—. No sé de quién lo habrá sacado.

—Eso es herencia de su madre —le preparó un pequeño bocadillo de jamón dulce.

Me senté en un taburete de la isla que separaba salón y cocina, observándolo con admiración. Su faceta de padre me puso a mil. Estaba tan entregado... Me entraron ganas de besarlo a pesar de estar Emma delante. La niña se sentó a mi lado.

—¿Tú no meriendas?

Solté una leve carcajada. Me hacían mucha gracia esas preguntas tan inocentes. La magia de la infancia... quien pudiera tener ocho años otra vez: sin problemas, sin ataduras, poder estar en un columpio sin ser observado, sentir la libertad al correr por un parque... eso era vida de la buena.

—Papá siempre merienda conmigo —comentó viendo a Martín preparar el sándwich.

No hizo falta más, el hombre de la casa hizo un par de bocadillos más para nosotros, escondiendo una sonrisa por la gracia que le producía ver a su hija tan suelta conmigo.

—Uno para la princesa pequeña —se lo sirvió a su niña—. Y otro para la mayor.

Se sentó al otro lado de la pequeña y comenzó a comer como un loco.

—Ni que hiciera una semana que no comieses —comenté. Por detrás de Emma le pegué un golpe en el brazo.

—¿Te duele la mano? —me preguntó la pequeña. Me encogí de hombros—. ¿Te van a quitar esto? —llevaba un inmovilizador de muñeca que me impedía realizar movimientos cotidianos con soltura.

—Pronto ya verás que podré peinarte de nuevo.

—¡Bien! —exclamó.

Martín se levantó a dejar su plato al fregadero. Se colocó detrás de mí, con sus manos en mi cintura y me susurró al oído con esa voz tan picante y aterciopelada:

—Eso significa que pretendes quedarte una temporada.

Lo miré y ambos nos comprendimos. Ojalá lo nuestro fuera para siempre. De momento no era nada y era mucho. Algo incomprensible que nos gustaba. Un tonto que nos parecía divertido y nos ayudaba a superar los baches del pasado.

—Se lo voy a decir —volvió a murmurar—. Ayúdame si te necesito.

—Lo haré —hablé demasiado fuerte ya que Emma se giró hacia ambos.

—¿El qué harás? Oye, ya estáis otra vez con las manos en la masa. Esperad a la noche, ¿no? —nos sermoneó—. Antes intentando hacerme creer que no os estabais besando, por la mañana el abrazo, ahora esto. Papá, que se te van los ojos y las manos —me reí. La cara de Martín era un poema.

—Hala, ya has oído a tu niña.

—Tampoco duermes conmigo.

—Ni lo haré.

—Por el momento —apuntó.

Decidí no responder. Había otros asuntos más importantes a resolver antes que nuestra relación.

—Emma —la niña lo miró, bebiéndose un zumo —sabes que mamá va a estar un tiempo lejos. ¿A ti que te parece quedarte aquí todo este tiempo?

—Bien —aceptó con más naturalidad de la que me imaginaba—. Si no vuelves a meter a otra como Hanna en casa, me conformo. Y si está Carlota, ya me parece la repera. A mamá ya la veré cuando regrese. ¿La podré llamar?

—Claro, siempre que quieras.

—Vale.

Martín y yo nos miramos y respiramos aliviados, especialmente él. Emma se marchó a jugar a su habitación.

—¿Ves? No ha ido tan mal —le dije cuando nos quedamos solos.

—La echará de menos.

—Obviamente Martín, pero contigo va a estar bien.

—Perdona, con nosotros —me rectificó. Sonreí levemente—. ¿Qué hacemos? Son las seis. Tenemos reserva a las nueve.

Decidimos jugar un rato con la niña. Hacia las siete, la pequeña se fue a la ducha a un baño que usaba solamente ella y yo al de invitados, que se encontraba en la misma habitación donde iba a dormir. Me puse un pantalón negro ajustado, un jersey a rayas marineras y botines planos. Me maquillé un poquito (como pude) y me peiné. Emma vino a verme en albornoz.

—¡Cariño! ¿Por qué no te has vestido todavía? —le pregunté agachándome a su altura.

—No sé qué ponerme —confesó—. ¿Me ayudas?

—Vamos.

Ya me hubiese gustado a mí tener su armario a esa edad. Estaba indecisa entre tres vestidos y

una falda con un jersey igual que el mío.

—¡Hala! —exclamó al verlo—. Si me pongo esto iré igual que tú. Adjudicado.

Reí con esa reacción a su descubrimiento. La ayudé a vestirse y la llevé al baño para peinarla. Le sequé el pelo y la senté en el mármol para arreglarle la melena: indomable y bastante rizada. Solamente tenía una mano funcional, pero pude realizar la tarea correctamente.

—Carlota, ¿A ti te gusta papá? —preguntó.

—Es muy guapo. ¿Por qué lo dices?

—Es que me da miedo que alguien le diga que debe irse con una como Hanna. Yo para él quiero una persona como tú. Bueno en realidad, tú eres la adecuada. Y me cuidas. Ninguna de sus novias lo había hecho antes. Todas estaban demasiado ocupadas fingiendo trabajar cuando realmente no tenían trabajo. ¿Por qué no sois novios?

—Porque es un asunto complicado.

—Ya te dije que no. Si dos personas se quieren es porque están destinadas a estar juntas y tú me has enseñado vídeos donde se os ve enamorados. Os seguís mirando igual.

—Tú vas para detective, ¿eh? —se carcajeó con gusto—. Algún día todo cambiará, te lo prometo.

—¿Seguro?

—Seguro.

Sellamos nuestra promesa con un abrazo que fue interrumpido por un Martín lleno de energía para llevar a sus ‘princesas’ a cenar. Cogió a su hija en brazos y la bajó al suelo.

—¿No habrás escuchado nada, verdad? —le pregunté preocupada sin que la niña nos escuchase.

—¿Yo? Pobre de mí.

—Mentiroso —le golpeé el pecho con poca fuerza —aunque sinceramente... poco me importa.

—¿En el buen o mal sentido dices esto?

—En el buen sentido, bobo —le pasé dos dedos por el pelo.

—Soy una tumba —juró.

—Eso espero.

Nos llevó a un restaurante apartado del barullo de la ciudad, propiedad de un amigo suyo. Estuvimos la mar de tranquilos en un saloncito para nosotros solos. Emma fue la alegría de la noche. Sin ella, la cena hubiese sido vacía, sin emoción. Tenerla ahí, feliz, rebosando amor y cariño y haciéndonos olvidar de los problemas, fue una medicina más que valiosa. Y lo mejor todavía estaba por llegar... sentimientos del pasado volverían a nosotros en cuestión de horas.

Capítulo 30

26.12.2017

Martín

Me desperté sobresaltado en plena madrugada. Los nervios por dormir en la misma casa que Carlota me obligaron a desvelarme a menudo de forma involuntaria. Me levanté a tomar un vaso de agua. Al volver arriba, pasé por delante de la habitación de invitados y escuché ruido. Entreabrí la puerta y me la encontré sufriendo su terrible pesadilla. Me acerqué corriendo a la cama y la abracé, acurrucándola en mi pecho antes que pudiera padecer algún síntoma más grave. Abrió los ojos, volvió en sí e intentó zafarse de mis brazos en vano. No la solté y entendió de esa forma que iba a quedarme ahí con ella hasta que se calmara.

—Duerme conmigo, por favor —me suplicó.

—Cla... claro.

“¿Y ahora por qué cojones tartamudeo? Esta mujer me saca de mis casillas”.

Me tumbé a su lado. Mi campo de visión entre tanta oscuridad fue su espalda. Noté como alargaba un brazo para palpar el mío. Fingí estar dormido y no percibir como quiso que la abrazara. Con cuidado de no dañarla, rodeé su cintura. Cerré los ojos intentando pillar el sueño. Fue complicado dormirme. Una belleza andante estaba tumbada en la misma cama que yo. compartíamos un espacio sin tener definido qué nos unía, aunque sinceramente... la definición era lo de menos en aquel instante. La magia del momento valía oro.

—Cuanto te quiero —murmuré pegándome más a ella.

Aspiré el aroma de su pelo y dejé que unas tímidas lágrimas resbalaran en silencio por mis mejillas. Me sentía impotente ante esa delicada situación: pesadillas, una confirmación que no acababa de llegar, una madre que había abandonado a su hija y una demora por conseguir la felicidad demasiado extensa. Logré dormirme algo incómodo, pero descansé, que era importante.

*

—Papá... papá... —alguien me zarandeó el hombro repetidas veces—. Papi...

Abrí los ojos con lentitud y me los restregué, ubicándome en el espacio. No estaba en mi habitación y tenía unos brazos alrededor del cuerpo que me resultaban familiares. Era Carlota que se había pegado a mí como un koala. Al otro lado, de pie, con cara de pocos amigos y paciencia y los rizos totalmente despeinados estaba mi niña, que había subido la persiana del dormitorio para que nos iluminara a los tres.

—Tengo hambre y quiero una explicación a esto —pidió de forma autoritaria.

—Shh... —la hice callar—. Que está dormida —miré la hora desde el móvil de Carlota (soy

malo, lo sé, pero no tenía nada más a mano), no eran ni las ocho de la mañana—. Es muy temprano, cariño. ¿Por qué no vuelves un rato a dormir?

Aprecié cierto movimiento desde el lado de Carlota y se volteó de espaldas a nosotros. Ronroneó y abrió los ojos.

—¿Qué pasa? —preguntó con voz dormida incorporando la cabeza.

—¡Carlota!—. Emma dio la vuelta a la cama corriendo y se subió al colchón a abrazarla — Buenos días.

—Buenos días princesa.

—Ah, ¿A ella le das los buenos días y a mí no? —pregunté visiblemente “ofendido” a mi hija.

—Claro, no todos los días estará por aquí.

“Eso es lo que dirás tú”.

—¿Qué hora es? —se interesó Carlota.

—Ni las ocho.

—Joder —musitó entre dientes—. Yo voy a sobar de nuevo.

—Espera, tengo un plan—. Emma se sentó entre ambos—. Tú dices que Alba venía hoy a Madrid, ¿no? —cogió el móvil para confirmarlo.

—No, al final no baja.

—Pues nos vamos los tres a Barcelona y mañana nos quedamos contigo para la grabación de la gala y luego ya nos vamos a lo de Nochevieja. Tengo algún asuntillo a resolver.

—La que se va a liar si nos ven juntos.

—¿Tú recuerdas que yo sigo siendo Iván, no? Y que Emma puede hacerse pasar por la hija de Iván sin problemas. ¿Verdad, cielo?

—Sí, yo soy Mar, la hija de Iván cuando quiero. Es que papá ha usado esa identidad en más de una ocasión—. Carlota sonrió—. Me gusta el plan.

—Pero ahora a dormir un poco más.

—¿Puedo quedarme? —preguntó poniendo morritos para darnos pena.

Aceptamos los dos y se tumbó aferrándose al brazo de Carlota con fuerza. Noté como mi luna me pasó una mano por la cara y me dedicó una última sonrisa antes de darle un beso a mi hija y volver a caer en un profundo sueño.

Me desperté nuevamente cuando noté algo de frío entre las sábanas. Las dos mujeres de mi vida habían desaparecido misteriosamente. Volví a mirar la hora pecando otra vez cogiéndole el móvil a Carlota. Tenía un millón de notificaciones. Me lavé la cara y bajé a la cocina. Ambas estaban sentadas en la isla absortas en la pantalla de la Tablet de mi hija. Llevaban auriculares y no se dieron cuenta cuando entré. Las abracé por los hombros y les di un beso a cada una en una sien. La mayor me pasó una taza de café recién hecho que agradecí con un apretón en su mano.

—¿Qué hacéis?

—Nada —respondió inocentemente Emma.

—¿Por eso has bloqueado la pantalla inmediatamente, no? —le hice cosquillas en la barriga, su punto débil. Se comenzó a reír a carcajadas.

—Vale, confieso, mirábamos vídeos de la academia.

—Vaya, vaya... —arqueé las cejas—. Espero que le enseñes solo los permitidos —le susurré al oído a Carlota.

—Gracias a dios que no circula todo por la red —ironizó intentando no ser escuchada, tarea inútil teniendo a Emma con la parabólica enchufada.

—¿Qué falta por ver?

Ambos nos miramos y tragamos saliva. ¿Qué le teníamos que explicar a una niña de ocho años sobre nuestra relación?

—Nada, que contamos algunos chistes y a alguien no le gustaron —improvisé.

—Normal, es que eres malísimo contando chistes—. Carlota se contuvo la risa—. ¿Es malo, eh, Carlota?

—Mucho, mucho.

Respiré aliviado viendo como mi niña quedaba sin preguntas y Carlota y yo habíamos salido del aprieto victoriosos. La peque se marchó a vestirse dejándonos solos.

—Tu hija es muy curiosa.

—Lo sé, pero como le solucionas las preguntas, seguirá haciéndolo.

—Ningún problema, ya sabes que tengo buena mano con los niños. Pero no creo que deba saber que todo el mundo escuchó que nos habíamos acostado porque se nos escapó en una conversación que parecía íntima.

—Ya ves. Tienes razón.

Decidimos viajar en coche. Carlota todavía no estaba segura de marcharnos los tres, pero con un poco de insistencia, especialmente de Emma, conseguimos animarla y que aceptara el plan sin problema ya que los periodistas le habían perdido la pista y no la perseguían. El viaje fue largo, pero lo disfrutamos. La niña se entretuvo mirando una película y nosotros nos pasamos el trayecto hablando, acercando posturas. Sin saber qué nos unía, en más de una ocasión nos sonreímos, nos miramos con amor y nos dedicamos alguna caricia. Nos estábamos ayudando mutuamente y eso era lo que más significaba para nosotros. Nos detuvimos en un área de servicio. Era una hora transitada y podíamos ser vistos. Fue lo de menos. La comida era lo importante. Nos sentamos en una mesa apartada del barullo general. Emma nos alegró el almuerzo.

—Pero yo no entiendo aún lo de los chistes—. Carlota y yo soltamos una risita nerviosa.

—Pero si Carlota te lo ha contado, Emma.

—Bueno, se lo preguntaré a la tita Alba.

—La tita Alba no estaba ese día.

—¿Ya la habían echado? ¿Tan mala era que no llegó a la final?

—Debía estar ocupada con Samuel.

—¿Fueron novios?

—Sí.

—Madre mía, si eso parece más el programa que mira la yaya que una academia de cantantes. Ni en *Gran Hermano* hay tantas parejas —se puso en pie entre nuestras carcajadas—. Voy al baño.

Carlota fue más contenida riéndose. Se terminó la *Fanta* y siguió a Emma con la mirada.

—La que te espera dentro de unos años —se levantó.

—¿Dónde vas?

—Al baño también —hizo una mueca de dolor.

—¿Estás bien?

—Las costillas. Estoy bien.

—No lo estás.

—Lo estoy —afirmó tajantemente.

—No digo más.

Salieron juntas del baño charlando animadamente. De camino a Barcelona, la niña se durmió y Carlota quiso aclararme el malentendido de antes.

—Oye, estoy bien a ratos. Comprende que el dolor no se me irá de un día para otro.

—Lo sé. Solo quiero que estés bien, tranquila, cuidada, que no sientas que nadie se preocupa de ti.

—Lo tengo asumido y te lo agradezco. Sin ti, este bache sería mucho más difícil de sobrepasar.

—Eres lo mejor que me ha pasado nunca junto con Emma, creo que es mi deber cuidarte y más ahora.

Yo mismo me sorprendí escuchándome pronunciar aquellas palabras. Me sonrió con candor y centró la vista en la carretera donde unas finas gotas de lluvia comenzaron a empapar los cristales.

—La casa de Barcelona. ¿La has vuelto a pisar? —pregunté tímidamente. Negó con la cabeza.

—¿Tú?

—Bueno... alguna vez que me ha entrado la morriña sí que he ido. Te lo decía para ir a pasar esta noche ahí y ahorrarnos el hotel.

—No sé, Martín. Son muchos recuerdos y muchas historias vividas ahí.

Historias como el día en que Carlota se puso entre fogones y por poco no quema la cocina, cuando tuvimos una falsa alarma de embarazo, las mil tardes tirados en el sofá dedicándonos carantoñas mientras mirábamos películas, las noches cargadas de pasión entre las sábanas, las risas que inundaban el espacio, las lágrimas en los momentos de despedida y el sueño truncado de seguir creciendo juntos en aquel fatídico 2006.

—Ya... tienes razón, pero me gustaría que Emma conociera algo más de nosotros. Te quiere un montón.

—Bueno, vale. Supongo que por una noche no pasará nada. Estará echa una mierda, eso sí.

—Estuve antes del reencuentro y limpié. Quería llevarte de nuevo ahí. Quitamos el polvo de esos dos meses y listo. Va a ir bien —le apreté la mano tiernamente—. ¿Confías en mí? —asintió insegura. Demasiados recuerdos agolpados en la mente en cuestión de minutos. Decisiones imprevistas que no sabíamos hacia donde nos llevarían.

A cada kilómetro que nos acercábamos más a Barcelona, nuestros nervios fueron aumentando y lo percibimos a simple vista. El corazón comenzó a latirme más fuerte y rápido, a Carlota le sudaron las manos, suspiró repetidas veces intentando calmarse y un ligero temblor se instaló en nuestros cuerpos. Aparcamos enfrente del edificio y nos mantuvimos unos segundos en silencio.

—¿Seguro? —me miró intensamente.

—¿Segura?

No lo estábamos, no nos íbamos a mentir, pero teníamos que superar el miedo que nos suponía estar en el que un día fue nuestro hogar. Despertamos a Emma con ternura.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó con la voz adormilada.

Asentimos sin hablar y bajamos del coche arrastrando las maletas.

—¿Dónde estamos? —volvió a cuestionar entre nuestro silencio—. Esto no es un hotel. ¿Es la casa, papá?

—Sí, cariño, esta es la casa donde prometí llevarte algún día.

—¡Hala! —alucinó—. ¿Tú sabías que vendríamos aquí hoy? —preguntó a Carlota. Negó con la cabeza tragando saliva. Si hubiese hablado, lo más probable, hubiesen sido lágrimas.

Emma se colocó entre ambos, agarrándose a la mano de los dos. El portal no había cambiado, el rellano tampoco. Vi como a Carlota se le cristalizaban los ojos, demasiadas vivencias pasaban por su mente. La subida en ascensor fue lenta y tensa. Mi niña estaba emocionada por conocer ese pedazo de pasado que nos había acompañado, nosotros dos solo queríamos que la situación no se hiciera incómoda y no estar cometiendo otro error de la larga lista que llevábamos a nuestras

espaldas. Las puertas se abrieron cuando llegamos al ático. Suspiramos a la par y avanzamos hacia el piso. Yo fui quien abrí la puerta a esa dimensión que había sido el único lugar donde me había sentido como en mi pueblo, en familia, en casa. Los ojos se me humedecieron y tuve que tragarme las lágrimas delante de Emma. A Carlota le costó más, y dejó que un tímido y silencioso llanto se deslizara por sus mejillas. Se lo secó con rapidez evitando que la pequeña la viera. No corrió ese riesgo, mi bello terremoto estaba paseando por la casa admirando cada habitación con especial atención.

—Ven aquí —extendí los brazos y abracé a Carlota dejando que se desahogara libremente.

Los dos nos permitimos emocionarnos con los recuerdos que nos traía aquel piso.

—¿Por qué nunca la vendimos? —preguntó en un susurro.

—No lo sé, no lo sé... supongo que éramos conscientes que algún día acabaríamos volviendo.

Nos recompusimos y separamos rápidamente al oír a Emma llegar hacia nosotros. La cogí y la senté sobre la mesa de la cocina.

—Tengo algo a proponeros y no me vais a decir que no porque me enfadaré —arqueamos las cejas, incrédulos ante su propuesta—. Yo quiero dormir en la habitación del fondo. Vosotros juntos en la grande porque así vais a recuperar el amor que no os atrevéis a confesar.

Carlota y yo nos miramos de reojo y aceptamos sin problema para no hacer un feo, aunque esa era mi intención desde el primer momento que habíamos pisado la casa de nuevo. Emma nos ayudó a limpiar el polvo de las estanterías y a cambiar las sábanas.

—Carlota —la llamé desde la cocina—. No hay nada en la nevera —le dije parado enfrente del vacío frigorífico.

Vino seguida de Emma. Los tres nos quedamos pensativos ante el electrodoméstico sin alimentos ni bebidas.

—Busquemos una solución porque hoy aquí es festivo y los supermercados están cerrados.

—¡Yo quiero pizza! —exclamó Emma.

—Pues adjudicado, pidamos unas pizzas —dictaminé.

Con la comanda encargada, pensamos un plan para acompañar esa improvisada cena. Decidimos mirar una película. Le dejamos elegir a Emma.

—O *Buscando a Dory* o *Mary Poppins* o *La Bella y la Bestia*. Como mañana también estaremos aquí, hoy quiero *Mary Poppins* y mañana *La Bella y la Bestia* —dictaminó.

Conectamos la Tablet a la tele (único aparato que había renovado) y cuando el pizzero nos trajo las dos pizzas, nos sentamos los tres en el sofá a cenar. Emma quedó frita a media película y mientras Carlota recogía las cajas donde solamente habían quedado migajas, yo la llevé a la cama y la arropé, yendo después ella a darle un beso de ‘buenas noches’.

—Amo como cuidas a Emma. En pocos días, os habéis cogido una confianza enorme. Gracias por hacerla feliz —me sonrió tiernamente regresando al salón—. ¿Acabamos la peli?

—Vale.

Se acurrucó en un rincón del sofá con una mantita. Yo me quedé en el cojín del centro, estirando las piernas sobre la mesita de enfrente. Al cabo de unos minutos se tumbó y apoyó los pies en mi regazo. Le di un suave masaje que me agradeció con una sonrisa. Parecía que habíamos vuelto doce años atrás. Antes de que la peli acabara, Carlota cayó en un profundo sueño. La observé embelesado, mi ángel de la guarda particular, la princesa de un cuento que no se escribía si ella no estaba, la mujer que más me había querido y a la que más había amado en la vida. Estábamos en casa después de años de no pisarla de la mano.

Apagué la Tablet y la tele y le zarandeé un brazo levemente para que se despertara y poder ir a

la cama. En otras circunstancias la hubiese cogido a peso y la hubiese tumbado en el colchón como hacía antaño. Ese 26 de diciembre no era el día para retomar viejas costumbres tan personales. Le pasé un brazo por la espalda y juntos nos adentramos en la que tantas noches había sido nuestra cama.

—Hay algo que me falla —murmuró incorporando la cabeza.

—Tu lado es este. Dónde estás es el mío.

—Tienes razón —nos intercambiamos el sitio—. Ahora sí.

Nos quedamos unos segundos mirándonos fijamente. Alargué un brazo y le acaricié la cara con delicadeza. Cerró los ojos acercándose a mí.

—Quizá me arrepienta, pero tengo que hacer esto.

Antes que pudiera preguntar de qué se trataba, depositó un tierno beso en mis labios. En un primer momento no respondí y se retiró contrariada. Me costó asimilar esa muestra de amor. Cuando lo hice se la devolví con más pasión. Esos besos fueron mágicos. Volvimos a cruzarnos una mirada intensa y la abracé con la más pura ternura que se puede abrazar a la mujer que amas y que en esos momentos volvía a derrumbarse. Los recuerdos y pesadillas del pasado nos estaban acechando desde que habíamos entrado. No pude evitar caer yo también y llorando silenciosamente nos besamos de nuevo. Beso con sabor a sal que endulzamos con alguna caricia que se antepuso al pensamiento. Colé las manos por dentro de su camiseta. Soltó un gemido cuando rocé sus costillas. Todavía estaba delicada de salud. Preferí cambiar de pose y que se apoyara en mi pecho con tal de seguir recuperando algo de su confianza más íntima y personal. Aceptó de buen grato y sin problemas. La rodeé con los brazos y le di un beso entre el pelo murmurando un ‘te quiero’ del cual no obtuve respuesta. No era necesaria, me sentía compensado con tenerla a mi lado.

Capítulo 31

27.12.2017

Carlota

“Anda, hoy no he tenido ninguna pesadilla. ¿Será que dormir con Martín me aporta tranquilidad? Vaya gilipollez. Eso significa que estoy mejor. Pero... mirándolo bien, él me da calma y paz. ¿También es una medicina? Deliro, me parece. ¿Qué hora es? ¿Las nueve? Uf, debería levantarme. He quedado con Alba a las once y me tengo que duchar y todo... que pereza. Con lo bien que se está abrazada a mi niño”.

Me separé delicadamente de Martín. Seguía abrazándome con el mismo mimo que la noche anterior. Me levanté y salí al pasillo. Subí las persianas del salón y me mosqueó no encontrar café. Obviamente, después de diez años era imposible que siguiera habiendo ese remedio mágico y reconfortante para mí en la casa. Me senté en la mesa de la cocina con el móvil. Revisé las notificaciones mientras respiraba hondo intentando no cabrearme por no tener una taza de mi apreciada bebida a mano.

—¡Buenos días! —exclamó una voz infantil.

—Buenos días princesa—. Emma se acercó a mí y me dio un abrazo, sentándose en mi regazo.

—¿Qué haces? —preguntó con su dulce inocencia.

—Nada, cielo. Si no hay desayuno. ¿Qué te parece si me voy a duchar y luego vamos a buscar algo de desayuno? En la esquina hay una panadería que hace unos cruasanes riquísimos.

—¡Vale! Voy a ver la tele.

—¿Por qué no despiertas a tu padre? —lo hice con malicia, lo reconozco.

—Uhm... es buen plan.

Me duché lo más rápido que pude. Suerte que en la maleta llevaba neceser. Si me tenía que fiar del baño... Me vestí con ropa cómoda y volví al dormitorio. No se oía ni una mosca y es que padre e hija dormían plácidamente. Estaban monísimos. Preferí no despertarlos e ir a por desayuno y algo de comida para pasar el día. Era mi vuelta a la televisión y estaba nerviosa porque me asustaba volver a ponerme delante de una cámara en un programa donde predominaban las risas viendo que mi vida continuaba siendo más bien negra. Les dejé una nota en la mesa de la cocina conforme me iba. Cuando regresé continuaban dormidos. Eran las diez de la mañana y en una hora tenía que irme así que los desperté con la mayor suavidad que pude. Reaccionaron a la vez y de la misma forma, pidiendo cinco minutos más. Era indudable que Emma era una copia de su padre en muchos aspectos.

—Hay comida en la cocina —avisé.

Fue escuchar la palabra ‘comida’ y antes de lo que canta un rayo ya tenía a Emma fuera de la cama.

—¡Papá, va, levanta! —lo sacudió con fuerza.

—Ya va, ya va —se quejó con voz adormilada.

Desayunamos los tres haciendo planes para el día. Yo había quedado con Alba y ella sería mi acompañante en el programa. Martín tenía tareas en Barcelona y alguien se tenía que quedar con

Emma.

—Puedes escoger con quien quieres ir —le propuso su padre.

—Pues me voy con Carlota —afirmó con chulería—. Así Marcos me contará vuestras travesuras en la academia —sonreímos ante ese motivo—. Y además estará la tita Alba y la tita Lucía. Me lo pasaré mejor que yendo a despachos de gente aburrida contigo. Voy a vestirme.

Nos quedamos solos en la cocina. Apuramos el café y nos quedamos en silencio, sin necesidad ni intención de comentar lo ocurrido el día anterior. Había sido demasiado potente para compartirlo. No tenía por qué trascender más allá de esa habitación.

—¿De verdad que no te importa llevarte a Emma? —preguntó preocupado rompiendo el hielo.

—No, para nada. Estará bien cuidada.

—Si eso no me preocupa. Es por el qué dirán.

—Estaremos con Alba y Lucía. ¿Crees que alguien preguntará si ha venido conmigo o con ellas?

—Puede.

—Ay Martín —me levanté—. No seas cabezón —le pedí—. Voy al baño.

No fui al baño, fui a ver a Emma. Estaba indecisa con la ropa nuevamente. La ayudé a escoger y le cepillé los rizos con delicadeza. La que su padre no utilizaba, según ella.

—Es un poco bestia. Mamá también lo hace sin tirones, pero tú más —afirmó.

Alguien dio dos toques a la puerta de la habitación principal. Era Martín. Se sentó en la cama detrás de mí y me acarició los hombros.

—¿Tardaréis mucho en irros?

—Son menos cuarto. En teoría en 15 minutos Lucía y Alba llegarán.

—Papá, Carlota sabe desenredar el pelo mejor que tú—. Martín rio levemente apoyando la cabeza en mi clavícula izquierda.

—Es que hija, tienes una melena indomable —se justificó dándome un tierno beso en el arco del cuello.

Le coloqué como pude una diadema a conjunto con el jersey. Cuando el timbre sonó, se levantó del colchón rápidamente y junto a Martín fueron a abrir. Mis amigas subieron montando jaleo y alucinando por vernos a los dos en la misma casa de antaño.

—Es como si el tiempo no hubiese avanzado —escuché comentar a Albita—. Con la diferencia que ahora hay esta princesita por aquí. ¿Dónde está Carlota?

—Estoy aquí —las abracé fuertemente a la vez—. No lloréis —les susurré al oído conteniendo la emoción.

Las cuatro nos despedimos de Martín de distinta forma. Emma lo abrazó con fuerza, Alba y Lucía con dos besos y un corto abrazo, y yo con un simple beso en la mejilla.

—Eh —me agarró de la muñeca antes de separarme—. Suerte. Vas a estar fantástica —juntó mis labios con los suyos en un tímido pico que nadie más vio.

Nos sonreímos ligeramente al separarnos y adoptamos caminos distintos. Él a acabar de vestirse y yo hacia la puerta donde me esperaban mis tres acompañantes. En plató, nos dividimos en dos grupos. Lucy y Albita fueron al camerino de la primera y a un ensayo de ésta y yo, por petición de Emma durante el trayecto, le hice una visita guiada a las instalaciones.

—¿Sabes? —le conté entrando en plató—. Aquí es donde papá y yo cantábamos antaño.

—¿De verdad? —alucinó—. Pero si no se parece en nada.

—Han pasado muchos años, cielo.

—Es verdad —admitió encogiéndose de hombros—. Aun así, parece otro espacio. Es enorme.

Se soltó de mi mano al ver a Marcos. Fue corriendo hacia él y lo abrazó. Se sentó en su regazo mientras yo me acercaba paulatinamente.

—¡Ay mi Charlotte! ¡Qué al fin has vuelto! —se puso en pie dejando la niña en el suelo y me achuchó con energía—. ¿Qué tal? ¿Te encuentras al cien por cien?

—Sigo algo adolorida, pero merece la pena regresar al programa.

—Veo que no vienes sola —arqueó las cejas hacia Emma, que había sido abducida por las monerías de uno de los concursantes—. ¿Me lo dices o me lo cuentas?

—Te cuento sin nadie más delante después.

—Jura —me señaló con un dedo.

—Juro. Vamos Emma.

Se despidió del chico sacudiendo la mano y me siguió hacia la mesa de jurado. Se sentó en mi silla enseguida y dio una vuelta sobre su propio eje. Le hice una foto y se la mandé a su padre, que ya me había preguntado si estábamos bien.

Carlota: Ha encandilado a todo el personal ??

Martín: ¿Se divierte?

Carlota: Súper entretenida la tengo. Ahora empiezan los ensayos generales antes de almorzar y luego por la tarde estaremos por peluquería y verá la gala desde detrás de las cámaras con Alba.

Martín: Perfecto. Luego hablamos. ??♥

Nos quedamos a ver los ensayos. Emma se sentó sobre mis piernas y cotilleó todos los objetos de la mesa. Acompañándome, mis compañeros de jurado. La niña se entretuvo haciendo un dibujo mientras observábamos el escenario.

—¿Vas a tener algún momento de intimidad? —me susurró Marcos al oído.

—Que sí, pesado. Ya te he dicho que te contaré luego esto.

—Si me dijeran que es tu hija, me lo creería —lo miré con los ojos como platos—. No me mires así, sabes que tengo razón. Yo la he visto con Patricia y con Hanna. Lo siento, pero las verdades ya sabes que no me las callo. Si no se despegas de ti en ningún momento —alzó la voz unos decibelios. Le mandé callar.

Acabamos cerca de las dos y media. La tradicional comida de equipo fue suspendida por causas ajenas y cada uno almorzó por su cuenta. Yo me fui con Marcos, Alba, Rosa y dos concursantes a la cafetería. La niña hizo las delicias de los mayores con sus ocurrencias.

—¿Y por qué estás con Carlota? —asesiné a Lucía con la mirada por haber preguntado aquello a la niña.

—Pues porque mola más que ir con papá a despachos de gente rica y fea —reímos ante esa soltura.

—Se parece a su padre, ¿eh?—. Marcos me apretó el brazo para llamar mi atención. Estaba a mi lado.

—Es su copia en miniatura.

Uno de los concursantes me preguntó qué me unía a Martín y le respondí que se lo contaría en otro momento.

—Tú tienes que dar explicaciones a mucha gente y veo que no se las darás a nadie —comentó Marcos.

—Es lo más sensato que podrías hacer —afirmó Alba posicionándose a mi favor—. No contarle a nadie lo que te pasa por la mente.

—Mirado desde este punto, tienes razón —corroboró Lucía.

—Ya me lo contará a mí cuando no estéis delante —comentó Emma con picardía y sorna haciendo estallar a la mesa en una carcajada colectiva.

—Venga hacemos una foto y la colgamos a las redes. La vuelta de Carlota hay que celebrarla —dictaminó Marcos.

Emma, que no iba a salir en una foto colgada por gente ajena a su familia, fue quien nos fotografió. Luego quiso estar en una que se mantendría en nuestros móviles sin ser expuesta a las redes sociales. Se la envié a Martín al instante, junto con una de la niña almorzando.

Martín: Que bien vivís, ¿eh? ??

Carlota: Te echamos de menos. Faltas tú. ??

Martín: Prometo que os vengo a recoger cuando acabe la grabación. Iba a pedir comida rápida, pero veo que la hamburguesa ya os la habéis zampado sin mí. ??

Carlota: Pedimos chino. Además, no sé a qué hora acabaremos y quizá Emma ya no tenga hambre.

Martín: Amo como la cuidas. Bueno, de hecho, te amo a ti. ????

No respondí al instante. Escondí una boba sonrisa que ansiaba salir a la luz y pensé debidamente mis palabras.

Carlota: Jaja, me sacas los colores. ??

Martín: Esa es la intención. ??

Carlota: Bueno, te dejo que toca ir a peluquería y maquillaje y a la reunión. ??

Martín: Mucha suerte. Mi corazón está contigo. ♥♥♥♥♥♥??

Bloqueé la pantalla al notar la penetrante mirada de Marcos encima. Habíamos quedado los dos solos en la mesa. Emma se había ido con Alba y Lucía y el resto a prepararse para el gran evento.

—¿Enamorada hasta las trancas?

—Puede —respondí encogiéndome de hombros y sin ganas de tocar más el tema.

—¿Sois pareja? —negué con la cabeza—. Te gustaría —repetí mi primer gesto.

—Esta noche nos hemos besado —me sorprendí yo misma con mi confesión. Se llevó las manos a la boca—. No comentes, estamos en..

—¿En la casa que por poco no quemas de la rabia antaño? —me interrumpió.

—Ahí mismo nos encontrarás hasta mañana o pasado. Después ya nos marchamos a lo de Nochevieja.

—Será un Fin de Año mágico. Va a ser extraordinario y vais a ver que os equivocáis sin estar juntos. ¿Tú lo has perdonado? —asentí segura—. Pues ya está. Lo demás sobre la marcha. Pero acelera un poco, ¿Eh? —sonreí ligeramente y nos dirigimos a la reunión de jurado—. Ay mi alumna... cuanto has crecido y cuanto te falta todavía por aprender —me rodeó los hombros con un brazo y juntos y revueltos nos marchamos al despacho para enfocar la gala desde nuestro punto de vista.

Acabada la reunión, me dirigí a la sala de maquillaje. A Lucía la estaban poniendo a punto, Alba sentada en la silla de su lado enseñándole chicos que le pudieran convencer y Emma en otra siendo peinada por una de las peluqueras y explicándole su vida y milagros con un desparpajo innato. Cuando la chica terminó la última trenza a la niña, fue mi turno. Mi pequeña artista se sentó en mi regazo y me explicó lo que había hecho durante mi ausencia.

—¿Puedo llamar a papá? —me preguntó.

—Claro, toma —lo busqué entre mis contactos y descolgué—. Ve al pasillo, venga.

Alba y Lucía me miraron expectantes.

—El primer comentario se lleva una hostia —advertí seriamente.

—Yo solo iba a felicitarte por tu maña con los niños. Tía, ni que conocieras a la niña desde que la hubiesen parido.

—Ya ves. Se la ve comodísima contigo. No veas la de cumplidos que te ha brindado antes. Y bueno... ya nos ha contado un pajarito que tu relación con Iván —me guiñó el ojo—. Va de maravilla. Tanto que os ha pillado en más de una ocasión a punto de besaros.

—He dicho que no quería hablar de eso.

—Ah, todo el mundo sabe que es la hija de Martín —apuntó Alba.

—Pero no es necesario que se sepa con cuál de las tres viene. ¿Queda claro?

—Uy, sí, clarísimo. Ya veo que a alguien no le han sentado bien los Frankfurts y los huevos fritos.

—Es que Lucy, no lo entiendes, ella necesita otro tipo de salchicha y huevos. Vamos, como tú, básicamente —agarré unas planchas que encontré sobre el tocador y la señalé.

—Huye por tu bien —amenacé seriamente.

—No tiemblo, chica. Sabes que tengo razón. Por cierto, hoy soy yo tu estilista. Ya te he elegido vestido y lo vas a usar por Nochevieja en otro color. He estado hablando con mi ayudante—. Emma —y hemos decidido que ambas iréis de conjunto.

—Yo opino igual, que lo sepas. Vas a estar divina y más para Iván.

—Deja de llamarlo Iván.

—Así se iba a llamar tu hijo años atrás.

—No me hables de bebés —la miré y me comprendió enseguida musitando un ‘lo siento’—. Tranquila, es solo que todo me sobrepasa y estoy nerviosísima.

Emma regresó dando graciosos saltitos. Me devolvió el teléfono y nos anunció que Martín nos mandaba mil besos y nos deseaba mucha suerte. Se sentó otra vez sobre mí y nos hicimos una foto enfrente del espejo. Se la mandé a su padre, como llevaba haciendo con las del resto de la jornada.

Martín: Que envidia me dais. Y yo aquí, sin acabar todavía. ??

Carlota: ¿Tan importante es lo que haces?

Martín: Se trata de desvincularse de según qué personas y contratos, ya lo sabes. Son procesos largos y pesados.

Carlota: Cierto...

Martín: Bueno siento cortar otra vez estos mini diálogos que mantenemos hoy. Que vaya fantástico. Vais a estar espléndidos, tú la primera. Te quiero. ♥????

Carlota: ?????

Me marché a mi camerino con Alba y la niña. Lo compartía con mi compi femenina, que en esos momentos se encontraba merendando. Me mostraron el vestido rojo junto a la chaqueta que iba a lucir en aquella gala. Un gusto exquisito por parte de mis improvisadas estilistas.

—El de Fin de Año te lo enseñaré en casa. Lo tenemos escondido. ¿Puedo ir con Marcos, Carlota?

—Sí, pero no te pierdas ni hables con desconocidos. ¿Entendido?

—Bueno, quien te dice Marcos, te dice Lucía. Es que así os dejo hablar y contaros secretitos mientras a mí me cuentan vuestras travesuras de la academia.

—Anda, tira antes de que me arrepienta.

—Gracias —me dio un abrazo y se marchó corriendo.

Alba y yo nos tiramos en el sofá, pero me incorporé de golpe al notar un pinchazo en las

costillas. Se me pasó rápido. Esas punzadas eran de lo más normales. Le expliqué mi episodio romántico y nostálgico de la noche anterior con Martín derrumbándome a medida que narraba.

—Todo es muy difícil, tía, y no puedo soportarlo. Quiero que esta pesadilla acabe. Que la discográfica desaparezca, que desaparezca el qué dirán y poder ser feliz —sollocé—. Yo lo amo y quiero a Emma como mi propia hija. No podemos ni salir a la calle a dar un paseo porque nos persiguen. Quiero tranquilidad.

—Tengo un plan —se irguió de repente—. Pero se lo diré a Martín. Él podrá convencerte más que yo y lo voy a implicar. Ahora lo que tienes que hacer es calmarte. Tus nervios también se deben a esta gala que vas a grabar en cuestión de minutos. Es un reto y has nacido para ello. Venga, lávate el rímel corrido y triunfa.

Nos dimos otro abrazo y me limpié el rímel de mis mejillas. Me di un último retoque y salí al pasillo del brazo de mi amiga. Emma vino corriendo a mí y me abrazó la cintura. Me agaché a su altura y me dio un gran acuchón deseándome suerte.

—He estado con Marcos, que lo sepas —asentí impregnándome de su energía e ilusión—. Va a ir súper bien. Tengo fe en ti, Carlota. Te quiero mucho.

Intenté no emocionarme con sus palabras. Le di un beso en la mejilla y la dejé al cargo de Alba. Me marché con mis compañeros de jurado hacia plató. La acogida fue bestial y mis nervios no se diluyeron hasta que no finalizó la grabación. Estuve arropada en todo momento por mi mentor Marcos que casi no soltó mi mano temblorosa, ofreciéndome calidez y apoyo con ese simple gesto. Fue una gala espectacular. Las actuaciones a la altura del espectáculo y el ambiente hicieron que me volviera a sentir realizada y a gusto en mi casa adoptiva. Terminamos pasada la medianoche. Me fui a mi camerino y me encontré dos grandes sorpresas. La primera, un enorme ramo de rosas rojas que adornaba una mesa y la otra y la que me hizo soltar un grito ahogado y taparme la boca para no chillar, ver a Martín sentado en el sofá velando por su princesa completamente dormida.

—¿Qué haces aquí? —pregunté sorprendida, intentando no elevar la voz —¡Nos van a matar a preguntas! —me escandalicé.

—Estoy aquí porque te prometí que vendría a buscaros. Lo que yo no pensaba era que eso se alargara tanto. He tomado el relevo de Alba, que por cierto te manda muchos besos.

—¿Y... —giré la cabeza hacia las flores.

—Nada, un detallito —respondió quitando hierro al asunto—. ¿Tienes pensado quedarte mucho rato o nos marchamos?

—Nos vamos, pero no pienso cambiarme contigo aquí mirándome.

—Ni que no te lo hubiese visto todo ya, mujer —me ruboricé levemente. Agarré mi ropa con rapidez y me encerré en el baño.

Me miré al espejo y me desmaquillé. Los ojos se me anegaron de lágrimas pensando en el sobreesfuerzo que estaba realizando Martín por hacerme feliz y que yo no estaba pudiendo recompensarle. Me quité el vestido con los ojos vidriosos. Los estragos del accidente seguían en mi cuerpo impidiéndome hacerme sentir bella y poder un paso más para mostrarme ante él. La profunda herida de las costillas continuaba visible, múltiples moratones, el inmovilizador de muñeca y una quemada en mi codo me recordaron los terribles y angustiosos momentos que pasé y pasaron los de mi alrededor. Me vestí a rayos luz y me sequé el rastro de dos lágrimas rebeldes que habían preferido deslizarse por mis mejillas antes de quedarse dentro con el resto. Me aserené respirando hondo varias veces y descalza volví al camerino. Martín aguantaba su móvil con una mano y con la otra acariciaba la cabeza a su hija. Una estampa preciosa. Me calcé los

botines planos que llevaba al llegar y me coloqué un cuello de lana para resguardarme del frío. Me abrigué y antes de que pudiera hacer cualquier otro movimiento, Marcos y Lucía entraron abriendo la puerta de par en par y sin llamar.

—¿Esto son las Ramblas o qué? ¿No sabéis pedir permiso? —les espeté—. Prohibido hablar que la niña duerme.

Ambos levantaron las manos en señal de inocencia y se despidieron de nosotros. Emma se despertó al notar movimiento. Fue imposible volver a dormirla, se había desvelado y hasta que no agotara la poca, pero potente energía que le quedaba en el cuerpo no volvería a caer vencida por el sueño. Martín la cogió en brazos y disimulando y saliendo por una puerta trasera logramos abandonar el edificio sin ser vistos.

—Cielo —se dirigió a su hija antes de arrancar el coche—. ¿Te gustaría conocer Barcelona desde otra perspectiva?

—Vale —aceptó entusiasmada.

—¿Y la princesa mayor que opina?

—Harás lo que te vendrá en gana, es inútil opinar.

—Me lo tomaré como un sí —musitó.

En menos de media hora llegamos a nuestro rincón a lo alto del Tibidabo. Enrollé una bufanda al cuello de Emma y caminando de la mano de los dos se quedó boquiabierta viendo a nuestra querida Barcelona desde esas alturas e iluminada por las luces de Navidad y la luna. Nos sentamos en el banco donde escasos dos meses antes habíamos limado asperezas y llorado juntos por ser tan tontos en un pasado. Era un espacio mágico que solo nosotros conocíamos y que nos hacía especial ilusión que la niña descubriera.

—¿Te gusta? —la pequeña asintió con la cabeza.

—¿Y habéis venido muchas veces aquí?

—Un montón—. Martín y yo nos miramos y sonreímos entrelazando nuestros dedos por detrás de Emma.

La peque, que no tiene un pelo de tonta, volteó la cabeza y vio nuestro gesto. Puso los ojos en blanco y meneó la cabeza de lado a lado.

—Me han contado que esto que estáis haciendo ahora lo hacíais en la academia cuando cantabais en grupo y siempre había alguien en medio.

—Vaya... veo que hoy te han informado de muchas cosas, ¿no? —le preguntó Martín con humor.

—Me lo he pasado súper bien. Faltabas tú, papá.

—Otro día vendré antes si Carlota me quiere ahí.

No respondí. Centré la vista en Barcelona y fotografié el paisaje colgándolo en las redes con el lema de 'Querido Barcelona'. Emma bostezó y percibimos que ya era hora de irse a casa. La niña se durmió de camino al piso. Ayudé a Martín a ponerle el pijama y la acostamos. Nos dirigimos abrazados al dormitorio principal. Los nervios por entrar ahí continuaban floreciendo en nuestro interior, cada vez más disueltos, pero presentes. Nos cambiamos de ropa de espaldas el uno con el otro y nos recostamos con un par de almohadas en la espalda.

—¿Qué hacemos mañana? ¿Quieres marchar ya o nos quedamos hasta el jueves? —le pregunté.

—Me gustaría ir a Palamós. Llevé ahí a Emma cuando era muy pequeña y no se debe acordar. ¿Te parece buena idea?

—Perfecta —me deslicé hasta quedar tumbada completamente.

Imitó mi movimiento y nos colocamos cara a cara. Estiró sus brazos hasta palpar mi cintura y

me atrajo hacia él. Pegué mi frente a la suya y depositó un beso en mi nariz y cuando iba a darme uno en la mejilla volteé la cabeza y nos lo acabamos dando en los labios. Sonreímos ante nuestros gestos tímidos e inquietos de quinceañeros enamorados. Sin mediar palabra, apagamos las luces y nos abrazamos con todo el amor del mundo.

—¿Sabes que te quiero? —preguntó antes de dormirse.

—Lo sé. ¿Lo sabes tú?

—Siempre lo he sabido.

Capítulo 32

30.12.2017

Carlota

Después de pasar un día de los santos Inocentes maravilloso en Palamós y de instalarnos en Torla el día anterior en la casa que Martín tenía alquilada, nos disponíamos a que nuestra jornada transcurriera entre aquellos parajes que me habían enamorado nada más pisarlos.

Me desperté envuelta en los bracitos de Emma. Había insistido en dormir conmigo y no pude negarme. ¿Quién se resiste a las súplicas con carita de pena de una inocente criatura de ocho años? Yo, al menos, no pude. El paréntesis de tres noches compartiendo cama con Martín había finalizado a la vez que la estancia en Barcelona. Me levanté separándome delicadamente del pequeño cuerpo que se había pegado a mí como un koala a un árbol. El reloj marcaba las ocho y media de la mañana y afuera las temperaturas no superaban los dos grados. Preparé con mi única mano funcional el desayuno para los tres y esperé revisando las notificaciones del móvil a que padre e hija se desvelaran. El primero en aparecer fue Martín que se restregaba los ojos de sueño todavía. Se acercó hacia donde estaba yo y agachó la cabeza hasta depositar un beso en mi mejilla y otro en mi cuello. Cogió una de las tazas de café y dio un sorbo sentándose enfrente de mí.

—¿Qué tal eso de dormir con un terremoto? —preguntó divertido.

—Es como dormir contigo, pero en miniatura. Se mueve menos.

—Los genes los lleva —afirmó.

—No te lo niego. Ya lo he notado en propias carnes.

—Oye, ¿Estás segura de ir a hacer una excursión? ¿Y si te sientes mal o algo? Recuerda que sigues llevando lo de la mano.

—Estoy bien. Las heridas se están curando.

—No me las has enseñado.

—No lo haré. Me da vergüenza —confesé con un hilo de voz.

—Vamos Carlota... —suplicó—. Ya te lo dije, te lo he visto todo, no viene de una vez más.

Nos pusimos en pie y me levanté la camiseta del pijama para que pudiera observar lo que había conseguido *Producción Musical* un mes antes. Arqueó las cejas sorprendido y me pasó la mano por encima, acariciándome el costado. Se detuvo en mi cintura. Me atrajo hacia él y, como veníamos haciendo desde hacía unos días, nuestros labios se unieron en un beso tierno y dulce. Besos que era incapaz de rechazar porque, aunque lo negara, ansiaba poder tener ese contacto con él. Sin embargo, los notaba algo vacíos. Me faltaba algún elemento para completar el puzle y no sabía qué era. Escuchamos unos pasos acercarse y nos separamos.

—De un pelo nos ha ido —me susurró al oído sentándose de nuevo.

—Somos rápidos, ya lo sabes. Siempre lo hemos sido.

—Ni que lo digas... en la academia tuvimos el claro ejemplo.

—¡Buenos días! —exclamó una radiante Emma mostrando una sonrisa de oreja a oreja. Nos abrazó a ambos y su padre le sirvió el desayuno —¡Mirad! ¡Mirad! ¡Me ha caído un diente! —nos

explicó felizmente enseñándonos orgullosa un nuevo agujerito en su boquita.

Martín sonrió con ternura viendo aquel desparpajo tan natural. La observamos comer y escuchamos la historia de su sueño de princesas y caballeros que había tenido aquella noche. Esa niña se estaba apoderando de mi corazón con demasiada intensidad y rapidez.

Acabado un nutritivo desayuno, nos vestimos con ropa cómoda y salimos a explorar el paisaje de alrededor. Nos desplazamos en coche hasta el parque nacional de Ordesa y Monte Perdido y ahí pasamos el día, rodeados de naturaleza, cascadas y paisajes preciosos. Aguanté como una campeona la caminata. De vez en cuando ralentizamos el ritmo o me agarraba a Martín, pero en general me encontré bien. Emma acabó agotada. Se había divertido como la que más. Me enterneció comprobar la misma pasión por la naturaleza que su padre. Sentí que estaba creando mi familia junto a ellos. Llegamos a casa sobre las seis de la tarde. La niña se fue directa a la ducha y a ponerse el pijama. Martín aprovechó para revisar correos del trabajo. Yo preferí ver un rato la tele. Llamaron al timbre y ambos nos miramos sin saber de quien se podía tratar. Juntos nos dirigimos a la puerta. Una señora de unos ochenta años con las mejillas rosadas y una sonrisa acogedora se presentó enfrente de nosotros.

—¡Mercedes!—. Martín la abrazó —¡Cuánto tiempo sin verla! Pase, pase.

—Es que hijo, desde que volviste a la civilización que no has vuelto por aquí.

—Hemos tenido un mes...

—Hola Carlota —se me presentó la mujer—. Soy Mercedes, la vecina. Ya que Martín no hace las presentaciones... —me dio dos besos.

—Un placer conocerla. Me han hablado mucho de usted.

Nos sentamos los tres en el sofá. La afable señora nos había traído un trozo de bizcocho de chocolate casero.

—Y bueno, ¿cómo estáis?

—Bien, bastante bien.

—¿Tú también? —arqueó una ceja mirándome fijamente.

—Sí, no me puedo quejar —me encogí de hombros sonriendo levemente.

—Voy a ver qué tal va Emma. Ahora vuelvo—. Martín se levantó y abandonó el salón.

Me quedé muy cohibida ante Mercedes. No sabía cómo entablar una conversación. Me toqueteé la muñeca lisiada con nerviosismo.

—¿Te ha cuidado? —me preguntó sin vergüenza alguna. Asentí con la cabeza—. El pobre estaba tan arrepentido cuando estuvo aquí... te echaba tanto de menos...

—Y yo a él —suspiré tirándome para atrás.

—¿Estáis juntos?

—No lo sé.

—No te sigo... —entornó los ojos sin comprenderme.

—Pues que estamos en una situación extraña.

—¿Hay roce? —parpadeé perpleja—. Porque el roce hace el cariño y que estéis aquí perdidos por las montañas no lo encuentro muy habitual en dos cantantes de tanta repercusión mediática.

—Digamos que desde que salí del hospital que me está cuidando y voy con él a todos lados. La niña me ayuda un montón.

—Y aun así te resistes a tener algo serio, ¿Me equivoco? —negué en silencio—. Carlota —me envolvió una mano con las suyas —Déjate llevar. Martín es un buen chaval, te hará feliz y tú a él. No estés a la expectativa o esperando algo inexplicable. Estáis hechos el uno para el otro, sé feliz, que ahora te está costando.

Asentí conmovida por sus palabras. Martín regresó con la niña en hombros. La pequeña saludó a Mercedes con alegría y se colocó entre mis piernas de pie, apoyando los codos en mis rodillas. La buena anciana no tardó en marcharse. Comenzaba una película que no se quería perder por nada del mundo. Me fui a la ducha pensando seriamente en las palabras de la vecina entrañable. Tenía que dejar de preocuparme por aspectos banales y ordenar mi cabeza. Me envolví en una toalla y me fui a la habitación. Chillé al encontrarme a Martín rebuscando algo en la maleta de Emma.

—¡Coño! —se sobresaltó repasándome descaradamente—. No te esperaba.

—Resulta que venía a vestirme —dije en tono irónico—. Pero estando tú aquí no pienso desnudarme. Quitá esa mirada —le espeté mientras mi cara adoptaba un tono más rosado.

—Que recatada te has vuelto... —insinuó pícaro acercándose a mí—. Ya te he dicho por la mañana que te lo he visto todo enterito.

Posó una mano en mi cintura, dejándome frente a él con la respiración agitada y un rubor severo en mis mejillas. No sé si recordaba que iba desnuda y estábamos excesivamente cerca y con una niña y su parabólica a escasos metros. Se me aceleró el pulso cuando su aliento se aproximó a mi boca.

—Martín —murmuré.

—No hables... —susurró antes de rozarme los labios.

Ese simple roce dio paso a un beso con mayúsculas. Rodeé su cuello con mis brazos y deposité sus manos en mis caderas. El beso fue aumentando de pasión con la mala suerte que la toalla cedió y quedé totalmente desnuda. Obvié el detalle hasta que percibí el tacto de las yemas de los dedos de Martín subiendo por mi columna. Luego ya me agaché velozmente a volver a cubrirme con la tela. Seguía sin estar cómoda con ciertos moratones adornándome la piel. Me separé con rapidez y me vestí sin mirarlo.

—¡Papá! —le llamó Emma desde el salón—. ¿Vienes o qué?

—Ya va, cielo, ya va —cogió la bata de su hija y se marchó.

Me quedé sentada, mirando la ventana, de espaldas a él. Apoyé las manos en el colchón y suspiré. ¿Qué acababa de pasar? ¿Había sido acertada mi reacción? Me puse unos leggings y una camiseta holgada. Me pasé las manos por la cara, desesperada. Quería obedecer a Mercedes y me estaba costando soltarme y volver a ser yo al lado del hombre al que más he amado en mi vida. Me levanté y cuando me volteeé hacia la puerta, me encontré a Martín apoyado en el marco, observándome fijamente e impidiéndome salir.

—¿Qué quieres? —pregunté con desgana.

—¿Qué acaba de pasar?

—Un error.

—¿De verdad lo consideras un error?

—Martín, no tengo ganas de pelear y menos con la niña ahí.

Me permitió regresar al salón, descontento y molesto con mi respuesta, claramente. Me senté al lado de Emma, que miraba dibujos animados y pintaba una mandala en la Tablet. Martín preparó la cena mientras yo me distraía con los colores que adornaban la figura que había elegido la pequeña para pintar.

—La cena está lista —anunció seriamente.

Fue una comida mucho más tensa que las anteriores. Emma estaba cansada y no quería hablar. Nosotros dos, en silencio también y con el estómago cerrado. Necesitaba destensar la situación y no sabía cómo empezar. No hizo falta que yo tirara la primera piedra, después de acostar a la

pequeña, Martín rompió el hielo.

—¿Sigues pensando que ha sido un error? —preguntó apoyándose en la mesa de la cocina.

—Yo no quería decir eso. Tienes que entenderme. Es muy duro volver a mostrarme como antes después de lo ocurrido. Mi cuerpo no es el mismo.

—Eres preciosa y siempre lo serás. No debes esconderte. No comprendo porque no te sueltas. Estás tensa, nerviosa y angustiada por algo que no acabo de captar.

—¿Sabes por qué? Porque tengo miedo a que algo entre nosotros falle. Porque este reencuentro con los compañeros y concretamente contigo después de quince años ha despertado en mí un fuego que creía apagado y siempre ha estado vivo, aunque me negara. Te miro y... uf, es qué no sé —empecé a escupir palabras sin pensar previamente lo que decía—. Te quiero, pero me desmontas la vida, me encanta estar contigo y es que eres como una droga. Me he enganchado de nuevo a ti, sin poder dejarte y no quiero que nos equivoquemos ni que alguien nos estropee algo que podamos formar. Y no sé, es que no sé qué más decir —suspiré cogiendo aire —no tiene ni sentido y te ruego que hagas algo para que deje de decir estupideces.

Me abrazó, cobijándome entre sus brazos ofreciéndome calor. Con dos dedos me levantó el mentón y me miró a los ojos fijamente, haciendo que mi poca fortaleza acabara de derrumbarse y unas tímidas lágrimas comenzaran a deslizarse por mis mejillas. Me las secó con ternura y me besó la nariz y los labios con una dulzura excepcional.

—Te amo Carlota, te amo más que a mi vida. No quiero perderte. Te prometo que va a salir todo bien. Que voy a estar a tu lado para todo lo que necesites. Vamos a apoyarnos y a recuperar lo que un día dejamos a medias. Fui tonto marchándome de esa forma, muy tonto. Ahora estoy aquí y nunca más me alejaré: llueve, truene o haga sol. Siempre estaré.

Me lancé a sus brazos nuevamente y le di un pasional beso. Sin dejar de besarnos nos dirigimos a la habitación. Cerramos la puerta con tal de tener intimidad y caímos en la cama. No estaba segura de lo que iba a pasar, pero iba a confiar en él. Se colocó sobre mí a horcajadas atacando mi cuello. No pude reprimir un gemido. Me quitó la camiseta sin dificultad. Mis músculos volvieron a contraerse al sentir su tacto sobre mi piel. Dibujó una forma imaginaria y abstracta de besos y caricias sobre mi cuerpo ante las que no pude evitar suspirar y perder el norte y las pocas dudas que todavía yacían en mi interior. Martín me estaba haciendo sentir especial íntimamente de nuevo y noté que renacía de mis cenizas cual ave fénix. Sin dejar de besarnos y susurrando promesas que esa vez sí se iban a cumplir, nos acoplamos y alcanzamos la cumbre siendo un solo ser. Suavidad, sensualidad, dulzura, ternura, términos que definirían aquellos minutos.

Reposé la cabeza sobre su pecho y me abrazó con un amor infinito. Acarició mi pelo murmurando un ‘te quiero’.

—Espero que te quedes a dormir conmigo.

—Si respondes a las preguntas de tu hija mañana, sí.

—No preguntará en esta ocasión. Es demasiado lista. Se va a montar su película.

—Es tu niña —concluí sonriendo ligeramente y cerrando los ojos —Buenas noches —musité acomodándome y cubriéndome correctamente con el nórdico.

Me relajé y lentamente fui cayendo en un profundo sueño, no sin antes escuchar las bonitas palabras que Martín me cantó al oído. Los versos de *Quizá nunca te olvide* adornaron mis últimos instantes de lucidez.

“Lo amo, definitivamente. El puzle ya está completo. ¿Por qué no lo he sabido ver antes?”.

Capítulo 33

Flashback

20.03.2003

Martín

—¿Estás nerviosa? —le pregunté a Carlota viéndola respirar profundamente.

—Hombre, es una actuación muy dura, Martín.

—Ya, pero somos nosotros, lo tenemos ensayado. Tenemos química, recuérdalo.

Le di un beso en la mejilla y me la llevé de la mano de la sala común previa al inicio de la gala hasta un box más íntimo con tal de paliar nuestros nervios. Iba preciosa con un vestido negro largo y el pelo recogido en una coleta elegante. Se apoyó en la pared respirando profundamente.

—¿De qué tienes miedo, realmente? —fruncí el ceño consciente que algo le preocupaba en exceso.

—De que la gente se dé cuenta de lo nuestro.

—Sabremos disimular. Llevamos así dos meses, recuérdalo. Además, ambos estamos solteros, podríamos anunciarlo sin problema.

—Pero no lo haremos.

—No, tranquila. Disfrutemos de esta actuación que nos lo merecemos con lo que hemos trabajado. No olvides que te quiero.

—No lo olvides tú que es recíproco.

Nos abrazamos tiernamente y regresamos a la reunión con los dedos entrelazados. Nos colocamos los pinganillos y micrófonos y nos sentamos de lado en el banco habilitado para los concursantes. Para ella, además era una gala triste ya que Alba tenía probabilidades de ser expulsada y perder ese pilar le supondría un bajón considerable anímicamente hablando. Actuamos los últimos. *Luna* era la actuación más esperada de la noche. Durante la presentación y la visualización de los ensayos, Carlota y yo nos situamos en las escaleras traseras del escenario.

—¿Segura?

—¿Seguro?

—¿Lo disfrutarás?

—Lo disfrutaremos —afirmó convencida.

La agarré con fuerza de la mano dándole un beso en el dorso. Subimos los escalones durante los primeros acordes. Nos soltamos y nos miramos con ternura. No pude dejar de fijar mis ojos en los suyos durante mi primer solo. Ella caviló entre mi mirada y el suelo, estaba nerviosa. Cuando fue su turno, se volteó hacia mí y me cantó, literalmente, aunque para que no se percibiera lo que se escondía tras esa balada, tuve que desviar mi atención y dar una ojeada al público. Al juntar nuestras voces, previo al estribillo, tuvimos miedo de rozarnos. Sin embargo, me atreví a acariciar suavemente sus dedos y ya en la tonada principal darle la mano con fuerza y mirándola fijamente soltando toda la energía y todo el amor acumulados. Se soltó al cabo de pocos segundos con tal de que le rodeara la espalda. Se apoyó entonces en mi hombro. Repetimos el patrón en la

segunda parte del estribillo sin percatarnos. En la siguiente estrofa, Carlota se intentó alejar de mí. Sujetó el micrófono con fuerza cantando su parte. La observé detalladamente cambiándome de lado por detrás de su cuerpo. La agarré de la cintura y con su mano libre, palpó la mía. Hubiese detenido el tiempo. Ella y yo, abrazados, en una nube, ajenos a cualquier rumor o espectador. Fue mi turno de solista y decidió dar una vuelta sobre su propio eje separándose de un servidor colocándose cara a mí. Sonrió por primera vez en toda la actuación y destensó los hombros. Tomó la iniciativa acariciándome la nuca y deslizando la mano por mi torso sutil y delicadamente. Nos agarramos de nuevo en el estribillo entre aplausos de un público entregadísimo. Imitamos los mismos movimientos de la anterior vez con la diferencia que al iniciar la tercera estrofa, ya con la energía y el amor más que visibles, se pegó a mí y me abrazó. Entre nosotros solo hubo espacio para colar los micros. Rematamos la canción con un último estribillo donde terminamos de descargar toda la adrenalina y la pasión que faltaba. Me sentí vacío cuando nos separamos unos segundos. Busqué su mano, su muñeca y tuve la necesidad de no soltarla más. Culminamos la actuación con un *Luna* mirando a cámara y al público. Carlota escondió la cara en el arco de mi cuello y la abracé con fuerza. Incluso la levanté del suelo. Entre gritos de ‘favoritos’, ‘ganadores’, silbidos y una ovación inmensa, disfrutamos de unos instantes de intimidad abrazados. Nos dimos un cariñoso beso en la mejilla y saludamos al público. De la mano volvimos al rincón de concursantes.

—Gracias —me susurró sentándose.

—A ti. Ha sido genial.

Los compañeros nos felicitaron, bromearon, se rieron y nos achucharon. No podíamos apartar la sonrisa de nuestro rostro. Nos daba igual si habíamos desafinado, equivocado u ocasionado malinterpretaciones, nuestro momento pasaría a los anales de la historia. Éramos el sol y la luna en eclipse constante y esa *Luna* fue el resultado de un amor que ya no se podía esconder más por mucho que nosotros quisiéramos. Nos propusieron a ambos como favoritos y finalmente el liderazgo se lo adjudicaron a Carlota. No pude ser más feliz por ella. Era su primera gala como favorita. No había estado nunca nominada —ni yo —pero ese título lo había ostentado varias veces y finalmente había resultado fructífero. La abracé tiernamente antes que se colocara en el escenario al lado del presentador. Yo fui el siguiente en estar salvado. Para disimular todo el amor que nos profesábamos nos dimos solo dos besos y nos quedamos de lado esperando a que salvaran y nominaran a nuestros compis. La alegría le duró poco a mi Carlota. Alba fue la expulsada. Perdió a su compañera, a su amiga, su hermana. Lo que lloró durante los últimos minutos de programa no está escrito. Charlotte la fría, la que no se derrumbaba, la que no mostraba sus sentimientos completamente destrozada por la expulsión de su fiel confidente. No me separé de ella en ningún momento. La abracé, la apoyé, la quise.

—Eh mi niña, no te preocupes... —le susurré regresando a la academia ya vestidos de calle — en nada volverás a estar con ella.

—Lo sé, estoy más tranquila.

Una tradición que se había instaurado entre los compañeros era que tras las galas nos juntábamos a festejar que seguíamos en el concurso una semana más. Carlota no tenía ánimo para celebraciones y se fue directa a la cama.

—Ve con ellos, por mí no te preocupes —me comentó en la entrada del dormitorio femenino.

—Quiero estar contigo. Hoy y siempre. ¿Qué más tengo que hacer para que te des cuenta de que eres la mujer de mi vida? —me acerqué a ella.

—Me parece que estos dos meses ya te he demostrado lo suficiente lo que significas también

para mí.

—¿Entonces puedo acompañarte?

—Supongo.

Se desvistió para ponerse el pijama. Me quedé observándola desde el umbral de la puerta. Dormía en la litera más alejada que había desde mi posición. Se acercó a mí y me arrastró hasta su cama. Ella dormía abajo de María.

—Ven —susurró.

Me desprendí de los zapatos y los pantalones. Nos metimos bajo el edredón cubriéndonos hasta la cabeza.

—¿Se enterarán? —me preocupé.

—Quítate el micrófono —me pidió a sabiendas de la existencia de otros deslices de compañeros.

—Ostia... que habrán oído lo de antes...

—Bueno, no te preocupes. Al menos no hay cámaras.

—No, pero hay gente afuera.

—Estate tranquilo —me acarició la cara.

Nos quedamos en silencio, mirándonos en la penumbra, bajo las sábanas. Enrosqué un dedo en su pelo y tímidamente la besé. No era nuestro primer momento a solas pero sí el más especial después de una gala tan intensa. El beso se tornó pasional cuando ella lo alargó y se colocó a horcajadas sobre mí. Colé las manos por dentro de su camiseta palpándole el abdomen y subiendo hasta sus pechos. Ahogó un gemido y me facilitó que le quitara la prenda, igual que ella hizo conmigo.

—¿Es... estás segura? —pregunté cuando deslicé los dedos hacia la cinturilla de su pantalón.

—No me cortes el rollo, Martín. Nadie se enterará.

Nos desnudamos entre besos y caricias que se avanzaban al pensamiento. Me tomé unos segundos para contemplarla en la oscuridad. Era preciosa.

—¿Tienes...?

—Tengo —respondió segura.

Nos amamos en silencio y prometiéndonos que lo nuestro sería eterno, que saldríamos de la academia juntos y que jamás nos separaríamos.

—Pase lo que pase, siempre juntos.

—Siempre —me besó convencida de su palabra.

Sin pensar en lo trascendental que sería *Luna* ni en lo que nos esperaba al salir de esas cuatro paredes, nos dormimos en nuestras respectivas habitaciones sin ser conscientes de lo que nos depararía la vida.

Capítulo 34

31.12.2017

Martín

Los primeros rayos de sol se colaron por la ventana del dormitorio poniendo fin a un agradable sueño. Me pellizqué el brazo. Lo que mis ojos presenciaban era real. Carlota estaba dormida a mi lado después de una noche donde habíamos rehecho algo inexplicable. Tumbada boca abajo, parecía un ángel. Un ángel que había vuelto para devolvernos esos pedazos que se nos habían ido con el accidente. Eran las diez de la mañana. Me quedé embobado observándola. Me emocionaba y daba vértigo a la vez pensar en todo lo que pudiera suceder en 2018. Una mano en mi brazo me sacó la vista de Carlota. Era Emma.

—Buenos días princesa —murmuré dándole un beso en la mejilla.

—Buenos días. ¿Por qué Carlota está aquí?

—Porque... porque tenía sueño y como estabas muy dormida no quería molestarte.

—Ya claro —dijo sin creermelo—. Pero bueno, no preguntaré. ¿Puedo quedarme hasta que se despierte?

—Va, sube, con cuidado.

Se recostó entre ambos y me susurró al oído un plan maligno referente a Carlota: despertarla. Nos lanzamos a la aventura sin temor. O lo podría recibir estupendamente o nos podía pegar un chancletazo, sobre todo a mí. Emma usó una táctica cariñosa: abalanzarse sobre su cuerpo y abrazarla. Yo hubiese optado por algo más maquiavélico: agua, subir las persianas del todo, poner música a tope... en fin, mejor la idea de mi niña. Carlota ronroneó e intentó zafarse de ese agarre. Al ver que era Emma, aceptó el abrazo con una sonrisa y pronunció un 'buenos días' con sabor a sueño. La pequeña, cien por cien activa, se puso en pie sobre el colchón y saltó al suelo anunciando que nos esperaba en el salón y remarcando que estaba hambrienta.

—Buenos días —le aparté un mechón de pelo de la cara y me incorporé. Carraspeó por detrás.

—¿No te olvidas de algo?

Besé sus labios con toda la dulzura posible. Nos levantamos y abrazados por la espalda nos dirigimos a la cocina. Emma estaba intentando preparar un desayuno en condiciones. Realmente, había puesto la encimera perdida de leche, café y cola cao. La ayudamos a terminar y a limpiar lo que había derramado. Después de desayunar, las llevé a conocer el lugar donde pasaríamos la noche. Había alquilado un hotel solo para nosotros, con jardín, azotea, un gran salón, habitaciones para los compañeros, cáterin y música. Les pareció magnífico.

—Bueno, ahora que sois las privilegiadas en conocer esto, quiero algo a cambio —se cruzaron de brazos con la misma chulería—. Quiero ver vuestro vestido.

—¡Ja! —soltaron a la par—. Lo tienes claro —apuntó Emma—. Esto es como las bodas, hasta el momento del altar no verás a la novia —puntualizó Carlota.

—Me rindo. No voy a luchar contra dos mujeres como vosotras. Tenéis demasiado carácter.

Carlota me propinó un golpe en el brazo ante esa afirmación. No retiré lo dicho. Tenía razón y

no iba a bajarme del burro. Durante la mañana fueron llegando algunos compañeros: Lucía, Samuel, su mujer y su hija, Rafa y familia, Alba y su chico, y Pol, que no dudó en protestar.

—Jo, esto está al quinto pino. No me extraña que nadie conociera tu paradero, Martín.

—No me digas que no es tranquilo —saltó Carlota recostándose en una hamaca del jardín con Emma entre sus piernas.

—Pura calma —suspiró Alba tumbándose en la de su lado—. Algo de fresquito, pero una delicia.

Me fui a dar una vuelta por el pueblo con los chicos mientras ellas entablaban conversación en el jardín y los niños jugaban alrededor.

—Tenéis que ayudarme —les pedí.

—Uy... —murmuró Rafa por lo bajini.

—Leed esto y comentad —les tendí un papel doblado en cuatro partes cuyo contenido había confeccionado dos noches atrás.

—Le encantará. ¿Es para Carlota, no? —se preocupó Pol.

—¿Para quién quieres que sea? —intervino Samuel.

—¿Qué tienes pensado?

Les expliqué mi plan y me aconsejaron sobre cómo complementarlo y ejecutarlo. Regresamos al hotel cerca del mediodía. Las chicas continuaban de confianzas, ahora sentadas en una mesa al lado de una estufa y los niños seguían correteando detrás de una pelota, añadiendo al juego a la perrita de Lucía. Saludamos a cada una y nos juntamos con los pequeños a echar un partido. Comimos en el exterior. Alejandro, Fanny, Miren y sus respectivas familias se unieron al almuerzo, recién llegados de Valencia, Málaga y Madrid respectivamente. La alegría por volver a estar todos juntos y olvidando la angustia que habíamos pasado por culpa del accidente, fue más que palpable. Antes de las cinco ya estábamos los dieciséis (y Marcos) y nuestros acompañantes en Torla. Me sentía lleno de volver a tener esa familia conmigo. Había pasado quince años algo apartado de ellos, pero me habían introducido y aceptado como uno más nuevamente y muestra era la noche que se nos presentaba por delante. Carlota, Emma y yo nos fuimos a casa a cambiarnos. Mantuvieron su secreto hasta el final. Con tejanos oscuros, camisa azul cielo y americana negra, acabé el primero. Me esperé en el salón mirando la tele. Como mis ansias me impidieron estar quieto, comencé a andar de un lado a otro.

—¿Os falta mucho o qué? —les pregunté.

—Ya vamos —respondió mi niña.

En la habitación de mientras...

Carlota

Los nervios me consumían por dentro. Después de aquella apoteósica noche donde había vuelto a sentirme mujer, me alenté en pasar una Nochevieja dentro de la normalidad posible en unas circunstancias adversas. Emma me ayudó a calmarme con uno de sus abrazos de energía.

—¿Por qué has dormido con papá? —me preguntó inocentemente sentándose en la cama con las piernas cruzadas, todavía sin cambiarse de ropa—. ¿Ya sois novios? —no respondí con palabras, me limité a sonreír ligeramente—. Como no respondes, me lo tomaré como un sí —observó que intentaba desprenderme del inmovilizador de muñeca—. ¿Te lo quitarán pronto?

—Me lo puedo quitar yo si quiero, pero a cambio tendré que ponerme una venda y mantener el brazo muy quieto. ¿Qué prefieres?

—Que te pongas buena del todo y sonrías más. Déjate, estarás más protegida. Si te lo quitas será peor y no quiero que vuelvas a enfermar.

—Venga, pongámonos al lío que sino tu padre va a impacientarse.

Nos vestimos a la vez. Ambas fuimos con un vestido azul eléctrico precioso. El de Emma tenía una flor en el cuello como decoración y era holgado hasta la rodilla. El mío, el mismo modelo que en mi programa, pero en diferente color, con vuelo en la falda y de manga francesa. Lo combinamos con chaquetitas negras y medias transparentes. Unos botines oscuros y de cabeza al peinado. Me pasé las planchas y le peiné los rizos a la niña con especial mimo. Le recogí los que le caían por la cara y le dejé el resto de la bonita melena suelta. Me maquillé sutilmente y listas.

—¡Chicas! —el segundo aviso de Martín me infundió más angustia e inquietud que el primero.

Salimos del dormitorio algo cohibidas, especialmente yo. A Emma, la vergüenza se le fue enseguida. Se abrigó y con una sonrisa de oreja a oreja, nos mandó prisa. Martín y yo seguíamos en el salón, cara a cara, sin parpadear, ni hablar, ni tan siquiera movernos.

—¡Qué guapas! —reaccionó Martín visiblemente sorprendido.

Martín

Mi niña estaba preciosa, Carlota había hecho un gran trabajo peinándola y vistiéndola tan y tan bien. La ilusión por pasar una Nochevieja distinta se percibía en sus ojitos desde la lejanía. A ella ya le costó más expresarse. Estaba deslumbrante. Sin embargo, intentaba esconderse y no mirarme a los ojos. Me acerqué lentamente y le cogí el mentón con un dedo.

—Mira al frente y sonríe. Estás guapísima —le susurré. Junté mis labios con los suyos y nos fundimos en un tierno beso que contó con una espectadora de lujo.

—Gracias —susurró algo emocionada.

—¡Os pillé! —exclamó—. Hoy nada de negar que os he visto todo el rato. Va, ya os daréis besos por la noche, caminad que yo quiero ir a jugar —ordenó.

Carlota y yo sonreímos y meneamos la cabeza ante esa autoridad. Le tendí la mano y me la agarró con tal firmeza que creí que me la rompería. De la casa al hotel no había ni cinco minutos andando. El primero en vernos llegar sin soltarnos fue Pol que se llevó las manos a la cabeza y quedó boquiabierto.

—Cierra la boca que te van a entrar moscas —le pegué un golpecito en la barbilla y obedeció.

—Vaya, vaya, Carlota, por una vez en quince años me haces caso —soltó Marcos abrazándonos a la vez.

—Bonita pajarita—. Carlota se la colocó correctamente, le dio un fugaz beso en la mejilla y se fue junto a las chicas, todas de punta en blanco.

La vi divertirse con ellas y con las tres niñas de la quedada. Los niños jugaban al fútbol y a ellas no les interesaba. Como estaba distraída, reuní mi cuadrilla de la mañana formada por Pol, Sam, Rafa, el novio de Alba y Marcos, que se apuntó a última hora para preparar la sorpresa que le daría antes de la medianoche a la mujer que nunca había dejado de ocupar mi corazón por mucho que yo pensara en momentos que ya no habitaba en él. Y lo bueno todavía no había empezado... la que nos esperaba por delante...

La fiesta de verdad comenzó a las ocho y media cuando los platos de comida empezaron a adornar las mesas del salón. Canapés, tapas, embutido, bebida, dulces... todo desapareció a lo largo de la noche. El ambiente se caldeó minuto a minuto y la música aumentó de volumen a cada hora. Los niños arrastraban a sus padres a la pista y en más de una ocasión, Carlota y yo nos habíamos visto bailando con Emma alguna canción actual que pinchaba el dj. Por mi niña,

aceptaba lo que fuera, pero mi luna parecía algo reticente entre tanta diversión, alegría y jolgorio y eso impedía a que pudiera desmelenarse y divertirse como solo ella sabe. Hacia las diez, observando que sus movimientos no habían cambiado de parecer, la cogí de la mano y la aparté del barullo con tal de investigar su estado.

—Carlota... —supliqué viendo que me retiraba la mirada.

—¿Qué pasa?

—¿Qué te pasa a ti? Prometiste divertirme y te veo... no sé... incómoda, ¿Quizá?

—Trata de entenderme —suspiró—. Por favor... lo hago lo mejor que puedo.

—Si yo te entiendo y veo tu esfuerzo, pero creo que es mínimo. Solamente quiero que te diviertas y que estés a gusto con los amigos. Va... que sé que en el fondo tienes ganas de soltarte un poco más.

Le acaricié la cara con una mano y con la otra la atraje hacia mí para besarla con todo el amor que puede existir. Del beso pasamos a darnos un abrazo de esos eternos y reconfortantes que tan bien sienten en momentos de inquietud. Un carraspeo a nuestras espaldas nos hizo separar. Era Marcos.

—Carlota, me has prometido un baile y el dj va a poner un lento que me encantaría bailar contigo si a Martín no le importa —me guiñó un ojo con disimulo, consciente de que necesitaba estar solo un rato—. Te la pido prestada.

Di un corto beso a Carlota y dejé que nuestro profesor la llevara de vuelta a la fiesta. Sin ayuda, ni problemas, ni interrupciones pude organizar la sorpresa en menos tiempo del pensado. Bajé al salón y la encontré bailando con Emma más animada que antes. Sonreí tiernamente y me acerqué a ellas abrazando a la mayor por detrás. Me dio un tímido beso en los labios y me comentó que iba al baño un segundo. Vi cómo le hizo señas a Alba y ambas se alejaban rápidamente.

“Me la como. Está guapísima. Esta será la última noche de indecisión. Lo nuestro será sólido y para toda la vida”.

Carlota

A pesar de tener a Martín, de haberle prometido estar contenta, de disfrutar de la fiesta, continuaba algo incómoda entre tanta alegría. Emma estaba siendo una gran ayuda y con su inagotable energía no dejó que me despistara ni un segundo durante la ausencia de su padre. ¿Dónde se había metido? Nadie lo sabía, pero cuando regresó con una tranquilidad tan propia de su persona pude alejarme de nuevo, esa vez acompañada por Alba. Nos fuimos al baño y me apoyé contra la pared resbalando lentamente hasta acabar sentada en el suelo. Mi sister se sentó a mi lado y me preguntó qué ocurría.

—No sé, es algo muy raro. Quiero a Martín, estamos bastante bien pero no dejo de tener miedo y de pensar en los problemas que han sucedido y los que quedan por llegar si lo nuestro se hace público.

—¿Y por qué no te preocupas de ello en otro momento y disfrutas de lo que tienes ahora? Deja de pensar tanto y vive el momento. Te lo hemos dicho, no muchos tienen la suerte que has tenido tú después de un accidente. Has vuelto a nacer. ¿Sabes lo que darían millones de personas por volver a gozar de esto?

—Ya, pero...

—Ni pero ni pera —me interrumpió seriamente—. Calla y sal ahí a vivir. Deja de ser tan cabezota. Va, que el dj va a poner otro lento y quiero bailar con Samuel, que me lo ha jurado.

—¿Samuel? —pregunté con los ojos como platos.

—Me lo ha prometido.

—Miedo me da lo que os traéis entre manos.

—Uy, sí, muchas cosas —ironizó levantándose—. Yo estoy muy bien con mi chico. Sam simplemente es un amigo.

—Está su mujer ahí.

—Es simpática —se encogió de hombros, me ayudó a levantar y nos fuimos de nuevo a la fiesta.

Inspiré y expiré varias veces antes de pisar el salón. Me mentalicé en lo que me habían dicho y me aferré al cuello de Martín cuando los primeros acordes de *Sabor a mí* inundaron el espacio.

—Estás guapísima. ¿Te lo había mencionado? —preguntó escondiendo una tímida sonrisa y pegando su frente a la mía mientras nos movíamos al compás de la música.

—Sí —musité con inocencia.

—¿Sigues agobiada?

—Estoy mejor.

—Ven, escapémonos.

—¿Qué? —pregunté con desconcierto viendo que dejaba de moverse y me agarraba la mano—. Tienes la niña aquí.

—Calla y ven. Ya sé lo que hago —me dio un beso impidiéndome replicar.

Me arrastró hacia las escaleras y como un adolescente poseído por sus hormonas corrió hacia arriba.

—¡Martín! —exclamé sin poder seguirle el paso —¡Qué llevo tacones, loco!

—Vale, vale, perdón —ralentizó el paso y se detuvo en un descansillo. Me acorraló entre la pared y su cuerpo—. Me moría por pasar un rato a solas contigo —me besó el cuello y no pude reprimir un gemido—. Vamos a la azotea que todavía no te la he enseñado. Toma, tu chaqueta —me pasó el abrigo y me cedió el paso antes de salir al aire libre.

Abrí la boca como una tonta al ver tal espectáculo de luz, velas, pétalos, un collage en forma de corazón con fotos nuestras de antaño y actuales y un suave hilo musical a base de canciones de Luis Miguel que daba al ambiente un toque de romanticismo aún mayor. ¿Él había preparado todo aquello? Indiscutiblemente sí, y le había quedado precioso.

—¿Qué te parece? —preguntó sacándome de la burbuja a la cual había entrado.

—Maravilla —pronuncié emocionada—. ¿Por qué esto?

—Porque te mereces esto y más, mucho más. Todo lo que se pueda desear.

Lo besé con ímpetu. Que hubiese preparado aquella terracita para pasar una agradable velada conmigo era un detalle extraordinario y espectacular.

—Siéntate, tengo algo para ti.

Se sentó en uno de los sofás del centro del amplio balcón y me señaló su izquierda. Tomé asiento y nos miramos fijamente. En sus ojos vi amor, vi sinceridad y un lugar donde refugiarme. Nos besamos con dulzura. Me agarró ambas manos y respiró hondo.

—Sabes que no han sido tiempos fáciles, que nos han pasado mil cosas en muy poco tiempo, pero nunca te he dejado de querer. Llevo quince años loco por tus huesos y quería que te sintieras especial en esta noche que tanto ha significado para nosotros en un pasado. Ya te lo dije y te lo repito: quiero estar contigo, Carlota. Me da igual si hay prensa, terceras personas o si nos arrasa un huracán, lo que siento por ti supera cualquier percance. Tú eres el amor de mi vida y nos merecemos estar juntos. No hemos hecho las cosas bien, pero ahora podemos solucionarlo y

encarar 2018 con fuerza y optimismo —hizo una pausa. Yo ya tenía los ojos anegados de lágrimas —. Esto es para ti —me tendió un sobre con olor a lavanda como los que recibía con las cartas de Iván.

Dentro había una confirmación, LA confirmación. Martín ya no formaba parte de *Producción musical* y se tomaría un tiempo sabático después de la promoción de su último disco. También había las alianzas que un buen día dejamos de llevar y que nos volvimos a poner repletos de nervios y emoción, mucha emoción, y un pequeño texto que él mismo había confeccionado y que me conmovió todavía más.

12 besos para regalarte.

1. Por tus sonrisas.

2. Por tus palabras de apoyo.

3. Por tu forma de cuidar a los que te importan.

4. Por tu fuerza y energía.

5. Por tu cabezonería.

6. Por tu valentía.

7. Por tu arte.

8. Por ser ese hombro donde apoyarse en un momento de bajón.

9. Por tus abrazos.

10. Por ser imprescindible para mí.

11. Por existir.

12. Por ser tú.

Por esos motivos y por muchos más, hoy es el comienzo de nuestra nueva vida. Una vida que llenaré de besos, sonrisas y de felicidad. Una vida que nos llevará a otra dimensión, a recuperar lo que una vez nos arrebataron y a vivir con intensidad cualquier instante del día a día. Porque segundas partes sí pueden ser buenas y después de intentos fallidos en estos dos meses, este será el verdadero. Gracias por todo. Te amo.

Me lancé a sus brazos con energía y nos fundimos en un abrazo interminable. Entre lágrimas nos dimos un apasionado beso mientras unos finos copos de nieve comenzaban a cuajar alrededor. No nos importó el frío, ni la nieve, ni habernos alejado de nuestros compañeros, solo estábamos nosotros. Las bajas temperaturas contrastaron con la calidez de nuestros movimientos, caricias y besos.

—¿Me concedes este baile? —preguntó poniéndose en pie.

Sonreí como una boba y me levanté para danzar al son de *Por debajo de la mesa* junto a esa persona que tantas alegrías me había dado en un pasado y que tantas me daría en un futuro.

—Te quiero —susurré emocionada —y siempre te querré.

—Yo también te quiero —murmuró con la misma emoción.

—¿Me vas a dar los doce besos?

—¿Solo doce? —arqueó una ceja—. Yo pensaba darte doce millones o más —reí levemente.

Y mientras en la planta baja se tomaban las uvas, nosotros a cada campanada nos dábamos un beso que venía acompañado de un pensamiento que de bien seguro se cumpliría. Porque 2018 sería un año que no dejaría indiferente a nadie y ambos íbamos a realizar todo aquello que tiempo atrás había quedado a medias.

—Te amo ojazos.

—Te amo princesa.

Capítulo 35

22.04.2018

Martín

—Charlotte, sales en diez minutos —la avisó un asistente de producción.

—Martín, no puedo hacer esto —dijo Carlota con un severo temblor en el labio y agarrándome el brazo con fuerza—. Que no soy capaz de salir a cantar.

—Carlota, estás más que capacitada para salir ahí y dar lo mejor de ti. Vas a estar fantástica —le respondí.

Estábamos en Televisión Española, en una gala especial donde nos habíamos juntado finalistas de varios talent shows para revivir esas canciones que habían marcado nuestra carrera. Además, era el regreso de Carlota a los escenarios. Había continuado su faceta de jurado, pero no había vuelto a cantar en público desde antes del accidente.

—Vas a ir súper bien, ya lo verás —afirmó Emma abrazándola, sentada en su regazo.

—Gracias corazón —le dio un beso en la mejilla y se pusieron en pie encaminándose hacia fuera del camerino.

—Eh, ¿Y a mí no me das ni un beso? —protesté.

Sonrió con nerviosismo y me dio un tímido beso. Nuestra relación era un secreto a voces. Se estaba haciendo pública a medida que dejábamos vernos más. Al principio nos molestaba la presencia de prensa, pero a esas alturas ya estábamos acostumbrados, aunque ni afirmábamos ni negábamos lo evidente. Algunos medios aún no habían caído en la cuenta de que podía haber algo más que amistad. Nosotros vivíamos ajenos a cualquier polémica o rumor. Junto a Emma habíamos formado una sólida unión que sería difícil de romper. Carlota se había trasladado a mi casa definitivamente y en sus ratos libres cuidaba a la niña y escribía sus memorias y aventuras de vida. Yo, excepto por un viaje relámpago a México a finales de febrero, me había mantenido en España y había pasado un montón de tiempo con mis chicas. Juntos nos habíamos escapado a la montaña en un par de ocasiones, habíamos visitado a nuestras familias y habíamos disfrutado de los pequeños placeres cotidianos como un beso de buenos días, un desayuno familiar o una película antes de acostarnos. Ya no os hablo de la pasión... ¡Uf! En ese aspecto estábamos ardiendo.

Volviendo a 22 de abril... que me voy por los cerros de Úbeda. Carlota estaba nerviosísima. Con un atractivo mono rojo y unos altos zapatos negros de tacón, seguía con la incertidumbre de fracasar en su vuelta a la música. La acompañamos hacia detrás del escenario.

—Mucha suerte —le susurré dándole un último beso.

Emma le dio un abrazo y respirando hondo observamos como salía al escenario intentando menguar sus nervios. La respuesta del público no se hizo esperar y al son de dos de sus grandes éxitos, Carlota resurgió musicalmente con su ya característica fuerza demostrando a todo el país que había renacido de sus cenizas. Emocionada y agradecida, aceptó los aplausos y los cumplidos que le brindó el respetado. El presentador no le dejó abandonar el plató con la excusa de tenerle una sorpresa preparada.

—Va papi, tú puedes —mi niña me animó apretándome la mano.

Los primeros acordes de *Luna* comenzaron a sonar y Carlota desvió la mirada hacia mí desconcertada. Salí al escenario empezando a cantar entre los chillidos de emoción del público esos versos que tanto habíamos disfrutado en un pasado y que días atrás habíamos interpretado en casa en broma. Sin apartar todavía la sorpresa, siguió la canción tal y como lo cantábamos antaño. Me acerqué a ella y rodeé su cintura con un brazo. Escondió la cara en el arco de mi cuello, visiblemente emocionada durante el estribillo. Me dedicó una sonrisa de lo más tierna y se agarró fuerte a mi mano. Cuando comenzó la segunda estrofa, le retiré un mechón de pelo de la cara y clavé mis ojos en los suyos. No íbamos a perdernos jamás, demasiado dolor en un pasado, demasiada inocencia perdida en el rencor, demasiados años de amar en silencio, de no ceder ante el orgullo, pero ahí seguíamos, volviendo a lo que una vez nos hizo felices y que nos estaba devolviendo la alegría día a día. No esperé a que la música finalizara para besarla. Cualquier duda fue despejada en un beso de película y en una sonrisa de oreja a oreja que se formó en nuestros labios seguidamente. La abracé con dulzura entre la enorme ovación.

—Ahora mismo no sé si matarte o comerte a besos —susurró.

—Si me matas te saldré caro —se rio inocentemente en mi oído.

—Gracias por regalarme este momento.

—Gracias a ti por ser tan mágica. Ojalá este abrazo fuera eterno.

—Lo nuestro ya lo es —me dio un último beso en el lóbulo de la oreja y se separó de mí, sin soltarme la mano, obviamente.

—¡Te quiero! ¡Qué ganas tenía de gritarlo ya a los cuatro vientos! —exclamé eufórico provocando más aplausos —¡Eres el amor de mi vida! —agachó la mirada tímidamente y me rodeó con sus brazos, demostrándome así sus sentimientos. No eran necesarias más palabras.

Presentamos al resto de participantes de la gala y para concluir esa noche tan especial entonamos un clásico como *La vida es un carnaval*. No nos separamos en ningún momento de la canción. Abrazados por la espalda, dedicándonos miradas y gestos de complicidad, acaramelados y sin importar miradas y cuchicheos a nuestras espaldas. Con ese *Luna*, ese beso, ya no había forma de mantener nuestra relación en secreto y francamente, me importaba poco lo que opinara el mundo.

Con la gala finalizada, nos dirigimos hacia los camerinos. Emma corrió a tirarse a nuestros brazos.

—Papá, Carlota. ¿Puedo quedarme a dormir con los titos? —es decir, Andrés y Sofía—. Me han prometido que van a llevarme a desayunar mañana al Hard Rock. Porfa, porfa —suplicó.

Desde que Carlota y Sofía la habían llevado a merendar ahí dos meses atrás, que cada vez que podía buscaba la excusa perfecta para volver. Accedimos ante su propuesta y se marchó dando graciosos saltitos con sus tíos, que por si no lo habéis deducido, seguían juntos, revueltos, apasionados y enamorados.

—Bueno, pues tenemos noche de pareja para nosotros, ¿no?—. Carlota asintió sonriente—. Me encanta verte sonreír.

—Y a mí me encanta que me hagas sonreír —me dio un corto beso en la comisura de los labios y entró en su camerino, el cual había hecho mío toda la noche también—. Espera afuera hasta que compruebe que no hay nadie —asomó la cabeza, extendió el brazo hacia atrás y me arrastró hacia el interior, completamente vacío. Todas las compañeras ya habían desaparecido y estaban disfrutando de la fiesta post gala en uno de los locales de moda de Madrid.

La acorralé entre la puerta y mi cuerpo y la besé con toda la pasión del mundo. Torpemente nos

dirigimos al sofá y me empujó para que cayese, colocándose ella encima de mí a horcajadas. La pasión fue aumentando minuto a minuto, beso a beso, caricia a caricia hasta que alguien llamó a la puerta. Era Alba.

—Carlota, ¿Estás ahí?

—Sí, sí —respondió ella dando grandes bocanadas de aire y levantándose rápidamente—. Un segundo. O te escondes o te abrochas la camisa —me susurró arreglándose la ropa y el pelo con una mano —¡Sister! —exclamó disimulando al abrir la puerta—. ¿Dónde te habías metido? Pensaba que estabais todos en la fiesta ya. Pasa, pasa.

La expresión de Alba era un tanto desconcertante. Se apoyó en una mesa, soltó el bolso y nos miró a ambos.

—Hola Albita —la saludé irguiéndome en el sofá.

—Antes de nada, aquí hace demasiado calor —empezó a hacer aspavientos con las manos y la observamos incrédulos. Decidió que no hablar era su táctica para despistarnos todavía más.

—¿Se puede saber qué te pasa? —se impacientó Carlota.

—Nada, una visitita a mis amigos, simplemente —respondió quitando hierro al asunto.

—Alba... —la miró inquisitivamente.

—Acabo de besar a Samuel —confesó con la boca pequeña.

—¡¿Quéééééé?!—. Carlota y yo reaccionamos de la misma forma—. ¿Cómo? —preguntó ella —. ¿Te ha gustado? —cuestioné con una sonrisa burlona recibiendo a cambio una colleja de mi chica.

—No sé, ha sido algo impulsivo. Él lo ha dejado con su mujer y yo estoy muy mal con mi novio —suspiró—. Y ahora está ahí en la fiesta y me ha pedido que fuera...

—Yo iría —aseguré.

—Piensa bien tus acciones antes de cometer cualquier estupidez. Haz lo que creas conveniente. Si quieres ir, ve. Nosotros no vamos, que lo sepas. Solo espero que no te haga llorar ni que me vengas llorando mañana. Disfruta con cabeza.

—Gracias Carlota —la abrazó —Bueno, os dejo que ya se ha resfriado el ambiente un poquillo.

—Va, tira —la empujó hacia la puerta.

—Chao miss Zamora —me despedí riendo sin levantarme. Me dedicó un corte de mangas y una fulminante mirada.

—Pégale otro collejón de mi parte —escuché que susurraba a Carlota.

Volvimos a quedarnos solos. Por una parte, sorprendidos por tal confesión y gesto de nuestros amigos y por la otra frustrados porque nos habían cortado en medio del calentón.

—¿Qué te parece si nos vamos a casa?

—Sí, será lo mejor —aseguró.

—No me mates por lo de Alba —pedí en un puchero cual niño pequeño.

—No te mataré.

—Pegas más fuerte —soltó una carcajada agarrándose a mi mano.

Llegamos a casa en media hora. Con el apetito saciado gracias al cáterin de la gala teníamos toda la noche por delante para disfrutar de nuestro amor y nuestra relación. La sarta de besos empezó nada más cruzar el umbral del dormitorio. Acaramelados y sin necesidad de abandonar el romanticismo nos metimos en la ducha. Mejor dejad volar la imaginación con lo que ocurrió. Nos merecíamos aquella celebración tan pasional, sensual y repleta de amor.

—¿Sabes que es lo mejor de estos meses? —le comenté dándole un beso en la clavícula y

deslizando un dedo por su columna—. Que estás volviendo a ser tú y es de agradecer.

—Sin ti no hubiera sido posible.

—Solo nos falta un hermanito para Emma y ya estaríamos completitos.

—¿Habrá que ponerse, no?

—¿Más aún? —rio inocentemente y me besó con ternura.

—Todo llegará —me pasó una mano por el pelo y continuamos con la celebración, cambiando la ubicación a la cama.

—Espero que no tarde.

Nos amamos, reímos, gozamos de nuestra relación, planeamos locas ideas que quizá algún día cumpliríamos y nos olvidamos del mundo exterior. No existía nadie más en esos momentos. Ella, yo y nuestro amor. No necesitaba más para celebrar el triunfo de su regreso a la música y tener una romántica velada.

—¿Y ahora qué? Lo hemos confirmado oficialmente, hemos cantado y no nos podemos esconder más —confesé con cierto temor atrayéndola hacia mí y cubriéndonos correctamente con las sábanas.

—Ahora deja el mundo a un lado y a ignorar cualquier rumor. Aquí estamos tú, yo, Emma y nadie más —me dio un pico en la comisura de los labios.

—Y un chiquitín próximamente, ¿no? O dos, quien sabe —sonrió levemente y me acarició la cara.

—Ojalá —sin abandonar la sonrisa me deseó buenas noches y cerró los ojos cayendo en un profundo sueño en cuestión de minutos. No pude retirar mis ojos de ella, demasiada belleza a mi lado.

“Me pierdo en sus ojos, en su sonrisa y en sus perfectos defectos. Su corazón me acoge con una calidez que ningún otro me había acogido. La protegeré, me protegerá. Brindo por un futuro único y no lo concibo sin ella aquí. Por eso y muchos motivos más, Carlota, mi Luna y media naranja es el amor de mi vida. Hoy comienza el primer día de nuestra nueva vida después de tres meses de prueba. A partir de ahora cualquier gesto será mejor que el anterior. Sus ganas de vivir, de sonreír y enfrentarse al mundo me aportan esa frescura y ese empujón tan necesario a veces. Aunque no me oigas porque ya duermes, te amaba, te amo y te amaré. Solamente tú has conquistado mi alma y me la has robado y embrujado. Eres mi hada madrina, mi heroína, mi ejemplo a seguir y mi princesa”.

Epílogo

31.12.2023

Carlota

Torla amanece soleado y dispuesto a afrontar el último día del año junto a la blanquecina capa de nieve que cubre sus calles. Descorro las cortinas del salón del hogar donde todo comenzó seis años atrás. La casa está en completo silencio. Martín, Emma y los mellizos duermen. Aina y Nico cumplen cinco años hoy. Aunque se adelantaron un mes a la hora de nacer, han sido un soplo de energía y un regalo inmenso del cielo. El broche de oro a la relación de sus padres. Sonríe al pensar en los buenos momentos que hemos pasado los cinco en familia mientras preparo un rico desayuno para los amores de mi vida. Atareada en la encimera no me percaté que tengo a dos espectadoras de lujo observándome hasta que a la pequeña no se le escapa la risa demasiado fuerte. Volteo la cabeza y las veo, ambas hermanas enfrascadas en un dibujo.

—Buenos días —digo.

—Buenos días —responden al unísono.

Me acerco y cojo a la pequeña en brazos felicitándola por esos maravillosos cinco años. Doy un beso y un abrazo a Emma y me siento con ellas. Me encanta charlar con mis niñas. Aina ha heredado la curiosidad de su hermana mayor. De su padre tiene los ojos, la sonrisa y la gestualidad. Dicen que se parece mucho a mí físicamente, aunque que queréis que os diga... tanto Emma como ellos son copias de Martín. Aina es más charlatana que Nico y también más tranquila. La conversación deriva hacia las bodas. En este año ya hemos asistido a tres: Alba y Samuel, Sofía y Andrés, y Lucía y su chico al que conoció en América hace dos años. La pareja surgida en la academia y rejunta en 2018 se casó en mayo en Cataluña después de un intenso noviazgo del cual nació el pequeño Aniol, de tres años. Andrés y mi inseparable Sofía tampoco perdieron el tiempo y justo un mes antes que Martín y yo tuvieron a Yaiza, una preciosa niña compañera de juegos de mis mellizos, y hace poco más de un año nació Ona. Mi Lucy de momento no se ha lanzado a la aventura de tener hijos. Ya le llegará ya...

—¿Y por qué papá y tú no os casáis? —pregunta Aina con inocencia.

—Eso, eso —corroboró su hermana con énfasis—. Y así podremos decir que nuestros padres están casados.

Sí, sí, lo acaba de decir en plural. Somos los padres de Emma. Deduciréis, por lo tanto, que Patricia está desaparecida completamente. De vez en cuando hace alguna aparición, pero tal y como llega, se va. Poco a poco dejó de llamar y solamente se comunica con su hija por cumpleaños, fiestas y cuando tiene tiempo. Es una mujer muy “ocupada”. Emma empezó a tratarme como su madre antes del nacimiento de sus hermanos por los que siente absoluta devoción. No me costó encajar sus ‘mami’ aunque tuve cierto miedo durante un tiempo por si estaba arrebatándole el puesto a Patricia sin querer. Esta nunca será mi intención y nunca lo ha sido.

—Bueno, bueno —respondo nerviosamente. Cada vez que sacan el tema, un escalofrío me recorre de pies a cabeza— que ahora estamos muy bien y no es necesario cambiar las cosas.

—Lleváis muchos años muy bien —replica Emma—. Ya se lo diré a papá.

—¿Qué me tienes que decir, cariño?

Martín aparece sobresaltándonos a las tres. Lleva a Nico cargado a la espalda. Lo deja en el suelo y empieza a repartir besos a sus princesas. A mí, como de costumbre, me deja para el final.

—Buenos días reina —susurra contra mis labios —hoy tenemos mucho a celebrar —sonríe ingenuamente olvidándose del público que presencia la escena—. Te quiero.

—Yo también.

Un carraspeo detrás de nosotros nos recuerda que dos niños y una joven adolescente están observando el momento sin perder detalle.

—¿No os cansáis de daros besos? —pregunta mi torbellino de rizos rubios torciendo el gesto y cruzándose de brazos.

—¿Ellos? —ironiza Emma—. Nunca.

Martín y yo sonreímos ante su ironía. Desayunamos los cinco entre risas y buena sintonía. Llevo seis años al lado de este pedazo de hombre y no los cambiaría por nada. A pesar de esporádicas discusiones (porque discutir es sano), está siendo bonito y ser padres es un gran reto que sabemos solventar bastante bien, creo yo. Hemos aprendido a compaginar trabajo, vida social y familiar y sin echar a perder nuestras noches de pasión y confianzas bajo las sábanas.

—Oye papá, ¿Ya te has pensado cuando vas a pedir matrimonio a mamá? —mi hija pequeña es un poquito bocazas...

Emma y yo nos atragantamos con el zumo de naranja a la vez. Martín parpadea perplejo y Nico deja la madalena en el plato y asiente a las palabras de su hermana.

—Pero ¿Qué te ha entrado ahora con lo de la boda? Si es que pareces tu hermana —intenta quitar hierro al asunto algo inquieto—. Llevas días repitiéndomelo.

—Ah, ¿No era yo la primera en saberlo? —pregunto asombrada. Mi pequeña niega con una sonrisa triunfadora en los labios.

—No hagas caso —me dice Martín.

“¿Cómo no quiere que haga caso si está nervioso? Este está tramando algo y yo no sé nada, para variar. Ay... algún día de estos me dará un telele con tanto secretismo”.

—Aina lleva días con la historia de la boda —confiesa la mayor de los tres.

—Y tú años —comenta su padre.

—Bueno, ya —se encoge de hombros con timidez.

—Venga niños, ¿Por qué no os vestís y salís a jugar un rato? En una hora van a venir los titos y estaréis en pijama todavía —corto el diálogo, incapaz de seguir hablando de bodas.

Los tres se levantan corriendo y desaparecen de la cocina a rayos luz. Martín y yo acabamos de desayunar con calma, dedicándonos sonrisas, palabras cariñosas y gestos de complicidad.

—Por seis años más como estos, ¿no? —levanta la taza de café.

—Seis y los que sean —creo que es la primera vez que brindo con café—. ¿No estarás tramando nada?

—¿Yo? No, no. ¿Por qué lo piensas?

—Porque te conozco como si te hubiera parido —me pongo en pie y empiezo a colocar los platos en el lavavajillas.

Noto sus manos en mi cintura y suspiro. Me apoya en la encimera y me besa con todo el amor posible. Es experto en sorprenderme y me la temo... ay madre... si yo os contara como me sorprendió estando embarazada de los mellizos...

Flashback

15.08.2018

Carlota

El concierto de esa noche en Alicante había ido perfecto. Aun estando embarazada, decidí no bajarme de un escenario hasta que el cuerpo me lo permitiera. Casi no tenía tripa y a pesar de las náuseas matutinas y algún que otro antojo de dulce, estaba plenamente en forma. Lo único que me tambaleaba por aquel entonces era mi falta de inspiración para mejorar mis memorias y me estresaba pensar que se me acababa el plazo de entrega y yo no paraba de ver errores en cada página. Martín repetía una y otra vez que estaba genial y que no le diese más vueltas. Estaba en Alicante como os he dicho y en teoría mi chico estaba atareado en la otra punta de España. Emma había ido a pasar unos días con sus abuelos a Algeciras. Estaba terminando una agradable charla con mis músicos cuando alguien me avisó de la llegada de un paquete.

“Será de algún fan”.

Ya podría ir pensando eso inocente de mí... me fui al camerino llena de inquietud excusándome con mi equipo. Me encontré un enorme ramo de rosas blancas y rojas y un sobre al lado. ‘Ábreme y sigue las indicaciones’, anunciaba la parte exterior. Rasgué la obertura con una uña y dentro me encontré un papel. ‘Ve a tu habitación del hotel, ahí tienes más pistas. Por cierto, espero que hayas tenido un concierto genial’. Sonreí enternecida. Era obvio que se trataba de alguna maniobra de Martín. Cuando llegué a la habitación, rebusqué por todos los rincones y encontré un papel bajo la almohada. ‘Dulces sueños princesa y recuerda... el juego no ha terminado. Hasta mañana. Te quiero. PD: Descansa, será un día largo’.

“¿Dónde se ha escondido? ¿Qué está tramando? ¿Quién lo está ayudando?”.

Me puse el pijama y me tumbé en la cama con el móvil entre manos dispuesta a descifrar más sobre ese juegucito de papeles que se traía Martín y me estaba poniendo nerviosa.

Carlota: Estés donde estés, ¿Qué tramas?

Martín: Jajajaja, veo que la señorita se impacienta. Ya lo verás, te gustará. Duerme, te lo recomiendo. Mañana será un día divertido y laaaargo ya te lo he dicho. ♥

Carlota: ¿Quién es tu cómplice?

Martín: Tienes unos músicos la mar de majos, que lo sepas. Jajaja, buenas noches. ????????

Como Martín no me daría más información recurrí a Javi que se había hecho súper amigo suyo desde hacía unos meses. En vez de abordarlo vía WhatsApp, crucé el pasillo en pijama y toqué la puerta de su habitación. Me abrió nuestro bajista.

—Dile a Javi que salga, porfa. Te lo pido prestado un rato.

—¡Javi! ¡La jefa quiere verte! —le llamó.

—¿Está dormido?

—No, no. Está hablando con Chloe.

Javi apareció vestido de deporte. Lo agarré del brazo y me lo llevé a mi habitación. Observó con curiosidad el ramo de flores y se le escapó la risa. Se sentó en la cama.

—¿De qué te ríes? ¿Te crees muy gracioso? —le espeté—. ¿Qué os traéis entre manos?

—Joder, que mala leche llevas. Las hormonas te revolucionan, ¿eh?

—¿Qué está ocurriendo? No, en serio, que estoy súper intrigada —hasta yo me reí sentándome

a su lado.

—No sé.

—Sí sabes.

—Claro que lo sé, pero no puedo contarte nada. Martín no me deja.

—¿Es bueno, al menos?

—¿Tú qué crees? —me encogí de hombros—. Tú solo descansa esta noche que te espera un día largo mañana. Por cierto... Martín me ha dicho que tienes algo que contarme.

—Has ganado la apuesta. Llevo uno de cada —le conté sonriendo ampliamente. La apuesta era simbólica pero según Martín llevaba dos niñas y yo creí que llevaba dos niños. Javi fue de los que apostó a uno de cada.

—¿Ves? Te lo dije. Hazme padrino, ¿eh?

—Sí, sí. Va, te libero. Puedes volver a tu habitación.

Nos levantamos a la vez. Me abrazó tiernamente dándome la enhorabuena por el sexo de los bebés. Lo acompañé a la puerta.

—¿Quién nos lo iba a decir, eh? Tú y yo hablando de esto...

—Ya ves —meneé la cabeza de un lado a otro—. Me alegro que no te hayas ido de mi vida.

—Lo mismo digo. Buenas noches, Carlota.

—Buenas noches —se marchó definitivamente.

Volví a la cama. Ahuequé las almohadas de mi cabeza y cerré los ojos llena de nervios por el porvenir, al menos, el del día siguiente.

Dos toques en la puerta me despertaron del dulce sueño que estaba disfrutando. El chico del otro lado se presentó como ‘servicio de habitaciones’. Me levanté restregándome los ojos y abrí, sin escatimarme en arreglarme.

—Perdone, pero yo no he pedido desayuno —comenté reaccionando lentamente.

Revisó un papel donde tenía las indicaciones y efectivamente, el desayuno continental era para la habitación 318, es decir, la mía. Agradecí el gesto, le firmé un autógrafo y entré de nuevo a degustar la comilona que ‘alguien’ había pedido para mí. Acompañando los cruasanes, embutidos, pastas, fruta, lácteos, café y zumos, había una tarjetita y un billete de tren. ‘Buenos días princesa. Disfruta del desayuno, a las 10 sale tu tren hacia Madrid, no tardes. Te echo taaaanto de menos’. Sonreí anonadada observando la gran cantidad de comida. Ahí había desayuno para mí y toda mi banda. Probé un poco de todo y lo que sobró lo envolví en servilletas y me lo llevé. No iba a desaprovechar tanto manjar.

Martín: Buenísimos días Carlota. ??

Carlota: Buenos días señor del desayuno.

Martín: Pa que luego no digas que no tengo detalles contigo. Espero que lo hayas disfrutado.

Carlota: Ni que lo digas. Me visto y voy para el tren. Yo también tengo ganas de verte.

Martín: ????

Las dos horas y media que duró el trayecto a Madrid me ayudaron a aserenarme. Me moría de ilusión por saber de qué se trataba lo que Martín estaba planeando. Bajé del tren observando a lado y lado del andén por si acaso. Me fotografié con algunas fans y me dirigí hacia la salida dispuesta a pedir un taxi. Antes de poder buscar uno, alguien se acercó a mí, ataviado con unas gafas de sol y una gorra que le impedía ser reconocido. Era Martín, mi Martín. Lo abracé con toda la fuerza del mundo.

—Ven, no perdamos más tiempo —se apresuró a arrastrar mi maleta hasta el coche.

—Pero... ¿Dónde vamos con tanta prisa? —pregunté agarrándome a su mano y siguiendo su ritmo de pasos.

—Ya lo verás, te encantará.

Arqueé las cejas, incrédula. Me senté de copiloto y me ‘obligó’ a taparme los ojos con una venda. Estuve negándome unos minutos, aunque al final accedí. En poco más de un cuarto de hora el coche volvió a detenerse. Me desprendí del pañuelo que había usado para cubrirme la vista y me fijé en que estábamos en un aparcamiento, concretamente el del aeropuerto.

—¿Martín? —pregunté desconfiada—. ¿Qué hacemos aquí?

—¿Te acuerdas de que hace unos días comentábamos que ojalá volviéramos a hacer un viaje como el que hicimos antaño al Caribe? —asentí, todavía sin creérmelo—. Pues bienvenida Carlota, nos vamos a ser anónimos a Maldivas esta vez.

—¿Es una broma, no?

—Te lo digo completamente en serio. En dos horas sale el vuelo. No te preocupes por el tema de la ropa, tienes una amiga que vale millones. Sofía me ha ayudado. Ah, y las notas las escondió Javi —sonreí notando que los ojos se me humedecían.

Me abalancé sobre su boca y lo besé con pasión evitando llorar. Le susurré al oído cuanto lo quería y sin perder el romanticismo que nos venía caracterizando desde que nos habíamos dado esa nueva oportunidad y especialmente desde que sabíamos que íbamos a ser padres y por partida doble, facturamos el equipaje y nos impacientamos por disfrutar de ese viaje.

Maldivas nos acogió con los brazos abiertos. Fueron diez días únicos y mágicos. Gozamos del mar, de la playa y de nuestro amor. Fue un viaje fantástico que espero repetir algún día. Las noches a la luz de la luna contando estrellas, conocer la experiencia de visitar una isla desierta, las largas jornadas recorriendo distintas playas. Definitivamente, esas islas me robaron el corazón como tiempo atrás lo había hecho Punta Cana.

Presente

31.12.2023

Martín

Hoy es un día especial. Celebraciones de toda clase se agrupan en una simple noche: noche donde nos dimos una oportunidad con aquella mujer que tantas alegrías me está dando, noche donde tuvimos a nuestro par de torbellinos y este año la noche no dejará de ser único. De momento, prefiero no avanzar acontecimientos. Mientras mis tres hijos se visten, me dedico a mimar a Carlota con algún que otro beso. En tanto tiempo no hemos perdido la pasión, al revés, ha aumentado.

—Si no paramos, nos van a pillar —me susurra al oído ahogando un gemido mientras ataco su cuello.

—Tenemos toda la noche y no la pienso desaprovechar.

—¿Acaso desaprovechamos alguna?

—Uhm... —finjo pensármelo unos segundos—. No, nunca. Voy a vestirme.

—Vengo contigo.

Nos vestimos entre risas y bromas. Me encanta hacerle cosquillas. Son esos pequeños detalles que seguiremos repitiendo con ochenta años y que no nos cansan. Siempre le digo que seremos dos ancianos que irán de viaje con otros abuelitos y no se soltarán de la mano y continuarán

dándose besos en la calle y en cualquier rincón y momento que encontremos. La única interrupción es el timbre de la puerta. Ya han llegado Andrés, Sofia y las niñas. Yaiza, una copia de mi amigo, se marcha a jugar con Aina al segundo uno. Ona, más parecida a su madre, reposa en brazos de su padre, aunque los extiende hacia su tía Carlota por la que siente absoluta admiración desde que nació. La acoge contentísima y junto a Sofi se marchan a observar a los niños, mientras le comento a mi amigo el plan nocturno en la cocina.

—Ostia, tío, va a ser increíble. ¿Crees que se lo tomará bien?

—Espero que sí —respondo algo nervioso—. Ya son años juntos y creo que ya llegó la hora.

—Lo has dicho tantas veces que al final te he adelantado y todo.

—Esta será la definitiva —el timbre vuelve a sonar y nos levantamos a recibir a Alba, Samuel y Aniol, el mejor compañero de juegos de Nico.

Durante la mañana jugamos con los niños y después de comer nos dividimos en dos grupos: los peques, Carlota y Sofia se quedan haciendo la siesta en casa y Emma, Alba, Samuel, Andrés y yo nos marchamos a comprar lo necesario para la cena a un pueblo cercano y a pasear por los alrededores.

—Y estos seis años, ¿Cómo los llevas? —se interesa Sam.

—Uf, que sean seis mil más si puede ser —respondo triunfante.

—¿Se portan bien o los tenéis que regañar mucho? —pregunta pícaro a Emma.

—Lo normal —contesta mi hija encogiéndose de hombros—. Son muy empalagosos —no pueden evitar reírse, especialmente Alba.

—Mírala como se ríe ella. Habló miss Zamora, miss Santa Cristina de la Polvorosa—. Andrés y Samuel intentan contener una carcajada que acaba por salir a la luz.

—Papá, tengo razón —asegura mi hija—. Estáis todo el día dándoos besos.

—Oye Emma, sobrina mía, ¿A ti nunca te han contado cómo se conocieron tus padres? —Samuel no pierde la picardía.

—En la academia. Se escondían —se le escapa la risa.

—¿Y su primer beso?

—Eh, nada de contarle estas intimidades a mi niña —apunto.

Andrés me susurra que me calme, que estoy demasiado tenso y Carota lo acabará notando después. Emma ya no es una niña y conoce más el mundo que nosotros. Las nuevas tecnologías la han ayudado a descifrar mi pasado y el de Carlota para mostrárselo a sus hermanos. Tienen una relación y un vínculo muy especial y que jamás voy a romper. Es la mayor y asumió ese rol desde el día en que supo que iban a nacer.

—Cuenta, cuenta —se entusiasma ignorando mi apunte.

—Pues un día nuestra querida Charlotte estaba algo guerrera, como siempre básicamente, y papá era tan y tan dormilón que cada tarde se echaba unas siestas de campeonato. Tu adorada madre subió a la litera, le dio un beso y se marchó.

—Original —pone los ojos en blanco —Romeo y Julieta 2.0.

Asesino a Sam con la mirada ante esa explicación y la percepción que ha cogido mi hija del momento.

—No es ningún secreto, Carlota lo explicó en su libro —se acuerda Alba.

—¿Y el vuestro? —Emma los mira expectante.

—Toma puntazo. Eso son mis genes —choco los cinco con mi primogénita más contento que unas pascuas.

Alba y Samuel, alias los ‘Almuel’, los ‘misses’ y algún que otro apodo más, son el más puro

reflejo del ‘tierra trágame’ ahora mismo.

—Pues... —vacila él.

—Pues...

—Yo te lo cuento, hija mía —me avanzo—. Un día, después que Carlota me besara, Alba imitó su táctica, pero le salió mal, cayó al suelo, Samuel dormía abajo, y él se le tiró encima y se besaron delante del tío Rafa, del tío Pol y de mí. Fin —se ríe de la torpeza demostrada por sus adorados titos.

—Habló el que conocía todos los azulejos del baño y los rincones de la habitación femenina —insinúa Alba.

—Eso, eso —interviene Andrés, el que faltaba para echar más leña al fuego.

—Tú calla que no estabas. Eran muuuuy bonitos esos azulejos y teníais una habitación mejor que la de los chicos —comento divertido—. Y Carlota te lo confirmará. Además, vosotros también los debíais conocer, ¿no? —ambos tragan saliva sin responder.

Nada más llegar a casa, cinco mini terremotos vienen a recibirnos. Agarro a Aina en brazos mientras Emma le da vueltas a Nico subiéndoselo a la espalda como un avión.

—Mama, mama —mi niña se abraza al brazo de Carlota soltando a su hermano sobre el sofá—. Me han contado tu primer beso con papá y el de los titos también. Que inocentes erais.

—¡Martín! —me regaña Carlota—. ¿Tú por qué sacas estos temas?

—Ha sido Samuel —me excuso.

—Ay dios... —suspira—. No se os puede dejar solos.

A la cena se unen otros compañeros de la academia: Lucía y su marido, Pol y su hija (se separó de su novia después de nacer la niña hace cuatro años), Alejandro, Rafa, Lucía, Estefanía y sus respectivas familias. La casa llena de niños es una constante fuente de felicidad y energía. Me satisface observar la nueva generación que hemos creado entre todos y poder celebrar ese día tan especial con ellos, me hace pensar que las penurias del pasado, las tensiones de antaño, ha quedado en el olvido. Cada vez que nos juntamos, nos arrancamos a cantar y los pequeños están más que acostumbrados a nuestros improvisados conciertos. Tanto les gusta que hasta se animan a cantar con nosotros. Doy fe que mis tres hijos llevan la música en la sangre. El que más le gusta el mundo musical es a Nico. Aina está más pendiente del baile, siguiendo los pasos de su hermana mayor cuyos gustos musicales van definiéndose a medida que pasan los años. Emma se ha convertido en toda una mujercita. Esos catorce años saben a adolescencia, a ganas de disfrutar con sus amigas, a velar por los suyos como una leona (Carlota ha influido mucho en su carácter) y a querer comerse el mundo de la mano de sus hermanos. Aún recuerdo el día en que le dijimos que iba a ser hermana mayor... y el día que nacieron... se volvió loca de alegría.

Flashback

22.06.2018

Martín

Era el último día de curso y en el colegio de Emma, como en muchas escuelas, es tradición hacer un festival con todos los niños. Mi hija acababa de cursar tercero de primaria por lo que no tuvimos que esperar muchos para disfrutar de su actuación. Bailaban canciones de distintos musicales y sus profesoras se habían decantado por Grease. Carlota había sido la causante de que mi niña fuera la más guapa con su conjunto negro y ciertos detalles rojos que le daban color al

look, tal y como marcaban las normas impuestas por su tutora. Nos pasamos la actuación entregados, gozando y grabando para tener un recuerdo en un futuro.

—Vaya artista está hecha —me susurró Carlota al oído nada más acabar.

—¿Lo dudabas? —pregunté con una sonrisa pícaro—. Es hija mía —me golpeó el brazo con picardía.

—Oye, hoy se lo podríamos decir. ¿Qué te parece?

—Vale. ¿Vamos a cenar fuera y se lo contamos?

—Por mí perfecto. Tiempo que acabe esto ya será hora. Mientras tanto voy a saciar mi antojo con uno de esos vasitos de chuches tan ricos que tienen en el bar de los mayores —reí ligeramente viéndola acercarse al fondo del recinto y pedir dos vasos de golosinas, uno de batido de chocolate, otro de zumo y un tercero de Coca Cola para mí.

Lo traje todo hacia los asientos en dos viajes. La miré embobado. Estaba guapísima en ese nuevo estado que estaba experimentando por partida doble.

—¿Quieres que vaya a buscar a Emma? Veo que hay padres que están yendo.

—De acuerdo —nos dimos un fugaz pico y desapareció, para regresar cinco minutos después con Emma de la mano. Mi niña llevaba consigo el tentempié que Carlota había comprado.

Me la senté en las rodillas a falta de más espacio y nos explicó que estaba muy nerviosa pero que se había divertido un montón.

—¿Dónde quieres ir a cenar? —le pregunté.

—No sé... —se rascó la barbilla, pensativa—. Ya está, quiero pizza —dictaminó.

“Madre mía que devoción tiene a la pizza la niña...”

—¿Tú qué opinas? —miró a Carlota, recostándose en mi pecho.

—Por mí vale.

—¡Bien! —exclamó contenta.

Cuando el festival terminó nos marchamos a una de las mejores pizzerías de Madrid bajo el foco de un paparazzi que ignoramos por completo. Ese era el precio de haberla besado dos meses antes en televisión. Como mínimo los titulares que aparecían eran positivos y no las mentiras contadas años atrás. Emma se sentó al lado de Carlota (obviamente). Al ver que no podíamos tener ni un minuto de intimidad para planear como decírselo, nos comunicamos a través de WhatsApps por debajo de la mesa.

Martín: ¿Tú o yo?

Carlota: Tú empieza que yo acabo.

Martín: Jajajaja, eso no te lo crees ni tú. Si comienzo no terminarás.

Me pegó una patada en la espinilla un tanto fuerte, que hizo alertar a la niña de que algo sucedía entre nosotros ya que mi ‘ay’ fue un poco ridículo y muy audible. Nos miró con sus ojitos cautivadores, esperando alguna reacción, alguna palabra que pudiera ofrecerle qué sucedía ahí.

“Bueno va, aprovecho ahora que todavía no traen la pizza”.

—Emma —la niña centró la vista en mí—. Verás...

—¿Qué? —preguntó de una forma directa y segura que había aprendido claramente de Carlota.

—Carlota, ayuda un poco, ¿no? —negó con la cabeza escondiendo una traviesa sonrisa.

—¿Qué os pasa? —insistió Emma—. Lo quiero saber. Si os vais a casar me pido ser dama de honor y madrina —apuntó graciosamente. Soltamos una risita nerviosa negando—. ¿No os casaréis? —preguntó apenada.

—Hay algo mejor... vas a tener un hermanito, bueno dos —le confesó mi luna.

Se llevó las manos a la boca, completamente sorprendida. Otra patada que me cogió

desprevenido fue el resultado.

Carlota: De nada, eh?

Martín: Con lo que te quiero yo.

Me lanzó una mirada inquisitiva y se fijó en Emma. Seguía en trance, con los ojos vidriosos de la emoción. Es una niña muy sensible.

—Ven aquí—. Carlota la agarró y se la sentó en el regazo, abrazándola con todo el mimo del mundo—. Ay... mi chiquitina... ¿Me vas a contar qué te pasa? —le preguntó dulcemente.

—Que no me lo esperaba —respondió entre sollozos—. Que pensaba que no me haríais nunca caso —llevaba desde enero pidiendo un hermano. Continuó llorando—. ¿De verdad son dos?—. Carlota asintió con una sonrisa en el rostro —¡Hala! ¿Y por qué?

—Ni nosotros lo sabemos —se rio contagiando a la pequeña. Le secó las lágrimas con los pulgares—. Con lo mona que te había pintado yo y mira cómo estás ahora de tanto llorar —exclamó quitándole el maquillaje con una toallita—. ¿Estás contenta? —asintió convencida abrazándola de nuevo. Saltó al suelo y dio la vuelta a la mesa para abrazarme a mí.

—Antes he llamado mamá a Carlota —me susurró al oído—. Luego te lo cuento.

Abrí los ojos como platos intentando que Carlota no se percatara de ello. Gracias a Dios estaba distraída con el móvil. Le dejé probar mi pizza y no le gustó. Prefirió la suya y como una campeona se la terminó toda.

—Sofía y Andrés van a tener una niña —anuncié tras recibir un WhatsApp de mi amigo.

—¿Y nosotros?

—No lo sabemos aún, Emma.

—Yo quiero uno de cada. Bueno, la verdad es que me da igual. Sea lo que sea, seré la mejor hermana mayor, pero si uno es niño, se tiene que llamar Nico —aseguró.

“Ni que lo digas cielo... y tienes buen gusto para elegir nombres...”

Cuando llegamos a casa, Emma quedó totalmente rendida y pude tener mi ración de intimidad con Carlota. Sin dejar de besarnos y de explorar el cuerpo del otro, disfrutamos una noche para la posteridad. Nuestros encuentros se tornaban cada vez más pasionales y ya no sabía que pensar: si eran las hormonas, el calor del verano o que nuestra relación iba viento en popa. Creo que era una mezcla de los tres aunque hoy en día todavía tenemos esa gran pasión que adquirimos nada más reconciliarnos. No me preguntéis cuantas veces hicimos el amor, sinceramente, no lo sé. Muchas, suficientes para dejarnos agotados y sudorosos por completo. Aserenándonos paulatinamente, logramos recuperar el ritmo de pulsación habitual. Nos colocamos cara a cara, tapados por las sábanas hasta el pecho ella y yo hasta la cintura y sacando una pierna afuera. Le acaricié la cara y junté mis labios con los suyos en un corto beso. Nos mantuvimos en silencio unos minutos, hecho que me extrañó. La mirada de Carlota se cubrió de un velo sombrío y triste.

—¿Qué te pasa? —le pregunté con suavidad—. ¿Es por lo de Emma? Me lo ha dicho antes.

—He quedado alucinada. Un niño se ha metido con ella porque le ha dicho que solo habían madres y la suya no. Cuando entro en la clase, escucho a Emma decir ‘ella es mi madre ahora’ y luego otra vez me lo ha vuelto a llamar delante de todos.

—Ostia con la niña... ¿Y tú qué?

—¿Yo qué de qué? Pues sorprendida, obviamente. No debe olvidarse que ya tiene una madre y no soy yo.

—Eso ya lo sabe, pero Patricia lleva más de seis meses fuera de combate. ¿Crees que Emma no ha encontrado en ti alguien a quien apoyarse? Te adora y no debería sorprenderte que te llame así. No te lo tomes a mal y sobre todo, que no te haga sentir culpable de nada porque eres la

menos culpable de todo.

—Está bien —suspiró.

—Ven aquí —la cobijé entre mis brazos—. Serás una gran madre —hice una pausa —Bueno, ya lo eres.

Sonrió tiernamente y cerró los ojos. Aspiré el olor de su pelo y en menos de dos minutos yo también caí en un profundo sueño.

Seis meses después nacieron Aina y Nico, convirtiéndose la guinda del pastel para esa hermosa y especial familia que hemos formado. Cuando su hermana mayor los cogió en brazos, supe que me había convertido en el padre y marido (no oficial) más orgulloso del mundo. Y esa alegría sigue presente todavía en nuestras vidas. Habrán podido haber baches, discusiones y épocas de menos esplendor profesional, pero nos hemos tenido el uno al otro y la felicidad por ver crecer a los tres ratoncitos que inundan de risas y frescura el hogar, no es comparable a nada.

Presente

31.12.2023

Carlota

La cena está yendo de maravilla. La tarta de cumpleaños ha volado y en menos de una hora daremos la bienvenida al nuevo año. En la mesa solo quedan sobras, música y diversión. Estoy sentada entre Martín y Alba. Tengo a Aina en el regazo, con ganas de mimos, y de vez en cuando noto la mano de mi chico acariciándome la nuca. Rafa y Lucía son los que principalmente inundan de música el espacio animados por el vino.

—Eh —me susurra Martín al oído—. ¿Me acompañas a la cocina?

—¿Para qué?

—Tú solo ven.

Bajo a Aina al suelo sin que rechiste y sigo a Martín hacia la cocina, con la excusa de traer más bombones que sé que el sector masculino, sobre todo, no acaba de creerse. Con algo de intimidad y lejos del griterío y el jolgorio de nuestros amigos, nos damos un largo beso en los labios anhelado por ambas partes. Nuestras bocas se buscan con frenesí, ansiosas por poder catar la del otro. Enredo mis dedos en su pelo sin separar mis labios de los suyos casi ni para respirar.

—Necesitaba este rato a solas contigo —murmura atrapando mi labio inferior entre los suyos—. Ven, siéntate. Ha llegado la hora de tener nuestra particular celebración.

Me siento en una de las sillas de la mesa, muerta de curiosidad por saber que lleva tramando todo el día. Saca de un armario una caja de tamaño medio y la planta enfrente de mí.

—Feliz aniversario, cariño.

La abro con recelo. Mis ojos se nublan al segundo y tengo que hacer un esfuerzo para no llorar. Lo que observo es un marco de fotos con distintas imágenes preciosas de los niños y de nosotros y dos cajas más pequeñas dentro. Una es más achatada que la otra y es la que decido abrir primero. Un colgante de oro blanco con un pequeño diamante en el centro me hace enamorarse más si puedo todavía del hombre que está delante de mí con una boba sonrisa en los labios. Aparto lo que ya he visto y me centro en la tercera cajita. Rasgo la obertura con la uña y levanto la tapa. ¿Un cupcake? Miro a Martín con desconfianza.

—¿Tendremos que coger fuerzas de alguna manera, no? —pregunta divertido —Recuerda que la noche no ha hecho más que empezar —saca dos cucharas del cajón y me tiende una.

Degustamos la madalena a nuestro ritmo, disfrutando de llenarnos la boca de bizcocho y crema. Me sobresalto al clavar la cuchara en un trozo que no es tierno. Parpadeo perpleja mientras Martín sigue a lo suyo. En el interior del cupcake hay una sorpresita...

“Yo lo mato”.

Ese es mi pensamiento al observar una mini cajita de color blanco. Lo miro con una mezcla de incredulidad, emoción y asombro. No deja de sonreír.

—Sé que quizá te esperabas algo más romántico y a lo grande pero con tres críos es complicado... eso... cómo te lo digo... —se toquetea la cara nervioso—. ¿Quieres casarte conmigo? —pregunta sobrecogido por la emoción.

No puedo articular un simple ‘sí’, directamente me lanzo a sus brazos en un inacabable y apasionado beso que no deja lugar a dudas a mi respuesta.

—Me da igual que no sea romántico. Es original, es contigo y es la mejor manera en que me lo podías pedir —digo sentándome en su regazo abrazándolo—. Nadie lo había hecho nunca por mí... gracias Martín, gracias por estar siempre aquí. Es que no sé qué haría sin ti —confieso emocionada—. Te amo.

—Yo también te amo.

—¡Papá, mamá! ¡Qué van a dar las campanadas! —la voz de Nico y la forma de entrar como un torbellino en la cocina, me hacen levantar de encima de Martín automáticamente —¡Toma, ya se lo has pedido! —exclama feliz dando la buena a todos los presentes.

Martín y yo nos encogemos de hombros sin perder la sonrisa y cuando suena el primer cuarto nos sentamos a disfrutar de las doce uvas con esa extraña familia que hemos escogido y creado. Un beso de película da inicio al nuevo año seguido de un abrazo de mis tres niños que, felices por saber que sus padres se van a casar, nos atacan con su cariño.

—¡Ay, que seremos damas de honor! —exclama Alba dirigiéndose a las chicas.

—¡Me pido madrina y dama de honor también! —salta Emma más feliz que una perdiz.

—¡Y yo! —corroborra Aina sin perder la alegría.

—¿Todos lo sabíais, no? —pregunto con una sonrisa en los labios—. Sois de lo que no hay—. Martín me atrae hacia él y escondo la cara en el arco de su cuello—. Sobre todo tú.

La fiesta se alarga hasta las cuatro de la madrugada cuando, animados por el alcohol y con todos los niños dormidos, damos por finalizada una larga charla sobre la academia y lo que hemos cambiado en veinte años. Quien nos iba a decir a nosotros hace dos décadas que habríamos creado ese clan tan unido.

—Por fin solos —suspiro cerrando la puerta después de despedir a nuestros amigos.

—Solos, solos no estamos.

—Están dormidos —lo abrazo por la espalda—. Estamos solos relativamente. No se enterarán.

—¿Nos vamos a la luna?

Me río inocentemente arrastrándolo hasta el dormitorio. Me rodea la cintura con sus brazos mientras lentamente me desabrocha el vestido. Desabotona su camisa delicadamente, notando como sus labios se pegan a mi cuello. Ahogo un gemido a la vez que me acaricia los brazos suavemente, deslizando a su paso el sujetador también. Con un estudiado movimiento, me tumba en la cama colocándose encima de mí a horcajadas. La tenue luz que ilumina la habitación no impide que observe una enorme sonrisa seguida de cortos y sensuales besos por mi cuerpo. Adoro la capacidad que continúa teniendo en mí: erizarme la piel con un simple roce, encenderme minuto a minuto, enamorarme con cada detalle, enloquecerme con una caricia, beso o abrazo. Él provoca en mí sensaciones que jamás pensaba explorar y ahora, ahora que nuestros cuerpos son uno solo,

no puedo estar más agradecida a la vida por entregarme mi maravillosa familia junto al hombre al que amo, mis adorables amigos y mi apreciado trabajo.

—¿Se puede amar más a alguien? —pregunta recomponiéndonos de la pasión.

—¿Existe una definición para esto? ¿Para esta felicidad que me has dado?

—¿Y la qué me has dado tú a mí? —no puedo despegar mis ojos de él: su cálida mirada, sus hoyuelos, su sonrisa, es perfecto—. ¿Qué me has hecho Carlota?

—¿Qué me has hecho tú? —me acaricia el pelo, apartándome un mechón de la frente —Gracias por esta noche... bueno, por estar aquí siempre. Aún no me creo lo de la boda... es tan... no sé, es mágico lo que estamos viviendo. No quiero bajar de esta nube.

—No permitiré que bajemos —susurra.

Nos mantenemos unos instantes en silencio. Entrelazamos nuestras piernas y brazos. Deposita un beso en una de mis sienes y otro en la comisura de los labios. Me abrazo a él con fuerza, suspirando fuertemente. Un suspiro de enamorada, de vivir en un sueño al lado de la única persona que ha logrado hacerme feliz al cien por cien.

—¿Me lo prometes? —pregunto.

—Siempre. Siempre contigo, princesa.